

M.J. Fernández

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO

Inspector Salazar 03

Aquí hay gato encerrado.

(Inspector Salazar 03)

M.J. Fernández

«No hay contra el desleal seguro puerto,
ni enemigo mayor que el encubierto.»
Alonso de Ercilia y Zúñiga.

Primera Parte

Capítulo uno.

Isaura miró en dirección a la puerta de la calle por décima vez en el último minuto. En la medida en que la oscuridad ganaba terreno en el exterior, la angustia invadía su ánimo. ¿Dónde estaría su pequeño? Después de la escuela debía recibir una clase de violín en el Conservatorio de Haro. Aunque Ismael no se sentía especialmente atraído por la música, su padre había insistido en que la estudiara como parte de su formación, así que acudía a clases para aprender a tocar un instrumento dos veces por semana, después de la escuela. Lo acompañaba su amiga Lidia, quien estudiaba piano.

El chófer de los padres de Lidia los recogía a la salida de clases y los llevaba hasta el Conservatorio, donde esperaba que terminaran la lección del día para regresarlos a casa. Esa tarde, al ver que Ismael se había retrasado, Isaura llamó a la madre de Lidia. Se llevó una desagradable sorpresa al enterarse de que su hijo no había querido acompañar a su amiga a la clase de música después de la escuela, sino que se marchó por su cuenta, nadie sabía hacia dónde.

Isaura se preguntó si debía avisar a Jorge acerca de la decisión del chiquillo de hacer novillos, pero decidió esperar. Después de todo, ella opinaba que su esposo era demasiado exigente con el chico, quien a sus catorce años, ya comenzaba a mostrar algunos gestos de rebeldía que eran normales. Alguien debía mantener las líneas de comunicación abiertas si no querían que se distanciara, como había ocurrido con Felipe.

Cambió de opinión cuando las horas transcurrieron sin haber tenido ninguna noticia del niño. Lo había llamado a su móvil al menos quince veces, pero siempre respondía la grabación que le anunciaba que el teléfono estaba fuera de servicio y que lo intentara más tarde. ¿Dónde se había metido ese crío? La desobediencia de Ismael le causó irritación, que con el paso de las horas dio lugar al enfado, y cuando asomó la noche, después de las diez, lo que sentía era una profunda angustia. Aquello no era normal. Algo debió pasarle a su hijo.

Isaura sintió un fugaz alivio al escuchar las llaves girar en la puerta. Su alegría se vino abajo cuando comprobó que no se trataba de Ismael. Era Jorge, con expresión de enfado. Después de mucho dudar, decidió llamarlo. Una cosa era una pequeña travesura y saltarse una clase de violín. Otra

muy distinta quedarse en la calle hasta la noche, sin que ellos supieran dónde estaba. ¡Que solo tenía catorce años!

—¿Ha aparecido?

—No. ¿Dónde crees que puede estar?

—¡Cómo quieres que yo lo sepa! —dijo Jorge alzando la voz—. Debiste llamarme en cuanto supiste que había hecho novillos.

—Eres tan exigente con él —argumentó Isaura—. No quise mal ponerlo contigo.

—Pues mira para lo que ha servido. Las diez de la noche y el crío de picos pardos. ¡Cómo me entere de que ha estado en un botellón, bebiendo, o algo así!

—¿Lo crees? Pero si es solo un chiquillo.

—Ahí tienes a su hermano. No hace una buena. Con semejante ejemplo, cualquier cosa es posible.

—Temo que le haya podido ocurrir algo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, Jorge. Siento algo aquí —dijo, mientras se señalaba el pecho con el puño—. Hasta que no lo vea aquí de nuevo, sano y salvo, no podré estar tranquila.

—¿Has llamado a sus amigos?

—A todos. Ninguno sabe nada.

—¿Y a Felipe?

—Lo acabo de llamar. Me dijo que él tampoco sabe dónde está. Viene hacia aquí.

Como si lo hubiera invocado, Felipe cruzó la puerta de entrada. Era un joven veinteañero, con aspecto desgarbado, ropa de marca y el rostro lleno de acné.

—¿Alguna novedad? —preguntó en cuanto puso un pie en la sala.

—Ninguna. ¿Tú sabes algo?

—Nada —respondió Felipe, con una seriedad poco habitual en él.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Isaura—. Tienes mala cara.

—Bien. Es que me preocupa que no se sepa nada del «Chinche». No es propio de él desaparecer así. Y menos a estas horas.

—Ya está bien —se quejó Jorge—. No preocupes más a tu madre. Lo más probable es que se haya quedado en casa de algún amigo jugando y se les haya ido el santo al cielo con la hora.

—Ya te dije que llamé a todos sus amigos, Jorge —protestó la madre—. No está con ninguno. ¿No crees que deberíamos llamar a la Policía?

—No digas tonterías. Estará con algún chico que no conocemos. ¿O eres tan ingenua que crees que nos lo cuenta todo?

El timbre del móvil de Jorge interrumpió sus razonamientos. La llamada provenía de un número oculto. Con el corazón en la boca, respondió.

—¡Aquí Jorge Rivero! ¡Diga!

—Señor Rivero. Seré muy concreto. Tengo noticias de su hijo.

—¿Quién es usted? —preguntó el padre, mientras esquivaba la mirada de su esposa—. ¿Dónde está Ismael? ¿Está bien?

—Está bien, de momento. Nos lo hemos llevado. Si lo quiere de vuelta tendrá que pagar. Y nada de policías.

—¡Lo que usted diga, pero por favor, no le haga daño! ¿Qué quiere? —preguntó con la voz quebrada, mientras observaba a su esposa palidecer hasta quedar lívida.

—Lo volveré a llamar —respondió el secuestrador con voz cortante antes de colgar.

—¡Espere! ¡Oiga! ¡Quiero hablar con mi hijo! ¿Oiga?

Jorge separó el móvil de su oreja, justo a tiempo para ver cómo Felipe sostenía a su madre, que acababa de perder la conciencia.

Capítulo dos.

Sofía apenas tuvo tiempo de cruzar el umbral de su piso, cuando su móvil comenzó a sonar. En la pantalla apareció el nombre de Lali. Aquello solo podía tener un significado: más trabajo. Las últimas semanas le habían parecido agobiantes. En la medida que avanzaba junio, el calor se hacía más y más insoportable, los días ya eran demasiado largos y los casos le parecían más rutinarios, quizá hasta aburridos. Se había pasado los últimos días escribiendo informes acerca de hurtos en tiendas, redadas en clubes «de alterne» y denuncias por alguna que otra pelea vecinal, o doméstica. Lo más interesante de la semana había sido el robo de un anillo de compromiso, que una vecina había dejado sobre la mesa del desayuno en la terraza de su propia casa. Entró a la cocina para rellenar la cafetera y a su vuelta el anillo había desaparecido. Lo más extraño era que vivía sola. Todo un misterio. Resolvieron el caso gracias a Diji, que aconsejó instalar una cámara de vigilancia en la terraza y colocar otro anillo para tentar al ladrón. Cuál no sería la sorpresa del equipo cuando descubrieron que el culpable era un cuervo, que atraído por el brillo de la joya, se la había llevado. Así que llamaron a la Sociedad Protectora de Animales para que se hiciera cargo. Los sospechosos con plumas no estaban bajo su jurisdicción.

Sofía no quería reconocerlo, pero echaba de menos a Néstor. Cuando él estaba, hasta los casos más simples le parecían interesantes. Su irreverencia y su humor le daban una chispa de color al trabajo más rutinario. El teléfono insistió en atraer su atención.

—Dime Lali.

—El comisario me pidió que te llamara. Ha surgido una emergencia. Quiere que te reúnas con él. Te envío la dirección.

—¿Te dijo de qué se trataba?

—No, solo que te dieras prisa. También me hizo comunicarme con el subinspector Cheick.

—De acuerdo. Voy para allá.

Sofía colgó y enseguida recibió un mensaje con la dirección. Se trataba de un barrio muy cercano a la comisaría, pero que era muy diferente a San Miguel. Después de llenar el comedero y cambiar el agua de Flecken, su gato, le hizo una rápida caricia detrás de las orejas y volvió a salir a la calle. Aquel pequeño felino era toda su familia en Haro. Era especial para ella,

entre otras razones porque se lo había regalado Néstor, pues era una de las crías de su gata, Paca.

Una vez en la calle, no le llevó mucho tiempo encontrar un taxi. Por suerte no había mucho tráfico y llegaron a la dirección señalada al cabo de veinte minutos. Sofía se apeó del coche, dejándole una buena propina al chófer. Se encontraba en una calle ciega que subía por una colina, detrás de San Miguel. En un lado de la calle había un mirador, desde donde pudo contemplar las luces de toda la ciudad a sus pies. Pese a que siendo de noche no podía precisar mucho más, la vista le pareció extraordinaria. La perspectiva desde aquel lugar le hizo sentir que la ciudad estaba viva. A sus espaldas se encontraba el chalet donde debía estar esperándola el comisario Ortiz. Decidió no retrasar más su llegada. Si la habían llamado después de terminado su turno, era porque se trataba de un asunto muy serio.

Le abrió la puerta una chica con cofia y delantal. ¿Aún se llevaban esas cosas? En todo caso, después de identificarse, la joven la invitó a pasar.

—La están esperando, subinspectora. Pase, por favor.

—Gracias.

Sofía entró al salón. Sentados en un sillón se encontraban un hombre y una mujer de mediana edad, con toda probabilidad, los dueños de la casa. La mujer lloraba con desconsuelo y el hombre la abrazaba, tratando de calmarla. Frente a ellos había un adolescente con expresión preocupada. Con los codos apoyados en las rodillas, se frotaba las manos con nerviosismo, y lanzaba miradas furtivas a ambos lados, mientras mantenía la cabeza baja.

El comisario Ortiz estaba de pie en el medio de la sala y su corpulencia parecía suficiente para llenar todo el espacio. Por si fuera poco, a su lado se encontraba Diji, su compañero subsahariano, con sus casi dos metros de estatura, sosteniendo una libreta y un lápiz. Por un momento, Sofía se sintió como una liliputiense entre aquellos dos gigantes.

—Buenas noches, Sofía —la saludó el comisario—. Me alegra que hayas podido venir con tanta celeridad. Y perdona, porque sé que hoy no tienes guardia, pero me interesa mucho tu punto de vista en este asunto.

—No tiene que disculparse, comisario, estoy a su disposición. ¿De qué se trata?

—De un secuestro. Con más exactitud, del secuestro del hijo menor de los señores Rivero, aquí presentes.

—¿Cómo ocurrió?

En pocas palabras, Jorge Rivero narró los acontecimientos de aquella tarde, mientras su esposa se deshacía en llanto.

—Fueron muy concretos. Me advirtieron que nada de policías. Aun así los he llamado porque tengo muy buenas referencias de su comisaría y sé que hicieron un gran trabajo con la ola de suicidios entre jóvenes que se desató hace algunas semanas. Sin embargo, he decidido que cederé a las exigencias de los secuestradores, no importa cuáles sean. No pondré en peligro la vida de mi hijo.

—Lo comprendo, señor Rivero. Nuestro principal interés también es evitar que Ismael sufra ningún daño, así que seremos muy discretos, pero necesitaremos su colaboración.

—Por supuesto. ¿En qué podemos ayudar?

—En primer lugar, requerimos su permiso para intervenir su teléfono, así podremos grabar a los secuestradores cuando vuelvan a llamar.

—¿Cree usted que llamarán?

—Estoy seguro. Si han raptado a su hijo es porque quieren algo de usted. La primera llamada fue para notificarles que la ausencia de Ismael es consecuencia de un secuestro, pero querrán establecer sus condiciones.

—¿Por qué tardan tanto en volver a comunicarse?

—Porque quieren ponerlo nervioso para hacerlo más receptivo a sus exigencias. Para entonces debemos tener intervenidos los teléfonos, eso nos permitirá obtener pistas sobre los secuestradores.

—Por supuesto que no pondré ningún impedimento para ello. ¿No necesitan la orden de un juez, o algo así?

—Solo si no tuviéramos su permiso.

—¿Cree que nuestro hijo estará bien? —preguntó Isaura con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo puedo especular, señora. Me gustaría poder decirle que sí, pero eso dependerá mucho de quiénes sean los secuestradores y también de qué es lo que pretenden. ¿Tiene usted enemigos, señor Rivero?

—Soy músico profesional, comisario. No es un mundo donde se corran muchos riesgos.

—¿Conoce usted a alguien que pudiera ser capaz de hacer algo así?

—La verdad es que no se me ocurre nadie.

—¿No le resultó familiar la voz de la persona que lo llamó?

—No, en lo absoluto.

—¿Era hombre o mujer? ¿Joven o viejo?

—Era hombre y parecía joven, pero no puedo decirle nada más.

—¿Algún acento?

—No.

—Entonces podría ser de la zona: jarrero.

—Sí, yo diría que sí.

—Bien —dijo Ortiz, concluyendo el interrogatorio y asegurándose de que Diji había tomado nota de todo lo hablado en aquella sala.

—Hay algo más, comisario.

—Usted dirá.

—Me gustaría que el encargado de encontrar a mi hijo sea el mismo policía que resolvió aquellos casos de los suicidios.

—El inspector Salazar.

—Sí, ese.

—Siento no poder complacerlo señor Rivero, pero en este momento el inspector Salazar no se encuentra en servicio activo.

Capítulo tres.

Ortiz hizo algunas llamadas dando órdenes y moviendo hilos mientras se encaminaban a la comisaría. Por común acuerdo con el señor Rivero, se decidió que él y Diji abandonarían el chalet lo antes posible y llevarían a cabo la intervención de las comunicaciones desde la compañía telefónica. No querían que los secuestradores sospecharan que la familia había denunciado el rapto a la Policía. Sofía, sin embargo, se quedaría con las víctimas para darles instrucciones. Se haría pasar por una amiga de la madre.

Una de las llamadas que llevó a cabo el comisario fue a su secretaria, Lali, para que se comunicara con los demás oficiales en activo, con la orden de reincorporarse aquella misma noche, sin importar si estaban o no de guardia. La vida de un niño corría peligro, así que no sería él quien escatimaría esfuerzos.

El inspector Toro debía reunirse con él y Cheick en la compañía de teléfonos. El inspector Pedrera y su ayudante, el subinspector Rodríguez permanecerían en la comisaría, por si era necesario llevar a cabo alguna investigación simultánea. Por un momento estuvo a punto de decirle a Lali que llamara a Néstor, luego recordó que no podía hacerlo. ¡Cómo echaba de menos a su hermano! ¡Quién hubiera pensado que lamentaría no poder trabajar codo a codo con Salazar, el mayor incordio que había tenido que soportar en su vida! Aunque debía reconocer que después de haberse ganado el perdón de su hermano, su actitud hacia él era más llevadera. Todavía le respondía en forma irreverente cada vez que podía, y era el rey del sarcasmo. No perdía oportunidad de llevarle la contraria, o bajarle los humos si se ponía muy autoritario, pero lo hacía con un toque de humor que no permitía que él se cabreara, a menos que quisiera quedar como un ogro.

Santiago pasaba por todo aquello casi con agrado, como una penitencia por su mal comportamiento en el pasado con su hermano menor. Volver a encontrarlo después de tantos años de haberlo abandonado a su suerte en un orfanato, donde un juez le cambió el nombre para protegerlo, pero en especial, haber conseguido su perdón, lo compensaba por toda la irreverencia que tenía que soportar de él.

Santiago Ortiz era un hombre cuyo tamaño y aspecto inspiraban temor en la mayoría de las personas, incluyendo a sus superiores, pero esa regla no se aplicaba a su esposa Carmela, ni a su hermano Néstor. Con ellos las

cosas eran diferentes, y ahora que ambos se conocían y a veces hasta eran aliados, Santiago se sentía como un emperador destronado. Sin embargo, no hubiera cambiado esa situación por nada. No era agradable saber que todos te tenían miedo. Prefería recibir el afecto incondicional de su esposa, o el irreverente de su hermano.

El perdón de Néstor hacia Santiago también impactó en la familia de este último. Sus hijos, gemelos idénticos, vieron en su tío un aliado desde el primer día. Y vaya si lo había sido. Desde que su hermano reapareció en su vida, la rigidez de Santiago para con los chiquillos se había visto bastante resentida, comenzando por tener que aceptar una mascota que el propio Néstor le regaló a los chavales el mismo día que los conoció. Una mascota, un gato, cuando Santiago no soportaba a los animales domésticos. Y ahora resultaba que el condenado bicho se había comenzado a ganar su afecto. Y sorprendentemente, su trato amable con el gato lo había acercado también a sus hijos. Ahora ellos se le aproximaban con más frecuencia y con menos reservas.

Aunque no había vuelto a trabajar con Néstor después de la reconciliación, y antes de ella hacerlo había sido una pesadilla, Santiago se encontró echándolo de menos. Pese a que Salazar tenía unas ideas por decir menos, poco ortodoxas, la verdad era que se trataba de un policía brillante y a Ortiz le hubiera gustado escuchar su consejo en esta situación, cuando un paso en falso de su parte podía costarle la vida a un niño. Pero aquello no era posible, y después de todo, contaba con un buen equipo de policías bien entrenados. Saldrían adelante.

Lo que más le preocupaba a Santiago de sí mismo con respecto a este caso, era que no podía dejar de pensar en sus propios hijos, Sebastián y Lucas. Aunque los gemelos eran mucho más pequeños que el chico secuestrado, pues solo tenían seis años, el comisario no pudo evitar identificarse con el padre. No quería pensar cómo se sentiría él si algo así le ocurría a uno de sus hijos. Hizo lo posible por apartar esos pensamientos. En ese momento, lo más importante era mantener la objetividad.

Llegados a la compañía telefónica, él y Diji hablaron con el encargado de guardia y le mostraron la autorización de Jorge Rivero para intervenir todos sus teléfonos en tiempo real. El empleado llamó inmediatamente a su supervisor, quien decidió personarse pese a la hora, pero en vista de la urgencia del caso, autorizó a su subalterno a llevar a cabo la escucha.

En el chalet de los Rivero, Sofía bebía despacio un café que había aceptado para que la ayudara a mantenerse despejada. La noche prometía ser larga. En la comisaría, Pedrera y Rodríguez se mantenían a la espera de las órdenes que podían surgir en cualquier momento, mientras conversaban acerca del Haro Deportivo y sus posibilidades de cara al próximo partido.

Al filo de la medianoche, el teléfono de la residencia de los Rivero cobró vida. Sofía envió un mensaje que ya tenía redactado a su jefe para darle aviso, mientras Jorge esperaba el tercer timbrazo como le habían instruido. Antes de descolgar, activó la función de manos libres.

—Aquí Rivero. ¿Quién es?

—Señor Rivero. Espero que no haya llamado a la Policía —advirtió la misma voz de la primera llamada, aunque con menos aplomo.

—Claro que no. No voy a poner en riesgo a mi hijo. Quiero hablar con él.

—Todo a su tiempo. Primero las condiciones.

—¿Qué quiere?

—Coja papel y lápiz.

Sofía, que también escuchaba la conversación, se apresuró a entregarle a Rivero el material para escribir.

—Queremos diez mil euros en efectivo. Deben ser billetes viejos, con seriales no consecutivos y la distribución será la siguiente: doscientos cincuenta billetes de diez euros, ciento veinticinco de veinte, cincuenta de cincuenta y veinticinco de cien. Tiene hasta mañana para reunirlos.

—¿Mañana? Oiga, pero tal vez necesite un poco más de tiempo —argumentó Jorge, siguiendo las instrucciones de la Policía.

—Mañana, o no volverá a ver a su hijo.

—Quiero hablar con él para saber que está bien, que no lo habéis maltratado. ¡Exijo hablar con él!

El pitido de la línea les hizo comprender que el maleante había colgado.

—¿Qué opina? —le preguntó Rivero a Sofía, mientras abrazaba a su esposa que de nuevo rompía en llanto.

—Tiene razón, es un hombre joven y de la zona.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Alguna otra observación que nos permita dar con él?

—Lo siento, no puedo sacar más conclusiones de esa conversación. Solo que me parece que piden poco rescate.

—¿Y eso qué significa?

—Aún es pronto para decirlo —zanjó Sofía, quien no quería adelantar conclusiones frente a las víctimas.

En la compañía telefónica, donde Ortiz, Toro y Cheick también habían seguido la conversación, no necesitaban tener tantos miramientos.

—¿Qué opina, señor? —le preguntó Diji a su jefe.

—Una voz muy joven. Piden los billetes pequeños, viejos y con seriales no consecutivos. Se sienten muy listos y seguros por ello.

—Pero…

—Pero correr el riesgo de cometer un delito tan grave por un rescate tan pequeño…Son aficionados. Además, ese monto me hace pensar…

—¿Una deuda? —sugirió Remigio.

—¡Correcto! ¿Y qué clase de deuda puede empujar a alguien a cometer un secuestro para saldarla?

—Una ilegal. Drogas, o juego.

—¡Exacto! Llama a Miguel y Manuel, tenemos que averiguar si hay algún joven que haya contraído una deuda de juego, o por drogas en las últimas semanas, que ronde los diez mil euros.

—Sí, señor —respondió Diji, mientras buscaba el contacto en su teléfono para hacer la llamada.

—Y, Diji… Que sean discretos.

Capítulo cuatro.

La siguiente llamada llegó antes del amanecer. Sofía dormitaba sentada en uno de los sofás, mientras Rivero deambulaba nerviosamente de un lado a otro de la sala. El chico, Felipe, había decidido irse a dormir, no sin advertirles que lo despertaran si ocurría algo. Isaura se había acurrucado en otro de los sofás, envuelta en una manta pese al calor de aquella noche veraniega.

Jorge había llamado al gerente de su banco, quien también era su amigo, para decirle que necesitaba realizar el retiro de los diez mil euros en los términos exigidos por los secuestradores. Por supuesto que la solicitud encendió las alarmas del banquero.

—¿Puedo preguntarte para qué necesitas ese dinero y en esas condiciones, Jorge? ¿Ocurre algo?

—Nada —respondió Rivero, siguiendo las instrucciones de los policías, que le aconsejaron involucrar al menor número de personas posibles en el asunto—. Quiero hacer un retiro de mi dinero. ¿Hay algún problema con ello?

—Ninguno, pero no me negarás que las especificaciones que me exiges son sospechosas. ¿Se ha metido Felipe en algún problema?

—Felipe no tiene nada que ver con esto. ¿Puedes prepararme el retiro, o no?

—Calma, no quería ofenderte. De acuerdo. ¿Para cuándo lo quieres?

—Para mañana.

—¿Mañana? Pero…

—¿Cuál es el problema?

—Puedo darte los diez mil euros mañana, por supuesto, pero no estoy seguro de disponer de la cantidad y distribución exacta de los billetes que me pides.

—Juan. Es muy importante.

—De acuerdo, ahora mismo llamaré a la sede central para que me envíen los billetes lo más temprano posible. ¿Está bien?

—Perfecto.

—¿Para qué hora los necesitas?

—Lo más temprano posible.

—Muy bien, los tendrás a las ocho treinta de la mañana.

—Gracias.

Saber que dispondrían del rescate en los términos exigidos por los criminales, les proporcionó cierta tranquilidad, aunque las siguientes horas transcurrieron con una lentitud exasperante.

El timbre del teléfono los sobresaltó a todos. Sofía volvió a enviar el mensaje de aviso al comisario, quien debía estar aun en la compañía de teléfonos, pues no había nada más importante en aquel momento que el contacto con los secuestradores.

Como en la ocasión anterior, Jorge activó la función manos libres y esperó al tercer timbrazo para responder.

—Aquí Rivero.

—¿Tiene el dinero?

—Lo tendré a las diez de la mañana —respondió Jorge, obedeciendo al gesto que le hizo Sofía con ambas manos y la gesticulación silenciosa de su boca.

—¿Por qué no antes? Sé que para usted eso es una bagatela. No trate de burlarnos, o su hijo lo pagará.

—¡No le haga nada a mi hijo! Estoy haciendo lo posible por cumplir con todas sus exigencias. Me pidió el dinero con billetes muy precisos. Para reunirlos con esas características, hasta el banco necesita tiempo.

—Muy bien, pero no trate de engañarme. Haremos la entrega a las once.

—De acuerdo. ¿Dónde debo llevarlo?

—Usted no. Su esposa hará la entrega. Y es imperativo que vaya sola.

—¿Mi esposa? Ella no se siente bien, no está en condiciones…

—¿Quiere volver a ver a su hijo o no?

—De acuerdo, lo llevará mi esposa —respondió Rivero con resignación, obedeciendo a los gestos que le hacía Isaura, aceptando el encargo—. ¿Dónde será la entrega?

El secuestrador colgó.

—¿Oiga?¿Oiga?

A Jorge le respondió el tono del teléfono. Miró el auricular con desconsuelo.

—Cuelgue, señor Rivero. Volverá a llamar —le dijo Sofía, sintiéndose conmovida ante el dolor de aquellos padres.

—Pero ¿qué he dicho? ¿Por qué ha colgado?

—No ha sido por usted. Colgó para que no pudiéramos rastrear la llamada.

—Pero él no sabe que he llamado a la Policía.

—Pero presume que es posible que lo haya hecho, así que toma sus precauciones.

Rivero asintió mientras colgaba. Al cabo de pocos segundos volvió a escucharse el agudo timbre.

—Rivero.

—De acuerdo, le diré cómo lo haremos y escúcheme atentamente porque si algo sale mal y no recibimos el dinero antes del mediodía, su hijo no cumplirá los quince años.

—No le haga nada a mi hijo, por favor. Lo escucho con atención.

—¿Conoce la Plaza de la Paz?

—Por supuesto.

—Muy bien. Su esposa deberá estar diez minutos antes de las once en uno de los bancos que rodean la plaza. Llevará el dinero en una bolsa de deporte negra y el móvil de usted. A las once en punto recibirá un mensaje de texto, en el cual se le indicará que es el momento apropiado. Solo entonces depositará el bolso en una papelera que hay en la esquina de la plaza, junto a la calle Sánchez del Río. Después se marchará.

—¿Cuándo nos devolverá a nuestro hijo?

—Una vez tengamos el dinero, les daré instrucciones para que lo recojan en un lugar neutral.

—¿Cómo está él? ¿Lo ha tratado bien? Quiero hablar con Ismael.

—Él está bien, señor Rivero. Ahora duerme y no quiero despertarlo. Ya podrá hablar con él todo lo que quiera cuando todo esto haya terminado.

—¡Quiero hablar con él ahora! —el secuestrador colgó—. ¿Me escucha? ¿Hola?

La única respuesta volvió a ser el tono del teléfono. Rivero colgó y se dejó caer en uno de los sofás. Luego miró a Sofía.

—Dígame que mañana tendremos de vuelta a nuestro hijo —le suplicó.

—Solo le puedo prometer que haremos todo lo posible para que así sea.

—¿Y ahora qué?

—Seguiremos sus instrucciones, por supuesto, pero déjeme hablar con mi jefe. La idea de que la señora Isaura sea quien entregue el rescate y que vaya sola, no me gusta.

—Pero si no obedecemos al pie de la letra sus instrucciones podría lastimar a Ismael —protestó la señora Rivero.

—No se preocupe, no haremos nada que pueda poner en peligro a Ismael —la tranquilizó Sofía.

La subinspectora salió de la sala al vestíbulo para poder tener un poco de privacidad en su conversación con el comisario Ortiz. Después de un par de minutos, regresó.

—Lo haremos así. Por suerte, los raptores escogieron un lugar bastante concurrido, incluso a esa hora. La señora Rivero seguirá las instrucciones exactas que le dieron. A pocos metros de esos bancos hay un bar con terraza. Yo estaré allí, simulando que tomo un café, mientras vigilo que todo transcurra sin contratiempos.

—¿Por qué? —preguntó Jorge con ansiedad—. ¿Corre algún peligro mi mujer? Si es así, me gustaría saberlo.

—No podemos descartar que todo esto fuera un cebo para hacerse con otro rehén —señaló Sofía, a su pesar. No quería aumentar los niveles de angustia de aquella familia, pero era importante que los previniera.

—¿Cree que pudieran querer secuestrar también a mi esposa?

—No lo sé, señor Rivero, pero si lo piensa bien, con dos miembros de su familia en su poder, tendrían la posibilidad de solicitar un rescate mucho mayor. Debemos ser precavidos.

—De acuerdo —admitió Jorge,

—¿Y si se dan cuenta? —preguntó Isaura con angustia—. ¿No pondríamos en mayor peligro a Ismael?

—Si lo piensa bien, no hay forma en que puedan averiguarlo, señora Rivero. Ni usted, ni yo haremos ningún gesto de reconocimiento con respecto a la otra. En esa plaza nos comportaremos como dos extrañas, pero yo no la perderé de vista y usted podrá sentirse con mayor seguridad. Además, así después que usted se vaya, yo podré continuar vigilando la papelera para saber quién recoge el bolso. Eso nos permitirá dar con los secuestradores, después de que Ismael esté a salvo.

—Muy bien. Acepto, pero solo si nos mantenemos ajustadas a las instrucciones. Pase lo que pase, no quiero que haga nada que ponga nerviosos a los secuestradores. Recuerde que es la vida de mi hijo la que está en sus manos.

Capítulo cinco.

El salto de Paca sobre la cama despertó a Néstor con más eficiencia que la alarma de un reloj. La muy ladina siempre lo hacía sobre su humanidad. Era una costumbre que había adquirido durante el período de convalecencia de Salazar, pues así se aseguraba que él se levantara a tiempo para llenarle el tazón con un desayuno tempranero. Algunas veces, el inspector se preguntaba quién había adoptado a quién, porque conforme pasaba el tiempo era más evidente que él se amoldaba a los hábitos de Paca, más que la gata a los suyos. Salazar se acurrucó, remolón. Aquella mañana debía estar en la estación del ferrocarril antes de las nueve, pero el reloj aún no marcaba las siete, así que podía regodearse un poquito más en el sueño. Sin embargo, Paca no estaba dispuesta a darle tregua. Su apetito no era un asunto trivial y a esas alturas ya su humano debería saberlo, así que avanzó sobre la cama hasta alcanzar la cabeza de Néstor y comenzó a frotar la suya contra el cabello de él, acompañando el gesto con algún que otro lastimero «miau.» ¡Así no había quién durmiera!

Néstor se sentó en la cama con resignación. Miró a la gata con cierto resentimiento, pero como siempre le ocurría, cuando veía aquellos ojos amarillos mirándolo fijamente con desamparo, se le pasaba cualquier enfado que le hubiera ocasionado su comportamiento.

—Tienes hambre ¿no es así? —le preguntó, mientras le acariciaba el lustroso pelo negro de la cabeza y el lomo.

—Mauuu. —le respondió, con un tono capaz de conmover a una piedra.

Néstor sonrió, mientras comprobaba con orgullo lo poco que se parecía Paca a la gata maltrecha y desastrada que había rescatado de su portal después de una pelea que ella había tenido, casi con seguridad con un perro. En aquel momento, había curado y protegido al que él creía que era un gato gordo, lo que después resultó ser una gata preñada que parió una camada, la cual entre él y el veterinario habían podido colocar en afectuosas familias. Ahora, Paca era una esbelta y lustrosa gata negra con músculos firmes y aires principescos. La única señal que le quedaba de su vida callejera era la pérdida de la punta de una oreja, como consecuencia de la misma pelea.

—Está bien, tú ganas. Ya me levanto.

—Maauuuu —respondió la gata y en cuanto él abandonó el lecho, ella bajó la cabeza y se tumbó acurrucada sobre la zona del colchón que su

humano recién había abandonado y que aún conservaba el calor de su cuerpo.

Después de una ducha, Néstor estuvo listo para enfrentar su nueva rutina. Llenó el tazón de Paca con la medida que le había indicado el veterinario y le puso agua fresca. La gata tenía un apetito insaciable y quería comer a toda hora, así que tenía que ser muy estricto con las raciones y no pasar de la cantidad recomendada para cada día. A veces Néstor se preguntaba si Paca sabía que el veterinario era el culpable de su dieta, porque cada vez que lo visitaban, ella le dejaba al menos un buen rasguño. En fin, que después de ocuparse de su huésped, pues a Salazar se le hacía difícil pensar en ella como en una mascota, Néstor decidió comenzar el día con osadía y prepararse él mismo un café, después de seguir con meticulosidad todos los consejos de Gyula y Sofía. Aunque aún no había logrado un café decente, al menos ya no iniciaba un incendio cuando hacía el intento de cocinar. Bueno, o no con tanta frecuencia.

Se dispuso a probar el café. De alguna manera se las había arreglado de nuevo para que tuviera sabor a quemado. Después del primer sorbo decidió que la vida era muy corta para semejantes sacrificios y tiró el resto. Más tarde desayunaría en el bar de Gyula, como siempre.

Regresó a la habitación para terminar de vestirse. Aquellos dos días de asueto le habían venido bien. Al menos pudo pasar por su casa y comprobar que todo estaba en orden. Incluyendo a Paca. Desde hacía cinco semanas había recorrido medio país entre prácticas y conferencias. Sin pensarlo miró en dirección a la cesta donde guardaba su gabán hecho un ovillo, para que pudiera estar completamente arrugado a la hora de usarlo, tal como se lo había aconsejado su ahora difunto mentor, el comisario Padilla. Por una vez, se alegró de no tener que usarlo. Era su mejor herramienta en el trabajo policial, en especial cuando tenía que llevar adelante una investigación, porque vestido de esa guisa, con la ropa arrugada, el cabello despeinado y el gabán una talla más grande, los testigos y sospechosos lo tomaban menos en serio y bajaban la guardia.

Pero ahora no estaba en servicio operacional y con el verano avanzando, no tener que usar el gabán resultaba un alivio. Se puso un traje, camisa blanca bien planchada y una corbata discreta. Se peinó y dejó a un lado sus gafas sin aumento. Si sus compañeros lo vieran en ese momento, no lo reconocerían, pues estaba prescindiendo de todo aquello que caracterizaba la imagen que habían creado entre él y Padilla. Donde iba no era necesaria.

Puso la pequeña maleta de mano abierta sobre la cama para comprobar que no se olvidaba nada. Solo llevaba equipaje para pocos días, así que no estaba demasiado llena. Paca decidió que aquel podía ser un buen lugar para echarse una siestecita después del desayuno, así que se acurrucó entre su ropa limpia, dentro de la maleta. ¿O pretendería que se la llevara con él de polizón? Con esa gata, él ya no sabía qué pensar. Con todo el cuidado que pudo la sacó de la maleta y la dejó sobre la cama. A cambio recibió una mirada de reproche, pese a la cual, él cerró la maleta, dejando a la gata afuera.

El verdadero Néstor Salazar salió de la habitación. Por lo visto, Paca no le guardaba rencor y lo siguió para despedirse de él, frotando su lomo contra una de sus perneras. Néstor le correspondió el saludo haciéndole una pequeña caricia detrás de las orejas que hizo que la gata cerrara los ojos con satisfacción. Al menos se habían reconciliado.

Néstor salió con la intención de detenerse en el bar de Gyula para disfrutar de un desayuno decente.

Bajó las escaleras hasta el portal con celeridad. Ya no le molestaban las heridas del disparo que recibió del Asesino de la Rosa. En realidad, se sentía muy bien, al punto que casi siempre olvidaba que hacía apenas un par de meses había perdido el bazo y un riñón.

—Buenos días, Néstor —le saludó Gyula sonriendo en cuanto lo vio asomar por la puerta —¿Vienes a desayunar?

—¿Qué tal, Gyula? Sí. Por favor sírveme un café y una rosquilla.

—¿Todavía no has podido hacerte un café decente?

—Tengo que reconocer que se me resiste. Y eso que he cambiado la marca al menos una docena de veces.

—No creo que el problema sea la marca. ¿Dónde vas tan elegante? Si hasta te has peinado.

—Te lo diría, pero entonces tendría que matarte.

—De acuerdo. No pregunto más —decidió su amigo, ocupándose del café.

—Estaré unos días de viaje. ¿Podrías…?

—Descuida, yo me encargo de alimentar a Paca.

—Ya le di una medida de su ración de hoy. Réstasela de la siguiente, ¿quieres? No quiero que tenga problemas de peso y parece «Carpanta.»

—Entonces no deberías darle comida antes de la hora que le toca.

—Es que no puedo resistirme a la mirada de desamparo de esos ojos amarillos.

—Eres un blandengue.

—Lo reconozco —dijo Salazar, tomando su último trago del café—. Nos vemos luego. Si ves a Sofía por aquí, salúdala de mi parte.

Gyula asintió y volvió a sus asuntos mientras Néstor se marchaba. El tabernero no pudo evitar preguntarse qué estaría haciendo su amigo, que parecía tan misterioso.

Salazar cogió un taxi y le pidió que lo llevara a la estación ferroviaria, pues debía estar en Zaragoza antes de las once treinta de la mañana. Al cabo de quince minutos subía al tren y después de dos horas, cuarenta y cinco minutos había llegado a Zaragoza. Se subió a otro taxi y le pidió que lo dejara en el Estadio de la Romareda. El taxista lo miró por el retrovisor tratando de precisar si sería algún nuevo fichaje del Real Zaragoza. Después de todo, no era muy lógico que un tío de traje y corbata, recién bajado de un tren con todo y maleta, pidiera que lo llevaran al estadio de fútbol cuando no había ni práctica, ni partido. Al cabo de unos segundos concluyó que a ese pasajero no lo conocían ni en su casa, así que se limitó a obedecer, lamentándose no tener una primicia que contar en la peña.

Aunque el trayecto no era para más de doce minutos, gracias a los atascos tardaron tres veces ese tiempo en llegar a su destino. Después de mirar un par de veces su reloj, Néstor agradeció que Paca lo hubiera despertado tan temprano. Desde luego, la chica se había ganado su media ración de la mañana.

Eran casi las once treinta cuando llegó a las puertas del estadio, que era el lugar de encuentro de aquel día. El resto de sus compañeros ya habían llegado, cada uno con su maleta de mano y la misma expresión de desconcierto que debía tener él.

—¿Llego a tiempo? —preguntó Néstor jadeando, después de la corta carrera desde el taxi.

—Apenas. Te siguen los pasos —respondió Gabino, quien era teniente de la Guardia Civil.

—Buenos días —saludó la voz profunda de un hombre a sus espaldas.

Néstor dio un respingo por el susto y apenas se sumó al murmullo de voces que respondieron al saludo.

—Bienvenidos a la Romareda. Pueden dejar su equipaje en los vestidores del club, cuyos directivos han sido tan amables de cedernos hoy

las instalaciones para la práctica.

Mientras hablaba, Diego Mendoza los condujo hasta los vestidores del estadio donde ocho de los casilleros estaban vacíos, con las puertas abiertas y las llaves en las cerraduras. Cada uno de ellos escogió uno, dejó en él su equipaje, lo cerró y guardó la llave en un bolsillo.

El instructor era un hombre de considerable estatura, espaldas anchas y músculos bien definidos. A Néstor le recordaba a su hermano Goliat, por lo que algunas veces se sentía tentado de sacarlo de sus casillas, pero se contenía. Aquel no era ni el lugar, ni el momento para ejercitar su sentido del humor.

—¿Por qué nos han hecho venir hasta aquí hoy, coronel? —preguntó Gabino.

—Pondremos en práctica lo que habéis aprendido acerca de las medidas de seguridad para proteger multitudes en ambientes cerrados. En veinte minutos el estadio se llenará de voluntarios y en algún momento después de eso, en los siguientes noventa minutos, se producirá un atentado con un artefacto explosivo, que por supuesto será solo ruido, humo y harina para marcar a las posibles víctimas. Vuestra tarea de hoy es que no haya ni un solo voluntario que salga con una mota de harina en el cuerpo. Tendréis a vuestra disposición los recursos que solicitéis.

—¿Y después del ejercicio? —preguntó Valentina, una teniente de la Guardia Civil que procedía de Segovia.

—Los trasladaremos en autobús hasta la Escuela Militar de Montaña y Operaciones Especiales, en Huesca, donde concluiremos el curso con algunas clases de teoría y algún ejercicio práctico que será llevado a cabo en las instalaciones de la misma escuela durante los próximos días. Y ahora. ¡A trabajar!

Capítulo seis.

Solo faltaban dos minutos para las once de la mañana cuando el camarero puso la taza de café con leche delante de Sofía. Ella le dio las gracias distraída, mientras aparentaba trastear con su móvil, aunque en realidad no le quitaba la vista de encima a Isaura. La señora Rivero se encontraba a pocos metros, en el extremo de la Plaza de la Paz sentada en un banco, ocupada en mirar el móvil de su esposo, en espera del tan ansiado mensaje con la instrucción del rescate.

Aquella mañana había sido de locura para toda la comisaría. Rivero le había entregado la maleta deportiva con el dinero al subinspector Manuel Rodríguez en la misma oficina del gerente.

Manuel ocultó a su vez la maleta en una mochila de color azul oscuro, mientras Jorge salía con otra idéntica rellena de papeles. El subinspector se fue directamente a la comisaría, donde el comisario y el resto de la plantilla lo esperaban, luego le entregó el dinero a Lali, quien procedió a escanearlo lo más rápido que pudo. Después que tenían una copia digital de cada billete donde se podían apreciar con claridad los seriales, volvieron a meterlos en la maleta, y esta dentro de la mochila.

Antonia, la chica de la limpieza de los Rivero, había sido citada a la comisaría. Una vez allí, le explicaron que necesitaban su ayuda, así que fue ella quien introdujo la maleta con el dinero dentro de la mochila, para devolvérsela a sus patrones.

Y allí estaban. Al parecer todo salía según los planes. Isaura no podía disimular su nerviosismo. Se frotaba las manos, cambiaba la posición de sus piernas y hacía esfuerzos considerables por no desviar la mirada en dirección al lugar donde se encontraba la chica de la policía.

El tiempo transcurría con una lentitud exasperante. Pasaban diez minutos de las once cuando finalmente el móvil de Rivero cobró vida, pero no fue para recibir un mensaje, sino la llamada desde un número oculto.

—Soy Isaura. Dígame —respondió ella con la voz quebrada por el miedo.

—¡Se aborta la entrega! ¡Faltaron a su palabra! ¡No está usted sola! ¡La acompaña una policía! —gritó una voz al otro lado de la línea. Isaura reconoció que era la misma que había dado instrucciones a su marido.

—¡No es así! ¡Hemos cumplido! Tengo el dinero —le dijo Isaura entre sollozos—. Por favor, recíbalo y devuélvame a mi hijo.

—¿Es que acaso no me ha escuchado? Se aborta la entrega. Regrese a su casa con el dinero y espere instrucciones. Los estaremos vigilando, y si vuelvo a ver cualquiera que huela a policía cerca de su familia, no volverán a ver al mocoso.

—No, por favor, escuche… —pero ya el secuestrador había colgado. Isaura rompió a llorar, cogió la maleta y se dirigió al coche, donde la esperaba su chófer.

Sofía, que no sabía lo que ocurría miró en su dirección, pero la mujer le hizo un gesto con la cabeza para que se mantuviera alejada. En la compañía telefónica, después de escuchar la conversación en el móvil de Rivero, el comisario y Remigio intercambiaron miradas de disgusto, sin comprender cómo los habían descubierto los secuestradores después de todas las precauciones que habían tomado.

—Por lo visto, son más listos de lo que creíamos —apuntó Toro.

—O hay algo que se nos está escapando. Diji, quédate aquí y continúa con las escuchas de los Rivero. Si hay cualquier novedad, avísame. Vamos, Remigio.

—¿Adónde?

—A la comisaría. Sospecho que podremos ser más efectivos desde allí. Además, quiero saber si Pedrera y Rodríguez han podido averiguar algo del encargo que les hice anoche.

Remigio Toro asintió. No tardaron mucho en llegar a la comisaria. Apenas cruzaron la puerta, García, el agente de guardia, le comunicó a Ortiz que un caballero lo esperaba en su oficina.

El comisario tuvo el presentimiento de que no serían buenas noticias. Y no se equivocó. En cuanto llegó al antedespacho, Lali lo recibió con expresión de angustia.

—Comisario, adentro lo espera el licenciado Cardona. Viene de parte de los señores Rivero. Desea hablar con usted.

Santiago entró, sabiendo lo que iba a decirle el leguleyo. Lo esperaba un hombre cercano a la jubilación, calvo y con un bigote canoso, que se levantó con cierta dificultad de la silla.

—Comisario. Soy el licenciado Alejo Cardona, abogado de la familia Rivero Esparza.

—¿En qué puedo ayudarlo señor Cardona?

—Mi cliente, el señor Jorge Rivero, me ha puesto al tanto de las dificultades que su familia atraviesa en este momento.

—Se refiere al secuestro.

—Usted sabe a lo que me refiero.

—No debió hacerlo. Ya le explicamos que cuantas menos personas se involucren, el niño tendrá mejores posibilidades.

—Lo que tal vez no debió hacer fue llamar a la Policía, pero se dejó influir por la buena prensa que tiene esta comisaría.

—¿Buena prensa? ¿Qué quiere decir con eso?

—Que tal vez tengan ustedes algunos amigos entre los periodistas que se han dado a la tarea de alabarlos, para crearles buena fama.

—¿Está diciendo que lo que afirma la prensa sobre nosotros es falso? ¿Que nos benefician deliberadamente?

—Es algo que no puedo afirmar, pero a la vista de los acontecimientos…Bien, el caso es que el señor Rivero se arrepiente de haberlos involucrado, pues debido a eso, ahora su hijo corre mayor peligro.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión, letrado?

—Los secuestradores descubrieron su intervención ¿no es así? Y como consecuencia de ello, abortaron la entrega del rescate. ¿Va a decirme que eso no aumenta el peligro para Ismael? No fueron lo suficientemente discretos, la han pifiado. Reconózcalo comisario.

—No reconozco nada. Hemos sido muy cuidadosos y discretos. Doy fe de ello por cada uno de mis hombres.

—No sé dónde estuvo el fallo, pero hubo un error en alguna parte. Bien, el caso es que siguiendo los lineamientos de mi cliente, el padre de la víctima, acudiré en este momento al juzgado para emitir una orden de amparo que prohíba que la Policía vuelva a acercarse a la familia mientras el niño se encuentre en situación de riesgo. Por supuesto que eso incluye la revocación del permiso que el señor Rivero les extendió para intervenir su teléfono. También solicitaré una investigación para que se averigüe dónde ocurrió la filtración que permitió saber a los delincuentes que la señora Isaura tenía un seguimiento policial.

—Si hace eso, nos estará atando las manos para poder rescatar al niño.

—¿Es esa su prioridad, comisario?

—Desde luego.

—¿No será para usted y sus hombres más importante atrapar a los secuestradores que la vida de Ismael?

—Nuestra prioridad es rescatar al niño sano y salvo. Y usted está haciendo todo lo posible para impedírnoslo.

—Lo que estoy haciendo es permitir que la familia Rivero cumplimente las exigencias de los secuestradores, para que puedan recuperar a su hijo.

—¿Cómo sabe que los raptores cumplirán?

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Se me ocurren una docena de razones. No podemos confiar en unos delincuentes para que cumplan su palabra. No podemos depositar la vida de un niño en la buena fe de sus secuestradores.

—Tampoco podemos dejarla en la ambición de un grupo de policías en busca de méritos.

—¿Es eso lo que cree? ¿Qué nuestro interés en todo esto es por obtener beneficios propios?

—Lo siento, lo que está en juego es demasiado importante. Creo que debemos tratar de tranquilizar a los secuestradores, convencerlos de que acepten el dinero y que nos devuelvan al chiquillo. Después de eso, podrán ustedes hacer lo que gusten.

—Lo que gustemos no. Nuestro trabajo.

—Como sea. Ya lo sabe, no se vuelva a acercar a la familia Rivero. Y le advierto, si algo le pasa a Ismael como consecuencia de su torpeza, o la de sus hombres, me encargaré personalmente de que respondan por ello.

Capítulo siete.

Aquel fue uno de los peores días en la vida de la familia Rivero Esparza. La decisión de apartar a la Policía la había tomado Jorge, en cuanto Isaura le contó lo que había dicho el secuestrador. No podía comprender cómo se habían enterado los raptores del seguimiento policial. Era seguro que la filtración no podía venir de su casa, así que solo quedaba la posibilidad de que hubiera sido la Policía la responsable. Lo mejor, decidió, sería obedecer al pie de la letra a quienes tenían la vida de Ismael en sus manos.

Isaura y él permanecieron el resto de la tarde junto al teléfono de la sala. Los acompañaba Cardona. Además mantenían el móvil de Jorge conectado al cargador. No querían que un detalle como ese impidiera que los secuestradores se comunicaran. Felipe les dijo a sus padres que tenía clases en la Universidad y que debía marcharse, pero que le avisaran por el móvil si surgía alguna novedad.

No fue sino hasta las seis de la tarde que se produjo la tan ansiada comunicación, a través del teléfono de la casa. Jorge descolgó y colocó la función de manos libres.

—Aquí Rivero.

—Señor Rivero. Lo de esta mañana casi le cuesta la vida a su hijo, así que será mejor que no vuelva a cometer un error como ese. Sin embargo, sé que despachó a la Policía, así que estoy dispuesto a perdonarle, solo por esta vez.

—Por favor. Haremos lo que usted diga, pero no le haga daño a Ismael.

—La entrega será esta noche, a las diez treinta. La llevará a cabo su esposa y será mejor que esta vez sí acuda sola.

—Iré sola, se lo juro.

—Lo haremos con su coche. Llamará a un taxi para que la siga. ¿Conoce la calle del vino?

—Sí, por supuesto.

—Muy bien. Hay una rotonda junto a una famosa bodega, con un tren formado por una locomotora y dos enormes barriles.

—Conozco el lugar.

—Aparcará el coche en la glorieta, lo más cerca que pueda de la locomotora, dejará adentro la maleta con el rescate, las llaves del encendido y se marchará con el taxi. Le devolveremos el vehículo después que

hayamos recogido el rescate y comprobado que siguieron nuestras instrucciones. ¿Han comprendido?

Jorge miró a su esposa, que asintió con la cabeza sin decir palabra.

—Comprendido. ¿Cuándo nos devolverán a Ismael?

—Después que tengamos el dinero en nuestro poder, volveremos a llamar.

Un ligero alivio invadió a Isaura. Todavía no recuperaba a su hijo, pero después de darles a los secuestradores lo que querían, seguro que lo liberarían. ¿Por qué querrían ellos hacer otra cosa? El siguiente paso que dieron los Rivero fue comunicarse con una compañía de taxis, para cumplir las órdenes de los secuestradores. Cardona se ofreció a seguirla él mismo, pero ella se negó en redondo. Esta vez cumpliría las instrucciones al pie de la letra. No permitiría la menor desviación.

A las diez y veinte llegó el taxi. Isaura, quien ya esperaba en el coche con el rescate en el asiento del acompañante, aguardó a que Jorge le diera las instrucciones al confundido taxista. A las diez treinta estaban en la rotonda señalada. Por suerte, ella conocía bien el lugar, pues se encontraba cerca de su casa y tenía unas excelentes instalaciones para la cata. Lo había visitado en muchas ocasiones con Jorge.

La glorieta estaba bastante solitaria, de lo cual ella se alegró. Hizo exactamente lo que le ordenaron, dejó el coche abierto, con las llaves en el encendido y el maletín con el dinero en el asiento del acompañante. Luego subió al taxi y regresó a casa con la esperanza de que la siguiente llamada fuera para decirles dónde debían recoger a Ismael.

Cuando llegó, al cabo de pocos minutos, ya Felipe estaba de vuelta. El chico había respondido bien esos días. A Isaura le sorprendió el aspecto pálido y demacrado de su hijo mayor.

—Felipe. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. Solo que me preocupa Ismael, igual que a vosotros.

—Ya entregamos el rescate, hijo —respondió Isaura con optimismo—. A partir de ahora, solo es cuestión de tiempo para que tu hermano regrese a casa.

—Sí, claro.

—No pareces muy convencido, Felipe.

—¿Por qué estás tan segura de que lo soltarán? ¿Qué te hace pensar que Ismael va a volver?

—¡No le hables así a tu madre! —dijo Jorge, alzando la voz.

—No le grites, cariño —suplicó Isaura dirigiéndose a su marido—. Está preocupado por su hermano. Es normal. Todo saldrá bien, Felipe. Ya verás que en pocas horas tendremos aquí a Ismael y podrás hacerle rabiar llamándole como sueles hacerlo. ¿Cómo es?

—«Chinche» —murmuró el joven.

—Eso. Y mira que se cabrea cuando le dices así —le recordó Isaura, tratando de convencerse a sí misma de que todo volvería a ser como siempre en pocas horas.

—Yo me voy a dormir —decidió Felipe, de repente.

—Sí, hijo, anda a descansar. Mañana verás las cosas de una forma más positiva.

El joven la miró sin responder, por un momento dio un paso hacia ella, como si quisiera darle un beso de despedida como cuando era un niño, pero luego pareció cambiar de opinión, murmuró un «buenas noches» y subió las escaleras de dos en dos, hasta llegar a su habitación. Una vez allí, se encerró en el baño y rompió a llorar con desconsuelo.

Jorge e Isaura permanecieron en la sala e intercambiaron una mirada. Ambos tenían en mente la misma pregunta, el mismo anhelo por saber cuánto había de esperanza en el otro, pero ninguno se atrevió a formularlo en voz alta, porque ambos sabían que la respuesta no sería sincera. Cada uno trataría de consolar al otro, de decirle que en pocas horas recuperarían a su hijo, pero en el fondo de su corazón, ambos sentían la terrible mordedura de la incertidumbre. No habría paz para ellos hasta que pudieran abrazar a Ismael.

Las esperanzas de Isaura de recibir la ansiada llamada aquella misma noche, no se vieron cumplimentadas. Jorge se quedó dormido recostado en el sillón, junto al teléfono. Isaura lo hizo con la cabeza en el regazo de él. Amaneció sin que el teléfono sonara.

Al día siguiente tampoco se movieron de allí. A la hora de las comidas, Antonia les llevó algo para picar. Felipe trató de convencerlos de que se alejaran de aquel maldito aparato, que se fueran a descansar, que regresaran al mundo vivo, pero ambos se negaron. Pasaron las horas del día y también de la noche, pero el teléfono continuó mudo. Lo mismo ocurrió al día siguiente, y al otro.

El cuarto día, fue el timbre de la entrada el que rompió silencio de la casa. Antonia abrió la puerta, e hizo pasar a los visitantes.

El corazón de los angustiados padres dio un vuelco cuando la imponente figura del comisario Ortiz, acompañado de la chica policía, cruzaron el umbral.

—Comisario Ortiz. ¿Qué hacen aquí? —le increpó Jorge—. No deberían haber venido. Los secuestradores aún tienen a mi hijo en su poder.

—Señor Rivero, señora. —respondió el policía con su voz grave—. Lamento notificarles que hemos encontrado el cuerpo de un niño. Señor, le agradecería que nos acompañara a la morgue para la identificación.

—Se trata de…

—Lo lamento mucho.

Las lágrimas inundaron los ojos de Jorge, mientras Isaura, después de lanzar un grito de desesperación, perdió la conciencia.

Capítulo ocho.

Néstor colocó su bandeja en la mesa y se dejó caer sobre la silla con desaliento. Miró a sus compañeros de penurias. Aquel curso de especialización estaba resultando mucho más duro de lo que hubiera imaginado cuando sus jefes se lo propusieron. La tarde anterior habían tenido que llevar a cabo la planificación para proteger a una personalidad que realizara una imaginaria visita al Palacio del Pardo, en Madrid. El problema era que el conocimiento que tenían sobre el edificio en sí y sus alrededores, para la mayoría de ellos no pasaba de una visita turística en alguna ocasión. Solo Márquez, teniente coronel del ejército y madrileño podía presumir de conocerlo mejor.

Les habían proporcionado, eso sí, planos detallados de la ciudad, del edificio, y también pusieron a su disposición todos los recursos que pudieran solicitar. Después de todo, era solo un ejercicio teórico. Pero como no podía ser tan fácil y para evitar excentricidades, les dieron un presupuesto limitado. Lo cual significaba que el asunto implicaba habilidades administrativas. Y ahí las cosas comenzaron a complicarse. En un primer momento, las ideas fluyeron con facilidad: anillos de seguridad concéntricos que incluían guardaespaldas personales en el círculo más cercano, agentes policiales en el siguiente y por último policías militares. Alguno sugirió la implicación del equipo canino de la Policía para registrar los puntos más sensibles del área, donde pudieran ser colocados explosivos y otro llegó a proponer el uso de un par de drones con cámara sobrevolando la zona, pero antes de que siguieran surgiendo ideas, Valentina, la Guardia Civil que provenía de Segovia los llamó al orden. Ella pidió ocuparse de los presupuestos y ya al llegar al segundo anillo de seguridad, se habían pasado siete pueblos.

Con la irritación de tener que soportar la sonrisilla sarcástica del coronel Mendoza, todo el equipo se vio en la obligación de replantearse desde el principio el trabajo en el que habían empleado dos horas y media, comenzando a meter tijeretazos a discreción que les permitieran mantener el nivel de seguridad deseado, sin exceder el ajustado presupuesto. Por supuesto que los drones tuvieron que ser eliminados. ¡Lástima! A Néstor le hacían ilusión, aunque no fue él quien los propuso. Solo se lo sugirió en voz

baja a Gabino. Por fin, después de dos horas más, lograron presentar un plan de seguridad decente, que todo había que decirlo, hizo que Mendoza enarcara las cejas, lo cual era el equivalente de dar aplausos y silbidos en una persona normal.

Pero ese ejercicio no había sido lo peor. Después de todo se trataba de trabajo intelectual, planificación, tácticas, el tipo de tarea con la que Salazar se sentía cómodo, pero la mañana del día anterior habían tenido nada menos que un curso de tiro táctico a larga distancia. ¡Un curso de francotirador! Él, que no hubiera acertado a un elefante a tres metros. Además, aquello le traía malos recuerdos y le ponía la piel de gallina. Por supuesto que su desempeño había sido tan desastroso, que Mendoza le extendió una orden para que lo evaluara un oftalmólogo en Jaca, al cual debía acudir aquella misma tarde, pese a sus protestas de que su vista era perfecta. Para eso tendría que perder una clase de seguimiento financiero de capitales ilícitos, lo cual tenía que reconocer que no lamentaba, pues las finanzas no eran lo suyo. Valentina se ofreció para ponerlo al día con el tema aquella misma noche. ¡Buena chica!

Pero lo peor hasta ese momento había sido la actividad de aquella misma mañana. Una clase de escalada. ¡Escalada! ¿Para qué podía servirle a un inspector de Haro, colgarse de una cuerda para trepar la pared de una montaña? ¿Es que acaso no se habían inventado las escaleras precisamente para eso? Se suponía que era un curso táctico de antiterrorismo y contra el crimen organizado. ¡Que tendrían que vérselas con tíos armados y explosivos! ¡No con cabras montesas! Pero no era cuestión de quejarse, él había firmado su conformidad con el curso pocos días antes de terminar su período de reposo, cuando el comisario mayor Daniel Guzmán, de la Jefatura Superior de la Policía de Haro, lo llamó a su oficina para comunicarle que había sido escogido para llevar a cabo un curso de capacitación especial. Las clases serían dictadas por varias instituciones entre el ejército, la policía y cuerpos especiales de seguridad y para seguirlo habían sido seleccionadas solo ocho personas en toda la península. Los afortunados eran dos policías nacionales, dos guardias civiles y cuatro militares. La selección se había llevado a cabo entre las fuerzas del orden con jurisdicción nacional y entre aquellos que habían destacado por su desempeño. El comisario mayor se sentía muy orgulloso de que uno de los policías nacionales escogidos se encontrara en Haro, bajo su jurisdicción. La aceptación del curso era voluntaria, pero después de semejante

preámbulo, como para negarse. Además, Néstor lo vio como una gran oportunidad dentro de su carrera, que ya venía bastante ralentizada por culpa de las amenazas del ahora difunto Joaquín Pernía.

Esa mañana, cuando les anunciaron el programa del día, Néstor perdió el color del rostro y no fue el único. Nunca en su vida había escalado, ni intentado hacerlo, pero cuando se puso a ello descubrió con sorpresa que no se le daba tan mal, pese a que temió que sus recientes heridas le causaran algún problema. Sin embargo, llegado el momento crucial no tuvo ningún inconveniente. Por lo visto, había sanado por completo. Aunque nunca se lo hubiera imaginado, al subir la pared de la montaña se encontró disfrutándolo. Las vistas, la sensación de haber superado un reto, de poder confiar en su propia fuerza física para llevar a cabo algo tan extraordinario como trepar una pared de roca con la ayuda de piolets, cuerdas y poleas: Le pareció grandioso. Tal vez tuviera alma de cabra montesa después de todo. Eso explicaría muchas cosas.

Pese a que había resultado mucho mejor de lo que esperaba, la escalada lo había dejado derrengado. Lo mismo que a sus compañeros. Después del ejercicio los invitaron a acudir al comedor. Luego dispondrían de una hora para descansar un poco y después a un salón de clases para hablar de finanzas. Eso los demás. Néstor tenía su cita con el «matasanos.»

Después de sentarse, Salazar comenzó a dar cuenta de su almuerzo. El ejercicio le había abierto el apetito. Además, pese a que era junio y la temperatura rondaba agradablemente los veinte grados, en plena montaña habían pasado algo de frío. No quería imaginar cómo sería aquello en invierno, pero dado el buen tiempo, una buena chaqueta y todo arreglado.

—¡Coño Salazar! ¿Eres tú? —preguntó una voz a sus espaldas que le resultó familiar, al mismo tiempo que sintió una palmada amistosa en el hombro.

Néstor volteó y vio a un hombre tan alto como él mismo, con el cabello cortado a cepillo y uniforme de capitán. Reconoció la voz más que el rostro.

—¿Adolfo? —el otro asintió, sonriendo—, hombre Adolfo, cuánto me alegra verte. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Salazar, mientras se ponía de pie y le daba un abrazo fraternal.

Adolfo Baldó correspondió al abrazo de su viejo amigo y señaló la silla que permanecía vacía a su lado.

—¿Puedo sentarme y acompañaros?

—Desde luego —lo invitó Néstor, luego se dirigió al resto de sus compañeros, quienes los miraban con curiosidad—. Adolfo y yo hicimos juntos la mili. ¿En qué año fue?

—En el noventa y siete —respondió el aludido, mientras ambos ocupaban sus asientos.

—¿Pero qué haces aquí? Y vestido de esa guisa.

—Después de la mili decidí seguir la carrera militar.

—¿Tú?, pero si no había nadie que detestara más la disciplina del cuartel.

—Pues ya ves. Ahora soy yo el primero que la impone.

—¿Por qué estás aquí?

—Soy uno de los instructores de la Escuela. Les enseño defensa personal a los chicos. Vosotros estáis en el curso especial, ¿no es así?

—Pues sí —respondió Gabino—. Somos los afortunados. O eso dicen.

—Desde luego que sí. Sobre todo si es verdad lo que se rumora.

—¿Y qué se rumora? —preguntó Néstor con gesto conspirador.

—Se supone que no lo debo decir.

—¡Vamos, por los viejos tiempos! —insistió Salazar—. ¿Qué harán con nosotros después de salir de aquí?

—Si te lo digo, me capan. Solo puedo adelantarte que os tienen por los mejores en vuestros respectivos campos. Pero hablemos de otra cosa. Dime Salazar, ¿has vuelto a ver a Quintana?

—¡No! Y es una suerte.

—Pues no te sorprendas si te lo encuentras por ahí. Es más, creo que él es uno de los instructores de vuestro curso.

—¡No me jodas! —exclamó Néstor, sin poder contenerse—. Lo siento. Es que sería la última persona con la que quisiera encontrarme. ¿Sobre qué materia nos instruirá?

—Es experto en el área de finanzas, descubrir capitales ilegales, lavado, ese tipo de cosas. Es administrativo y Guardia Civil.

—Entonces será la clase de esta tarde —apuntó Valentina.

—Es posible, hace un rato lo vi por ahí —confirmó Adolfo.

—Hazme un favor, Adolfo. Si lo vuelves a ver, no le digas que estoy aquí.

—¿No te verá de cualquier forma cuando vayas a su clase?

—Digamos que tengo una exención para esa actividad. Me enviaron al oftalmólogo.

—Por tu mala puntería, supongo.
—Supones bien.
—¿Qué problema tienes con ese instructor? —quiso saber Valentina.
—Fue una tontería.
—Sí lo fue, pero no creo que Quintana lo vea así.
—Pero ¿qué pasó?
—Román Quintana era cabo cuando este y yo hicimos la mili en Burgos —explicó Adolfo.
—Hacía un frío de perros —apuntó Néstor.
—Una noche, a este lo castigaron con una guardia. ¿Por qué fue? —preguntó Adolfo.
—Por qué va a ser, porque no acerté una en la práctica del tiro al blanco y el muy cabrón de Quintana decidió que era por falta de interés por mi parte, así que me asignó una guardia nocturna en el peor lugar del cuartel, donde hacía más frío. Según él, con soldados como yo, el enemigo no tenía nada que temer.
—El caso es que aquella noche, Quintana entró corriendo a las barracas gritando de miedo que había visto un espectro y que venía a por él. Luego se supo que el espectro había sido este. Después de eso, nadie volvió a respetarlo y los mismos reclutas lo tomamos por el pito del sereno. Tuvieron que trasladarlo, lo cual no le hizo mucho bien a su carrera.
—Pero ¿qué le hiciste para asustarlo así? —preguntó Gabino, intrigado.
—No fue mi culpa —se justificó Salazar—. Como os decía, en aquel rincón hacía un frío que pelaba, con todo y el uniforme de invierno, así que fui al servicio y me envolví el cuerpo y parte de la cara con papel sanitario. Luego regresé a mi puesto de guardia.
—¿Con papel sanitario? —preguntó Valentina, sorprendida.
—Nada mejor para combatir el frío que el papel. Así que me dispuse a cumplir mi guardia de castigo obedientemente, pero bien calentito. Estaba oscuro y era una noche sin luna. Pasada la media noche, Quintana quiso asegurarse de que estaba en mi puesto y que no me había dormido, con toda la mala leche de querer pillarme en falta, pero cuando se fue acercando solo pudo ver el uniforme y donde debían estar mi cara y mis manos, pues el reflejo blanco del papel sanitario.
—Y el susto fue tal, que salió corriendo sin pensar lo que hacía —completó la explicación Adolfo con una sonrisa divertida.
—¡No era mi culpa que fuera tan supersticioso! —se excusó Néstor.

—¿Era supersticioso? —preguntó Valentina.

—Y lo sigue siendo —confirmó Adolfo—. No inicia ningún proyecto en día trece. Se desvía si se le cruza un gato negro. Nunca pasa debajo de una escalera. Así que cuando vio a este envuelto como una momia e inmóvil con el fusil al hombro, el susto fue de campeonato. Después de que lo trasladaron, todos se lo agradecimos a Salazar. La verdad es que Quintana como cabo era un hijo de puta.

—¡Qué no fue mi culpa! —insistió Néstor.

—Tú por si acaso, mejor procura no cruzarte con él.

Capítulo nueve.

Ortiz acompañó a Rivero hasta la morgue para que identificara el cuerpo de su hijo. Se trataba de una de las tareas más penosas de su trabajo. Aquella madrugada una llamada lo obligó a levantarse de la cama antes del amanecer. Habían encontrado el cadáver de un niño bajo unos matorrales en el Camino Número Cuatro. El comisario se levantó cuidando no despertar a Carmela, quien murmuró algo entre sueños, se giró y siguió durmiendo. La mañana era fresca, pero no hacía demasiado frío, después de todo, ya junio se encontraba bastante avanzado. Las calles todavía estaban vacías, por lo que no tardó mucho en llegar al lugar donde se había encontrado el cuerpo. Javier Molina, el forense, ya se le había adelantado. También estaban allí los muchachos de la científica y el juez Velasco. Un par de minutos después llegó el «Corsa» blanco de la comisaría con Sofía.

—Buenos días, doctor Molina.

—Buenos días, comisario, aunque no sé qué puede tener de bueno comenzar un día de esta forma. No puedo con estos casos. ¿Por qué tiene que haber niños entre las víctimas?

—No lo sé. Es algo que tampoco puedo comprender. ¿Alguna idea de cuál puede haber sido la causa de la muerte?

—No tiene golpes, ni heridas visibles, así que habrá que esperar a la autopsia para saberlo con certeza. Lo ataron de pies y manos con cintas plásticas de amarre. Su piel está algo sonrosada, lo que me hace pensar en asfixia por monóxido de carbono, pero solo es una impresión inicial, no una conclusión. Lo que sí puedo decirle con seguridad es que se trata de un varón entre los trece y los dieciséis años, bien alimentado, buen cuidado dental, ropa de buena calidad. No encontré nada que permita identificarlo.

—No es necesario. Me temo que ya lo tenemos identificado. Se trata de Ismael Rivero Esparza, catorce años. Se reportó su desaparición hace cinco días. Los secuestradores pidieron rescate.

—¿Ustedes llevaban el caso? —preguntó el juez, mientras tomaba nota.

—Cuando se dio el primer contacto de los secuestradores el padre nos llamó, e hicimos un seguimiento discreto, pero después del intento de entrega del rescate hubo una filtración y los raptores se dieron cuenta. Entonces los padres nos obligaron a alejarnos.

—¿Es posible que fuera esa la razón de que lo asesinaran? ¿Fue por haberse involucrado la policía? —preguntó el juez.

—No lo sé, señor. Espero que no. No quisiera ese cargo sobre mi conciencia —reconoció Ortiz—. ¿Tiene idea de la hora de la muerte, doctor? —le preguntó el comisario al forense.

—La descomposición está avanzada, no es cuestión de horas, sino de días, así que me temo que no podré ser tan preciso y también será necesario esperar a la autopsia para saberlo. ¿Cuándo los descubrieron los secuestradores?

—Al día siguiente del secuestro.

—Entonces es posible, pero será mejor no apresurar conclusiones.

—Esperaremos su informe. ¿Quién encontró el cuerpo? —preguntó el comisario.

—Fue un nuevo vecino —explicó el juez—. Lleva poco tiempo viviendo en Haro y recién encontró un trabajo en las bodegas. Quiso salir muy temprano porque no conoce la zona y quería llegar a tiempo el primer día. Se perdió y terminó en esta carretera. Me confesó que estuvo a punto de pasar de largo, al igual que habrán hecho muchos conductores, pues el cuerpo estaba oculto en los matorrales y no era fácil verlo desde la carretera, pero aún estaba oscuro y él traía las luces altas, así que estas se reflejaron en la camisa de color claro del chico.

—¿Puede saber si el cadáver lleva aquí varios días, doctor?

—De momento lo que puedo confirmarle es que el cuerpo fue movido. No murió aquí. Con respecto a cuánto tiempo lleva bajo este matorral, es difícil decirlo. De lo que sí estoy seguro es que hace días que está muerto.

Ortiz no pudo evitar pensar en los padres del muchacho. Estaba seguro de que después de haber obligado a la Policía a separarse del caso habrían entregado el rescate y con toda probabilidad esperaban recuperar a su hijo, pues ellos ya habían cumplido. No le gustaba pensar que sería él quien portara tan mala noticia.

—¿Cree que cometimos algún error, señor? —le preguntó Sofía, compungida— Quiero decir, ¿lo mataron cuando descubrieron nuestra presencia?

—No lo sé. Y de momento, no ganamos nada con atribuirnos la culpa. Esperemos los resultados de la autopsia para eso. Ya no es un caso de secuestro, sino un homicidio, así que nos toca resolverlo y atrapar a los malnacidos que hicieron esta atrocidad.

Sofía asintió, aunque no podía quitarse el sentimiento de culpa de encima con tanta facilidad. Esperaron a que el forense y la científica

llevaran a cabo los procedimientos que correspondían en la escena del crimen. Los agentes que ya habían asegurado el perímetro se quedaron haciendo guardia en aquel paraje solitario.

Molina se dispuso acompañar el cadáver a la morgue. El comisario y Sofía se dirigieron a la casa de los Rivero para notificarles la infausta noticia. Antes de hacerlo, Ortiz llamó a la comisaría para concretar una reunión con el fin de iniciar la investigación. Esperaba que Pedrera y Manuel hubieran encontrado algo en sus investigaciones de calle. Si detectaban a alguien que tuviera una deuda que se equiparara al rescate, habrían dado con un hilo del cual tirar.

Una vez que llegaron a la morgue con el padre de la víctima, Javier sacó el cuerpo del chico, tal como lo habían encontrado. El rostro del niño se veía extrañamente sonrosado, por lo que por un momento a su padre le pareció que solo dormía, pero la fetidez de la descomposición lo enfrentó a la realidad. Su hijo menor estaba muerto. Una vez que lo aceptó, Rivero palideció y preguntó si podía marcharse, pues no se sentía bien. Ortiz lamentó tener que hacerle pasar por todo eso, pero no podían ahorrarle el mal trago. Un familiar debía identificar el cuerpo. Después de corroborar lo que ya sabían, que se trataba de Ismael, Javier decidió comenzar inmediatamente la autopsia. El comisario envió a Rivero de vuelta a su casa acompañado de Sofía y se obligó a presenciarla. Pese a que no podía quitarse de la cabeza la imagen de sus propios hijos mientras veía cómo Molina realizaba el desagradable procedimiento, se esforzó en mantener la objetividad.

Hacia la mitad de la autopsia, el forense ya había llegado a algunas conclusiones.

—Como le señalé anteriormente, no hay heridas, golpes, ni señales de violencia. Tampoco hubo ataque sexual. La piel tiene una coloración rosada, hay equimosis en la conjuntiva, lo cual concuerda con asfixia. La sangre es muy fluida y tiene una coloración rojo vivo, al igual que los pulmones, que están llenos de líquido.

—¿Lo ahogaron?

—No. El líquido no proviene del exterior, es consecuencia de un proceso de inflamación. También está presente en las meninges y el cerebro. A este chico lo asfixiaron con monóxido de carbono.

—¿Como en una cámara de gas?

—Exacto, aunque me resulta difícil adivinar dónde puede existir hoy una cámara de gas. Además hay otro detalle que me desconcierta.

—¿De qué se trata?

—Lo amarraron después de muerto.

—¿Está seguro?

—El roce de las cintas debió dejar signos de inflamación en las muñecas y tobillos. La piel resultó lacerada, por supuesto, pero sin ninguna señal de cicatrización. Eso solo es posible si el amarre se hizo post-morten.

—Parece un dato interesante. Me pregunto qué buscarían con atar un cadáver. ¿Y por qué asesinarlo de esa forma? —se preguntó Ortiz, más para sí mismo que para el forense.

—Tal vez no querían que sufriera —El comisario volteó a mirarlo. Aquella afirmación no le pareció coherente—. La muerte por monóxido de carbono es conocida como la muerte dulce —se explicó el forense—, porque la víctima no sufre. Se duerme y no vuelve a despertar.

—Entonces es interesante que hayan escogido ese método.

—Tal vez los secuestradores conserven algún rasgo de humanidad.

—O son cercanos a la víctima —opinó Ortiz.

—En ese caso no lo hubieran asesinado ¿No lo cree?

—Quien sabe. En este trabajo he visto de todo. Y supongo que usted también. ¿Me puede decir algo acerca de cuánto tiempo hace que se produjo la muerte?

—No sé cómo se sentirá con respecto a esto, comisario, pero de acuerdo a la cronología que me refirió, el niño murió el primer día.

—¿Me está diciendo…?

—Que cuando hicieron el primer contacto para pedir rescate, ya el chico estaba muerto.

Ortiz apretó los puños y los dientes, sintiendo una mezcla de alivio y enfado. Enfado porque aquellos malnacidos habían sometido a los padres a una tortura de cinco días y les habían pedido dinero después de asesinar a su hijo. Alivio porque la intervención policial no había sido la responsable de la muerte de Ismael.

Capítulo diez.

La autopsia le había dejado mal cuerpo a Santiago. Llegó a la comisaría a media mañana. Sus subalternos lo esperaban en la sala común que compartían todos los inspectores en el segundo piso. Al pasar por el primer piso le pidió a Lali que por favor le subiera un café. Aquel sería un largo día.

—Buenos días, señor —saludó Remigio—. Ya Sofía nos informó acerca del hallazgo del chiquillo Rivero. Supongo que el asunto vuelve a nuestras manos. ¿No es así?

—Así es. Y vamos a darle prioridad absoluta —En pocas palabras, el comisario los puso al día con los resultados de la autopsia—. Pedrera, ¿tú y Rodríguez habéis averiguado algo?

—Nada concreto, señor. Hemos hablado con los informantes y presionado a los dueños de garitos y camellos conocidos. Nadie sabe nada acerca de una deuda que ronde los diez mil euros. Lo que sí hay es mucho nerviosismo.

—¿Nerviosismo?

—Al igual que nosotros, en las calles se sospecha que el chico fue secuestrado para pagar una deuda ilegal. Eso los pone nerviosos a todos, porque saben que el secuestro y asesinato de un niño es una fuerte motivación para que policías y jueces metamos la antorcha en el avispero. Están asustados, así que será más difícil que alguien hable.

—Ya lo veo. Entonces los informantes no saben nada.

—O no lo saben, o no lo quieren decir.

—De acuerdo. Vosotros conocéis mejor que yo lo que se cuece allá afuera. ¿El modus operandi de este secuestro os hace pensar en alguien en particular?

—Si me permite, comisario —intervino Remigio—. Estos sujetos escogieron un niño para el secuestro, lo cual hace que la víctima sea más fácil de controlar, pero también aumenta nuestra motivación para dar con ellos. El monto del rescate resulta casi ridículo para el delito que están cometiendo…

—Es la razón por la que pensamos que se trata de una deuda. Un acto desesperado.

—A eso voy. Creo que no nos enfrentamos a profesionales, ni a terroristas, sino a aficionados. Además…

—Continúa.

—Diji, ¿puedes mostrarle al comisario lo que discutíamos antes de que él llegara?

El subinspector Cheick usó chinchetas para sujetar un mapa de Haro en la pizarra donde se colocaban las pruebas de los casos durante las investigaciones. Fue Pedrera quien se acercó con un marcador en la mano y comenzó a dibujar X, que luego englobó en un círculo.

—Residencia de la víctima, lugar del secuestro, entrega del rescate, aparición del cuerpo —anunció, mientras iba dibujando las marcas—. Como puede ver, todo se circunscribe a San Miguel y el Barrio del Vino, en las cercanías. Por lo visto, esta sería la zona de confort de los secuestradores. Hemos estado hablando y creemos que al menos uno de ellos vive en esta área y la conoce bien.

—Es un buen punto —admitió Ortiz—. Además, la voz del que llamó para pedir rescate era la de un hombre joven. Manuel, ya las copias de las grabaciones deben haber sido analizadas por la científica. Por favor averigua si tienen algo. Y pídeles el informe. Volvemos a tener prioridad uno con esto.

—De acuerdo, señor.

—Sofía, habla con los padres. Es seguro que entregaron el rescate. Por favor averigua cómo se llevó a cabo. Ya no hay nada que les impida colaborar.

—Sí, señor.

—Miguel, Manuel, seguid presionando a los informantes. Decidles que si alguien sabe algo de esto y lo oculta, lo acusaremos de cómplice del secuestro y el homicidio.

—Muy bien.

—Remigio. Tú y Diji visitad los bancos de la zona de confort. Entregadles copias de los seriales de los billetes. Pedidles que si reciben alguno, nos den aviso.

—Para eso será necesaria una orden judicial.

—Es lo que yo haré. Iré a ver al juez Velasco ahora mismo. Vamos, quiero que los malnacidos que asesinaron a ese niño sean detenidos lo antes posible. Es lo menos que podemos hacer por los Rivero.

Todos salieron a cumplir las órdenes de Ortiz. Él mismo se dirigió al juzgado. En la puerta lo detuvo un joven funcionario.

—Hola Roberto.

—Buenos días, comisario. No sé si está enterado, pero hay un nuevo reglamento. Debe firmar el libro de entrada.

—Desde luego —aceptó Santiago.

Roberto anotó su nombre en un cuaderno que usaba como bitácora y le señaló a Ortiz dónde debía firmar. Luego le entregó una tarjeta de visitante para que se la prendiera en la ropa.

El comisario superó esa primera barrera y se preparó para la siguiente. Los jueces eran cada vez más estrictos con las normas de seguridad, pues no faltaban los periodistas, familiares de detenidos y abogados, que consideraban prioritario que les concedieran audiencia. En el segundo piso encontró el despacho del juez Velasco. Una mujer de mediana edad lo saludó con una sonrisa en cuanto lo vio.

—Comisario Ortiz. Buenos días. ¿Desea hablar con el juez Velasco? Está en una reunión.

—Esperaré, si no le molesta. El asunto que me trae es importante.

—Por supuesto. Desea un café mientras espera.

—No, gracias.

La secretaria asintió y continuó con su trabajo. Al cabo de veinte minutos la puerta del despacho se abrió y salió Velasco acompañando al juez Carrillo.

—Comisario, buenos días —lo saludó Velasco—. Supongo que viene por el homicidio que se descubrió esta mañana.

— Buenos días. Así es, señoría. Buenos días, juez Carrillo —saludó también al acompañante de Velasco.

—Buenos días, comisario —respondió Carrillo—. ¿Cómo está el inspector Salazar? ¿Ya se ha reincorporado a sus labores?

—Aún no, señoría.

—Vaya. ¿Tan grave fue? Espero que sus heridas no lo hayan incapacitado para el trabajo —insinuó el juez. Santiago sabía que Néstor no se llevaba bien con Carrillo y que nada le hubiera complacido más al juez, que saberlo fuera de juego.

—No señor. Las heridas sí fueron graves, pero por suerte el inspector se recuperó muy bien. No se ha reincorporado porque se encuentra en una asignación especial.

—¿Algo de lo que debamos tener noticia?

—No. La orden proviene de la Jefatura Superior y no se me permite hablar de ello.

—Está bien. Por favor, hágale llegar mis saludos al inspector y mi satisfacción por su rápida recuperación.

—Se lo haré saber cuándo lo vea —respondió Santiago, que como buen policía podía oler la hipocresía del juez.

—Bien. ¿Puedo ayudarlo en algo, comisario? —preguntó Velasco.

—Sí, señor. Si no le importa, me gustaría hablar con usted en privado.

—¿Es por el caso Rivero Esparza?

—Sí, señor.

—Entonces hablé con libertad, comisario —insistió Velasco—. Rafael es tan juez como yo y aunque no lleve el caso, no hay razón para guardarle secretos al respecto.

Ortiz se sorprendió. Si bien Velasco tenía razón y no había razón para no hablar frente a otro juez, tampoco era habitual que eso ocurriera. Por lo general, los jueces eran bastante celosos con los casos que llevaban. Al ver la expresión de extrañeza del comisario, Carrillo se apresuró a dar una explicación.

—Soy amigo del padre de Isaura, la madre del chico que apareció muerto. Aunque por supuesto, ese hecho me inhabilita para ser juez de la causa, o intervenir en la investigación, le he pedido el favor a Mauricio que me mantenga informado de los avances. Si usted no tiene inconveniente.

—No lo tengo, siempre que se mantenga dentro de los marcos legales y no haya interferencias directas, o indirectas con la investigación —respondió el comisario con desconfianza. Si a Néstor no le gustaba aquel juez, por algo sería.

—Pase comisario —lo invitó Velasco—. ¿Quieres entrar tú también, Rafael?

—No, gracias. Tengo que revisar unos expedientes. Si me descuido, se me acumula el trabajo burocrático. Ya me dirás si hay algún avance importante. Buenos días, comisario y no olvide mis saludos al inspector Salazar.

Carrillo se marchó y Santiago entró a la oficina de Velasco.

—Muy bien, usted dirá en qué puedo serle útil, comisario.

Ortiz le explicó al juez lo que necesitaba.

—No veo problemas, siempre que la orden se restrinja a los billetes cuyos seriales están directamente relacionados con el secuestro.

—Es la idea, señor.

Velasco asintió y comenzó a redactar la orden.

Capítulo once.

Aquella misma tarde, la reunión en la comisaría comenzó a las siete treinta. La primera en llegar fue Sofía, cuyo día había sido espantoso. Hablar con los padres de Ismael había representado una dura prueba. Aunque ella no tenía hijos, podía imaginar lo que los Rivero debían estar sintiendo en ese momento. Perder a un ser querido de esa manera, y más si se trataba de un hijo, debía ser brutal. Sus compañeros fueron llegando a los pocos minutos y al cabo de un rato apareció el comisario.

—Me alegra ver que estáis todos aquí. Veamos cuánto hemos avanzado. Comienza tú, Pedrera.

—Por desgracia no tengo novedades. En la calle el tema del secuestro es tabú. Nadie reconoce saber nada y no hay ningún rumor sobre una deuda cercana a esa cifra.

—¿Y de cifras menores? —preguntó Diji.

—¿A qué te refieres?

—Hemos asumido que se trata de una sola deuda, pero no sabemos cuántas personas están involucradas. ¿No podría haber más de un secuestrador necesitado de dinero y haber colaborado entre sí con la suma total? Si esa es la situación no estaríamos buscando una persona que deba diez mil euros, sino tal vez la suma de dos o tres deudas más pequeñas.

—Esa podría ser una buena respuesta —reconoció Remigio—, pero si ese es el caso, será mucho más difícil encontrar el hilo, porque deudas de dos o tres mil euros hay a montones. Ni siquiera sabemos si todos los implicados tienen el mismo acreedor.

—De todas formas, vale la pena investigarlo.

—Podría ser una lista muy larga —advirtió Pedrera.

—Encontraremos la forma de reducirla —insistió Ortiz—. Manuel, ¿qué te dijeron los peritos sobre la grabación de la llamada?

—Como dedujimos, se trata de un hombre joven. El acento es local. La llamada fue hecha desde un lugar tranquilo, pues no hay ruidos de fondo. Hay otro detalle. Los chicos piensan que el sospechoso tiene un alto nivel de instrucción.

—¿En qué se basan? —preguntó Santiago.

—En el léxico que usó —explicó Manuel, mientras abría una libreta y consultaba sus apuntes— por ejemplo, cuando dio las instrucciones del primer intento de entrega del rescate, ¿lo recordáis?

—Por supuesto. Lo escuchamos al mismo tiempo que la familia.

—Una de las palabras que usó fue "imperativo". No es una palabra de uso frecuente.

—Tampoco lo convierte en un físico nuclear —protestó Remigio.

—No dije eso. Científica opina que tiene al menos bachillerato completo.

—Lo tomaremos en cuenta —aceptó el comisario—, pero no podemos darlo como un hecho cierto. Sofía, ¿qué nos puedes decir?

—Como usted dijo, señor, se llevó a cabo una segunda entrega del rescate.

—¿Cómo lo hicieron?

—La señora Isaura fue en su coche, lo dejó abierto con las llaves puestas, el rescate en el asiento del acompañante y regresó en taxi.

—Entonces se llevaron el auto.

—Dijeron que lo devolverían después de coger el dinero.

—¡Grandioso! —exclamó Ortiz—. Por fin han cometido un error. Diji averigua las características del coche, y también la matrícula, luego envía un mensaje a todos los patrulleros y una notificación a la Guardia Civil. Quiero ese vehículo en los laboratorios de la científica, lo antes posible.

Diji se puso en movimiento para obedecer las órdenes. El comisario miró en dirección a Remigio.

—¿Qué puedes decirme de la visita a los bancos?

Antes de que el inspector Toro pudiera responder, el teléfono de Pedrera interrumpió el silencio. Ortiz frunció el ceño, lo cual Pedrera tenía que reconocer que era una imagen atemorizante.

—Lo siento, señor —se excusó el inspector— ¿Puedo?

—¿Tiene que ver con el caso, o es personal?

—Personal, señor.

—De acuerdo, responde, pero se breve —lo autorizó Santiago, luego se encaró con Remigio— ¿Y bien?

—En cuanto les expliqué la situación, la mayoría de los gerentes de los bancos que visité, se mostraron dispuestos a colaborar, pero piden que les entreguemos una orden judicial. No quieren perder clientes por proporcionar información de las transacciones a la Policía.

—Con respecto a eso no hay ningún problema —respondió el comisario, mientras le entregaba una carpeta que llevaba en la mano con la orden del juez— Manuel, quiero que hables con las personas cercanas a la

familia: amigos, enemigos, empleados, cualquiera que pudiera estar al tanto de la rutina de Ismael. Interrógalos y establece coartadas, quiero saber donde estuvieron y qué hicieron en los últimos cinco días. Que te ayude Sofía.

—Sí, señor.

Pedrera terminó su conversación y colgó. Su expresión era de cierta congoja.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Remigio.

—Era la hija de Domingo.

—¿Quién? —preguntó Santiago.

—Domingo González, señor —le explicó Remigio—. Era inspector en esta comisaría antes de que usted llegara. Fue… Bien, lo cesantearon, o más bien, lo obligaron a dimitir, so pena de que terminara en prisión.

—¿Qué hizo?

—Extorsionaba a indigentes en un barrio vecino —respondió Sofía, quien comprendió que si no intervenía, el relato de los hechos no sería apegado a la verdad. Tanto Remigio, como Manuel y Pedrera habían roto lanzas por González en su momento.

—Cometió un error. Estaba bajo mucha presión —lo justificó Toro.

—Se nota que no llegaste a ver a las personas a quienes obligaba a darle dinero. No tenían ni para comer y estaban aterrorizadas —insistió Sofía.

—Lo juzgas porque lo denunció tu querido Salazar, seguramente no serías tan dura si lo hubiera detenido otro.

—¿Fue Salazar quien lo descubrió? —preguntó Ortiz.

—Lo detuvo in fraganti —reconoció Remigio—. Se negó a dejarlo pasar.

—En ese caso hizo lo correcto —lo defendió Santiago.

—Domingo tampoco había matado a nadie —dijo Pedrera, aún enfadado.

—Lo encontramos extorsionando indigentes mientras hacíamos la investigación de un caso —explicó Sofía—. Al verse descubierto salió corriendo. Lo perseguimos. Yo le di alcance, pero él me sorprendió al golpearme con una piedra en la cabeza y si no hubiera sido por Néstor, me hubiera disparado. Aun así, aquí no nos perdonan haberlo detenido.

—¿Cómo fue que no lo juzgaron por extorsión?

—Sus abogados llegaron a un acuerdo con el juez. Renunció a su cargo y a su jubilación, además de indemnizar a las víctimas —explicó Remigio

—. Creo que los jefes no insistieron en que pagara prisión por su edad y porque no querían que se airearan los trapos sucios de la Policía.

—Perdió su jubilación, treinta años de trabajo. Además tiene una hija en el paro y una nieta pequeña que dependían de él —se quejó Pedrera.

—Espero que esté de acuerdo conmigo en que eso no justifica la extorsión —insistió el comisario—. ¿No es así, Pedrera? Desde mi punto de vista, salió muy bien librado y me alegra no haberlo tenido bajo mi mando.

—Sí, señor. De cualquier forma, ya poco importa —dijo Miguel—. Su hija me acaba de avisar. Sufrió un infarto anoche y está muy mal.

Capítulo doce.

Ortiz llegó a su casa cansado y deprimido como pocas veces. Carmela evitó hacerle preguntas. Sabía por experiencia que ese estado de ánimo significaba que había tenido un día especialmente malo en el trabajo y habiendo salido de madrugada aquella mañana, decidió que lo mejor sería no atosigarlo, sino dejar que él se desahogara cuando lo considerara pertinente.

Apenas entró por la puerta, Santiago llamó a gritos a sus hijos. Los gemelos llegaron corriendo y con cara de miedo. Aunque él nunca les había puesto la mano encima, ni sería capaz de hacerlo, el tamaño y el aspecto de Santiago intimidaba a los adultos, así que cuando alzaba la voz, no serían los gemelos quienes le llevaran la contraria.

—Lucas, Sebastián, venid aquí —les dijo, luego se agachó.

Los chicos se acercaron con cierta precaución, su padre abrió los brazos y los envolvió en un abrazo, como si quisiera escondérselos al mundo.

—Papá, no me dejas respirar —le dijo Lucas, que era el más lanzado.

—Lo siento, hijo. Solo quiero deciros que os quiero mucho y que nunca permitiré que os pase nada malo. Lo sabéis, ¿verdad?

Ambos asintieron varias veces, mirándolo con confusión. No comprendían a qué venía todo aquello. Sabían que su padre los quería, por supuesto, pero no era el tipo de persona que expresara sus sentimientos abiertamente. Santiago se hubiera peleado con un león con las manos desnudas para proteger a cualquiera de ellos y los gemelos lo tenían muy claro, pero a la hora de los abrazos y arrumacos era su madre la que estaba para ellos. Y el tío. Aunque lo conocían desde hacía poco tiempo, molaba tener un tío. Cuando los visitaba siempre les llevaba algún regalo, y algunas veces hasta se sentaba en el suelo para compartir sus juegos, o escuchar sus cuitas. En algunas ocasiones les contaba cuentos y siempre, siempre, conseguía convencer a su padre cuando se negaba a algo que ellos querían. Como el gato. Peludo, su querido gato gris había sido el primer regalo que les había hecho su tío Néstor. Su padre se opuso porque no le gustaban las mascotas, pero el tío Néstor lo había convencido de que les permitiera quedárselo.

Cuando Santiago aflojó el abrazo, tuvo que enjugarse una lágrima traidora.

—¿Podemos ir a jugar con Peludo, papá? —preguntó Sebastián.

—Sí, pero no salgáis de la casa. ¿De acuerdo?

—Sí, papá —gritaron ambos al unísono, mientras corrían en busca del paciente hijo de Paca.

A Carmela no se le escapó el extraño estado de ánimo de su marido, ni la lágrima que él trató de esconder.

—¿Qué ocurre, Santiago? No me digas que le pasó algo a Néstor.

—Néstor está bien, hasta donde yo sé —respondió él, negando con la cabeza—, quienes corren peligro son los que lo acompañan —dijo, soltando una risa nerviosa, al recordar a su hermano y sus trastadas.

—¿Qué ocurre entonces?

—Nada mujer, un mal día.

—Es la primera vez que veo que se te escapa una lágrima. Y ese abrazo a los niños… A mí no me engañas. A ti te pasa algo.

—No lo sé, tal vez sea la influencia de Lucas, quiero decir de Néstor. Tengo que reconocer que relacionarme con él, me ha ablandado. Es… No sé cómo explicarlo, es como si hubiera sacado a flote una parte de mí que ni siquiera yo sabía que tenía.

—Hizo surgir tu lado vulnerable. El chico que se esforzaba por complacer a su padre y nunca creía que hacía lo suficiente, porque se sentía sobrepasado por su hermano menor.

—Es posible. Nunca me sentí capaz de alcanzar a Néstor. Y eso que era ocho años más joven.

—No digas tonterías. Nunca tuviste que competir con él. Debo reconocer que tu hermano es todo un personaje. Néstor es mucho Néstor, pero tú posees extraordinarias virtudes que él también te admira.

—¿Me admira? ¿De dónde sacas eso? Si Néstor siempre me adversa.

—Te adversa porque es su forma de demostrarte que te quiere. Tal vez no era así antes, pero después de que te perdonó, ha desarrollado un sentimiento de admiración hacia ti. Néstor se siente orgulloso de ti, Santiago.

—¿Por qué crees eso?

—Porque me lo ha dicho.

—¿Así, con esas palabras?

—Pudo haberlo dicho más alto, pero no más claro. Pero si no es Néstor el responsable de tu estado de ánimo ¿por qué estás tan melancólico?

—No hay forma de desviar tu atención ¿Eh?

—Ya te lo he dicho, soy tu esposa. Te conozco mejor que nadie.

Santiago suspiró.

—Está bien, te lo contaré. Se trata del caso que estoy llevando.

—¿El secuestro del niño? —Santiago asintió—. ¿Lo habéis encontrado?

—Sí, pero por desgracia lo que encontramos fue su cadáver.

—¡Por Dios! —exclamó Carmela, llevándose ambas manos a la boca para ahogar un grito—. Pobre criatura. Y pobres de sus padres. ¿Sabéis quién lo hizo?

—Aún no. Estamos investigando, creemos que los secuestradores pidieron el rescate por una deuda de juego, o por droga, pero hasta ahora solo son conjeturas. No tenemos nada. No sabes cuánto echo de menos tener a Néstor en la comisaría. Él tiene un olfato de sabueso para estas cosas.

—Estoy segura de que vosotros haréis un excelente trabajo y los atraparéis.

—¿Sabes qué es lo peor? —Carmela negó con la cabeza. No podía imaginar algo peor que lo que ya le había contado—. Cuando esos malnacidos llamaron a los padres, ya el chiquillo estaba muerto. Lo asesinaron el primer día.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —reconoció Santiago, negando con desesperación—. Sé que tengo que conservar la cabeza fría para poder resolver el caso, pero no he sido capaz de mantener la distancia. Llevo todo el día con una congoja aquí —le reconoció a su esposa, señalándose el pecho con un puño—. Pienso en ese chiquillo y me vienen a la cabeza los gemelos. Necesitaba…Necesitaba llegar, comprobar que están bien, abrazarlos. ¿Lo comprendes?

—Eres un buen hombre, Santiago. Y un buen padre. Por eso me enamoré de ti. Debajo de ese tamaño de gigante y de esa apariencia de ogro cuando frunces el ceño…

—¿Yo parezco un ogro? —preguntó él, simulando sentirse ofendido.

—Cuando frunces el ceño, hasta Peludo se asusta. Pero detrás de esa fachada dura hay un buen hombre y un buen padre, con unos sentimientos extraordinarios.

—Gracias. No sabes cómo me reconfortan tus palabras.

—¿Y cuando regresa el tarambana de tu hermano? —le preguntó ella, para cambiar el tema de conversación y poder animarlo.

—Pues creo que aún le queda al menos una semana más.

—¿Y sabes cómo le está yendo?

—No. Los jefes son muy reservados acerca de ello.

—Pero tú también eres su jefe.

—Sí, pero esto se está manejando en la Jefatura Superior.

—¿Entonces no sabes por qué lo enviaron a ese curso de especialización?

—No me han dado explicaciones. Ni siquiera me preguntaron mi opinión. Solo me notificaron que debería prescindir de él por diez semanas al menos.

—¿Y sabes para qué es ese curso?

—No, pero no te puedo negar que siento cierto temor.

—¿Temor? ¿Por qué?

—Porque no creo que hayan enviado a Néstor a un curso tan complejo para dejarlo como inspector en una comisaría de barrio en Haro.

—Como inspector jefe.

—Aun así.

—¿Crees que le darán otro destino?

—Creo que puede recibir alguna propuesta.

—¿Y la aceptará?

—No lo sé. Quiero decir, él tenía una excelente carrera en la Jefatura Superior de Madrid, que se vio truncada por la amenaza del Asesino de la Rosa, pero Pernía está muerto, ahora Néstor podría trabajar donde quisiera.

—¿Y crees que estaría dispuesto a abandonar Haro si se lo proponen?

—¿Por qué no? Nada lo retiene.

—En eso te equivocas, Santiago. Nos tiene a nosotros, que ahora somos su familia. Solo hay que ver cómo trata a los gemelos. Luego está Sofía.

—¿Sofía? No creo que entre ellos llegara a haber nada serio.

—¡Hombres! Algunas veces parece que no tenéis ojos en la cara.

Capítulo trece.

A la mañana siguiente, todos los periódicos de Haro reseñaron la noticia del secuestro y asesinato del niño, desatando una histeria general. Los padres comenzaron a albergar el temor de que sus hijos fueran las siguientes víctimas y las presiones sobre la Policía de Haro, pero en especial, sobre la comisaría de San Miguel, no se hicieron esperar.

El escándalo fue de tales dimensiones, que desde la Jefatura Superior avisaron a Santiago que debía presentarse aquella tarde para una rueda de prensa. Y que sería mejor que para entonces pudiera demostrar algún avance. Después de colgar, el comisario le dijo a Lali que no le pasara más llamadas.

—¿Aunque sean de la Jefatura Superior, señor?

—En especial si son de la Jefatura Superior. Diles que estoy en la calle siguiendo una pista. ¿Ya llegaron todos los inspectores?

—Sí, señor. Están arriba. Por cierto, quería preguntarle cuándo se reincorpora el inspector Salazar.

—No estoy seguro, pero creo que al menos tardará unos diez días más.

—Pero está mejor ¿no es así? Quiero decir, ¿no son ya muchas semanas de baja? ¿Ha tenido alguna complicación?

—No te preocupes, Lali. Néstor está completamente recuperado. Si no ha regresado a su puesto de trabajo es porque se encuentra en una asignación especial.

—Pues me quita usted un peso de encima, señor.

—Me sorprendes. Creí que no os llevabais bien. Que no lo soportabas.

—Hemos tenido nuestros más y nuestros menos —admitió ella—, pero aunque nunca se lo confesaría a nadie más que a usted, la verdad es que lo he echado de menos. La comisaría es más aburrida cuando él no está.

—¿Aburrida?

—Sí, ya sabe. El inspector Salazar siempre está tramando algo. Una nunca sabe por dónde va a salir. Eso le da cierto color al trabajo. No sé si me comprende.

—Perfectamente.

—¿No le ocurre a usted también?

—Sí, tengo que confesarte que también me ocurre —reconoció Santiago sonriendo. Él y Néstor habían decidido ser reservados en cuanto a su parentesco, para evitar tener que dar explicaciones que en realidad, solo

eran un asunto de interés para ellos. Los únicos que sabían que eran hermanos eran Carmela, por supuesto, Sofía, Gyula, y el médico que había operado a Néstor cuando recibió el disparo.

Después de reiterarle a su secretaria que no le pasara llamada de sus jefes, Ortiz subió al segundo piso, donde ya todos los demás se encontraban reunidos. En la pizarra donde habían colocado el mapa de Haro ya estaban también las fotos del cadáver y de los matorrales en los cuales fue encontrado. El mapa tenía una X adicional que señalaba el punto en el cual Isaura había dejado el coche con el rescate. Esa nueva marca también estaba incluida en lo que ellos denominaban "zona de confort" de los secuestradores.

—Buenos días a todos.

—Buenos días, señor —le respondieron casi a coro.

—Supongo que habréis visto los periódicos de hoy.

—Ya lo creo, señor —reconoció Remigio—. Los muy cabrones de los periodistas no lo dicen a las claras, pero insinúan que la muerte del chico fue nuestra culpa.

—¿Cómo pasamos tan rápido de ser "el orgullo de Haro" a "funcionarios de cuestionable efectividad"? —se quejó Pedrera.

—Los éxitos tienen muchos padrinos, pero los fracasos son huérfanos —apuntó Santiago.

—Pero el niño ya estaba muerto antes de que nosotros supiéramos siquiera que había ocurrido un secuestro —protestó Sofía—. ¿Cómo pueden culparnos?

—Porque solo tienen jirones de información filtrada.

—¿Y solo con eso publican la noticia y se atreven a hacer acusaciones? —intervino Manuel indignado.

—La noticia vende —les explicó el comisario, tratando de calmarlos, aunque él también estaba cabreado—, y ellos no tienen que presentar evidencias en un juicio.

—Pero se supone que deben apegarse a la verdad y contrastar las noticias que publican.

—Sí, tenéis razón. Esta tarde hay una rueda de prensa sobre el caso en la Jefatura Superior de Policía. Creedme que les dejaré claro que no hay nada reprochable en nuestro trabajo. Sin embargo, ahora no tenemos tiempo para dedicárselo a los plumillas. Hay un caso que resolver y debemos hacerlo lo antes posible. ¿Alguna novedad?

—El coche —respondió Remigio—. Es sobre lo que estábamos hablando cuando usted llegó. Anoche la Guardia Civil localizó el Volkswagen Polo de la señora Isaura en un tramo solitario de la Avenida Costa del Vino. Lo recogieron con una grúa esta mañana y los peritos están trabajando con él ahora.

—Excelente. En ese caso debemos prepararnos para hacer comparaciones con el material que encuentren los muchachos. Diji, quiero que vayas a la casa de los Rivero. Si no tienen ningún inconveniente, tómales las huellas y muestras de saliva para el ADN.

—¿Y si ponen algún impedimento?

—En ese caso tendríamos que solicitar una orden judicial, pero no creo que se opongan. Ya no temen por el niño y serán los primeros que querrán que identifiquemos a los responsables. Cualquier otra conducta tendría que hacernos sospechar.

—¿Sospechar de ellos? —preguntó Sofía con sorpresa.

—El secuestrador podría provenir del entorno de la víctima.

—Más que del entorno, usted se está refiriendo al núcleo familiar de la víctima —protestó Sofía—. Eso sería terrible.

—Y sin embargo, aún no podemos descartarlo. ¿Qué podéis decirme tú y Manuel sobre eso?

—Ayer, después de la reunión, fuimos hasta el chalet de los Rivero y les pedimos una lista de todas las personas relacionadas con ellos: familiares, amigos, empleados. Hoy comenzaremos las entrevistas.

—Muy bien. Mantenedme informado y no dejéis a nadie por fuera, por poco probable que os parezca. ¿Alguno de esos nombres despierta vuestro interés?

—Hay uno —admitió Manuel, mientras buscaba en su libreta—. Su nombre es Ramiro Peña. Trabajó como chófer para la familia Rivero hasta hace tres semanas, cuando fue despedido.

—Parece interesante —reconoció Ortiz—. ¿Por qué lo despidieron?

—Se presentó al trabajo oliendo a alcohol. Y escuche esto: amenazó al señor Rivero. Le dijo que se iba a arrepentir.

—Id a por él.

—¿Lo detenemos?

—Aún no tenemos suficiente evidencia para eso, pero pasad por el juzgado y pedidle a Velasco que os entregue una citación. Que el interrogatorio sea aquí, en la comisaría.

—De acuerdo, señor.

—¿Alguien más? —quiso saber el comisario.

—Con respecto a los empleados, el puesto de trabajo del chófer continúa vacante. La chica de la limpieza, Antonia, trabaja con ellos desde hace seis años. Según la señora Rivero, le tiene plena confianza. Sofía la interrogará hoy.

—Muy bien. Averigua también el entorno de la chica, Sofía. Pudiera ser que algún comentario de su parte con respecto a la familia, le hubiera dado ideas a alguien más.

—El señor Rivero es director en el Conservatorio de Haro. Nos dijo que no necesita secretaria, ni ningún otro empleado en su trabajo.

—¿Y la familia?

—Los padres de Jorge Rivero fallecieron hace tiempo. Tiene un hermano que gerencia una bodega. La madre de la señora Isaura también falleció. El padre vive en Vitoria. Es jubilado, tiene ochenta años.

—Tendremos que investigar al hermano del señor Rivero. En especial sus finanzas. Encárgate de eso, Remigio.

—De acuerdo, señor.

—Diji, tú investigarás al padre, la madre y el hermano de Ismael. Con mucho tiento, por favor.

—¿Está hablando en serio, señor? —preguntó Sofía con indignación.

—Me explicaré subinspectora, aunque no debería ser necesario —dijo Santiago frunciendo el ceño—. No creo que ninguno de ellos esté involucrado, pero aquí no importa lo que creamos. No podemos dejar flecos sueltos. Conocer la dinámica familiar puede ser crucial para resolver este caso. ¿Lo has comprendido?

—Sí, señor. Disculpe usted —respondió Sofía bajando la cabeza.

—Hay algo más que me preocupa, señor —intervino Remigio.

—Te escuchamos.

—Según el forense, al chico lo ataron después de muerto. Me pregunto por qué hicieron eso.

—Tal vez para poder manejar el cadáver con mayor facilidad —sugirió Diji—. O para que ocupara el menor espacio posible en el lugar donde lo dejaron y así fuera más difícil que alguien lo encontrara.

—Puede ser, pero hay otra explicación posible.

—¿En qué estás pensando, Remigio? —le preguntó Ortiz al detective más veterano de la comisaría.

—Si las ataduras son post-morten, es porque mientras estuvo vivo no lo amarraron.

—Tal vez lo encerraron sin ataduras —sugirió Sofía.

—Es posible, pero a menos que los resultados de toxicología determinen que fue drogado, la única explicación es que conocía a sus secuestradores.

Capítulo catorce.

Salazar entró al casino de la Escuela cansado, pero satisfecho. El oftalmólogo le había encontrado un defecto visual. Le dijo que padecía astigmatismo y que esa podía ser la causa de su mala puntería. La noticia le causó sorpresa. Siempre estuvo seguro de tener una vista perfecta, aunque si lo pensaba bien, durante su entrenamiento en la Academia de Policía, sus problemas de puntería no eran tan evidentes, o nunca hubiera superado las pruebas. Siendo cadete, aunque no era uno de los mejores tiradores, tampoco era de los peores. La debacle de su tino fue progresiva. Él la había atribuido a la falta de práctica, porque no era un tema que le interesaba mucho. Más bien, sus habilidades se encontraban en el campo de la investigación. Durante su trabajo llevaba su arma de reglamento, por supuesto, pero aunque alguna que otra vez había tenido que empuñarla, nunca la había disparado contra nadie. Y esperaba que continuara siendo así. Sabía por experiencia propia lo que era que te abrieran un agujero en el cuerpo.

Ahora comprendía que su incompetencia como tirador no se debía a desidia por su parte, que en realidad no era su culpa y tenía remedio. Descubrirlo, de alguna manera lo hizo sentirse mejor consigo mismo. Había visitado Jaca temprano para recoger los anteojos con la corrección de su defecto. Más tarde, al salir de la conferencia de aquella mañana que versaba sobre explosivos, Mendoza pasó a recogerlo. Mientras sus compañeros recibían un merecido descanso, él tuvo que acudir al campo de tiro con el coronel. Para su sorpresa, su desempeño fue más que aceptable, y después de una hora de práctica, había mejorado bastante. Al salir de allí se reincorporó a las tareas del curso, que aquella tarde versaban sobre una conferencia acerca de procedimientos de lavado de capitales, cómo detectarlos e impedirlos.

Llegado el atardecer y faltando aún un par de horas para la cena, el grupo se dispersó en actividades diversas. Algunos decidieron visitar Jaca para conocer un poco la ciudad y tomarse unas cañas. Otros, como Valentina, se retiraron a sus habitaciones a empollar las lecciones del día. A Néstor no le apetecía ni una cosa, ni la otra, así que se fue al casino de los oficiales con la intención de tomarse un café.

Se trataba de una sala amplia que contaba con varias mesas, un billar, una barra y al fondo un piano. Algunos oficiales tuvieron la misma idea que

él, así que el lugar, si no abarrotado, se veía bastante lleno.

Como si se tratara de un imán, algo llamó la atención de Salazar. Un teniente que compartía mesa con otros dos tenía a su lado una guitarra. Néstor se le acercó sin dudarlo.

—Hola —les saludó.

—Señor —respondieron los tres al unísono, mirándolo con curiosidad. No era común ver a un civil de traje y corbata en aquel lugar—. Es usted uno de los invitados del curso ¿no es así? —le preguntó el mayor de los tres, que era capitán.

—Es lo que soy.

—Aunque no nos han dado detalles sobre las razones de su presencia aquí, nos ordenaron que los tratemos como si fueran oficiales de alta graduación, señor —explicó el capitán, cuyo tono hizo sospechar a Néstor que la orden no había sido de su agrado—. Si podemos hacer algo por usted, solo dígalo.

—En realidad, solo quiero pedirle un favor al teniente —explicó Néstor, señalando al dueño del instrumento musical.

—Usted dirá, señor.

—Me preguntaba si sería tan amable de prestarme la guitarra para practicar algunos acordes. No es una orden, por supuesto. Solo una petición.

—Desde luego, señor. Úsela por el tiempo que usted quiera. Luego se la puede dejar al cantinero. Él me la guardará.

—Gracias —dijo Salazar, cogiendo con mucho cuidado la guitarra de manos de su dueño.

Los oficiales continuaron su conversación, mientras lanzaban de vez en cuando miradas furtivas en dirección al civil, sin comprender qué hacía allí, ni por qué tenían que tratarlo con tanta deferencia. Salazar se sentó en una mesa que estaba vacía y comenzó a tocar a la sordina. Hacerlo lo relajaba.

Al cabo de pocos minutos, el coronel Mendoza entró al casino y se le acercó. Néstor detuvo los dedos sobre las cuerdas.

—Continúe, por favor —le pidió, mientras se sentaba a su lado—. No sabía que tocara la guitarra. No aparece reseñado en su ficha.

—No creo que cuente para el trabajo policial, o para detener terroristas —respondió Salazar, retomando su concierto a la sordina.

—Nunca se sabe cuál es el talento que va a resultar útil en este trabajo.

—Es cierto.

—¿Dónde aprendió?

—Había una estudiantina en la institución donde crecí. La música siempre me ha relajado.

—¿Creció en una institución?

—Eso tampoco lo señala mi ficha ¿No es así? —Mendoza negó con la cabeza y puso expresión de esperar una explicación, pero a Néstor no le apetecía contar sus intimidades—. Es una larga historia.

—De acuerdo. Comprendido. No es asunto mío.

—No me lo tome a mal. Solo que no es un tema del que quiera hablar ahora.

—Está en todo su derecho.

—¿Y en ese derecho está incluido saber qué hago aquí?

—Sabe lo que hace aquí, un curso de especialización sobre terrorismo y crimen organizado.

—Sospecho que es algo más que eso.

—¿Por qué?

—Ocho rangos medios de diferentes instituciones de seguridad son separados de sus cargos por varias semanas, llevados por medio país para recibir conferencias de los más reputados en la materia. Además, después de lo que nos han enseñado sobre el manejo de presupuestos en operaciones, soy capaz de deducir que los gastos para los ejercicios prácticos han debido requerir una fuerte inversión. Todo esto ¿solo para que volvamos a la rutina? No cuela.

—Tiene razón. Somos demasiado obvios, ¿verdad?

—¿Qué se traen entre manos, coronel?

—El mundo está cambiando, inspector. Mucho más rápido de lo que sería deseable. Las fuerzas del orden tienen que enfrentarse a mucho más que al carterista, el camello, o el que disparó a su vecino después de una disputa. Los criminales están cada día mejor organizados, cuentan con armas modernas, explosivos. Algunos entramados son tan grandes que sus redes invaden nuestras propias instituciones. Tienen hombres armados y entrenados. Luego están los terroristas. No es algo nuevo, es cierto, pero ahora existe un factor que los hace mucho más peligrosos. Ya no trabajan en células que siguen órdenes y llevan a cabo un atentado con coche bomba. Ahora hablamos de suicidas, kamikazes que cargan los explosivos en una mochila al hombro, o debajo de la camisa, trabajan solos y pueden ser cualquiera. El nuevo crimen amerita un nuevo enfoque.

—Para eso están los organismos de inteligencia especializados ¿No?

—Desde luego, pero ellos entran en acción en situaciones que ya se ha comprobado que corresponden a sus competencias. Necesitamos que en cada provincia, en cada comunidad, haya funcionarios capaces de detectar y prevenir esas nuevas manifestaciones del crimen.

—¡Uf! —exclamó Néstor, deteniendo sus dedos, para concentrarse mejor en la conversación—. ¿Y no cree que para semejante tarea somos muy pocos? Quiero decir, según lo que me plantea, no seremos suficientes ocho personas para proteger toda la península.

—¿No lo comprende? Los hemos escogido basándonos en su desempeño. En especial a usted.

—¿A mí?

—Casi lo descartamos por el atentado que sufrió. Algunos de los jefes pensaron que sus heridas no le permitirían llevar a cabo el curso en todos sus niveles de exigencia, pero en función de sus logros operativos decidimos correr el riesgo.

—Eso me halaga, pero no responde mi pregunta.

—¿Cómo ocho personas pueden afrontar semejante tarea? —repreguntó Mendoza. Néstor asintió—. Esto es un curso piloto. Una prueba de lo que podría convertirse en una escuela de grupos élite. Por otro lado, ustedes serán agentes de propagación.

—¿A qué se refiere?

—Una vez terminado el curso y después que hayan superado las pruebas, que no quiero asustarlo, pero no son nada sencillas, ustedes recibirán el nivel de instructores en ambas materias, antiterrorismo y crimen organizado. Así, además de cumplir los objetivos de operatividad, enseñarán a sus subalternos a desempeñarse en ambos campos.

Néstor no respondió, abrumado por la responsabilidad que se le venía encima.

Capítulo quince.

Manuel y Pedrera bajaron del coche y se internaron en las calles peatonales del barrio donde vivía el sospechoso. La dirección correspondía a una casa de tres pisos frente a la cual se extendía un patio a medio asfaltar, que servía de aparcamiento a los vecinos. La edificación tenía muy mal aspecto, pues parecía haber sido hecha con retazos. Una parte de la fachada estaba cubierta con piedra, mientras que la otra tenía friso y había sido pintada. Aunque semejante acontecimiento debió ocurrir en el siglo XIX.

Al acercarse, se dieron cuenta de que no se trataba de una edificación hecha con retazos, sino de dos, pero una de ellas tan estrecha que era obvio que se trataba de un apaño sacado de la primera, en algún momento del siglo pasado. Frente a la puerta había aparcado un coche y a un lado una ventana condenada con tablones. Por encima de sus cabezas sobresalía un balcón, cuyas piedras se habían caído hacía tiempo, por lo que mostraba desconchones que hacían más evidente el deterioro.

—¿Es aquí? —preguntó Manuel.

—Aquí es —confirmó Pedrera, después de mirar su libreta—. Vamos.

Tocaron la puerta.

—¿Quién es? —preguntó desde adentro la voz de una mujer.

—¡Policía! Queremos hacerle algunas preguntas al señor Peña.

—Un momento. Debo vestirme —respondió la misma voz.

Pasaron unos segundos sin que nadie abriera la puerta, pero sí escucharon ruidos dentro de la vivienda. Los alertó el golpe sobre el techo del coche. Cuando voltearon para ver qué había ocurrido, vieron a un hombre que desde el balcón había saltado sobre el vehículo y bajaba al capó para pasar junto a ellos y subir por la empinada calzada hasta llegar a unas escaleras que le daban acceso a otra calle.

Iniciaron la persecución. Manuel lo siguió escaleras arriba, mientras Pedrera trató de rodearlo regresando hasta la esquina y subiendo por el otro lado. En cuanto el fugitivo alcanzó la calle trasera, cruzó a la izquierda. Manuel le siguió los pasos y Miguel apareció un poco más tarde. Su estrategia hubiera sido excelente si el sospechoso se hubiera dirigido a la derecha, pero al tomar el otro sentido se alejó de los dos policías.

La persecución continuó, con Manuel a escasos metros y Pedrera un poco más atrás hasta que Peña llegó al final de la calle, que se abrió en una amplia avenida mucho más concurrida. En su prisa, el fugitivo se fue de

bruces contra una mujer que arrastraba un carrito de la compra. La dama, que tenía un volumen considerable, cayó al suelo, pero en su indignación, sujetó a su agresor por la chaqueta para impedirle la huida, mientras gritaba a todo pulmón.

—¡Policía! ¡Policía! ¡Ayuda! ¡Me asaltan!

Peña trató de zafarse lanzando patadas y puñetazos, pero aquello indignó más a la transeúnte, quien después de coger el carrito vacío con una mano, se lo arreó por la cabeza. El zafarrancho permitió que los dos policías alcanzaran al fugitivo.

—¡Policía! —anunció Pedrera—. ¿Está bien, señora?

—¡Este hombre me atacó! ¡Me tiró al piso! Posiblemente con intenciones de asaltarme.

—De hecho, su acto ya puede ser considerado un asalto, señora, aunque no le haya robado nada.

—Si no lo hizo, fue porque no se lo permití —afirmó la mujer con orgullo.

—Tiene razón, es usted muy valiente —opinó Manuel, mientras levantaba a Peña y le ordenaba que colocara las manos en la pared y los pies separados.

—Yo no he hecho nada —protestó el fugitivo—. No podéis detenerme. No tenéis nada contra mí.

—Eso depende de cómo se mire —respondió Pedrera, luego se dirigió a la mujer—. ¿Desea usted presentar una denuncia por asalto?

—¿Cree que debo hacerlo? —preguntó ella—. Por cierto, habéis aparecido con mucha rapidez en el momento más oportuno. Por lo que veo, es cierto lo que se dice acerca de la eficiencia de la Policía de Haro.

—Muchas gracias, señora —le dijo Miguel, cuidándose de contarle que venían persiguiendo a su atacante. No fuera a emprenderla contra ellos con aquel carrito. El ojo de Peña ya comenzaba a hincharse.

—Nos ayudaría mucho que presentara la denuncia. En especial para que quede constancia que no fuimos nosotros quienes le dejamos el ojo así.

—Podrían tener problemas por eso, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Y no los tendré yo?

—Usted actuó en defensa propia. Es una ciudadana ejemplar —dijo Pedrera, haciéndole la pelota. Manuel se rio, mientras esposaba a Peña.

—En ese caso, pondré la denuncia. Además, ustedes me caen simpáticos.

—Gracias señora. ¿Podríamos saber su nombre?

—Soy Mari Trini Huerta. ¿Qué debo hacer?

—Nos llevaremos a su asaltante a la comisaría de San Miguel —le explicó Pedrera—. Levantaremos un informe, pero si usted pone la denuncia, este pájaro no volverá a volar por un tiempo.

—Cuente con ello, oficial.

—Inspector. Soy el inspector Miguel Pedrera. Mi compañero es el subinspector Manuel Rodríguez.

El subinspector cogió a Peña del codo y lo guio de vuelta por la misma calle por la que habían corrido minutos atrás. Lo subieron al coche y lo llevaron a la comisaría. Lo trasladaron al tercer piso, donde estaban las celdas y la sala de interrogatorios.

—No podéis hacer esto. No he hecho nada. Tengo derechos, quiero un abogado.

—Que no ha hecho nada, dice. ¿Y qué hay del asalto a la señora Huerta?

—No la asalté. Tropecé con ella.

—No es lo que ella afirma —puntualizó Manuel—. ¿Tienes un abogado, o quieres uno de oficio?

—¿Tengo cara de poder pagar un abogado?

—Tienes cara de no poder pagar un café. De acuerdo, llamaremos uno de oficio. En cuanto llegue, comenzaremos el interrogatorio. Será mejor que vayas preparándote.

—Es por el chico, ¿verdad? Me queréis cargar con la muerte de Ismael.

—Para no haber hecho nada, sabes muy bien por qué te fuimos a buscar.

—No tenéis ninguna evidencia contra mí. No me podéis detener por el secuestro.

—No te hemos detenido por el secuestro, sino por el asalto a la señora Huerta. Si en lugar de salir corriendo como un imbécil, nos hubieras invitado a entrar y tomar un café mientras te hacíamos algunas preguntas, no estarías ahora aquí, pero ya que nos hiciste el favor de huir de nosotros y llevarte por delante a una honrada ciudadana en tu carrera, ahora tendrás que apechugar y responder a nuestras preguntas detenido. Parece que no es tu día, Ramiro.

Dos horas después, ya Mari Trini había puesto la denuncia por asalto, el abogado había llegado y los inspectores habían dado aviso al comisario. Pese a que debía estar aquella tarde temprano en la Jefatura Superior, Santiago decidió presenciar el interrogatorio.

Con el sospechoso sentado en el centro de la sala, esposado a la mesa, y el abogado a su lado, los tres policías entraron para dar inicio al procedimiento. Pedrera se sentó frente a él, Manuel junto al inspector y Ortiz se mantuvo en un prudente segundo plano, cerca de la puerta. Sin embargo, era a este último a quien el detenido no le quitaba la vista de encima. Aquel hombre imponía más que respeto.

—Tu nombre es Ramiro Peña ¿No es así? —preguntó Pedrera, abriendo una carpeta—. Fuiste chófer de la familia Rivero Esparza hasta hace tres semanas, cuando te despidieron. ¿Por qué fue, Ramiro?

—Fue injusto. Rivero dijo que había llegado oliendo a alcohol, pero habían pasado horas desde que bebí.

—¿Horas? Entonces cogiste una buena la noche anterior.

—Estaba en mi tiempo libre.

—Y al día siguiente ya estabas recuperado.

—Por supuesto.

—Pero seguías oliendo a alcohol.

—¿Y qué? No estaba borracho. Como le dije, habían pasado horas.

—De cualquier manera, no me interesa tu despido, ni si fue justo, o no. Estamos aquí para aclarar algunos detalles con respecto al secuestro del hijo de tu ex jefe.

—Sobre eso no sé nada.

—¿No te despediste del señor Rivero diciéndole que se arrepentiría de haberte echado?

—Me refería a que lo iba a denunciar por despido improcedente. No a que iba a secuestrar a su hijo, ni mucho menos asesinarlo. No soy un asesino. Además, me simpatizaba el chaval.

—Tus simpatías hacia la víctima son irrelevantes, Ramiro.

—¡Que no fui yo!

—Conocías las rutinas de Ismael, él te conocía a ti, y tenías buenas razones para querer vengarte y mucho mejores para hacerte con unos buenos cuartos. Eres el sospechoso perfecto.

—¡Le juro que no fui yo!

—¿Entonces por qué corriste cuando llegamos a la puerta de tu casa? Los inocentes no huyen cuando llega la Policía.

—Leí sobre el secuestro y el asesinato del chico en los periódicos. Recordé la estupidez que le dije a su padre y supuse que vendrían a por mí. Me asusté. ¿De acuerdo? Les juro que yo no sé nada.

Tal vez fuera el tono de la voz, o el lenguaje corporal, Miguel no hubiera podido decir la razón, pero le creyó. A Santiago le ocurrió lo mismo.

—Ismael desapareció la tarde del miércoles. ¿Dónde estuviste ese día? —le preguntó Pedrera.

—Buscando trabajo. Al igual que todos los días desde que Rivero me echó.

—¿Alguien puede proporcionarte coartada para ese día?

—Sé que hablé con un posible empleador esa tarde, pero he tenido varias entrevistas de trabajo esta semana. No me acuerdo con exactitud, pero tal vez mi chica sí lo recuerde. Por lo general, ella me acompaña y me espera en el coche.

—¿Fue ella quien nos respondió desde el interior de la casa?

—Sí.

—Muy bien, iremos a hablar con ella y corroboraremos tu coartada.

—¿Y cuándo me van a sacar de aquí?

—Ah, eso ya es otra historia, Ramiro. No estás aquí por el secuestro, sino por el asalto a la señora Huerta.

—¡Pero yo no la asalté! Solo me tropecé con ella.

—Será a ella a quien tendrás que explicárselo. Solo la víctima puede retirar la denuncia, pero yo que tú, iría preparando una buena disculpa.

Al salir de la sala, los tres policías entrecruzaron miradas.

—¿Qué opina, señor?

—No es él.

—Pero huyó de nosotros —protestó Manuel.

—Es un gilipollas, pero eso no es delito todavía —aseveró el comisario—. Comprobad su coartada y si es cierta, dejadlo marchar, pero que antes os diga todo lo que sepa acerca de la familia Rivero Esparza.

Capítulo dieciséis.

Santiago se sintió aliviado cuando terminó la rueda de prensa. No era fácil mantener el equilibrio entre dar declaraciones que tranquilizaran a la población, respetar el secreto del sumario y no permitir que se le escapara ningún dato que pudiera poner sobre aviso a los delincuentes. Por suerte, fue el comisario mayor encargado de la División Antisecuestros de la Jefatura Superior, quien respondió a casi todas las preguntas, por lo general con frases hechas que no revelaban mucho. Se llamaba a la ciudadanía a la calma. No había razones para esperar nuevos secuestros de niños. Se estaba investigando. Había sospechosos, pero el Sumario no permitía dar más información.

Por supuesto que los periodistas no quedaron conformes, pero no tenían más remedio que aceptarlo. De cualquier forma, cada uno cogería aquellas declaraciones genéricas y elaboraría su propia teoría con ellas. El comisario había mantenido el móvil apagado durante toda la rueda, pero en cuanto terminó lo encendió y pudo ver que tenía dos llamadas perdidas de la comisaría, así que devolvió la comunicación.

—Comisario, he estado tratando de localizarlo. Que bien que me haya llamado.

—Lo siento, Lali. Mantuve el móvil apagado durante la rueda de prensa. Recién pude ver tus intentos de comunicarte. ¿Ocurre algo?

—El inspector Toro tiene nueva información. Ha aparecido alguno de los billetes marcados. ¿Cómo fue la rueda de prensa?

—Estéril. Gracias por avisarme, Lali. Voy para allá enseguida.

—De acuerdo, señor. Se lo comunicaré al inspector para que lo espere.

Al cabo de veinte minutos, Ortiz entraba a la comisaría. Después de saludar a García, subió directamente hasta el segundo piso, donde encontró a Remigio y Diji intercambiando impresiones frente a la pizarra. Manuel y Pedrera ocupaban sus correspondientes escritorios.

—¿Dónde está Sofía? —preguntó, al notar la ausencia de la subinspectora.

—En la morgue. Se dieron prisa con el examen toxicológico, así que fue hasta allí para intercambiar impresiones con el forense.

—De acuerdo. ¿Qué hay de la coartada del chófer?

—Hablamos con la novia, quien confirmó que estuvo con él la tarde que secuestraron al chico.

—Ella también podría estar metida en el asunto —protestó Remigio.

—Por eso fuimos hasta las Bodegas del Norte y hablamos con el encargado del personal. Corroboró que sostuvo una entrevista con Peña la tarde del miércoles. Las bodegas quedan al otro lado de la ciudad, bastante lejos de la escuela y el Conservatorio. Él no pudo llevar a cabo el secuestro.

—Muy bien. ¿Ya lo habéis soltado?

A Manuel se le escapó una risotada, que ocasionó una mirada de reproche de su compañero, quien tampoco pudo evitar una sonrisa divertida.

—La señora Huerta, víctima del «asalto» por el que lo detuvimos, retiró los cargos —esta vez la risotada se le escapó a Pedrera, mientras el ceño del comisario se fruncía cada vez más—. Lo siento, señor. Se retiraron los cargos después de que explicamos a la señora lo que realmente había ocurrido. Cuando lo liberamos, ella esperó a Peña en la puerta para formarle una bronca de tres pares de narices.

—Ya veo. De acuerdo, de momento descartaremos a Peña, pero hay que seguirlo teniendo en cuenta.

—Pero tiene coartada —argumentó Manuel.

—Os recuerdo que además del homicidio, estamos investigando un secuestro. Eso significa que existen necesariamente varias personas implicadas, por lo que una coartada no es suficiente para descartar a un sospechoso. No tenemos evidencia contra él, pero tampoco he escuchado nada que me convenza de que no está involucrado. Lo tendremos presente. ¿Qué dijo acerca de los Rivero?

—Según él, son una familia bastante normal —respondió Manuel—. El matrimonio se lleva razonablemente bien. El padre trabaja como director en el Conservatorio de Haro y tiene cierta reputación como músico. Es exigente con sus hijos. Para la señora Rivero solo tuvo elogios, al igual que para Ismael. Al parecer, el punto negro de la familia es el hijo mayor.

—Interesante. ¿Qué tan problemático es?

—Según nos dijo, los Rivero son bastante discretos como para airear sus problemas familiares frente a los empleados, pero escuchó muchas broncas entre el padre y el hijo mayor por los motivos habituales: bajo desempeño en los estudios, malas compañías, la participación del muchacho en botellones. Vamos, que el chico es un pieza.

—¿Drogas?

—Nunca escuchó mencionarlas.

—Lo cual no significa que podamos descartarlas. ¿No es así?

—Así es, señor.

—Tendremos que ponerle atención a Felipe Rivero.

—Sí señor.

—Lali me ha dicho que han aparecido billetes marcados.

—Sí, señor —intervino Remigio—, vengo de hablar con el gerente del banco, de la Caja de Ahorros de Haro. Al parecer, esta mañana a primera hora se realizó un depósito de efectivo. Entre los billetes había dos de veinte euros, cuyos seriales coinciden con los que se le entregaron a los secuestradores.

—¿Quién los depositó?

—Un empleado del bar «La Jarra.» Todas las mañanas hacen el depósito de la caja de la noche anterior, así que es probable que uno de los secuestradores se encuentre entre sus parroquianos.

—¿Dónde está ese bar?

—A dos calles de aquí, señor —respondió Toro, marcando el lugar en el mapa.

—Siempre dentro del área de confort —apuntó Ortiz.

—Sí, señor.

—De acuerdo. Habrá que investigarlo. Es prometedor.

—Al terminar esta reunión iré al bar, señor. Es posible que recuerden algo sobre los clientes que les pagaron con efectivo.

—Muy bien.

El teléfono del escritorio de Manuel los interrumpió. Él se apresuró a responder. Al cabo de algún que otro monosílabo colgó, luego miró a sus contertulios.

—Los chicos de la científica que hicieron la experticia del coche de la señora Rivero encontraron un cabello que no pertenece a ningún miembro de la familia.

—¿Podría ser de Ramiro Peña? —sugirió Diji—. Fue el chófer de la familia. Debe haber dejado rastros.

Manuel negó con la cabeza desde el momento en que Cheick mencionó a Peña.

—No, antes de liberar al chófer le tomamos las huellas y recolectamos muestras de ADN, con su consentimiento, por supuesto. Parecía muy motivado a colaborar.

—No es para menos —opinó Remigio— Sigue siendo el principal sospechoso.

—Al menos podremos intentar una identificación cuando tengamos algún otro candidato —señaló Pedrera.

Capítulo diecisiete.

—Buenas tardes —saludó Sofía, que entró en ese momento.

Después de corresponder a su saludo, sus compañeros la pusieron al día acerca de los últimos descubrimientos.

—Pues yo tengo algo más. El laboratorio de Toxicología corrobora que la causa de la muerte fue por monóxido de carbono. Además, también confirmaron que el chico tenía la sangre limpia de sustancias psicotrópicas. En otras palabras, no lo drogaron.

—¿Cómo lo sometieron entonces? —preguntó Remigio.

—¿Bajo amenaza? —sugirió Diji—. Quiero decir, tal vez lo amenazaron con un arma, o algo así.

—Lo amenazan y luego lo encierran en una cámara de gas. E inmediatamente llaman a sus padres para pedir rescate —comentó Toro—. Estos tíos tienen sangre fría. No hay duda de ello.

—La cámara de gas —repitió Santiago, pensativo—. Parece extraño. ¿Por qué asesinarlo de una forma tan rebuscada? ¿Y dónde lo hicieron?

—Tal vez… —comenzó a decir Diji, pero en cuanto Ortiz lo miró para prestarle atención, se sintió cohibido.

—Adelante Diji. Cualquier idea puede ayudarnos a avanzar.

—¿Y si no fue exactamente una cámara de gas? ¿Y si fue un accidente?

—¿Un accidente? —refutó Remigio—. ¿Te parece accidental que lo hayan secuestrado y asfixiado con monóxido de carbono?

—Por supuesto que el secuestro no es accidental, pero veamos las evidencias en todo el contexto —dijo Diji, dispuesto a defender sus argumentos—. El chico sale de la escuela y se desvía de su ruta. Se supone que hizo novillos, pero podría haber sido más grave.

—Fue más grave, lo secuestraron —apuntó Pedrera, sin saber dónde quería ir a parar su compañero.

—A lo que me refiero es a que él voluntariamente se niega a ser llevado por el chófer de su amiga al lugar donde se suponía que debía ir. Luego ocurre el secuestro. Por otro lado —continuó antes de que lo volvieran a interrumpir—, los secuestradores lo someten sin necesidad de drogarlo, o amarrarlo. Perece ese mismo día por la «muerte dulce» y su cuerpo aparece atado de pies y manos en un descampado, días después de que sus secuestradores cobraran el rescate.

—Un buen resumen, subinspector, pero ¿adónde quiere llegar?

—¿No sería posible que todo esto haya sido un autosecuestro que salió mal?

—¿Autosecuestro? ¿Hablas en serio? Si era un crío.

—Vamos a suponer por un momento que por alguna razón, Ismael Rivero estaba de acuerdo con simular un secuestro para que su padre pagara los diez mil euros.

—¿Por qué haría algo así?

—Porque conocía a alguno de los secuestradores y quería ayudarlo a conseguir el dinero, tal vez. ¿Pudo haber sido él, o un amigo suyo quien tuviera la deuda por droga?

—¿Un chico de catorce años? —protestó Remigio—. Joder, ¡qué retorcido eres!

—No, Diji tiene razón —intervino el comisario—. Hay casos de adicción incluso entre niños más pequeños. Por desgracia, los traficantes no tienen escrúpulos en inducir a criaturas de cualquier edad a consumir su mierda. Continúa tu razonamiento, Diji.

—Como les decía, si Ismael estaba de acuerdo en simular un secuestro y conocía a sus raptores, no hubieran sido necesarias ni las ataduras, ni las drogas, para dominarlo.

—¿Por qué lo mataron entonces? —preguntó Pedrera—. ¿No sería complicarse la vida?

—¿Y si fue un accidente? —argumentó Diji—. ¿Dónde es más frecuente que veamos este tipo de muerte?

—Yo nunca la había visto en verano —confesó Remigio—. Y mira que tengo años en esto. En invierno sí he sabido de alguna que otra muerte como esta, pero todas han sido accidentales.

—Yo también recuerdo dos casos —intervino Miguel—. Uno de ellos fue una pareja de ancianos, por culpa de un calefactor de gas viejo al que nunca le hacían mantenimiento. Se quedaron los dos como pajaritos. El otro caso fue hace unos cinco años. Se trató de una familia frente a la chimenea. Estaba parcialmente obstruida y no se dieron cuenta. Por suerte, la vecina llegó a pedirles azúcar, o algo así. Se sorprendió cuando no le abrieron la puerta porque sabía que estaban allí. Parece que era un poco cotilla. Disponía de una llave que la dueña de la casa le había dado para que le regara las plantas cuando no estaban. El caso es que entró y se encontró a toda la familia inconsciente. Tuvo el buen juicio de salir de allí y llamar al 112. Por suerte, la ambulancia llegó a tiempo para salvarlos.

—Ambos casos fueron accidentales, pero en invierno. Si había un calefactor defectuoso, o una chimenea obstruida en el lugar donde encerraron a Ismael, es poco probable que lo encendieran en pleno verano. Si lo hicieron fue con toda la intención de asesinarlo.

—Os habéis olvidado de otra posibilidad: de intoxicación accidental por monóxido de carbono debido a la avería mecánica de un coche —argumentó Diji—. En España no es frecuente porque cada vez hay más medidas de seguridad al respecto, pero en países donde los coches antiguos son comunes y no tienen que pasar ningún tipo de inspección para circular, algunas veces puede ocurrir que haya fallas en el tubo de escape y los gases se cuelen a la cabina, o al maletero. Entonces pueden ocurrir muertes accidentales por monóxido de carbono.

—Pero estamos en España —volvió a protestar Pedrera, a quien la teoría no terminaba de convencerlo.

—Lo que no significa que no pueda haber coches que tengan algún problema mecánico importante, con la ITV vencida, pero que aún se encuentren en circulación.

—Tiene lógica —reconoció Ortiz, pensativo—. Bien razonado, Diji. Tanto si Ismael Rivero colaboró con sus secuestradores, como si no, tiene lógica la causa de la muerte que has teorizado. Lo metieron en el maletero del coche y probablemente para cuando fueron a sacarlo, lo encontraron muerto. Eso explicaría que lo hubieran asesinado el primer día.

—Y decidieron continuar con la extorsión a la familia por el rescate, porque necesitaban el dinero.

—Si estás en lo cierto, buscamos a un grupo de sujetos con una, o varias deudas de droga, o juego, que suman diez mil euros. Y al menos uno de ellos posee un coche que no ha pasado la ITV, o que la tiene caducada —concluyó el comisario—. Remigio, tú continuarás investigando el origen de esos billetes que aparecieron.

—Sí, señor.

—Pedrera, tú y Manuel volved a interrogar a Peña. Que os muestre la ITV de su vehículo. Si no la tiene, pediremos una orden para un peritaje. Preguntadle quiénes eran los amigos de Ismael. Y si el chico tenía problemas de drogas.

—Muy bien, señor.

—Diji, ya que la teoría es tuya, llama al Ayuntamiento y pídeles la información acerca de los vehículos que no hayan pasado la ITV en los

últimos seis meses, o que no se hayan presentado en el tiempo que les corresponde.

—De acuerdo, señor.

—Sofía, tú y yo iremos a visitar a los Rivero. Trataremos de averiguar si la teoría del autosecuestro de Diji es posible.

—No será fácil abordar el tema, señor —le advirtió ella.

—¿Y cuándo ha sido fácil este trabajo, subinspectora?

Capítulo dieciocho.

Luciano volvió a la página anterior que le mostraba la pantalla del ordenador de la comisaría. Había visto tantos rostros en tan pocos minutos, que ya no estaba seguro de nada. Él regentaba el bar "La Jarra" y nunca imaginó que su trabajo lo iba a llevar a la comisaría de San Miguel.

Aquella mañana, un policía de aspecto bastante corriente entró al bar y pidió hablar con el dueño.

—Soy yo —respondió Luciano—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy el inspector Remigio Toro. ¿Hizo usted esta mañana un depósito de efectivo en la Caja de Ahorros de Haro?

—Sí, claro, como cada mañana. Era la recaudación de anoche. ¿Hay algún problema? —preguntó, comenzando a preocuparse.

—¿Estaban estos billetes entre los que depositó? —quiso saber el policía, mientras le mostraba una imagen en su móvil.

—Hombre, había billetes de veinte euros, pero no podría decirle si eran esos. Para mí son todos iguales.

—Según el banco, fue usted quien los llevó hasta allí —le notificó el policía—. Y créame, los seriales demuestran que no son dos billetes cualquiera. Están directamente relacionados con un delito.

—Pues yo no lo sabía, inspector… No los hubiera recibido de haberlo sabido —se excusó Luciano palideciendo.

—No se preocupe, usted no es culpable de nada, pero nos ayudaría mucho si pudiera recordar quién le pagó con esto.

—Pues no lo sé. Como le dije antes, para mí un billete es igual a otro. Esto es un bar y aunque muchas personas pagan la cuenta con tarjeta, si la consumición es pequeña, el pago suele ser en efectivo.

—Comprendo. ¿Muchos de sus clientes cancelaron la cuenta anoche con billetes?

—Los suficientes como para no poder decirle a quién podrían pertenecer estos en particular.

—¿Es usted un buen fisonomista, señor…?

—Luciano, Luciano Herrero, inspector. Yo diría que regular. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Sería posible que me acompañara a la comisaría para ver fotos de camellos de la zona? Tal vez pueda reconocer a alguno de sus parroquianos entre ellas.

—¿Tomaría mucho tiempo?

—No más de un par de horas.

—En ese caso, tal vez pueda dejar al encargado mientras lo acompaño. A esta hora no hay mucho movimiento.

—Se lo agradecería mucho.

—¿Puedo saber de qué tipo de delito estamos hablando? Mencionó a los camellos. ¿Tiene algo que ver con la distribución de drogas de la zona?

—Preferiría no tener que darle detalles al respecto. Por su seguridad.

—Como usted diga, inspector.

Y allí estaban, él sentado frente a un ordenador, mientras veía fotos de delincuentes fichados, con el inspector mirando por encima de su hombro. Todos le resultaban extraños, hasta que uno llamó su atención. Se quedó mirando fijamente la foto.

—Este —dijo por fin—. Estoy seguro. Acude ocasionalmente, así que debe vivir por la zona. Ayer estuvo en el bar. Se tomó un par de cañas, comió algunas tapas. Pagó con dos billetes de veinte euros.

Remigio contempló la ficha y leyó el nombre: Carmelo Suárez. Se encontraba en libertad bajo palabra y había cumplido tres años de condena en la cárcel de Logroño por tráfico de estupefacientes. Le concedieron el Cuarto Grado Penitenciario por buena conducta. El inspector pensó que estaba a punto de terminársele la buena suerte.

Después de tomar nota del nombre del Juez de Vigilancia Penitenciario y la dirección del sospechoso, Remigio le dio las gracias al tabernero y le permitió regresar a sus labores.

Un par de horas más tarde, el inspector, acompañado por tres oficiales, llegó al edificio donde vivía Suárez. Se ubicaba a un par de calles de «La Jarra», dentro de la zona de confort de los secuestradores. En el bolsillo, Remigio llevaba la orden del juez Velasco que le permitía registrar la casa del camello. Llamó a la puerta y cuando Suárez vio a los uniformados intentó volver a cerrarla. Remigio empujó con todas sus fuerzas, a lo cual se sumó uno de los oficiales. El empujón sentó al camello, quien comenzó a quejarse de brutalidad. Los policías escucharon que alguien tiraba de la cadena del váter. Uno de ellos corrió al cuarto de baño y detuvo a una chica que sostenía varias bolsitas con pastillas de colores en la mano. En el suelo, media docena de las mismas bolsas vacías daban fe de que ya se había deshecho de parte de la evidencia.

El oficial salió a la sala. Llevaba a la chica esposada, sujeta por el brazo y sostenía las bolsas de droga en la otra mano.

—Mire lo que encontré, inspector —dijo el uniformado, mostrándole la droga con orgullo.

—Parece que se te acabaron las vacaciones, Suárez.

—Esto es un atropello. No tienen derecho a entrar así, sin una orden.

—Mira por dónde —respondió Remigio, sacando la orden de su bolsillo.

—Si tenía una orden ¿por qué entraron así?

—Porque querías cerrarnos la puerta en las narices para tener tiempo de deshacerte de la evidencia, cenutrio. Pero no estamos aquí por esto.

—¿Ah no? ¿Y entonces por qué?

—Pérez —se dirigió Remigio al más antiguo de los uniformados—, que registren las habitaciones. Yo buscaré aquí en la sala.

—Ya habéis encontrado la droga. ¿Qué queréis?

—Aquí, señor —dijo uno de los uniformados, que traía una caja de zapatos en las manos—. No lo ha escondido mucho. Estaba encima de su cama.

Al llegar junto a Remigio, el oficial le entregó la caja y el inspector revisó su interior. Dentro había varios fajos de billetes de variada denominación. Toro puso la caja sobre la mesa del comedor y sacó unos papeles del bolsillo. Comparó los billetes con las anotaciones de los papeles.

—¿Qué hace? —preguntó el camello, sorprendido.

—Parece que todos coinciden —les anunció Remigio con una sonrisa a sus compañeros—. Algunos de veinte, de cincuenta…Habrá que contarlos en la comisaría. Estás en un buen lío, amigo.

—No entiendo. ¿Por qué les interesa tanto el dinero?

—Vas a pasar un buen rato a la sombra.

—De acuerdo, violé la condicional, pero me faltaba apenas un año de condena.

—Un año, que sumado a los cuatro o cinco que te pueden caer por volver a traficar, serán unos seis. Y si le agregamos quince o veinte por este dinero…

—¿Quince o veinte? ¿Por tráfico? Son unas pocas pastillas. Tampoco es un alijo. Alegaré que son para consumo personal.

—Alega lo que quieras, Carmelo. El problema grave no lo tienes con la droga, sino con estos billetes.

—¿Por qué?

—Te relacionan con el secuestro y asesinato de Ismael Rivero Esparza.

—¡No es posible! Oiga, yo no tengo nada que ver con eso. Ese dinero me lo pagaron por la droga.

—¿No dijiste que la droga era para consumo personal?

—Le mentí. Trafico, lo confieso, pero no he secuestrado a nadie, ni soy un asesino de niños. ¡Me tiene que creer! ¿Sabe lo que me harán en la cárcel si me condenan por el homicidio de un chiquillo?

—Haberlo pensado antes.

—¡Que no fui yo! ¡Maldito Roberto!

—¿Quién?

—Se llama Bastos, Roberto Bastos. Él fue quien me pagó con el dinero que está en esa caja. No tiene dónde caerse muerto, pero está muy pillado. Me pagó dos mil euros a tocateja.

—Y por supuesto, no le preguntaste de dónde los había sacado.

—Yo solo quería cobrar. Sus finanzas no eran mi problema.

—Pues por lo visto, ahora sí lo son. Lleváoslo.

—No presentará cargos por secuestro, ¿verdad? ¡Yo no lo hice! ¡No sabía nada! —fue lo último que escuchó Remigio cuando Pérez arrastró a Suárez escaleras abajo hasta la calle. Al inspector le pareció que el camello iba sollozando.

Capítulo diecinueve.

En momentos como aquel, Sofía detestaba su trabajo. Los Rivero Esparza eran una familia normal, con sus esperanzas y sus cuitas, como cualquier otra familia. Habría roces, malos entendidos y broncas, así como sacrificios por amor incondicional. Como en cualquier familia. Acababan de pasar por uno de los tragos más amargos a los que les podía enfrentar la vida: el secuestro y asesinato de un hijo. Y ahora tendría que ir ella junto al comisario, para meter el dedo en la llaga y hurgar en la herida. En ese momento, hubiera querido haberle hecho caso a su madre y ser maestra, o enfermera. Cualquier cosa menos policía.

Sofía miró de reojo al comisario. Le resultaba difícil pensar en él como «Santiago,» como hacía Néstor. Sin embargo, ya no lo veía con el temor reverencial de los primeros días. Ortiz era grande, alto y fuerte como un oso. La expresión de su rostro mantenía un rictus de seriedad permanente y fruncía el ceño con facilidad. Eran contadas las ocasiones en las que lo había visto sonreír. Además, cuando lo hacía recordaba a un tiburón. Asustaba, había que reconocerlo, pero ella tenía constancia de que el león no era tan fiero como lo pintaban. El comisario era rígido con las normas y poco dado a contemporizar con sus subalternos, pero era justo y se dejaba la piel por ellos. El mejor ejemplo era Néstor.

Cuando Salazar cayó herido por el Asesino de la Rosa, Santiago aún no tenía idea de que se trataba de su hermano, pero aun así arriesgó su vida para proteger a su segundo al mando. Sofía se preguntó cómo se sentiría con respecto al secuestro. Era padre, así que seguramente tenía una mejor idea que ella de lo que estaban pasando los Rivero en aquel momento.

Antonia los dejó entrar en cuanto los vio. Ni siquiera los anunció. Los hizo pasar al salón donde la familia estaba reunida. Sentado junto al matrimonio Rivero Esparza se encontraba Felipe. Frente a ellos había un hombre un poco más joven que el señor de la casa, y una mujer que miraba a doña Isaura sin poder disimular su lástima.

—¡Comisario! ¡Subinspectora! ¿Hay alguna novedad? ¿Ya tienen al malnacido que le hizo esto a Ismael? —fue el saludo del atribulado padre.

—Seguimos investigando —respondió Ortiz—. Puede estar seguro de que haremos todo lo posible por esclarecer este caso y detener a los culpables.

—Si no traen noticias ¿por qué están aquí?

—Necesitamos aclarar algunos detalles para ser más efectivos en nuestro trabajo.

—¿Qué clase de detalles?

—Tenemos que hacerles algunas preguntas sobre la dinámica de su familia, sobre el propio Ismael.

—¿Podría explicarse mejor, comisario? No lo tenía por un hombre que se anduviera por las ramas.

—Es un asunto delicado. ¿Podemos hablar a solas? —preguntó el comisario, mirando a los visitantes.

—Perdonen mis modales. Este es mi hermano Juan y su esposa Emilia. No tenemos secretos con ellos, comisario. Pueden hablar con total libertad.

—Si no le importa, preferiríamos conversar con ellos en otro momento.

—Será mejor que nos vayamos, Jorge —intervino Juan, mientras se ponía de pie. Su esposa lo imitó—. No queremos estorbar a la Policía. Ya sabes, cualquier cosa que necesites, por favor avísame.

—De acuerdo. Os acompaño hasta la puerta.

—No es necesario. Ya conocemos el camino. Atiende a los policías. En este momento, lo más importante es encontrar a los que secuestraron a Ismael y hacer que paguen por ello.

Después de un corto abrazo entre los hermanos y los correspondientes besos de despedida, Juan y Emilia se marcharon. Jorge invitó a los policías a tomar asiento.

—Ustedes dirán.

—Hemos recibido información acerca de problemas entre usted y su hijo Felipe, aquí presente —disparó Ortiz, sin atenuantes—. ¿Qué puede decirnos de eso?

—Espere. ¿Adónde quiere llegar con semejante pregunta? Está usted investigando un secuestro. Nuestros problemas familiares no son asunto suyo.

—Al contrario, señor Rivero. Créame que lamento mucho tener que hurgar en la vida de su familia, pero si quiero hacer bien mi trabajo, no tengo alternativa.

—¡Esto es el colmo! ¿Qué pretende conseguir con eso, Ortiz? ¿Involucrar a mi propia familia en el crimen? —Rivero iba aumentando el volumen conforme hablaba—. ¡No fueron capaces de salvar la vida de mi hijo, pese a que les avisé en cuanto supe del secuestro! ¡Y ahora pretenden culpar a mi familia por tan horroroso crimen!

—Cálmese, señor Rivero. No estamos culpando a nadie. Solo tratamos de comprender el cuadro general. Con respecto a nuestra incapacidad para salvar a Ismael, soy el primero en lamentarlo, pero le recuerdo que la autopsia demostró que para cuando los secuestradores los llamaron a ustedes, ya el niño había muerto.

—¡Ustedes debían salvarlo, pero lo dejaron morir! —insistió el dolido padre, que no parecía capaz de escuchar, mientras rompía en llanto.

—Respira profundo, Jorge —intervino su esposa, acariciándole el brazo —. Los oficiales hicieron todo lo posible. No tuvieron la culpa del resultado de esta atrocidad.

—¡No los defiendas, mamá! —la interrumpió Felipe—. Si ellos no hubieran metido las narices, seguramente Ismael estaría vivo.

—Sabes que eso no es verdad, hijo. Estás siendo muy injusto.

—¡No me quedaré aquí para ver cómo nos involucran y nos convierten en culpables de sus errores! —gritó el chico y sin pedir permiso, abandonó la sala.

—Perdónenlo —les pidió Isaura, al mismo tiempo que acariciaba el brazo de su esposo, que no se había podido controlar y había roto en llanto.

Sofía pensó que Isaura era una mujer formidable. Tenía un aspecto frágil y todos parecían querer protegerla, pero era el verdadero pilar de aquella familia. La subinspectora se dirigió a ella para hacerle la siguiente pregunta.

—¿Cómo se llevaban Felipe e Ismael?

—Había una diferencia de seis años entre ellos —respondió Isaura con voz calma y sin aspavientos—. Es mucho para dos hermanos, así que cada uno se desenvolvía en su propio mundo de intereses, pero se querían mucho. Felipe hacia rabiar a su hermano, por supuesto, pero también lo protegía.

—¿Y qué me dice de Ismael? ¿Cómo veía a su hermano mayor?

—Lo idolatraba. Lo quería seguir a todas partes, aunque por supuesto, había muchos lugares a los que Felipe no lo podía llevar.

—¿Compartían amigos?

—Por supuesto que no. La diferencia de edades era demasiado amplia para eso.

—¿Cómo se llevaba usted con Ismael? —le preguntó Ortiz a Jorge, que ya parecía recuperado.

—Adoraba a mi hijo, comisario. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Como usted por los suyos, si es que los tiene.

—Todos querían a Ismael —volvió a intervenir Isaura, empeñada en limar asperezas—. Era un chiquillo muy dulce.

—¿Y Felipe?

—Queremos a Felipe igual que queríamos a Ismael —se apresuró a responder Jorge.

—¿Pero se lleva igual de bien con él? —insistió Ortiz—. Tengo entendido que hay muchas discusiones entre ustedes.

—Felipe es joven y quiere divertirse —argumentó Isaura—. Su padre trata de disciplinarlo. Es normal que surjan roces.

—¿Consumía Ismael algún tipo de drogas?

—Por supuesto que no.

—¿Tenía alguna mala compañía?

—No.

—¿Y Felipe?

—Felipe tiene otra edad, y un temperamento un poco más rebelde —lo justificó Isaura—. De vez en cuando falta a alguna clase en la universidad. Es posible que asista a algún botellón, pese a que ni a su padre, ni a mí nos agrada la idea, pero es un buen chico. Solo hay que ver cómo lo ha afectado todo este asunto de su hermano.

—¿Era habitual que Ismael hiciera novillos?

—No. Nunca lo había hecho.

—¿Dónde estaba Felipe en el momento en que ocurrió el secuestro? —preguntó Santiago.

—No estará usted sugiriendo…—comenzó a protestar Jorge.

—Yo no sugiero nada, señor Rivero —lo interrumpió el comisario—, pero necesito precisar dónde estaba cada una de las personas cercanas a Ismael cuando se desarrolló el crimen.

—Fui yo quien lo llamó cuando comencé a preocuparme por la demora de Ismael. Tenía la esperanza de que supiera dónde podía estar —dijo Isaura.

—¿Por qué pensó eso?

—Porque como le expliqué antes, Ismael veneraba a su hermano. Creí que podían estar juntos. En cuanto Felipe supo del retraso, vino a casa. Estaba aquí cuando llamaron los secuestradores, así que si está pensando que él tuvo algo que ver, será mejor que replantee sus hipótesis, comisario.

Ortiz se sorprendió al comprender que la firmeza de Isaura lo había dejado sin argumentos.

Capítulo veinte.

La siguiente reunión en la comisaría se llevó a cabo aquella misma tarde. Ortiz y Sofía fueron los primeros en exponer los resultados de su entrevista con los Rivero. Luego les tocó el turno a Manuel y a Miguel Pedrera, quienes habían regresado a entrevistar a Peña, esta vez para hacerle preguntas sobre Ismael y también sobre su propio coche.

—Con respecto al chico, Peña solo tiene elogios —explicó Pedrera—. Nos dijo que era muy amable en el trato con todos, incluso con los empleados de la casa. Cuando le preguntamos si podría tener problemas de drogas, lo descartó sin ambages. Le pareció inconcebible.

—¿Qué dijo sobre sus amistades?

—Chicos y chicas entre trece y quince años. Bastante pijos, eso sí, pero sin ninguna malicia.

—¿No había ninguna manzana podrida en el saco? —preguntó Remigio.

—No, que él supiera.

—¿Qué dijo sobre la ITV?

—Aquí el asunto se pone más interesante. Su coche es un «Seat Ibiza» del año 2008, así que ya debe llevarlo a la inspección una vez al año. Nos juró que la última había sido hace seis meses, pero por más que buscó y rebuscó, la que pudo mostrarnos fue de hace tres años.

—Que fue la última que ´la pasó —apuntó Diji—. Es lo que demuestran los archivos del Registro General de Vehículos.

—En ese caso, vamos a pedir una orden para llevar a cabo un peritaje del coche —ordenó el comisario—. Y avisad a Tránsito para que le pongan su correspondiente multa.

—De acuerdo.

—Remigio. ¿Qué has averiguado? —preguntó Ortiz.

El inspector les contó cómo había llegado hasta el camello, así como el hallazgo de los billetes y la confesión de Suárez acerca de su cliente.

—¿Dónde están los billetes?

—Los llevé a la Jefatura Superior para que los muchachos de la científica lleven a cabo el peritaje. De momento, la única confirmación que tengo es que se trata de dos mil euros en billetes de variada denominación. Les pedí que verificaran todos los seriales y buscaran huellas.

—Muy bien —aprobó Ortiz—. ¿Sabemos algo del sujeto que mencionó Suárez?

—Roberto Bastos —señaló Toro, después de confirmar su libreta—. No tiene antecedentes.

—¿Por qué me resulta familiar ese nombre? —se preguntó a sí mismo el comisario—. Estoy seguro de haberlo escuchado recientemente.

—¿Roberto Bastos, dices? —preguntó Diji, quien a su vez revisaba sus listas.

—Sí.

—Es dueño de un «Renault Megàne» del año 2002. La última vez que pasó la ITV fue en el año 2010.

—Interesante —apuntó Ortiz—. Entonces el señor Bastos, quien pagó a un camello con billetes provenientes del rescate, también es dueño de una cafetera con motor y ruedas que no pasa la ITV desde hace siete años. ¿Algún otro dato? ¿Tenemos su dirección, o la de su trabajo?

—En el registro vehicular está su dirección —dijo Diji—, pero corresponde al año 2010.

—¿Algún teléfono local?

Diji dictó un número, que el comisario fue marcando en su móvil. Al quinto tono cayó la contestadora: «Te estás comunicando con Roberto Bastos. En este momento no puedo atenderte. Tal vez estoy en la ducha, o quizá borracho. Je, je. Deja tu nombre y tu número y te devolveré la llamada cuando regrese a este mundo. Si me apetece.»

—No se ha mudado —informó el comisario, después de colgar sin dejar ningún mensaje—. De acuerdo, el señor Bastos acaba de conseguir el primer lugar en la lista de sospechosos. Diji, quiero que elabores un informe, lo respaldes con las pruebas que tenemos y lo lleves al juzgado. Habla con el juez Velasco. Pídele una orden de busca y captura para Bastos, así como una orden de allanamiento de su vivienda y de peritaje sobre su coche.

—Sí, señor.

—Remigio, Sofía y yo te esperaremos en la dirección de Bastos para llevar a cabo la detención —miró el reloj—. Nos vemos allí en dos horas.

—¿Por qué tanto tiempo, señor?

—No quiero que se nos escape, así que prepararemos un cerco policial alrededor de toda la manzana. Eso me llevará un rato. Tiempo suficiente para que elabores el informe y convenzas al juez.

Al cabo de dos horas, los tres policías esperaban en el «Corsa» blanco de la comisaría, frente a la casa del sospechoso. Se trataba de un edificio antiguo de obra vista con cinco pisos y dos balcones por piso. Diji subió a la parte trasera del coche, aunque no le fue fácil encogerse lo suficiente para caber en aquella lata de sardinas.

—¿Y bien? —preguntó el comisario—. ¿Tienes la orden?

—Tal como usted la pidió, señor, aunque el juez se demoró un poco.

—¿Por qué?

—Consultó todas las pruebas y leyó el informe antes de ordenarle a su secretaria que redactara la orden. Luego tuve que esperar a que concluyera una llamada telefónica para que la firmara. No le pedí que se apresurara porque sabía que usted necesitaba tiempo para preparar la detención.

—De acuerdo. Entonces vamos.

El comisario dio aviso a las patrullas que había apostado alrededor de la manzana para que estuvieran alertas por si el sospechoso intentaba huir. No podía quitarse de la cabeza la sensación de que aquel nombre le resultaba familiar. Seguramente sabría el motivo cuando lo tuviera frente a él. Subieron hasta el tercer piso por las escaleras, pues el edificio era tan antiguo que no tenía ascensor.

Llamaron a la puerta con las armas en la mano y manteniéndose a cubierto. No sabían con cuántas personas se iban a encontrar.

—¡Bastos! ¡Es la Policía! ¡Abra la puerta! —gritó Ortiz, con un vozarrón que parecía poder derribar cualquier obstáculo por sí solo. Hasta Diji, a su lado, dio un respingo.

Desde el interior, sin embargo, no hubo respuesta.

—¡Bastos! ¡Tenemos una orden de allanamiento! Si no nos abre la puerta, entraremos por la fuerza.

Nada.

El comisario hizo un gesto a Diji, ambos se plantaron frente a la puerta y le dieron una patada al unísono. El impacto reventó la cerradura y casi la saca de sus goznes. Ambos se pusieron de nuevo a cubierto. Luego fueron entrando con las armas por delante y todas las precauciones que mandaba el reglamento.

El piso era un cuchitril, pero parecía ordenado. El salón estaba vacío. Con gestos, Ortiz indicó a sus subalternos que iniciaran la inspección de todo el apartamento.

—¡Despejado! —dijo Remigio desde la cocina.

—¡Despejado! —gritó Diji desde la habitación.

—¡Señor, aquí! —llamó Sofía desde el cuarto de baño.

El comisario se apresuró a responder al llamado de la subinspectora. Los demás policías lo siguieron.

Cuando Ortiz entró, se encontró con un cuadro que no esperaba. Bastos yacía tendido en el suelo del servicio en una extraña postura. A su lado había media docena de pequeñas bolsas de plástico transparente vacías y una hoja de papel.

Remigio se agachó y sin tocarlas, detalló las pequeñas bolsas.

—Son iguales a las que tenía el camello —informó—. Drogas de diseño.

Sofía se agachó a su lado y comenzó a leer en voz alta lo que había escrito en la hoja de papel, sin tocarla. La habían redactado con un ordenador y estaba firmada por el sospechoso.

«*Yo, Roberto Bastos, confieso ser el responsable del secuestro de Ismael Rivero. Lo hice empujado por la desesperación, para poder pagar una deuda por droga que me podía costar la vida. Llevé a cabo el secuestro solo y sin ayuda de nadie. La muerte del chico fue accidental y es una carga tan pesada en mi conciencia, que prefiero morir antes que continuar soportándola. Por eso he decidido acabar con mi vida. Que no se culpe a nadie de mi muerte.» Roberto Bastos*.

Santiago terminó de leer la nota y miró la cara de su autor. Entonces pudo recordar de dónde lo conocía. Había sido el joven que lo recibió un par de días atrás en la puerta de los juzgados.

Capítulo veintiuno.

La noticia acerca de la muerte del secuestrador de Ismael Rivero fue titular en los periódicos matutinos. Un titular que hizo escapar suspiros de alivio en casi todos los padres de Haro. La Policía local había vuelto a demostrar su eficiencia. Ya solo quedaba atar algunos cabos sueltos. Continuaban adelante las experticias de los billetes encontrados en la vivienda de Suárez, así como el peritaje de los vehículos de Peña y del propio Bastos, pero eran meros trámites. Nadie esperaba que los resultados fueran diferentes a los previstos.

La familia Rivero Esparza se sentía satisfecha con el resultado. La comunidad de Haro estaba satisfecha. Los jefes estaban satisfechos. Todos parecían sentirse bien, excepto el propio comisario que llevaba adelante la investigación. Aquella mañana, Santiago recibió las felicitaciones que le llovieron a él y a su equipo con escepticismo y hasta mal humor. Había algo que no encajaba.

La extensión de Ortiz volvió a sonar por enésima vez en el transcurso de la mañana.

—Dime Lali.

—Es el comisario mayor de la División Antisecuestros, señor.

—Bien, pásame la llamada —respondió Santiago con resignación.

—Comisario Ortiz. Buenos días. Quería felicitarlo por la celeridad con la que usted y sus hombres resolvieron el caso.

—Gracias, señor. Pero todavía no estoy seguro de que haya sido resuelto.

—Vamos. El secuestrador escribió y firmó una confesión espontáneamente y se suicidó por el sentimiento de culpa. Ustedes ya lo habían identificado gracias a las evidencias. ¿Qué más necesita?

—Estamos esperando las experticias de los billetes y del coche de Bastos y de otro sospechoso.

—Formalidades. Bien, en cuanto tenga listo el informe final hágamelo llegar, por favor y de nuevo, felicitaciones.

—Gracias, señor —dijo Ortiz antes de colgar. Se puso de pie con la intención de marcharse, pero antes de salir de la oficina se dirigió a Lali.

—Estaré arriba con los inspectores. Si alguien más me llama para felicitarme, dile que estoy en la calle en una investigación.

—Sí, señor, pero debería dejarse agasajar un poco. Realmente usted y el resto del equipo han hecho un gran trabajo.

—Gracias Lali —respondió el comisario, suspirando con resignación.

Subió al segundo piso, donde ya se encontraban los demás.

—Buenos días.

—Buenos días, señor —respondieron a coro.

Luego Pedrera le mostró el periódico que tenía en la mano.

—Volvemos a ser héroes. Hay que ver que estos periodistas son como veletas.

—Escriben lo que sus lectores quieren leer —argumentó el comisario—. La comunidad de Haro quiere creer que el secuestrador se ha suicidado y por lo tanto sus hijos están seguros.

—¿Y no es así? —preguntó Manuel.

—No lo sé. Hay algunos detalles que aún no me explico. ¿Tenemos algún avance con respecto a las experticias?

—Científica se ha dado prisa, o les han metido caña.

—Tanto ellos como los jefes tienen hijos —dijo Santiago—. ¿Qué han averiguado?

—El coche de Peña tiene media docena de motivos para ser rechazado por la ITV, pero ninguno de ellos tiene relación con el tubo de escape. En tanto que el «Megàne» de Bastos tiene una fuga de monóxido que entra directamente a la cabina. El detalle es que tampoco le funciona el sistema de climatización, así que debía circular con las ventanas abiertas.

—Con lo cual es posible que no hubiera notado el problema —razonó Diji—, pero alguien encerrado en el maletero…

—Terminaría asfixiado —concluyó Remigio—, que fue lo que le pasó a Ismael. Joder que mala suerte. Si el coche no hubiera tenido esa avería, es probable que el chico hoy estuviera vivo.

—¿Es todo con respecto al coche? —quiso saber Ortiz.

—Por el momento, pero están haciendo un rastreo de «no te menees.» —dijo Pedrera—. Han desarmado toda la cabina y el maletero por piezas buscando algún rastro del chiquillo: una huella, un cabello, fibra de su ropa, cualquier cosa que nos compruebe sin lugar a dudas que ese fue el coche en el que transportaron al niño Rivero. Me avisarán si surge algo.

—De acuerdo. Mantenme informado. —respondió el comisario—. ¿Alguna novedad con respecto a los billetes?

—Son dos mil euros en billetes de veinte, cincuenta y cien, con numeración discontinua. Todos los seriales coinciden. No hay duda de que se trata del dinero del rescate.

—Ese es uno de los detalles que me incomoda.

—¿Por qué, señor? Corrobora que Bastos fue el secuestrador —opinó Sofía.

—No. Demuestra que fue uno de los secuestradores, pero el monto del dinero me preocupa. ¿Dónde está el resto del rescate? Faltan nada menos que ocho mil euros.

—Tal vez esa suma la quería para él —opinó Manuel—. Quiero decir: Necesitaba dos mil euros para pagar la deuda con su camello. Puede que una vez que decidiera cometer el secuestro considerara que si pedía dos, podía pedir diez y quedarse con el resto.

—Pero entonces, ¿dónde está ese dinero? —argumentó el comisario—. No lo encontramos en el piso.

—Podría haberlo depositado en un banco —sugirió Manuel.

—Un tío que no tiene dónde caerse muerto, ¿de repente deposita ocho mil euros en su cuenta? Eso generaría muchas preguntas y sospechas —desestimó Ortiz—. De cualquier forma, quiero estar seguro. Manuel, tú encárgate de averiguar si Bastos tenía alguna cuenta bancaria y si hizo algún depósito en los últimos días. Remigio, ocúpate de hacer un registro a fondo de su piso, por si escondió el dinero en algún lugar. Sofía, interroga a los vecinos y a los compañeros de trabajo en el juzgado. Bastos era portero allí. Tal vez tuviera alguna novia, o alguien en quien confiara lo suficiente para entregarle el dinero en resguardo.

—¿Entonces no vamos a cerrar el caso? —preguntó Pedrera—. Según los periódicos, los jefes piensan que ya no hay nada que investigar.

—Ni los jefes, ni los periodistas son los responsables de dar con los culpables del secuestro —dijo Ortiz—, sino nosotros. Hay algo más que me preocupa.

—¿Qué, señor?

—La nota. Fue escrita con un ordenador y una impresora.

—¿Cuál sería el problema? Tal vez tenía mala letra —argumentó Manuel.

—¿Viste algún ordenador, o impresora en el piso? —le preguntó el comisario.

—Joder, es cierto, no los había —reconoció el joven policía.

—Así que tenemos a un suicida tan previsivo y con tanta sangre fría, que escribe e imprime una nota antes de llegar a su casa.

—Es cierto, suena extraño —reconoció Miguel.

—Pedrera, ocúpate tú de recibir el informe de los peritos acerca de la nota suicida. Explícales nuestras dudas.

—Sí, señor. ¿Cree que la nota puede ser falsa?

—No tengo dudas acerca de la implicación de Bastos en el secuestro. Lo que no me convence es que haya sido el único culpable. Es un delito que requiere cierta infraestructura y la colaboración de varias personas. Me refiero a que deben tener un lugar al cual llevar a la víctima mientras la retienen. Alguien debe vigilarla las veinticuatro horas, para lo cual los secuestradores suelen organizarse en turnos.

—Tal vez se trataba de un secuestro exprés —opinó Diji—. En la nota, Bastos reconoce que la muerte del niño fue un accidente. Y el peritaje del coche así lo confirma.

—Sí, tiene toda la pinta de haber sido un secuestro exprés que salió mal —reconoció Santiago—, pero aún ese tipo de secuestros suele involucrar a más de una persona. El control de la víctima así lo amerita.

—Más en este caso que el chico no fue amarrado mientras estuvo vivo —reconoció Remigio.

—Ese es otro detalle. Por el comportamiento de Ismael habíamos llegado a la conclusión de que pudo colaborar con sus secuestradores, o al menos los conocía y en un principio había confiado en ellos. No imagino qué relación pudo existir entre Bastos e Ismael. Vivían en mundos diferentes, aunque fueran habitantes de la misma ciudad. Yo mismo me ocuparé de buscar una relación entre la víctima y el secuestrador.

Capítulo veintidós.

Néstor salió de la sala donde se había dictado la conferencia sobre terrorismo y geopolítica. Le había resultado muy interesante y le hizo ver los acontecimientos del mundo desde una perspectiva que no había contemplado antes, lo cual le permitió sustraerse de la preocupación que le rondaba la cabeza desde el desayuno.

Como buen jarrero, Salazar se mantenía informado por lo que ocurría en casa, sin importar dónde se encontrara o que estuviera haciendo, así que cada mañana mientras desayunaba conectaba con el móvil las principales páginas de los periódicos de Haro. En los últimos días se había mantenido atento a las novedades sobre el secuestro del niño Rivero Esparza, en especial porque la comisaría de San Miguel era la encargada del caso.

Néstor confiaba en sus compañeros y sabía que Santiago estaba a la altura de las circunstancias, pero también era consciente de las presiones que acompañaban un caso de esa naturaleza. Al haber un niño entre las víctimas, el asunto pasaba a otro nivel.

Cuando aquella mañana vio que el caso había sido resuelto y leyó los detalles reseñados por el periódico, el corazón le dio un vuelco, porque su olfato de policía le hizo comprender que en aquella salida simplista había gato encerrado. No concebía un rapto donde el perpetrador fuera una sola persona, aun cuando se tratara de un secuestro exprés que había salido mal, que era el *leitmotiv* de toda la prensa jarrera. Y eso significaba que había implicados que se habían ido de rositas, por lo que seguían representando un peligro para los habitantes de Haro.

Además, si Santiago se había dejado engañar y había otro secuestro, o se descubría que el caso había sido cerrado en falso, las consecuencias para la carrera de su hermano y para toda la comisaría serían nefastas. Consideró por un momento llamar a Goliat y expresarle su opinión, pero luego decidió que si lo hacía, Santiago podía creer que no confiaba en él. Aunque el afecto entre ellos había resistido las más duras pruebas, Néstor era consciente de lo frágil que todavía era su relación fraternal. No sentía la confianza necesaria para cuestionar las decisiones profesionales de su hermano.

Luego pensó en hablar con Sofía. A ella sí podía decirle lo que pensaba sin tapujos, pero comprendió que la pondría en un compromiso. Sofía no tenía la autoridad para reabrir el caso y plantearle sus dudas. Solo

conseguiría obligarla a enfrentarse a su superior. Y Goliat solía ser muy terco en sus decisiones. Néstor podía dar fe de ello.

—¿Estás bien, Salazar? —preguntó Valentina al pasar a su lado.

—Sí, claro. Meditaba acerca de las noticias de casa.

—¿Algún problema? Pareces preocupado.

Néstor vio la oportunidad de desahogarse, al mismo tiempo que podía beneficiarse con la opinión de alguien más. Durante el curso había aprendido a respetar el criterio de su compañera, cuyo rendimiento destacaba sobre los demás. Salazar tenía ideas brillantes, Valentina contaba con metodología y disciplina. Sin embargo, aunque quería contarle sus preocupaciones, lo invadió un repentino ataque de timidez.

—No es un problema en realidad. Más bien, un desafío profesional.

Las palabras «desafío profesional» funcionaron como un interruptor que encendió el interés de la joven guardia civil.

—Tal vez quieras contármelo. Después de todo, dos cabezas piensan mejor que una. ¿Por qué no me invitas a un café?

—De acuerdo.

Entraron a la cafetería, que a aquella hora estaba moderadamente concurrida. Se sentaron en una de las mesas más apartadas de la barra y esperaron a tener sus cafés frente a ellos para sustituir el cruce de miradas y sonrisas por la conversación pendiente.

—La conferencia de hoy ha sido interesante —opinó Valentina para romper el hielo.

—Desde luego. Nunca imaginé que los acontecimientos entre países tan distantes pudieran tener tanta relación entre sí.

—Sí, es un enfoque sorprendente y muy interesante.

—Pero también muy lógico cuando abres los ojos y lo ves. Y ese planteamiento de que el terrorismo tiene motivaciones políticas y económicas debajo de un barniz religioso, también es impactante.

—Y escalofriante —reconoció Salazar

—Pero no es eso lo que te preocupa ¿verdad?

—Me preocupa, claro, pero tienes razón. En lo que estaba pensando al salir de la conferencia es en un caso en el que estaban trabajando mis compañeros de la comisaría.

—¿Estaban?

—Al parecer se cerró.

—¿Y eso no es bueno?

—Depende, porque desde mi punto de vista está cerrado, pero no resuelto.
—¿Puedo saber de qué se trata?
—Claro —respondió Néstor, mientras buscaba la página principal del Diario de Haro para mostrárselo a Valentina—. Aquí lo tienes.
—¡Vaya! ¿El secuestro del niño Rivero Esparza lo llevaban tus compañeros?
—¿Sabías del caso?
—¿Estás de broma? España entera está pendiente de ese secuestro. ¿Y dices que se cerró? Eso no lo sabía, quizá porque hoy no he tenido tiempo aún de ponerme al día con las noticias.
—No sabía que había tenido tanta repercusión —reconoció Néstor con desaliento.
—Se trata del secuestro de un niño. ¿Qué esperabas? Pero si ya tus compañeros lo resolvieron, ¿por qué te preocupa tanto? Eso debe representar un gran éxito para ellos. Deberías alegrarte.
—Me preocupa porque creo que quedaron cabos sueltos.
—¿Cabos sueltos? ¿A qué te refieres?
—Compruébalo por ti misma.
Néstor le entregó el teléfono a Valentina para que pudiera leer el artículo completo.
—¿Un solo secuestrador que escribió una nota suicida inculpándose? —comentó al terminar de leer—. Esto si es extraño.
—¿Comprendes ahora mi preocupación? Se me hace difícil creer que las cosas hubieran ocurrido así.
—¿Te refieres al secuestro?
—Sí. Por muy exprés que sea, no es viable que un solo delincuente lleve a cabo un secuestro con una mínima probabilidad de éxito.
—A menos que la víctima colabore —apuntó Valentina.
—Es un buen enfoque —reconoció Néstor—, pero ¿qué relación podría haber entre el portero de un juzgado y el hijo pequeño de un prestigioso director de orquestas?
—¿Se conocían las familias?
—Debo reconocer que no conozco los detalles, pero no parece existir un nexo visible entre el secuestrador y la víctima como para que el niño atentara contra su propia familia en beneficio de este sujeto.
—¿Es tu jefe un buen policía?

—Tengo que reconocer que es de los mejores que he conocido —respondió Salazar con un sentimiento de orgullo mal disimulado.

—¿Y tus compañeros?

—Un gran equipo.

—Entonces tendrás que confiar en ellos, Salazar. Si como dices son buenos policías, habrán podido resolverlo sin tu ayuda. Recuerda que tú estás a más de doscientos kilómetros de distancia y que no cuentas con la información necesaria para llegar a conclusiones.

—Sí, tienes razón, pero no quisiera que un pequeño error pusiera en riesgo sus carreras.

—¿Por qué asumes que han cometido un error? Tal vez el equivocado eres tú y los acontecimientos ocurrieron como reseñan los periódicos.

—¿Te parece posible?

—Es extraño, lo reconozco, pero puede haber una explicación racional a la que nosotros no podemos llegar porque no tenemos acceso a las pruebas.

—Sí, supongo que tienes razón. Tal vez deba olvidarme del secuestro y concentrarme en las repercusiones del terrorismo y la geopolítica en nuestras vidas.

Capítulo veintitrés.

Sofía llegó al juzgado con la intención de averiguar lo que pudiera acerca de Bastos. Sabía que el tema sería difícil de abordar, pues cuando se descubría una manzana dañada en el saco, todas las demás se ponían a la defensiva. Había ocurrido en la propia comisaría cuando descubrieron a González y sus prácticas de extorsión. Por suerte, ella contaba con un as en la manga. Estela, la vieja secretaria del juez Aristigueta, sentía cierta debilidad por Salazar, quien solía agasajarla con flores y pasteles. Por extensión, toda la plantilla de la comisaría de San Miguel, recibía un trato especial por su parte.

—Sofía, cariño. ¿Cómo estás? ¡Cuánto me alegra verte! —la saludó la mujer, en cuanto la vio asomarse.

—Hola Estela. A mí también me alegra verte.

—Dime, ¿cómo está el bribón de Salazar? Hace mucho tiempo que no lo veo. Espero que se recupere pronto de sus heridas.

—Néstor está muy bien. Si no ha regresado a la comisaría es porque tiene una asignación especial.

—¿Qué clase de asignación? Por aquí no nos han dicho nada al respecto.

—Para ser honesta, no lo sé. La verdad es que todos han sido muy misteriosos sobre el tema.

—Debes echarlo mucho de menos.

—Bastante, y eso que casi no he tenido tiempo de fijarme en su ausencia.

—Claro, el caso del secuestro. ¡Qué horror! Y pensar que al culpable lo teníamos aquí mismo y lo saludábamos todos los días. Cada vez que lo pienso me dan escalofríos. Te juro que después de enterarme me entraron ganas de pedir que me adelantaran la jubilación.

—¿Por qué? ¿Te falta poco para retirarte?

—Apenas unos meses, pero no creas que tengo muchas ganas de irme de aquí. Me gusta mi trabajo. Además, mi nuera está deseando que me jubile para ponerme a cuidar a los nietos. Y no sé si me apetece. No me malentiendas. Adoro a mis chavalines, pero algo me dice que me van a dar más trabajo del que nunca he tenido en el juzgado. Pero dime, ¿qué te trae por aquí?

—¿Podemos tomar un café y conversar?

Estela miró el reloj de su muñeca y después a Sofía, con una sonrisa.

—Me corresponden quince minutos de descanso. ¿Prefieres que lo tomemos aquí, o en la cafetería del frente?

—En la cafetería estaría bien. Si no te importa.

—De acuerdo. Déjame avisarle al juez que estaré ausente por unos minutos.

Ambas mujeres salieron del juzgado, cruzaron la calle y entraron en una lujosa cafetería. Se sentaron en una de las mesas más apartadas y pidieron un café para cada una. Después que el camarero les sirviera, Estela tomó un sorbo de café y miró a Sofía a los ojos.

—Muy bien, ¿qué necesitas saber?

—Estela…yo…

—Vamos, querida, que llevo muchos años en el juzgado lidiando con jueces y policías. Para mí sois un libro abierto. Excepto Salazar, ese sí consigue sorprenderme de vez en cuando. Por eso lo quiero tanto.

—Tienes razón. Sí busco información.

—¿Sobre Bastos?

—Así es.

—Creí que era un caso cerrado. Al menos es lo que dice la prensa y lo que se rumora en los pasillos.

—El comisario no está dispuesto a cerrarlo todavía. Las evidencias nos hacen pensar que hay otros involucrados, además de Bastos.

—Ya veo. Muy bien. Si es para atrapar a los desgraciados que mataron a ese pobre niño, cuenta conmigo. Desde que leí sobre el secuestro no he podido dejar de pensar en mis nietos. ¿Qué quieres saber?

—Necesito información sobre las personas que se relacionaban con Bastos.

—A ver. Yo no lo conocía bien. Había mucha diferencia entre nosotros. Y no me refiero al estatus, sino a la edad. Sin embargo, sí escuché algunos comentarios, sobre todo de las secretarias más jóvenes. No causaba muchas simpatías.

—¿Por qué?

—Bastos era el tipo de persona que sentía que la vida no había sido justa con él y que merecía mucho más. Despreciaba a sus compañeros, pero trataba de relacionarse con algunos de los visitantes.

—¿Detenidos?

—No, claro que no. Para él, los detenidos eran perdedores, sin importar si eran culpables, o inocentes. Se habían dejado atrapar, así que no merecían la pena. Roberto solía hacerles la pelota a los abogados, en especial a los más jóvenes. También a los jueces y sus familiares, si es que alguno se dejaba caer por aquí.

—¿Logró concretar alguna de esas amistades?

—Bueno…

—Estela, no sabes cuánto me ayudaría que me contaras lo que sabes.

—No quisiera ser cotilla.

—Se trata de detener a los que pueden estar relacionados con el secuestro del niño Rivero. Piensa en tus nietos.

Estela suspiró, debatiéndose entre la lealtad a sus jefes y sus principios como ciudadana.

—Muy bien, te lo diré, pero que esto no se considere una acusación. El hermano del chico muerto estudia leyes y suele venir por el juzgado a hacer prácticas.

—¿Felipe Rivero? —Estela asintió—. ¿Conocía bien a Bastos? ¿Tenían una amistad?

—Conversaban mucho y alguna vez los vi tomarse un café en este mismo local. Pero eso no significa nada —advirtió la secretaria—. No sé, te lo cuento porque tal vez el chico Rivero dijo algo sobre su familia que le dio la idea a Roberto.

—Es una información muy importante, Estela —opinó Sofía, mientras tomaba notas—. ¿Hubo alguien más?

—Bastos tuvo una corta relación con la hija del juez Aristigueta, pero aquello no duró mucho.

—¿Con la hija del juez? ¿Cuándo fue eso?

—Hace bastante tiempo. Más o menos un año, pero no llegó a cuajar.

—¿Por qué?

—Aristigueta no estaba de acuerdo, por supuesto. No porque fuera el portero, sino porque había llegado a sus oídos su fama de arribista.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Un mes, o así. Luego el juez envió a su hija a estudiar a Londres. Y ya sabes, la distancia… En fin, que a la chica se le pasó porque era solo un capricho de adolescente.

—¿Y la hija de Aristigueta sigue en Londres?

—Hasta donde yo sé, no ha regresado.

—Bien, en ese caso, supongo que puedo descartarla. ¿Puedes decirme su nombre de todas formas?

—No estarás pensando que ella puede estar involucrada, ¿verdad?

—Tengo que investigar a todos los relacionados con Bastos, Estela, por poco sospechosos que puedan parecerme.

—Sí, supongo que tienes razón. Su nombre es Laura Aristigueta, y hasta donde yo sé, vive en Londres desde hace un año. No ha vuelto a España. Es su padre quien la visita.

—De acuerdo. ¿Alguien más?

—Como te dije, a Roberto le gustaba relacionarse con chicos que consideraba que estaban en mejor posición que él. Hubo uno de ellos con quien él decía que había hecho amistad.

—¿Quién?

—El hijo del juez Carrillo. Es abogado, así que es asiduo del juzgado.

—¿Cuál es su nombre?

—Jaime. Jaime Carrillo. Es un joven bastante majo. Tampoco creo que sea el que buscas.

—¿Por qué no?

—Es un chico correcto, con una prometedora carrera por lo que he escuchado. Es amable con todos. Roberto solía presumir de su amistad con él, pero creo que solo era porque Jaime lo trataba con cortesía.

—¿Alguna vez los viste salir del juzgado juntos, o contemporizando en algún bar, o algo así?

—No. Los vi conversando en el juzgado de vez en cuando, nada más.

—De acuerdo. De todas formas haré algunas averiguaciones sobre el chico. ¿Alguien más?

—No recuerdo a nadie más en concreto, pero Roberto solía presumir de ser amigo de casi todos los abogados que visitaban el juzgado y tenían más o menos su edad.

Capítulo veinticuatro.

Antonia hizo pasar a Santiago al salón donde el matrimonio Rivero Esparza lo esperaba. Si bien el ambiente era solemne, el comisario sintió que se había aliviado mucho la tensión. Se alegró. Esa familia ya había sufrido demasiado.

—Buenas tardes, comisario —lo saludó Jorge.

—Buenas tardes.

—Supongo que querrá informarnos acerca de los detalles de la identificación del secuestrador. Antes de que comience, me gustaría disculparme por mi conducta en nuestra última entrevista. Estaba muy nervioso y no era yo mismo. Me excedí, pues usted solo hacía su trabajo. También quiero agradecerle a usted y a su equipo su eficiencia para resolver el caso de mi hijo con tanta celeridad.

—Gracias, señor Rivero. Me alegra que ya no me vea como su enemigo. Tiene razón, he venido para explicarles los detalles de la investigación, pero también para hacerles algunas preguntas.

—¿Acaso no está cerrado el caso? Los periódicos dicen que la investigación ya concluyó —intervino Isaura.

—Es lo que opinan mis jefes y la conclusión a la que han llegado los periodistas.

—Pero usted no está de acuerdo.

—Concuerdo en que Roberto Bastos intervino en el secuestro de su hijo, que fue en su coche donde Ismael fue encerrado y donde murió, pero no creo que haya sido el único secuestrador.

—¿Por qué? —preguntó Jorge con desaliento, al comprender que el viacrucis aún no había terminado.

—Porque este tipo de delito no es viable para una sola persona. Suele ser necesario vigilar a la víctima, llevarla a algún sitio para poder retenerla, además de concretar los contactos con la familia para el rescate. Resultaría demasiado difícil y no tendría posibilidades de éxito si se tratara de un solo secuestrador.

—Pero dice la prensa que fue un secuestro exprés —protestó Jorge—, que la muerte de Ismael fue accidental como consecuencia de un desperfecto del automóvil. En ese caso no hubiera sido tan complicado para una sola persona.

—Aun así. De cualquier forma, antes de cerrar el caso quisiera estar seguro de haber contemplado todas las posibilidades.

—Es usted un hombre meticuloso, comisario —reconoció Isaura—. Le agradecemos su dedicación y colaboraremos con usted en lo que sea necesario.

—Hola —saludó Felipe desde la puerta, con las llaves en la mano.

—Hola hijo, llegas temprano —le respondió su madre, mientras se incorporaba un poco en su asiento para recibir un beso en cada mejilla por parte del muchacho.

—Sí, hoy preferí venir directamente desde la universidad. No estaba de ánimo para irme por ahí. ¿Qué hace aquí, comisario?

—Vino a informarnos acerca del secuestrador —le dijo su padre—. Y a hacernos algunas preguntas.

—¿No habían cerrado el caso? —preguntó Felipe con sorpresa—. Es lo que dice la prensa.

—El comisario piensa que hay más secuestradores.

—¿En serio? ¿Y por qué piensa eso?

—Por algunas evidencias.

—Pregunte lo que quiera, comisario —lo invitó Jorge—. Somos los primeros interesados en que todos los secuestradores paguen. Si es que hay más.

—Estoy seguro de que los hay.

En los siguientes minutos, Santiago explicó a la familia cómo habían llegado hasta Roberto Bastos y también lo que encontraron cuando iban a detenerlo.

—Pero entonces no comprendo —dijo Felipe—. Si Bastos escribió una carta suicida donde confesaba que era el único autor del secuestro y culpable de la muerte de mi hermano. ¿Por qué usted cree que hay alguien más? ¿Qué sentido tendría que protegiera a alguien si estaba a punto de quitarse la vida?

—Debe reconocer que es un buen punto, comisario —intervino Jorge—. ¿Por qué habría de mentir alguien que sabe que va a morir?

—Es un buen punto si se acepta por buena la carta.

—¿A qué se refiere?

—Fue escrita en un ordenador, impresa y luego firmada a mano.

—¿Qué hay de extraño en eso? —preguntó Felipe—. Hoy día ya casi nadie escribe a mano.

—El detalle es que en el piso de Bastos no había señales de ordenador, ni de impresora. Lo cual significa que no la escribió en su casa.

—Tal vez lo hizo en el juzgado.

—No se presentó a su trabajo en todo el día. Bastos murió a media tarde, un poco antes de que llegáramos para detenerlo. De haber escrito la nota en los juzgados tendría que haber sido el día anterior, lo cual significaría que decidió suicidarse, escribió la nota y la guardó hasta el día siguiente a media tarde, cuando al final se toma las pastillas. Lo siento, pero no lo creo.

—Sí, la verdad no suena muy lógico. ¿Qué cree usted que pasó, comisario?

—No lo sé, pero no descarto que haya alguien más implicado. Alguien que al saber que nuestras investigaciones nos acercaban a Bastos, decidió eliminarlo.

—Un cómplice —sentenció Jorge. Ortiz asintió—. Pero cómo pudo saber ese cómplice que Bastos había sido descubierto.

—No lo sé. Es evidente que hubo una filtración en alguna parte. Y como me llamo Santiago que la voy a encontrar.

—Usted dijo que   quería hacernos algunas preguntas —le recordó Rivero.

—Así es. Me gustaría saber si alguno de ustedes conocía a Roberto Bastos directa, o indirectamente. He traído una fotografía de mejor calidad que la publicada por los periódicos —les dijo, mientras sacaba la foto del bolsillo y se las entregaba a la pareja.

Jorge miró la fotografía y comenzó a negar con la cabeza, Isaura hizo lo mismo, pero antes de que llegara a manos de Felipe, este confesó.

—Yo sí lo conocía, comisario —dijo en un murmullo.

Sus padres giraron sus cabezas para mirarlo, sorprendidos por la revelación. Ortiz no se inmutó.

—¿Tú conocías a esa sabandija? —preguntó Jorge.

—No es que fuera mi mejor amigo. Era el portero de los juzgados —anunció mientras levantaba la cabeza para mirar a Santiago. Este asintió—. Lo conocí de cuando iba a hacer las prácticas. Solía buscarnos conversación a los pasantes y abogados. Alguna vez tomamos juntos un café.

—¿Le hablaste de tu familia en alguna ocasión? —preguntó Ortiz.

—Puede ser. Tal vez le dije en qué trabajaba mi padre, que tenía un hermano pequeño. No estoy seguro. Quiero decir, para mí eran

conversaciones intrascendentes para pasar el rato entre una tarea y otra. Nunca les di importancia.

—Pues por lo visto él sí lo hizo —concluyó el comisario.

—¿Quiere decir que pudo escoger secuestrar a Ismael por lo que yo le conté acerca de mi familia? —preguntó Felipe con angustia, mientras los ojos se le inundaban de lágrimas.

—No lo sé, hijo. Con Bastos muerto, creo que nunca lo sabremos —respondió Santiago.

—Pero es lo que cree, ¿verdad? Ismael murió porque yo soy un bocazas.

—No debes culparte, hijo —intervino Isaura—. Tú no podías saber que ese hombre era un desalmado.

—Yo… Claro que debo culparme… Si no hubiera abierto la boca… Ahora Ismael está muerto… Ya no va a volver… Ya nunca podré cumplir la promesa que le hice… —dijo Felipe en medio de sollozos.

—¿Qué promesa fue esa?

—Le prometí… —Felipe hizo esfuerzos por calmarse mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Le prometí que este año iríamos a la batalla del vino juntos, pero a la de verdad, no a la de los críos.

—Pero yo se lo había prohibido —protestó Jorge—. Era demasiado joven para que lo bautizaran con vino auténtico.

—Lo sé, papá, pero Ismael estaba tan ilusionado que yo… Le dije que nos escaparíamos juntos a la batalla.

Capítulo veinticinco.

La reunión en la comisaría se dio a última hora de la tarde. Santiago tuvo que esperar a que todos los inspectores regresaran de sus respectivas tareas. Subió al segundo piso cuando Lali le notificó que ya habían llegado. Después de los saludos de cortesía, el comisario inició la reunión poniéndolos al día acerca de su conversación con los Rivero. Luego se dirigió a Manuel.

—Y bien. ¿Tenía Bastos alguna cuenta bancaria?

—Sí, tenía una cuenta en el Banco Ibérico desde hace cinco años. Su saldo era de cincuenta euros. El último depósito fue el mes pasado, cuando cobró su sueldo.

—Es evidente que no fue allí donde guardó los ocho mil euros restantes —concluyó Remigio.

—¿Tuviste tú más suerte, Remigio? ¿Encontraste algo en el piso?

—Telarañas en los rincones y polvo debajo de los muebles, pero ni un solo billete. Y mira que removí Roma con Santiago.

—Nos queda una tercera opción —opinó Pedrera—. Que se lo haya dado a guardar a alguien.

—O una cuarta —dijo el comisario—: Que tuviera cómplices en el secuestro. ¿Qué averiguaste en el juzgado, Sofía?

La subinspectora contó en detalle su entrevista con Estela.

—De manera que era arribista y no estaba conforme con su estatus. Eso lo convertiría en alguien fácilmente manipulable —concluyó Ortiz.

—Parece usted muy seguro de que hay más secuestradores.

—No solo eso. Cada vez me convenzo más de que Bastos no fue el autor intelectual. Si bien todo el asunto fue una chapuza por donde la miremos, hay que reconocer que pensaron bien los detalles. Es más, yo diría que el que planificó el secuestro está familiarizado con el mundo policial, o jurídico.

—¿Cree que fue un policía? —preguntó Manuel, un poco escandalizado—. Solo nos faltaría eso después del chasco con Domingo.

—No he dicho eso, pero pensad un poco. Se tomaron muchas molestias en dificultar el seguimiento del rescate. Pidieron que los billetes fueran viejos, con seriales discontinuos, lo cual quiere decir que sabían que podíamos rastrearlos a través de ellos.

—Que fue lo que hicimos —apuntó Remigio.

—Sí, pero porque los escaneamos, lo cual no se les ocurrió que íbamos a hacer.

—Tal vez no sea tan extraño que tomaran esa precaución —opinó Diji—, después de todo, Bastos trabajaba en el juzgado, debía haber escuchado sobre ese tipo de procedimientos en los pasillos.

—Recuerda que era el portero. No creo que su conversación con los abogados fuera en términos jurídicos. No, creo que al menos uno de los secuestradores tenía información sobre procedimientos policiales.

—No quisiera pensar esto, señor, pero ¿qué dice acerca de Felipe Rivero? —intervino Sofía—. Conocía a Bastos, está versado en procedimientos policiales pues estudia leyes, al parecer es un poco tarambana, y tenía influencia sobre la víctima. Ismael confiaba en él.

—Está muy bien pensado, Sofía, creo que vale la pena investigar un poco más al primogénito de los Rivero, pero hagámoslo con discreción. No quisiera empeorar el sufrimiento de esa familia. Además, no nos interesa hacer saltar la liebre.

—Pero si está involucrado, ¿por qué admitió conocer a Bastos?

—Para desviar nuestra atención —opinó Ortiz—. Debió suponer que si la investigación continúa activa y con Bastos identificado, tarde o temprano buscaríamos sus relaciones personales y alguien lo mencionaría.

—Lo que se dice, curarse en salud —puntualizó Diji.

—Te manejas muy bien con el refranero español —bromeó Remigio.

—Claro, después de todo, soy riojano, aunque por el color de mi piel no lo parezca.

—Volvamos al caso —los reprendió Santiago—. ¿Cuándo tendremos los resultados de la autopsia de Bastos?

—Deberían estar listos por la mañana —dijo Pedrera—, pero si murió por sobredosis como sospechamos, los exámenes toxicológicos tardarán un poco más.

—¿Sabemos de qué clase de drogas se trataba?

—Por las características de las pastillas parecen drogas de diseño, pero tendremos que esperar los resultados del laboratorio para saberlo a ciencia cierta.

—De acuerdo. ¿Sabes algo de la nota suicida, Miguel?

—El perito trató de darme largas porque tiene mucho trabajo. El caso del secuestro y muerte de Ismael metía mucha caña, porque todos querían

que atrapáramos cuanto antes a los responsables, pero la muerte de un secuestrador, adicto para más señas, no despierta tanta urgencia.

—Pero conseguiste algo. ¿No es cierto?

—Convencí al experto de que este no era el único raptor y que podía haber otros por ahí, dándose la gran vida con ocho mil euros del rescate. Para hacer la nota se usó una impresora corriente.

—¿Se puede saber el tipo de impresora?

—Habría que analizar la tinta, si es de inyección o láser. Sería costoso y nos dejaría igual, porque allá afuera hay miles de impresoras de todo tipo.

—Comprendo. ¿Y la firma?

—Es auténtica. La comparó con documentos que encontramos en el piso y no tiene dudas acerca de que fue Bastos quien firmó la nota de suicidio, pero…

—¿Pero qué?

—Le temblaba la mano.

—¿Estás seguro?

—Sin duda alguna. El perito grafológico me preguntó si el occiso sufría de alguna enfermedad neurológica, porque todo el trazo se había hecho con una mano temblorosa.

—¡Lo sabía! —exclamó el comisario.

La expresión de júbilo en él era tan extraña, que todos se quedaron mudos.

—Disculpad mi entusiasmo —se excusó ante sus subalternos—, pero sabía que había alguien más.

—¿Piensa usted que firmó la nota bajo amenaza?

—Estoy seguro. Es probable que el cómplice se enterara de que estábamos a punto de arrestar a Bastos, así que escribe la nota y le hace una visita antes de que nosotros lleguemos. Lo amenaza y lo obliga a firmar la carta de suicidio, luego lo fuerza a tomarse las pastillas.

—Pero ¿cómo pudo enterarse?

—Hubo una filtración. Lo supo por alguien de aquí, o le avisaron desde el juzgado cuando pedimos la orden. Por favor respondedme con honestidad. ¿Alguno de vosotros llamó por el móvil, o hizo el comentario a alguien acerca del inminente arresto? Pudo ser un desliz sin malicia y no habrá consecuencias, lo prometo.

Todos se miraron entre sí, pero nadie reconoció ser el responsable.

—Muy bien, por el silencio asumo que la filtración no provino de la comisaría. Diji…

El joven se sobresaltó al escuchar su nombre.

—Sí, señor.

—¿Con quién hablaste en el juzgado?

—Con el juez Velasco.

—¿Alguien más?

—No, señor. Bueno, y su secretaria que fue quien redactó la orden.

—En ese caso habrá que interrogarlos a ambos.

—Señor, ¿no creerá usted que el juez Velasco, o su secretaria…?

—No acuso a nadie, pero pudo haber sido un comentario sin mala intención, hecho a alguien que preguntó por la evolución del caso. De todas formas, ¿no fue en esta comisaría que se descubrió una secretaria involucrada con una red de extorsión?

—Matilde —confirmó Remigio—. Fue poco antes de pillar a González también metido en asuntos turbios. No fue una buena racha para la comisaría.

—En ese caso, convendréis conmigo en que no hay que excluir ninguna posibilidad.

—Disculpen la interrupción —dijo Lali desde la puerta—. Comisario, acaba de llamar una mujer desde Almería. Su nombre es Maribel Abano. Dice que era la novia de Roberto Bastos y que mañana estará aquí porque quiere hablar con usted.

—¿La novia de Bastos? Gracias, Lali. Acabas de darme una excelente noticia.

Capítulo veintiséis.

Aquella mañana, Santiago llegó a la comisaría de mal humor. Había tenido una bronca temprano con Carmela, pues ella aceptó la invitación de su vecina a una fiesta que daba esa misma noche. Y él no estaba para fiestas, pero Carmela le refutó que nunca lo estaba, lo cual era cierto porque Santiago detestaba ese tipo de reuniones sociales. Ante su rechazo, su esposa le recriminó que ya que iban a establecer su vida en Haro, lo menos que podían hacer era conocer a sus vecinos. Esa afirmación zanjó la discusión, pues ella lo había dejado todo, familia, amigos, una vida en Canarias, para apoyarlo en la búsqueda de su hermano en Haro. Lo menos que él podía hacer era colaborar para que su esposa rehiciera su círculo social. Así que Santiago aceptó acompañarla a la fiesta, pero no pudo evitar sentirse malhumorado.

Su estado de ánimo mejoró cuando al pasar junto a Lali vio una chica que lo esperaba. Como supuso, se trataba de Maribel Abano, la novia de Bastos. La joven no podía tener más de dieciocho años y como era habitual, se sobresaltó cuando la secretaria se lo presentó. Aunque ya Santiago estaba acostumbrado a que su tamaño y su expresión adusta causaran ese efecto en la mayoría de las personas, algunas veces se sentía incómodo con ello. Aunque tenía que reconocer que en su trabajo podía ser una ventaja.

—Me alegra que haya venido, señorita. Por favor pase a mi despacho para que podamos conversar.

La joven lo siguió y tomó asiento frente a su escritorio. Detrás de ellos, Lali también entró a la oficina para preguntarles si querían un café, oferta que ambos declinaron.

—¿Es usted quien investiga el caso de la muerte de Roberto? —preguntó la joven en cuanto Lali se retiró y cerró la puerta.

—Mi equipo y yo. ¿Tiene alguna información que quiera compartir con nosotros?

—Los periódicos dicen que Robie se suicidó.

—Aún esperamos las conclusiones de la autopsia y de toxicología, pero todo apunta en ese sentido.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Robie amaba la vida, le gustaba disfrutarla. Teníamos planes. Nunca se hubiera suicidado.

—Algunas veces las personas tienen cambios en sus estados de ánimo. Su novio estaba metido en un gran problema y él lo sabía. Le esperaba la cárcel. Podría haber sido una decisión impulsiva.

—Roberto no era impulsivo. Escúcheme. Sé que mi novio no era un príncipe azul, pero tenía buenas razones para vivir.

—¿Qué razones?

—Iba a ser padre, Y créame cuando le digo que la idea le hacía mucha ilusión.

—¿Usted…?

—Sí. Estoy embarazada de Robie.

—¿Y él lo sabía? —la chica asintió—. ¿Y usted piensa que eso demuestra que él no se pudo haber suicidado?

—Desde luego. Estaba entusiasmado. Me juró que dejaría las drogas, que sentaría cabeza. ¿Por qué cree que me fui a Almería? Mi familia estaba dispuesta a ayudarnos a comenzar una nueva vida allí. Teníamos planes.

—Pero entonces, no comprendo. Si quería cambiar de vida ¿Dónde encaja el secuestro del niño Rivero en todo esto?

La joven soltó un suspiro de resignación.

—Robie estaba muy pillado con las drogas. Solía irse de juerga con un grupo de niñatos con los que se sentía a gusto. Una de sus mayores debilidades era que él pensaba que merecía un mejor estatus del que tenía, así que procuraba rodearse de pijos. El problema era que nunca podía alcanzar su nivel, así que comenzó a endeudarse. Era el principal obstáculo para que pudiéramos marcharnos y comenzar de nuevo. Tenía que saldar la deuda con su camello antes de salir de Haro, pero era mucho dinero. Y ambos estábamos sin blanca.

—Entonces decidió cometer un secuestro.

—Yo no lo sabía. Si me lo hubiera contado lo habría convencido para que desistiera de una idea tan absurda, pero no me lo contó. Me dijo que no me preocupara, que tenía la solución para conseguir el dinero.

—¿Y usted no sospechó?

—Era mucho dinero para nosotros, pero tampoco era una gran fortuna. Dos mil euros. Creí que se los pediría prestados a alguien entre los niñatos que frecuentaba o…

—¿O qué?

—O conseguiría convencer a alguno de los padres de esos chicos de algún supuesto negocio.

—En otras palabras, usted esperaba que los estafara.

—Para ellos ese dinero es calderilla y se los habríamos devuelto —se justificó Maribel.

—Una estafa es una estafa, señorita —dijo Santiago frunciendo el ceño—. No tiene excusa. Además, en este caso se trató de un secuestro.

—Eso me sorprende. Nunca hubiera creído capaz a Roberto de cometer un secuestro. Debió ser… Debieron convencerlo con argumentos muy sólidos.

—¿Conoce usted a quienes se reunían con Roberto?

—No, lo lamento. Nunca quise conocerlos.

—¿Nunca se los mencionó? ¿Algún nombre, un apodo?

—Conmigo hablaba muy poco de ellos porque sabía que no me gustaba que los frecuentara —dijo la joven, negando con la cabeza—. Pero espere, había uno al que llamaban Avispón. Eso sí recuerdo.

—¿Avispón? ¿Por qué?

—No tengo la menor idea.

—Voy a hacerle una pregunta, señorita Abano y le agradezco que me responda con honestidad. ¿Le entregó Roberto un dinero para que se lo guardara?

—¡Por supuesto que no!

—¿Está segura? Mire que si lo hizo y usted lo conserva será cómplice de secuestro. Además, ese dinero está marcado. Quien lo use será rápidamente localizado.

—No soy una delincuente, comisario. No guardo ningún dinero que no provenga de mi trabajo.

—Discúlpeme. No quería ofenderla, pero tenía que preguntárselo. Era mi obligación.

—¿Qué hará con respecto a la muerte de Roberto? Estoy segura de que lo asesinaron. ¿Continuará investigando?

—Llegaremos hasta el fondo de todo esto. Se lo prometo.

—Gracias.

La joven se levantó de su asiento, se despidió de Santiago y después de dejarle su dirección y teléfono a Lali, se marchó de la comisaría.

Ortiz subió al segundo piso, saludó a sus subalternos y les puso al día acerca de la entrevista con Maribel Abano.

—Es interesante la opinión que tenía la chica sobre su novio —señaló Pedrera.

—Sí, hay varios aspectos interesantes en su declaración —reconoció Santiago acercándose a la pizarra—. En primer lugar, no lo consideraba capaz de suicidarse.

—Porque estaba esperando un hijo y quería iniciar una nueva vida.

—Pero ese más bien podría ser un buen motivo —refutó Remigio—. En lugar de liberarse al pagar la deuda, la pifió al convertirse en el secuestrador y asesino de un niño. Debió saber que tarde o temprano daríamos con él y terminaría en la cárcel. Adiós vida familiar en Almería.

—Puede ser, pero la chica parecía muy segura de que él no hubiera sido capaz de cometer suicidio.

—No es fácil para nadie aceptar que un ser querido puede haberse suicidado.

—Lo que me pregunto —intervino Cheick— es por qué Bastos decidió que la mejor forma de pagar una deuda de droga y reencauzar su vida sería secuestrar a un niño. Es saltar de la sartén para caer en las brasas.

—Tienes razón, Diji —lo apoyó el comisario—. Además, todo indica que Bastos era una persona demasiado influenciable, un gregario. Alguien así no decide cometer un secuestro. Lo que sí es posible es que siga al grupo que lo planea.

—Y por lo que le contó a su novia, le parecía algo muy fácil de llevar a cabo —señaló Sofía.

—Tal vez lo era tal como lo tenían planteado —opinó Pedrera.

—¿A qué te refieres?

—Bien, veámoslo de esta forma. Ismael Rivero conoce a sus secuestradores y por alguna razón decide colaborar con ellos.

—¿Lo dices en serio? —se indignó Sofía.

—¿Por qué no? Tal vez lo viera como una travesura. O lo convencieron con algún argumento. Era un chiquillo. Sería fácil manipularlo.

—Continúa —lo animó el comisario.

—Así que él se niega a ir a clases en el Conservatorio y se encuentra con estos tíos. Para que nadie lo vea en el coche de los «secuestradores» se mete en la maleta, pero ya sabemos el problema mecánico del «Megàne,» así que cuando llegan a su destino, los raptores se encuentran con el marrón de que el chaval se les murió. Aun así deciden pedir el rescate, porque se trata de deudas que tienen la urgencia de pagar.

—Tiene lógica —admitió Ortiz—. ¿Tenemos algún resultado de la experticia del coche?

—Encontraron un cabello de Ismael y algunas fibras que coinciden con las de su ropa —informó Manuel—. No hay duda, el Megàne de Roberto fue el que se usó para el secuestro.

—¿Hay resultados de la autopsia de Bastos?

—Según el forense, sufrió un paro cardiorespiratorio y tenía los pulmones y el cerebro llenos de líquido —dijo Pedrera.

—¿Lo cual quiere decir…? —preguntó Remigio.

—Que es compatible con una sobredosis, pero habrá que esperar a lo que diga Toxicología.

—De acuerdo.

Capítulo veintisiete.

Santiago sentía que estaban muy cerca. Si conseguían identificar a los niñatos con los que se reunía Roberto, tendrían a los secuestradores. Estaba seguro de eso. Sin embargo, no resultaba tan fácil. Por lo visto, el portero era muy discreto cuando se encontraba con sus amigos, además que nunca los mencionaba. Era obvio que no lo hacía frente a su novia porque a ella no le agradaban, pero ¿cuál podría ser el motivo de ser tan prudente en otros ambientes? La respuesta más evidente era que se trataba de una condición impuesta por los demás. De cualquier forma, valía la pena seguir haciendo preguntas en el juzgado. Lo más probable era que los hubiera conocido allí y alguien debía saberlo.

Por otro lado, el sospechoso más viable era Felipe, el hermano de Ismael. Todos los indicios circunstanciales apuntaban a él, pero antes de interrogarlo sería necesario tener pruebas más concretas. Ortiz le pidió a Sofía que regresara a los juzgados y tratara de conseguir más información acerca de las relaciones personales de Bastos.

Llegó a su despacho, pero antes de entrar se dirigió a su secretaria.

—Lali, necesito que me conciertes una cita con el juez Valero y con su secretaria.

—¿Con su secretaria, señor?

—Así es.

El teléfono los interrumpió. Lali respondió y se envaró en el asiento.

—Es el comisario mayor Celso Urbina, de la Jefatura Superior, señor. Desea hablar con usted.

—Muy bien, pasa la llamada a mi oficina.

Ella obedeció y la extensión de Santiago comenzó a sonar dentro de su despacho

—Aquí el comisario Ortiz. ¿En qué puedo ayudarlo, comisario mayor?

—Ortiz. Me alegra encontrarlo en su oficina. Me han comunicado que continúa usted investigando el secuestro del niño Rivero.

—Sí, señor. Así es.

—¿Por qué, si ese es un caso cerrado?

—No soy de la misma opinión, señor. Tengo razones para creer que aún quedan secuestradores en libertad.

—¿No hubo una nota suicida escrita por ese tal Bastos en la que se confiesa el único autor del secuestro y la muerte del niño?

—Sí, señor, pero…

—¿Es falsa la nota? ¿No la firmó él?

—No, señor. La nota es auténtica. Al menos, es su firma, pero…

—¿Entonces cuál es el problema? ¿Tiene usted idea de las repercusiones políticas que tiene este caso?

—¿Políticas? ¿Qué tiene que ver la política con el secuestro y muerte de un niño?

—No lo creía tan ingenuo, comisario. Todo es político. El secuestro del niño Rivero causó una fuerte angustia entre los padres y abuelos de Haro, lo cual significa una enorme cantidad de votantes. Con la confesión y muerte del culpable, esos votantes vuelven a dormir tranquilos porque sus hijos están seguros. Y viene usted a querer seguir hurgando en ese asunto, manteniendo en zozobra a la población —La voz del comisario mayor fue cambiando el tono, pasando de la cortesía a un enfurecimiento contenido. Santiago estaba furioso, a secas.

—Yo no tengo ninguna intención de mantener la zozobra, señor —dijo entre dientes, haciendo esfuerzos por no gritarle a su superior—, pero tengo buenas razones para pensar que Bastos mintió en la nota y que en este asunto hay más personas involucradas.

—¿Ve usted posibilidades de que se produzca un nuevo secuestro?

—No, pero no quiero que los que truncaron la vida de ese niño queden en libertad.

—Lo que usted crea, o quiera nos trae sin cuidado, comisario. El secuestrador firmó voluntariamente una confesión en la que se declaraba el único culpable. Fin del asunto. Cerrará el caso, aceptará de buen grado las felicitaciones de sus superiores, de la prensa y de los habitantes de Haro. No empleará más recursos de la comunidad jarrera para satisfacer su curiosidad.

—¿Curiosidad? —gritó Ortiz—. ¿Llama usted curiosidad a encontrar a los secuestradores que continúan libres? Esos que con toda probabilidad son los más importantes, por ser los autores intelectuales del hecho.

—¡Cierre el caso, comisario! ¡Es una orden! —respondió el comisario mayor, ya sin contener su ira.

—No obedezco órdenes que contradigan el cumplimiento de mi deber —respondió Santiago entre dientes, antes de colgarle el teléfono a su superior.

El comisario se dedicó a llevar a cabo tareas burocráticas mientras se tranquilizaba, luego fue a almorzar al bar del amigo de Néstor, «La Callecita.» Conversó unos minutos con Gyula y lo tranquilizó acerca del bienestar de su hermano. Una hora después, Santiago cruzaba la puerta de los juzgados. Bastos había sido sustituido por un alguacil, que el comisario supuso que ocuparía el cargo temporalmente mientras encontraban otro portero. Después de identificarse, se dirigió a la oficina de Velasco. Su secretaria se veía atareada.

—Buenas tardes, comisario. ¿Viene a solicitar alguna orden? —preguntó Pía.

—En realidad, he venido a hablar con usted y con el juez. ¿Podría dedicarme unos minutos?

—Supongo que quiere interrogarme por el joven portero. ¡Qué barbaridad! Pensar que el asesino de ese pobre niño estuviera tan cerca me pone los pelos de punta. Lamento decepcionarlo, comisario, pero yo apenas lo conocía. Le daba los buenos días en la mañana y las buenas tardes al marcharme, pero ni siquiera tomábamos café en la misma sala de descanso, así que poco podré ayudarle.

—No es sobre Bastos que quiero preguntarle, Pía. Y por favor no piense que la estoy interrogando. Solo quiero que me ayude a descubrir algo.

—Claro, comisario, si está en mi mano, con mucho gusto.

En ese momento se abrió la puerta del despacho del juez.

—Pía, ¿ya archivaste el caso juzgado que te…? ¿Qué hace aquí, comisario? Creí decirle a su secretaria que no tenía tiempo para concederle una entrevista.

—No soy un periodista, señor juez, a quien pueda concederle, o negarle su tiempo para responder preguntas. Estoy llevando a cabo una investigación policial y usted debe responder a lo que yo requiera, como cualquier ciudadano.

—Si se trata del caso Rivero Esparza, tengo entendido que está oficialmente cerrado, por lo que cualquier investigación al respecto es extraoficial.

—Yo no lo he cerrado.

—Sus jefes lo hicieron por usted.

—No tenían derecho —se indignó Santiago.

—Pero está entre sus prerrogativas. Tengo entendido que este caso se ha convertido en una obsesión para usted y no quieren que siga empleando los

recursos de la comisaría para llevar a cabo una investigación que no tiene sentido, porque el único sospechoso está confeso y muerto.

—¿Obsesión? ¿De dónde ha salido eso? No sé con quien ha hablado usted, señoría, pero permítame decirle que Bastos no actuó solo, que hay ocho mil euros desaparecidos sin explicación alguna y algunos cabos sueltos, que en mi experiencia significan que hubo al menos una, o dos personas más implicadas en el hecho.

—Escuche comisario. Comprendo que usted es padre y que este caso le tocó la fibra, como a todos nosotros, pero no tiene sentido rizar más el rizo. El secuestrador confesó y se suicidó. Acéptelo y a otra cosa.

—Se suicidó después de que uno de mis hombres vino a pedir una orden a su despacho.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hubo una filtración acerca del inminente arresto de Bastos. Y sé que no fue ninguno de mis hombres.

—¿Está usted diciendo que esa supuesta filtración provino de esta oficina? ¿De Pía, o de mí?

—Es la única explicación. No los estoy acusando. Pudo ser un comentario hecho sin malicia, Algo inocente de su parte, pero que cayó en oídos inadecuados.

—La acusación que usted está haciendo es muy grave, comisario. Está insinuando que mi secretaria o yo violamos el secreto del sumario y con ello causamos el suicidio de un sospechoso.

—No creo que Bastos se suicidara.

—¿Pero qué está diciendo?

—Que pienso que sus cómplices se enteraron del inminente arresto y decidieron que era el chivo expiatorio perfecto, por eso lo obligaron a firmar la carta que los exculpaba. También creo que a esos cómplices los pudo conocer en este edificio, que están relacionados con el mundo judicial y que están haciendo toda la presión posible para que se cierre el caso.

—Comisario. En virtud de su trayectoria haré de cuenta que no he escuchado lo que acaba de decir, pero si continúa esta investigación a todas luces ilegal y no se aparta de mi vista inmediatamente, haré que lo cesanteen y no volverá a ejercer como policía.

Antes de que Santiago pudiera responder, ya el juez Velasco había cerrado la puerta.

Capítulo veintiocho.

Después de haber pasado un día de presiones por parte de superiores y jueces para que dejara la investigación del caso Rivero, Santiago no se sentía con muchos ánimos de fiesta aquella noche, pero se lo había prometido a Carmela y ella parecía entusiasmada. Era una mujer extraordinaria que lo comprendía y lo apoyaba. Merecía que él hiciera el esfuerzo de soportar un par de horas de un pequeño ágape con los vecinos, si eso la hacía feliz. Además, estarían apenas a un par de casas de allí.

Esperaban en la sala, listos para salir, cuando llamaron a la puerta. Carmela abrió y apareció una jovencita que debía rondar los dieciocho años, con un portátil, un libro y un par de cuadernos bajo el brazo: «La canguro.»

—Buenas noches, señora Ortiz. Espero haber llegado a tiempo.

—Buenas noches, querida —saludó Carmela—. Llegas en buena hora. Los gemelos ya han cenado y están en su habitación, durmiendo. No creo que te den ningún problema.

Santiago se acercó y la chica dio un respingo.

—Déjame presentarte a mi esposo, cariño —Se volvió hacia su marido—. Santiago, ella es Amarilis López, «la canguro» —luego susurró en voz baja—. Y sí, ya la investigué y es de fiar.

—Un placer conocerla, señorita López —dijo Santiago extendiéndole la mano mientras le sonreía—. Es usted valiente al aceptar quedarse con esos dos trastos.

—He conversado con los gemelos en la piscina en alguna ocasión, señor —comentó la joven, mientras veía su pequeña mano perderse dentro de la del comisario—. Son dos chiquillos muy dulces. Nos llevamos bien y sé que no me darán ningún problema.

—¿En la piscina? ¿Vive usted entonces en la comunidad?

—En la primera casa, con mis padres. Estudio enfermería y trabajo como «canguro» en el vecindario cuando tengo oportunidad.

—¡Excelente! —exclamó Santiago.

—Deja el interrogatorio, cariño —le susurró Carmela, procurando que Amarilis no la escuchara—. Estás siendo demasiado obvio —Luego se volvió hacia la joven y habló en voz alta—. Te dejaré los números de nuestros móviles por si acaso. Si tienes cualquier problema nos llamas sin ningún reparo. Vamos a estar en el número siete.

—¿En casa de los Elizondo? —preguntó la joven sonriendo—. ¡Por supuesto, en el cumpleaños de Carolina! Mis padres también asistirán.

—¡Genial! —refunfuñó Santiago entre dientes. Su esposa le dio un suave codazo con disimulo.

—De acuerdo, entonces nos vamos. Y ya sabes, si los gemelos te dan algún problema nos llamas y regresamos enseguida.

—De haberlo sabido, los hubiera sobornado para que iniciaran un incendio —bromeó Goliat, murmurando en voz baja.

Carmela lo miró con una media sonrisa. Sabía que a Santiago le gustaba hacerse el duro, pero en el fondo era capaz de cualquier sacrificio por ella, o por los gemelos. Asistir a la fiesta de esa noche era un buen ejemplo.

Después que los Ortiz salieron, Amarilis se acomodó en la mesa de la cocina con su libro, su ordenador y sus cuadernos. Tenía examen en dos días y sentía que iba bastante atrasada.

Apenas habría transcurrido una hora cuando afuera, la oscuridad de la noche sin luna amparó las dos sombras que se movían a través del jardín del conjunto de adosados. Se acercaron en silencio a la puerta de atrás, desde donde podían ver la única luz de la casa que estaba encendida. Gracias a la vigilancia que mantenían desde temprano, sabían que «la canguro» estaba sola con los niños y que estaría estudiando.

Esperaron con paciencia hasta que la luz se apagó, y le dieron tiempo a llegar hasta la sala, donde comenzó a escucharse el televisor con bajo volumen. Luego uno de ellos, el más alto, se agachó junto a la puerta, abriéndola en pocos segundos con la ayuda de una ganzúa.

Entraron en silencio, y se encaminaron al salón, donde la chica se entretenía viendo un programa de concursos en la televisión. El más alto miró a su acompañante y asintió. Se internó en la sala, mientras su compañero se quedaba cerca de la ventana, vigilando. Las voces del televisor se escuchaban más fuertes. La chica dormitaba en el sofá. Después todo ocurrió muy rápido. El asaltante sorprendió a la joven, la alzó del sillón, la sujetó por detrás y le puso un cuchillo en el cuello. Amarilis quiso gritar, pero él le susurró que si lo hacía, la mataría. Con un suave silbido, el delincuente avisó a su compañero, quien entró en la habitación. Amarilis comenzó a temblar de miedo.

El asaltante la apretó contra su cuerpo, rozándola más de lo necesario, y ella pudo sentir su excitación. Tenía el rostro cubierto con un

pasamontañas, pero sus ojos reflejaban lujuria. Amarilis comenzó a sollozar.

—¡Ssshhh! —le advirtió él—. Un solo ruido y te corto el cuello.

El intruso más pequeño, que también ocultaba su rostro, miró con severidad a su compañero después de notar su erección. El que sujetaba a Amarilis pareció comprender su incomodidad, y respondió con una sonrisa maliciosa. Amarilis temió que ambos hombres pretendieran ultrajarla, en especial después que el pequeño le amarró las manos a la espalda y la amordazó. Solo podía llorar al imaginar lo que le esperaba. Quedó sorprendida, cuando en lugar de arrojarla sobre el sofá, la llevaron al cuarto de baño, la obligaron a sentarse en el suelo y le amarraron los tobillos. Luego apagaron la luz y cerraron con el seguro. Amarilis sintió cuando atrancaban la puerta con una silla, y entonces comprendió, entre asustada y aliviada, que ella no era el motivo por el que habían entrado. Seguramente eran ladrones, aunque debían ser los ladrones más tontos del mundo si habían escogido la casa de un comisario de la Policía como blanco de sus fechorías.

Se tranquilizó un poco. Aunque le avergonzaba tener que enfrentar a los señores Ortiz después de un robo, en especial por el miedo que inspiraba el comisario, al menos parecía que nadie saldría lastimado. Entonces recordó a los gemelos y se apoderó de ella una enorme angustia. ¿Y si alguno de los niños despertaba y los sorprendía? ¿Serían capaces de lastimarlos? Rezó para que eso no ocurriera, o en todo caso que solo los amarraran y encerraran como habían hecho con ella, pero por favor, que no los lastimaran.

Sentada en el frío suelo del baño, rodeada por una completa oscuridad, no tenía idea del paso del tiempo, pero le pareció que había transcurrido un largo rato cuando escuchó el lejano sonido del teléfono de la casa, primero, y el de su móvil, después. Alguien estaba llamando. ¿Serían los Ortiz? Los teléfonos timbraron varias veces, uno primero y otro después, reflejando la insistencia de quienes intentaban comunicarse en vano. Al fin escuchó ruidos lejanos, puertas, gritos, no podían ser los ladrones, ellos se movían en silencio. Amarilis trató de gritar a través de la mordaza, pero era inútil. Solo salían sonidos apagados.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. ¿Qué le iba a decir a los Ortiz? Se había dejado sorprender, dejando indefensos a los niños que se suponía que debía cuidar. Se sobresaltó al escuchar abrirse la puerta del baño. El

comisario, aún con el traje de etiqueta, entró y la vio en el suelo. Se agachó a su lado, le quitó la mordaza y luego comenzó a desatarla.

—¡Amarilis, por Dios! ¿Qué pasó? —le preguntó, angustiado.

—Eran dos hombres —alcanzó a decir ella entre sollozos—. Me sorprendieron, creo que entraron a robar.

—Carmela llamó por teléfono y al ver que nadie contestaba, decidimos venir a ver qué podía estar ocurriendo. ¿Tú estás bien? —le preguntó el señor Ortiz. Ella solo pudo asentir.

Después de escuchar un grito desgarrador que les puso los pelos de punta, ambos corrieron al lugar de dónde provenía. Cuando llegaron al salón, encontraron a Carmela, quien había proferido el grito y tenía el rostro bañado en lágrimas.

—¡Lucas! ¡Mi hijo! ¡Se han llevado a mi hijo!

Santiago palideció y corrió a abrazar a su esposa, mientras Amarilis, aún en shock, se llevaba la mano a la boca, para ahogar un grito. Fue entonces cuando el teléfono de la sala comenzó a sonar. Santiago descolgó

—¿Comisario Ortiz?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Tenemos a su hijo. Si quiere volver a verlo con vida, detenga las investigaciones del caso Rivero. **N**o le diga nada a nadie. Y continúe con su rutina como si nada hubiera pasado.

Segunda parte.

Capítulo uno.

Santiago estaba sentado en el sofá de su sala abrazando a Carmela, quien no había dejado de llorar desde que regresó de la habitación de los gemelos y comprobó que solo uno de los niños permanecía allí dormido.

«La canguro» estaba sentada frente a ellos, también sollozando. Por primera vez en su vida, el comisario no sabía qué hacer. Todo aquello le parecía un desatino. ¿Quién podía ser tan estúpido, o estar tan desesperado como para secuestrar al hijo de un policía? Lo que había ocurrido confirmaba que él estaba en lo cierto, que había más secuestradores y que eran erráticos. Eso los hacía más peligrosos. Ahora tenían a Lucas y Santiago sabía lo que eso podía significar. El niño Rivero no había sobrevivido veinticuatro horas con esos sujetos. Tenía que encontrar y rescatar a su hijo antes de que fuera demasiado tarde, pero ¿cómo?

Mientras Carmela lloraba con desconsuelo y se culpaba a sí misma por haber insistido en acudir a la fiesta, Santiago la consolaba tratando de convencerla de que ella no tenía ninguna responsabilidad en el rapto, que sí, habían aprovechado la ausencia de ellos para sorprender a «la canguro,» pero el secuestro podía haber ocurrido en cualquier otro lugar, o momento, en que vieran la oportunidad. El verdadero responsable era él mismo, que no previó que los raptores llegarían tan lejos y no proveyó una protección adicional a su familia.

Pero Ortiz sabía que buscar culpables no resolvería nada. Ahora lo más importante era encontrar a Lucas. Necesitaba ayuda, pero no podía abrir operaciones en la comisaría, ni denunciar el secuestro, porque eso le podía costar la vida al gemelo. Esos tíos ya habían demostrado que eran capaces de asesinar a sangre fría. Era consciente, sin embargo, de que no podía resolverlo solo, entre otras razones, porque lo estarían vigilando.

Los secuestradores se movían en el mundo policial, o judicial. Lo habían demostrado cuando asesinaron a Bastos antes de que pudieran detenerlo, así que Santiago no podía confiar en nadie. También era probable que en ese momento todas sus comunicaciones estuvieran siendo monitoreadas y que alguien lo siguiera. Sus movimientos debían ser muy estudiados.

—Fue mi culpa, Santiago —volvió a decir Carmela entre sollozos—. Si no me hubiera empeñado en ir a esa fiesta…

—No te fustigues, mujer. No fue tu culpa. Lo secuestraron para extorsionarme. Fui yo quien debió preverlo.

—¿Qué vamos a hacer? Dime que volveremos a ver a nuestro hijo. Dime que no le harán daño.

—Lo rescataremos. Te lo prometo. Y si alguien le pone un dedo encima…

Amarilis se encogió sobre sí misma cuando vio la expresión en el rostro del comisario. Casi sintió lástima por los secuestradores. Él levantó la mirada y al verla, suavizó su expresión.

—Amarilis, hija. ¿Podrías llamar a tus padres para que vengan a buscarte? Te acompañaría, pero no quiero dejar sola a Carmela.

—Sí, señor, por supuesto.

Mientras la chica llamaba con su móvil, él se dirigió a la cocina para preparar una infusión que tranquilizara a su esposa. Mientras tanto, iba dándole vueltas a la cabeza acerca de su siguiente paso. El tiempo apremiaba. Entonces tuvo una idea. Regresó a la sala, olvidando la infusión.

—Amarilis. ¿Podría hacer una llamada desde tu teléfono? Es importante.

—Sí, señor, por supuesto —respondió ella, entregándole su móvil—. Mi madre viene hacia aquí.

—Muy bien. Gracias.

Santiago marcó el número de memoria. Pese a su impaciencia, tuvo que esperar varios timbrazos, antes de escuchar la voz somnolienta de la subinspectora Garay.

—¿Diga?

—¿Sofía? Soy Ortiz.

—¡Comisario! —exclamó la subinspectora despabilándose por completo—. ¿Ocurre algo?

—Escucha, ahora no puedo darte explicaciones, pero es muy importante que sigas mis instrucciones.

—Usted dirá.

—Necesito que llames a Néstor.

—¿A esta hora de la noche? —preguntó ella con sorpresa.

—Sí. Es urgente. Lo llamarás y le dirás que por fin te han dado las vacaciones que tenías atrasadas.

—¿Quiere que lo llame a las dos de la madrugada para decirle que estoy de vacaciones? —preguntó ella confundida—. Y por cierto ¿no me había

dicho que tendría que esperar a que Néstor se reincorporara para poder irme de vacaciones?

—Te lo explicaré mañana. Ahora no puedo. Quiero que te reúnas conmigo en «La Callecita» antes de entrar a la comisaría.

Sofía comprendió que algo muy grave ocurría, pero que por alguna razón, el comisario no podía explicárselo por esa vía.

—Comprendido. Llamaré a Néstor inmediatamente y le diré que hoy comienzan mis vacaciones. ¿Qué más?

—También le dirás que por fin podrás visitar a la viuda del comisario Padilla. Él entenderá. Él volverá a llamarte después de que le hayas dado el mensaje. Cuando lo haga, dile que la visita a la viuda es prioritaria y la harás lo antes posible.

—De acuerdo, señor. ¿Desea que le informe al terminar?

—No, por ningún motivo llames a mi casa, o a mi móvil. Nosotros no hemos tenido esta conversación.

—Entendido, señor.

—Nos veremos mañana en el bar.

—Sí, señor.

Santiago colgó y le devolvió el móvil a «la canguro», quien no pudo disimular su sorpresa ante tan extraña conversación. Ortiz, por su parte, se sintió más tranquilo al saber que había enviado una petición de ayuda a su hermano. La idea había sido de Néstor, después de su terrible experiencia con el Asesino de la Rosa. Debían tener un código de emergencia entre ellos, que les permitiera comunicarse que había un miembro de la familia en peligro sin que nadie a su alrededor supiera de qué hablaban. La visita a la viuda Padilla les pareció un buen mensaje cifrado. Cuando Santiago accedió, lo hizo como una concesión a Néstor, al comprender que su experiencia traumática lo debía haber afectado. Nunca imaginó que el recurso resultara tan útil, ni que tuviera que emplearlo tan pronto. Esperaba que su hermano no tuviera problemas a la hora de escaquearse del resto del curso, pero conociéndolo, el comisario tenía confianza en que lo conseguiría.

Sofía se lavó la cara. Había estado bastante espesa en su conversación con Ortiz, pero el timbrazo del teléfono la sorprendió profundamente dormida. Aunque no tenía idea de qué era lo que había ocurrido, solo por el tono angustiado de su jefe era suficiente para comprender que se trataba de algo muy grave. Esperaba que el cenutrio de Néstor tuviera encendido el

teléfono. Luego apartó ese temor. Salazar nunca apagaba el móvil. Sostenía que un buen policía no debía hacerlo sin importar las circunstancias, porque los criminales no cumplían horario de oficina.

En efecto, al segundo timbrazo, Néstor respondió. Y no lo había pillado durmiendo, porque tenía la voz clara.

—¡Sofía! ¿Qué ocurre?

—Quería decirte que por fin me dieron las vacaciones que tenía atrasadas y que iré a visitar a la viuda del comisario Padilla.

En el otro lado de la línea se instaló un silencio que hizo pensar a la subinspectora que se había cortado la comunicación.

—¿Hola? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, por supuesto. Gracias por la información —respondió al fin Salazar, y sin decir nada más, colgó.

Sofía hizo lo propio, e inmediatamente, como le había dicho el comisario que ocurriría, Néstor la volvió a llamar.

—¿Irás pronto a visitar a la viuda?

—Lo antes posible.

—Hazle saber que iré contigo —respondió Salazar antes de colgar.

Capítulo dos.

Salazar salió de su habitación en cuanto colgó el móvil. Tenía un vacío en el estómago, sensación que le había acompañado en los peores momentos de su vida. Cruzó el pasillo hasta la habitación de Valentina y tocó la puerta con energía. Ella le abrió, envuelta en un albornoz, con el cabello revuelto y los ojos legañosos.

—¡Salazar! ¿Qué haces aquí? ¿Sabes qué hora es? ¿Acaso has bebido?

—Perdóname. No hubiera querido despertarte, pero se trata de una emergencia. ¿Puedo pasar?

Ella abrió la boca para decirle que no, que no eran horas, pero lo vio tan angustiado que se limitó a abrir la puerta.

—Pasa. ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy seguro, pero sé que se trata de algo muy grave.

Néstor le contó acerca del mensaje cifrado que había acordado con su hermano y de la llamada que acababa de recibir por parte de Sofía.

—¿Estás seguro de que se trata de una llamada de auxilio? ¿No será simplemente que tu subinspectora se alegró mucho por sus vacaciones y no vio la hora, o quiso jugarte una broma?

—No, estoy seguro. La referencia a la viuda del comisario Padilla me lo confirma. Sofía no conoció a Padilla, ni mucho menos a su viuda. Ella está haciéndome llegar un mensaje de mi hermano y estoy seguro de que él no me mandaría a llamar si lo que ocurriera no fuera grave en extremo. Debo irme.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo te vas a marchar ahora? Justo cuando van a comenzar las evaluaciones del curso.

—Esto es mucho más importante. Escucha. Necesito tu ayuda. Voy a coger un taxi que me lleve de vuelta a Haro.

—¿Un taxi? ¿Ahora?

—No puedo esperar a los horarios ferroviarios regulares. Lo más rápido es coger un taxi, pero necesito que le digas al coronel Mendoza que me he sentido mal repentinamente, con dolor en el costado izquierdo, uno de los síntomas de alerta que me advirtió mi cirujano, así que me iré para poder asistir a su consulta a primera hora de la mañana. Cuando él lo autorice regresaré a cumplir con esas evaluaciones, o a que me cuelguen del asta de la bandera. Lo que ellos decidan.

—¿Por qué no lo despiertas y se lo dices tú mismo?

—Porque él tiene interés en que me quede y la autoridad suficiente para impedir que me vaya.

—Así que me dejas el marrón a mí.

—Lamento tener que meterte en esto. Te prometo que te compensaré. ¿Me ayudarás?

Néstor puso expresión de cachorro apaleado, lo cual hizo resoplar a su compañera.

—Vete, anda, vete. Y espero que la cosa no sea tan grave como temes.

—Gracias, Valentina. ¡Sabía que podía contar contigo! —exclamó Néstor, mientras le plantaba un beso en la mejilla.

Salazar se puso un chaquetón sobre la ropa que llevaba y se encaminó a la salida de la Escuela. Los guardias de la puerta lo miraron con extrañeza.

—¿Dónde va, señor?

—No puedo dormir, así que decidí dar un paseo. Nos vemos.

—Muy bien, señor, pero no se aleje mucho. No son horas para pasear.

Néstor asintió, simulando normalidad. Se alejó de la Escuela todo lo que pudo y llegó hasta uno de los hoteles cercanos de la ciudad, donde vio aparcados varios taxis. Se aproximó al primero.

—Le pagaré el doble de lo que marque el taxímetro si me lleva a Haro.

—¿Ahora?

—Hombre, no es cuestión de esperar a que amanezca para iniciar el viaje. ¿No cree?

El taxista le lanzó una mirada de desconcierto a Néstor, luego se lo pensó mejor.

—El doble más la mitad.

—¡Joder! Tú vas a tener tu propia empresa en menos de lo que se persigna un cura loco. Vale.

Subieron al taxi y Néstor pasó todo el trayecto preguntándose qué habría ocurrido para que Goliat activara las alarmas y lo obligara a desertar del curso de esa forma. Le dio al taxista la dirección de Sofía. Si su hermano la había usado como intermediaria, era posible que hubiera alguna razón que hiciera inconveniente su llegada hasta la casa de Santiago.

Una vez en San Miguel, Salazar se rascó los bolsillos para pagarle al taxista, se despidió de él y entró al portal donde vivía Sofía. Eran casi las seis de la mañana y con el verano tan cerca pronto amanecería. Gracias a la adrenalina subió las escaleras de dos en dos y se plantó en el segundo piso

en un suspiro. Llamó a la puerta de Sofía, quien le abrió con expresión de sorpresa, pero ya vestida para salir.

—¡Néstor! ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en esa misteriosa asignación especial? —le preguntó mientras lo invitaba a pasar con un gesto.

—Deserté.

—¡¿Desertaste?! Pero…

—¿Qué ha ocurrido para que me llamaras anoche en la madrugada y me hablaras de la viuda del comisario Padilla?

—Es un mensaje cifrado. ¿Verdad?

—Entre Santiago y yo. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que poco antes de que te llamara a ti me despertó y me pidió que me comunicara contigo para darte ese mensaje. Parecía muy angustiado.

—¿No te explicó la razón?

—No.

—Entonces se siente vigilado. ¿En qué estabais trabajando ayer?

—En el secuestro del niño Rivero.

—¿No lo habíais cerrado?

—El comisario ha recibido presiones para cerrarlo, pero él no está conforme. Dice que está seguro de que hay más secuestradores.

—Y llama en medio de la noche perturbado, para pedirte que me hagas venir.

—¡Yo no te dije que vinieras!

—Lo hiciste, al mencionar a la viuda de Padilla. Todo esto me preocupa mucho. No he visto a Goliat angustiado desde el funeral de mi padre. Y si el asunto va de los secuestradores es posible que Carmela, o los niños estén en peligro.

—¿No estás llegando a conclusiones apresuradas?

—¿Cuándo lo vas a ver?

—Me pidió que nos encontráramos en «La Callecita» antes de ir a la comisaría.

—Perfecto. Reúnete con él, sé puntual y procura que nadie te vea entrar, pero actúa con naturalidad.

—¿Qué harás tú?

—De momento, buscar un cajero. El despabilado del taxista me ha dejado sin blanca. Luego me reuniré con vosotros. Yo también quiero oír la

historia.

Al cabo de una hora, Sofía entraba al bar de Gyula. El comisario ya estaba allí. Tenía un aspecto terrible, como si no hubiera dormido en toda la noche. Frente a él reposaba una taza de café que no había tocado. Ella se acercó. En el trayecto había cuidado que nadie la siguiera, ni la viera entrar en el bar. Comenzaba a sentirse un poco tonta. Le parecía que Néstor exageraba y que el disparo del Asesino de la Rosa lo había dejado un poco paranoico, pero aun así siguió sus instrucciones. Lo respetaba mucho.

Ortiz pareció alegrarse cuando la vio, se puso de pie y la invitó a sentarse.

—Bienvenida, Sofía. Y gracias por acudir a mi llamado. ¿Pudiste hablar con Néstor? ¿Qué respuesta te dio?

— ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo, comisario? —respondió la subinspectora señalando hacia la puerta, donde un desvelado Salazar acababa de entrar.

Capítulo tres.

Cuando Néstor llegó junto a Santiago, este lo recibió con un abrazo, lo que hizo que los temores de Salazar se dispararan. El asunto debía ser mucho más grave de lo que había temido si inducía semejante manifestación de sentimientos en Goliat.

—Me alegra que hayas podido venir, Néstor. Gracias por acudir a mi llamado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Salazar, aunque no estaba muy seguro de querer saberlo.

—Es un asunto muy delicado. ¿Habrá algún lugar aquí que sea más privado? —sugirió Ortiz.

Néstor miró a su hermano. Tenía el miedo reflejado en los ojos, lo que le hizo sentir un escalofrío. Después de llamar a Gyula y susurrarle algo en voz baja, este le entregó unas llaves y Salazar los guio hasta la parte posterior del bar, donde se encontraba el despacho del dueño. El inspector usó la llave, los invitó a entrar y luego cerró la puerta a sus espaldas.

—Aquí podremos hablar tranquilos.

Se sentaron alrededor del escritorio. Después que Ortiz les hizo un breve recuento de los acontecimientos de la noche anterior, Sofía se sintió aturdida por las implicaciones y Néstor palideció en la medida en que escuchaba. Sus sobrinos se habían ganado su afecto en las pocas semanas transcurridas desde que los conoció. Saber que uno de ellos estaba en peligro lo hizo revivir sentimientos que no tenía desde que Gabriel, su hermano pequeño, falleció víctima de un padrastro maltratador porque él no supo protegerlo. Trató de reponerse por el bien de Lucas. Alguien debía mantener la cabeza fría y no era algo que pudiera pedirle a Santiago.

—¿Cómo está Carmela? —quiso saber.

—Te lo puedes imaginar. Destrozada.

—¿La dejaste sola?

—Con una vecina. Su madre debe llegar hoy de Tenerife. Se quedará con ella.

—Excelente. ¿Y cómo se lo ha tomado Sebastián?

—No lo comprende —reconoció Santiago—. Nunca se había separado de su hermano.

—¿Le habéis contado la verdad?

—Desde luego que no. Solo tiene seis años. Le hemos dicho que Lucas está en el hospital con anginas y que no puede ir a verlo para no contagiarse. Que regresará pronto. Detesto mentirle, pero…

—Has hecho bien —opinó Néstor—. A su edad, saber la verdad solo serviría para que sintiera miedo por su hermano y por él mismo. Es un sufrimiento que es mejor evitarle.

—¿Qué voy a decirle si…? —las palabras se atoraron en la garganta de Santiago y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No pienses en eso. No va a ocurrir. Lo vamos a encontrar sano y salvo. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no sabes si podrás cumplir, Néstor —le recriminó su hermano, cerrando los ojos con desesperación—. Sabes muy bien que no hay ninguna certeza en estos casos. No soy una víctima cualquiera, sino que sé de qué va. En manos de estos mismos desalmados, el niño Rivero no duró veinticuatro horas vivo. ¿Cómo sé que Lucas no ha corrido ya la misma suerte? ¿Cómo sé que mi hijo no está muerto a esta hora?

—¡Me cago en todo lo que se mueve! —gritó Salazar, al mismo tiempo que daba un golpe sobre la mesa. Hasta Goliat se asustó—. ¡No te quiero volver a escuchar decir algo como eso! ¡Hasta que no tengamos prueba de lo contrario, Lucas está vivo y tendremos que dejarnos la piel para rescatarlo de las garras de esos hijos de puta! ¡Después lloras si quieres! ¡Ahora tenemos mucho que hacer y el tiempo corre!

—Tienes razón, Néstor. Perdóname el lapso de debilidad. No soy capaz de pensar con claridad en este momento, pero confío plenamente en ti. ¿Qué debemos hacer?

—Tú no puedes hacer otra cosa que obedecer a esos malnacidos porque es seguro que te están vigilando. Yo, en cambio, estoy en una «asignación especial,» así que puedo moverme con relativa libertad. Necesitaré ayuda, así que quiero que hagas oficiales las vacaciones de Sofía.

—Si trabajas a la sombra no podrás presentarte como policía. Eso puede dificultar tu labor.

—Sabré arreglármelas, además tendré un importante incentivo. Recuperar a mi sobrino a salvo.

Ortiz suspiró con cierto alivio. Ahora que había dejado gran parte de la carga de responsabilidad en los hombros de su hermano, comenzó a ver la situación desde un punto de vista más optimista.

—Muy bien. ¿Qué opinas tú Sofía? ¿Estás de acuerdo en pretender que inicias tus vacaciones para ayudar a Néstor?

—Eso ni se pregunta, comisario. Puede contar conmigo para lo que quiera.

—De acuerdo. Acudiremos ambos a la comisaría, prepararé los papeles y te llamaré para comunicártelo «oficialmente.» En un par de horas estarás libre.

—¿Qué debo hacer después? —le preguntó Sofía a Salazar.

—Coger un autobús en dirección a tu pueblo —respondió Néstor.

—¿Estás bromeando?

—No. Lo más probable es que esta gente esté pendiente del próximo movimiento de Santiago, que en este caso será darle vacaciones a un subalterno. Si sales de la comisaría a reunirte conmigo, tendrán la certeza de cuáles son nuestras intenciones, pero si coges un autobús para Peñalba, se tranquilizarán y se olvidarán de ti. Por lo general, las personas asumimos que si alguien coge un medio de transporte para un destino, es ponqué llegará a ese destino. Lo cual es muy lógico en un avión, pero en un autobús…

—Comprendo. Les hago creer que me marcho, cuando en realidad regreso a Haro para trabajar contigo.

—Procura ser lo más discreta posible. Para mayor seguridad, no te apees en la primera parada de descanso, sino en la segunda, coge un taxi y vuelve a Haro.

—¿Dónde nos encontramos?

—Yo abriré operaciones inmediatamente, así que no estoy seguro, pero al creerme lejos no se habrán molestado en intervenir mis comunicaciones. En cambio las tuyas…

—Entonces debo hacerme con otro móvil —sugirió la subinspectora.

—Pero no lo compres. No sabemos el grado de implicación de los secuestradores en la policía, o en los juzgados, pero tenemos algunas evidencias que son preocupantes. Por lo que me habéis relatado, supieron del inminente arresto de Bastos, también sabían que Santiago tiene hijos, así como su dirección y teléfono. Si vas a una tienda y compras un móvil a tu nombre, podrían enterarse.

—¿Qué sugieres entonces?

—Esperad un momento. —respondió Salazar, mientras salía del despacho. Regresó al cabo de un minuto con un móvil en la mano—. Aquí

lo tienes. Un poco pijo, pero servirá. Es el móvil de Gyula. Será el que uses. Llámame en cuanto estés de vuelta en Haro y te diré dónde encontrarme.

—¿Tú qué harás? —preguntó Santiago.

—Lo primero que quiero hacer es interrogar a «la canguro.» Ella podría proporcionar información importante.

—No es por desanimarte, Néstor, pero yo ya la interrogué —dijo el comisario con desaliento—. No vio a los tíos. Llevaban pasamontañas y la sorprendieron por la espalda.

—Aun así, quiero hablar con la chica. Tal vez captó más detalles de los que ella misma sospecha. ¿Puedes arreglar un encuentro?

—Sí, claro. Su madre es quien cuida en este momento a Carmela. Puedo hacerle llegar un mensaje.

—Perfecto. ¿Estudia? ¿Trabaja?

—Creo recordar que nos dijo que estudia enfermería.

—¡Excelente! Entonces nadie se sorprenderá si va al hospital. Pídele que nos encontremos en el consultorio del doctor Alvarado, a las diez de la mañana.

—¿Cómo te aviso si acepta?

—Usa el móvil de ella.

—Desde luego. Disculpa. Todo esto me hace difícil concentrarme.

—No hace falta que te excuses, Santiago. Es comprensible. También es conveniente que le pidas que te preste su teléfono mientras encontramos a Lucas. Será de mucha utilidad que nos podamos mantener comunicados por una vía segura.

—Es buena idea. Hablaré con ella. No creo que haya problema. Parece una buena chica.

—Muy bien. Casi es hora de que vayáis a la comisaría. Ve tu primero, Sofía. Tú tarda un poco más, Santiago. Ellos esperan que llegues un poco tarde. Que no sospechen que se dio esta conversación.

—De acuerdo. Nos vemos luego —respondió Sofía mientras salía.

Ambos hermanos se quedaron solos. Santiago miró a Néstor y todos los altibajos y malentendidos de su relación pasaron por su mente en pocos segundos.

—Néstor, hermano, no sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo…

—No desesperes, Santiago. Encontraremos a Lucas sano y salvo. Te lo prometo. Luego en un acto reflejo, le dio un abrazo.

Capítulo cuatro.

Siguiendo las instrucciones de su hermano, Ortiz se encaminó a la comisaría para conceder las falsas vacaciones a Sofía. Lo invadía una sensación de irrealidad que no le permitía concentrarse, como si todo lo que estaba viviendo fuera solo una pesadilla y en cualquier momento pudiera despertarse para encontrar a Lucas durmiendo entre él y Carmela, porque se había pasado de su cama a la de sus padres en medio de la noche. Se juró a sí mismo que si recuperaba a su hijo sano y salvo, no volvería a regañarlos ni a él, ni a Sebastián por hacerlo. Al contrario, los abrazaría para asegurarse que estaban a su lado y a salvo.

—Buenos días, Lali.

—Buenos días, comisario. ¿Se encuentra usted bien? Tiene muy mala cara.

—Estoy bien, gracias. Asistí con mi esposa a una cena anoche y nos acostamos tarde —explicó él, tratando de sonreír—. Por favor, prepárame los papeles para las vacaciones de la subinspectora Garay.

—¿Está seguro, señor? Quiero decir… Con el inspector jefe ausente y la batalla del vino tan cerca… La ciudad se llenará de turistas… ¿No cree que sería prudente posponer un poco las vacaciones del personal?

—La subinspectora ya tiene un atraso de varias semanas en su asueto y el inspector Salazar debe regresar en pocos días. Ahora no hay ningún caso complicado, sino simple rutina. Creo que es el mejor momento. Por favor siga mis instrucciones.

—Lo que usted diga, señor, pero ¿qué hay del secuestro del niño Rivero? Usted estaba seguro de que había más personas involucradas.

—Lo he meditado. Comprendí que me estaba empecinando, así que seguiré la orden del comisario mayor. Por favor comuníquese con él y también con el juez Velasco. Hágales llegar mis disculpas. Dígales que yo también considero el caso cerrado.

—Lo que usted diga, señor.

El comisario entró a su despacho, pues quería resolver el asunto de Sofía lo antes posible, para que pudiera incorporarse a la búsqueda de Lucas. Minutos después firmaba los formularios que le había llevado Lali y hacía llamar a la subinspectora, para notificarle oficialmente el inicio de sus vacaciones.

Sofía le agradeció ostensiblemente y salió del despacho declarando a voz en cuello que aprovecharía ese tiempo para visitar a su madre en su pueblo, en la provincia de León.

Después de despedir a Garay, Santiago hizo un esfuerzo sobrehumano para simular normalidad, cuando su cabeza y su corazón solo podían concentrarse en Lucas. Subió las escaleras para reunirse con el equipo. Encontró rostros desconcertados. Después de los saludos de rigor, fue Pedrera quien tomó la palabra.

—¿Es cierto que Sofía inició sus vacaciones, señor?

—Así es. Le correspondían hace dos semanas.

—Creí que los días de asueto estaban suspendidos hasta que se reincorporara Salazar —señaló Remigio.

—Espero que el inspector jefe regrese pronto y no veo razón para retrasar más los ciclos de asueto. Cuando vuelva Garay, será el turno de Rodríguez.

—No quiero contradecirlo, señor —insistió Pedrera—, pero ¿no seremos pocos para continuar con el caso Rivero y lo que se presente?

—El caso Rivero está cerrado —sentenció el comisario.

—Pero usted dijo…

—Sé lo que dije. Cambié de opinión. El caso está cerrado, así que no quiero escuchar ni una palabra más acerca de él. ¿Está claro?

Remigio observó al comisario, dándose cuenta de sus ojeras y su aspecto cansado.

—¿Ha ocurrido algo que debamos saber, señor?

—Nada. Pasemos a otra cosa. ¿Hay alguna novedad?

—Sí la hay, señor —señaló Diji—. Anoche robaron una joyería en la calle «La Virgen.»

—¿Hubo lesionados?

—El segurata. Lo golpearon en la cabeza para someterlo y le fracturaron el cráneo. En este preciso momento se encuentra en el hospital. No saben si sobrevivirá.

—Así que cuando menos tenemos robo e intento de homicidio. ¿Qué pasó con las alarmas?

—No se activaron. Científica está allí en este momento para descubrir qué fue lo que pasó. Tenían sensores en las puertas y ventanas. También detectores de movimiento. Nada funcionó.

—¿Robaron mucho?

—El dueño todavía hace inventario. Accedieron a la caja fuerte y se llevaron tanto dinero en efectivo, como joyas.

—De acuerdo, Pedrera. Tú y Manuel ocupaos de este robo. Si necesitáis ayuda me avisáis.

—Sí, señor.

Después de repartir las tareas de los casos que tenían pendientes, Santiago salió en dirección a su casa. Aunque no era un movimiento rutinario, tenía lógica que estuviera preocupado por su esposa, así que no temía que los secuestradores sospecharan sus verdaderas intenciones.

Llegó a su casa y encontró a la señora López, la madre de Amarilis, en la sala con una taza de té frente a ella.

—Buenos días. Muchas gracias por hacerle compañía a mi esposa en este momento.

—Buenos días, comisario. No tiene nada que agradecer. Los vecinos estamos para ayudarnos.

—¿Ya se fue el doctor? ¿Se encuentra ella bien?

—Le administró un sedante —dijo la vecina—, gracias al cual está dormida. Sebastián está jugando en su habitación. ¿Está seguro de que es buena idea que no vaya a la escuela? No quiero ser entrometida, pero creo que cuanto menos se altere su rutina, será mejor para él. No sabe cuántas veces ha preguntado por su hermano.

Las palabras de la vecina se le clavaron en el pecho a Santiago como si fueran dagas.

—Prefiero que se quede aquí, porque puedo protegerlo mejor. Esos sujetos podrían decidir que es mejor retener a dos rehenes que a uno.

—Tiene razón, comisario. Perdone mi impertinencia —dijo la vecina, avergonzada—. ¿Cuándo llega su suegra?

—Debe estar aquí esta tarde. A partir de entonces ella se hará cargo y no será necesario que la molestemos más.

—Por favor, comisario, no diga eso. Le aseguro que no es ninguna molestia.

—Necesito pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Quisiera que le hiciera llegar un mensaje a su hija.

—¿A Amarilis?

—Sí. Me gustaría que se encontrara con mi hermano, que también es policía, para que pueda contarle acerca de la incursión de los secuestradores

anoche.

—Pero Amarilis no sabe nada. No vio nada —protestó la vecina—. Además ya tuvo bastante con el susto que se llevó. Pobrecita mía. ¿Es realmente necesario? Ya habló con usted y no quisiera que tuviera que revivir otra vez esa terrible experiencia.

—La comprendo, señora López. Si fuera mi hija, yo respondería igual, pero es posible que a mi hermano se le ocurran algunas preguntas que a mí se me pasaron por alto debido a mi ofuscación. Sin saberlo, ella puede tener la clave para encontrar a Lucas.

—Está bien, comisario. Soy consciente de la gravedad de la situación. ¿Dónde debe ir Amarilis? ¿A la comisaría?

—No. Debemos llevar todo esto con mucho sigilo, pues si los que tienen a Lucas sospechan que los estamos buscando, podrían lastimarlo.

—Comprendo.

—El encuentro será en el hospital. En el consultorio del doctor Alvarado. El cirujano. Será con el inspector Néstor Salazar, a las diez de la mañana. Por favor, que nadie más se entere.

—Néstor Salazar. Muy bien. Creí que me había dicho que se trataba de su hermano. ¿No comparten apellido?

—Somos medio hermanos, pero la razón por la que tenemos diferentes apellidos es una larga historia.

—No diga más, comisario. A las diez de la mañana, Amarilis estará en ese consultorio. Cuente con ello.

Capítulo cinco.

Salazar llegó al consultorio del doctor Alvarado cuando faltaban cinco minutos para las diez. Solo se había permitido pasar por su casa para darse una ducha y saludar a Paca, quien lo recibió con altanera indiferencia. Era su forma de decirle que estaba enfadada con él por haber estado ausente. Se trataba de un ritual conocido. Ella lo ignoraba, él le hacía la pelota ofreciéndole alguna chuchería y acariciándole el lomo cuando lograba que por fin se le acercara, para terminar tendida a su lado en el sofá recibiendo mimos y escuchando sus cuitas. Esta vez, sin embargo, no pudo ser. Néstor no tenía tiempo para dedicarle a la gata, así que se duchó, se puso ropa limpia, rescató su gabán de la cesta y salió en dirección al hospital. Ni siquiera recordó comprobar si Paca tenía el comedero lleno y agua fresca, pero confiaba plenamente en que Gyula se ocuparía. Él tenía asuntos más imperativos que atender. Era consciente de que cada minuto que pasaba, Lucas tenía menos probabilidades de regresar a salvo. Así que no había tiempo que perder.

Lo recibió Dorita, la recepcionista de Alvarado. Se sorprendió mucho cuando lo vio y hasta pareció alarmarse.

—¡Inspector Salazar! Hoy no tiene usted cita. Espero que no se encuentre mal.

—Sé que no tengo cita, Dorita, pero se trata de una emergencia. Necesito hablar un momento con el doctor Alvarado.

—Si tiene usted alguna molestia será mejor que vaya por «Urgencias,» que el doctor irá a verlo enseguida.

—No. Discúlpame. No se trata de ese tipo de emergencia. Me siento estupendamente.

—¿Entonces?

—Debo pedirle un favor al doctor. Es muy importante y urgente.

—Espere un momento, veré si puede recibirlo.

—Gracias —le dijo Salazar, dedicándole su mejor sonrisa.

La secretaria entró al consultorio y salió al cabo de un par de minutos.

—El doctor lo recibirá —le avisó, mientras se hacía a un lado para dejarle pasar.

Salazar entró al despacho del cirujano que le había salvado la vida unas semanas atrás. Lo saludó y le estrechó la mano.

—¿Qué te trae por aquí, Néstor? Dorita me dijo que tenías algo urgente que decirme. ¿Acaso no te sientes bien?

—Me siento perfectamente, Moisés. Mi emergencia no es médica.

—No lo comprendo. ¿De qué se trata entonces? ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito que me prestes tu despacho por unos minutos para llevar a cabo un interrogatorio.

Ante la estupefacción del médico, Salazar le explicó la situación en pocas palabras.

—Cuenta conmigo en lo que pueda ayudarte, Néstor. Ni qué decir que puedes disponer de esta oficina el tiempo que sea necesario. Puedo pedirle a Dorita que posponga mis citas de hoy y…

—Gracias, Moisés, pero no hará falta. Bastarán unos minutos.

Dorita tocó la puerta y entró antes de que la invitaran a hacerlo.

—Doctor. Hay una joven afuera que insiste en que la citó aquí un policía —anunció la secretaria, mientras miraba a Néstor con expresión de reproche.

—Hazla pasar, Dorita —le ordenó Alvarado—. ¿Necesitas algo más?

—De momento, no, pero es posible que tenga que pedirle a Dorita que vaya a buscar a alguien.

—¿A quién? —preguntó la recepcionista. El inspector se encogió de hombros—. Eso dependerá de la joven.

—Será mejor que os deje solos —dijo Alvarado—. Bajaré a la cafetería a tomarme un café.

Moisés salió de su propio despacho y se cruzó con Amarilis, que entró invitada por Dorita. Salazar sonrió a la chica tratando de que se sintiera cómoda.

—Hola —dijo la joven con timidez.

—Hola. Amarilis ¿verdad?

—Sí, señor comisario.

—Inspector. El comisario gruñón es mi hermano. Yo solo soy inspector —la joven sonrió—. Antes de que comencemos dime algo, Amarilis. Haces prácticas aquí ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar que quieras que nos acompañe? Me refiero a alguien con quien te podrías sentir más cómoda.

—Mi instructora, la señora Yolanda Olmos. Es jefe de enfermeras en cirugía.

—La conozco —admitió Néstor, mientras recordaba a una mujer de fuerte carácter, refunfuñona y sumamente eficiente que lo atendió mientras se recuperaba de sus heridas—. ¿Estás segura de que quieres que sea ella quien te acompañe?

—Sí, señor.

—Dorita, por favor podrías… —le pidió el inspector.

—Voy a buscarla.

Mientras esperaban a la enfermera, Néstor invitó a la joven a sentarse en una de las sillas frente al escritorio. Él ocupó la otra. Quería que ella se sintiera en confianza.

—¿Es usted el tío Néstor? —preguntó Amarilis, después de un incómodo silencio—. Salazar no pudo evitar la expresión de sorpresa—. Así lo llaman los gemelos. Hemos hablado alguna vez en la piscina.

—Santiago me dijo que eres vecina de los adosados.

—Sí. Y lamento mucho lo que ocurrió. Me agradan mucho los gemelos. Ambos. Bueno, la verdad es que casi nunca puedo distinguirlos, lo cual ellos aprovechan para reírse de mí.

—A mí me ocurre lo mismo.

—Ellos lo quieren mucho, ¿sabe? —dijo la chica, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Siempre me hablan de usted, del gato que les regaló, Peludo. Y también que intercede por ellos con su papá y...

Amarilis sintió un nudo en la garganta. Tuvo que callarse para no romper a llorar.

—Todo estará bien —la consoló Néstor—. Te aseguro que haré todo lo posible para encontrar a Lucas y traerlo de vuelta a casa sano y salvo.

—¿Lo promete?

—Lo prometo, pero voy a necesitar tu ayuda.

—Pero yo no pude ver nada —le dijo la chica con desesperación—. Me había quedado adormecida en el sofá de la sala, me cogieron por detrás y uno de ellos me sujetó con fuerza. Me amenazó con un cuchillo. Luego me ataron y me encerraron en el cuarto de baño. Llevaban pasamontañas, así que no pude verles el rostro. Créame, inspector, quiero ayudar a salvar a Lucas. Haré todo lo que esté en mi mano, pero no puedo decirle lo que no sé.

—Mantén la calma, Amarilis. Es lo más importante. Sé que no les viste la cara, pero es posible que hayas percibido algunos detalles de los que ahora no seas consciente, pero que pueden ayudarme a encontrarlos. Confía en mí, pero sobre todo, confía en ti misma.

Después de un suave golpe en la puerta esta se abrió y dio paso a Yolanda. Néstor suspiró con resignación. Sus encontronazos con ella mientras se recuperaba de sus heridas habían sido épicos. Después de todo, ¿qué importancia podía tener haber tocado la guitarra un aburrido domingo cuando lo visitaron sus amigos, si lo había hecho a la sordina? ¿O que ellos se hubieran tomado un chato de nada, si él nunca probaba el vino? ¿No podía uno celebrar estar vivo, aunque fuera con menos inventario de órganos? ¡Cómo se había puesto la fiera! Hasta le recordó a doña Urraca, su maestra de quinto de EGB. Cuando le dieron el alta creyó que se había librado de ella, pero por lo visto, la vida había decidido otra cosa. Ella debió pensar lo mismo, porque cuando lo vio abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡¿Usted?! ¿Qué ha hecho esta vez, señor Salazar?

Capítulo seis.

El timbre del móvil de Néstor lo obligó a desviar la atención de la recién llegada. Era el comisario mayor Guzmán, quien lo había recomendado para el curso. Ya debía haber recibido la noticia de su deserción. Guardó el teléfono sin responder. Se ocuparía de ese problema más tarde. Salazar miró a Yolanda, desplegó su sonrisa más hipócrita e invitó a la enfermera a pasar. Se puso de pie y después de saludarla, le cedió el asiento.

—¿Qué se trae entre manos ahora? —le preguntó Yolanda con desconfianza.

Después de un suspiro que acompañó su mejor cara de incomprendido, Néstor pasó a relatarle la razón por la que estaban allí, sin ahondar en muchos detalles, por supuesto.

—…Es el motivo por el que nos hemos reunido la señorita López y yo. Reconozco que es un interrogatorio poco ortodoxo, pero es importante que lo que se diga aquí no salga de estas paredes. Por el bien de mi sobrino.

—Lo lamento mucho, inspector —se apresuró a decir la mujer—. No tenía idea. Por supuesto que puede contar conmigo para lo que sea necesario. ¿En qué puedo ser útil?

—Solo quiero que acompañe a Amarilis y le brinde apoyo mientras hacemos lo posible para despertar su memoria. Tomando en cuenta que no se trata de recuerdos agradables, su presencia será de mucha ayuda.

—Desde luego.

Néstor le pidió a la joven que se relajara y cerrara los ojos. Ella extendió la mano y sujetó la de Yolanda, lo que incrementó su seguridad.

—Vamos a comenzar, Amarilis —dijo con una voz pausada que tenía la intención de tranquilizarla—. Ahora quiero que te pongas cómoda, apoya tu espalda en el asiento, cierra los ojos y relájate. ¿Estás bien?

—Sí.

Yolanda parecía intrigada, pero no dijo nada. Néstor entrelazó las manos, buscando tranquilizarse.

—Respira profundo, Amarilis —Ella obedeció—. Con cada respiración, quiero que expulses parte del miedo y de la tensión que sientes... —Néstor dejó pasar un par de minutos, mientras Amarilis se relajaba—. ¿Estás lista?

—Sí.

—De acuerdo, Amarilis, vamos a recordar lo que pasó esa noche, quiero que lo veas desde afuera, como si contemplaras una película. Ante todo, recuerda que no te puede pasar nada malo. ¿Preparada?

—Sí.

—Es de noche, los señores Ortiz están en una fiesta. Estás sola con los gemelos. ¿Qué estás haciendo, Amarilis?

—Estoy en la cocina —dijo ella en voz muy baja—. Los gemelos están durmiendo, así que decidí ponerme al día con las lecciones, porque estoy muy atrasada.

—¿Es todo normal? ¿No hay nada que te llame la atención?

—Está muy oscuro afuera —dijo ella—. No se ve la luna, ni las estrellas.

—¿Por qué te asomaste, Amarilis?

—Fue porque me pareció oír...

—¿Qué?

—Pasos en la gravilla del patio trasero, pero debió ser mi imaginación, porque no había nadie.

—Está bien. ¿Qué hiciste después?

—Estaba cansada. Me fui a la sala y encendí el televisor. Lo puse con un volumen muy bajo. Luego creo que me quedé dormida.

—¿La puerta trasera estaba abierta o cerrada?

—Estaba cerrada con llave —respondió ella sin dudar—. En cuanto se fueron los señores Ortiz, me asegure de que todas las puertas estuvieran cerradas. Siempre lo hago.

—Excelente, Amarilis —La felicitó Néstor—. ¿Qué pasó entonces?

—Escuchaba a medias un programa en la televisión, aunque casi me había quedado dormida, pero entonces alguien me sujetó por detrás —Ella agudizó la voz.

—Calma —la tranquilizó Néstor al notar el cambio de tono, comprendiendo que sentía miedo—. Ya no pueden hacerte daño. Respira profundamente.

Amarilis obedeció y pareció calmarse.

—¿Mejor? —preguntó Néstor. Ella asintió—. ¿Qué puedes recordar del hombre que te sujetó?

—Era alto y muy fuerte, pero no pude verle la cara.

—No importa. Seguro que puedes decirnos otras cosas de él, también importantes. ¿Cómo te sujetó?

—Desde atrás. Me apretó contra su cuerpo y fue asqueroso porque tenía...ya sabe... estaba excitado.

—Lo comprendo, Amarilis, pero eso ya pasó. No te puede hacer daño ahora. Quiero que te concentres y pienses muy bien en ese hombre. ¿Viste algo de él? ¿Sus manos, sus pies?

—Vi sus manos, ahora lo recuerdo. Llevaba guantes, pero...

—¿Qué? —preguntó Néstor, haciendo lo posible por evitar que su voz reflejara su ansiedad.

—El guante se le desplazó mientras me sujetaba y vi su muñeca, la izquierda.

—¿Viste algo en particular? ¿Un reloj, una marca?

—Un tatuaje.

Néstor hubiera querido dar un salto por la emoción, pero se contuvo y en lugar de eso miró a Yolanda, que parecía tan atenta como él.

—En realidad —continuó Amarilis—, solo pude ver una pequeña parte.

—Está bien, Amarilis, descríbemelo.

—Parecía chino. Una de esas letras chinas.

—¿De qué color?

—Azul marino, casi negra.

—¿Recuerdas la forma de la figura? ¿Crees que podrías dibujarla?

—Creo que sí. Se me quedó grabada.

—Eso nos ayudará mucho. ¿Puedes recordar algo más? ¿Algún olor?

—Olía raro, como a hospital.

—¿A hospital? —preguntó Néstor sorprendido, pero enseguida comprendió—. ¿A desinfectante de hospital?

—Sí, justo a eso.

—¿Qué más?

—Después de que me tenía sujeta, silbó para llamar a su compañero.

—¿Cómo fue el silbido?

—Fue... Muy elaborado, como un pájaro.

—Muy bien, Amarilis. ¿Puedes decirme algo del compañero?

—Era más pequeño.

—¿Te refieres a que era de estatura más baja?

—Sí, pero no solo eso, sino también más menudo. Como un chico.

—¿Un chico?

—Fue la impresión que me dio, que era muy joven. Parecía enfadado con el otro.

—Explícame eso, Amarilis.
—Cuando entró se dio cuenta de que el grande me apretaba y que estaba excitado —explicó la chica, sonrojándose—. Entonces lo miró con rabia.
—¿Qué hizo el primero?
—Se rio de él. Entonces el pequeño me amarró y luego entre ambos me llevaron al cuarto de baño. Me obligaron a sentarme en el suelo, el más pequeño me ató también los tobillos y...
—Espera, Amarilis. Detallemos un poco más al pequeño —le pidió Néstor con voz pausada—. Dices que parecía un chico. ¿Recuerdas algo más de él?
—Tenía las manos pequeñas.
—¿Olía también a desinfectante de hospital?
—No, olía bien, como...
—¿Loción de afeitar? —sugirió Néstor.
—No, era algo más sutil, como un perfume, pero muy suave.
—¿Qué tipo de perfume?
—No lo sé —reconoció ella—, pero ya lo había olido antes.
—¿Dónde?
—No lo recuerdo.
Néstor se quedó un momento pensativo: constitución pequeña, manos pequeñas, enfadado al ver la erección de su compañero con la mujer que sometían. Una idea cruzó por su mente.
—Amarilis, quiero que pienses bien lo que voy a preguntarte. ¿Sería posible que el hombre más pequeño fuera en realidad una mujer?
—¡Sí, eso es! —dijo ella, abriendo los ojos, como si hubiera tenido la revelación de algo que le había dado vueltas en la cabeza—. ¡Era una mujer! Estoy segura. El perfume que usaba era de mujer.
—¡Genial! Lo estás haciendo muy bien. Todo lo que me estás diciendo me ayudará mucho para encontrar a Lucas. Ahora quiero que te esfuerces un poco más y trates de recordar otro detalle. ¿Qué pudiste ver en sus pies? ¿Qué clase de calzado usaban?
—La mujer calzaba un par de tenis, creo que de marca. El hombre usaba unas botas de campaña.
—¿Con la suela gruesa?
—Sí, precisamente esas que tienen una suela muy gruesa.
—¡Amarilis, eres grandiosa!

Capítulo siete.

Al terminar el interrogatorio, lo primero que hizo Néstor fue llamar a Santiago al teléfono de Amarilis. Por lo visto su hermano estaba esperando recibir noticias, porque respondió al primer timbrazo.

—¡Néstor! ¿Has podido averiguar algo?

—Algunos hilos de los que podemos comenzar a tirar. ¿Dónde estás?

—En mi casa. La vecina tuvo que marcharse y no quiero dejar solos a Carmela y Sebastián. Me quedaré hasta que llegue mi suegra.

—¡Excelente! En ese caso te tengo una tarea.

—¿De qué se trata?

—Quiero que pases la aspiradora en tu casa.

—¿Perdón, cómo dices? —preguntó el comisario, desconcertado.

—Santiago, comprendo que en este momento el padre supera al policía, pero haz un esfuerzo para volver a pensar como tal. Tu casa fue la escena de un crimen. Dos extraños entraron en ella y se llevaron a tu hijo. Según el principio de Locard…

—«Siempre que dos objetos entran en contacto transfieren parte del material que incorporan al otro objeto.» —dijo Ortiz, recitando las palabras del famoso criminalista francés del siglo XIX—. ¡Tienes razón! Esos sujetos deben haber dejado alguna evidencia cuando entraron. ¡Como he podido pasarlo por alto!

—No te culpes. Es natural que no puedas mantener la objetividad como policía. En este caso no contamos con la ayuda de los chicos de la científica, porque no podemos avisarles, así que tendremos que hacer nosotros su trabajo. Ahora escucha, Amarilis recordó que uno de los sujetos usaba botas de campaña.

—Disculpa mi torpeza, pero ¿qué importancia puede tener eso?

—Ese tipo de calzado tiene suelas con superficies gruesas acanaladas, que retienen con facilidad parte del material que han pisado, con lo cual el secuestrador puede habernos dejado un rastro a seguir.

—De acuerdo, me pongo a ello ahora mismo.

—Pasa la aspiradora por toda la casa, pero con más cuidado en las áreas que sabemos que pisaron: la cocina, la sala, el cuarto de baño donde encerraron a la chica y la habitación de los gemelos.

—Lo haré.

—Antes de que regreses a la comisaría pasa por el bar de Gyula para «tomarte un café» y déjale a él la muestra que saques de la aspiradora.

—De acuerdo. Gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros, Néstor. No sabes lo que significa para mí.

—No te preocupes por eso ahora. Recuerda que somos familia y Lucas es mi sobrino. No permitiré que nada malo le ocurra si está en mi mano evitarlo. Ahora date prisa. Como también dijo Locard: «tiempo que pasa, verdad que huye.»

Apenas Néstor colgó, su móvil comenzó a sonar. Era el número de Gyula, así que debía tratarse de Sofía.

—Aquí Néstor.

—Estoy en el taxi, entrando a Haro. ¿Dónde nos encontramos?

—¿Te aseguraste de que nadie te siguiera?

—Un «Seat Ibiza» negro siguió al autobús hasta la primera parada de descanso, pero luego no volví a verlo. Seguí hasta la segunda parada como me aconsejaste. Además, antes de coger el taxi me aseguré de que no hubiera nadie cerca. Estoy convencida de que les di esquinazo.

—Perfecto. En ese caso, nos vemos en la Jefatura Superior.

—Creí que querías mantener a los demás policías al margen de la investigación.

—Y sigo pensando igual, pero si queremos avanzar, vamos a necesitar ayuda. Nos encontraremos en el departamento de informática. Mantente alerta para que descubras si alguien te sigue.

—De acuerdo, pero estoy segura de que ellos piensan que estoy en Peñalba de Santiago, visitando a mi madre.

Al cabo de media hora, Néstor entró en la Jefatura Superior y bajó al sótano, donde se encontraba el departamento de informática. Por suerte no se cruzó con ningún conocido, aunque ya tenía preparada una excusa en el caso de que alguien lo sorprendiera allí. Como siempre, la sala de informática parecía un refrigerador. Los ordenadores invadían las mesas, el suelo y los estantes, dando la impresión de querer apoderarse del edificio. La mitad de ellos habían sido abiertos, por lo que mostraban marañas de componentes electrónicos y cables. En el centro de aquel mundo surrealista había un joven con acné, que iba ataviado con vaqueros, tenis y una camiseta con el rostro del villano de una película de terror.

—Hola Toni. ¿Cómo va la vida?

—¡Néstor! ¡Qué alegría verte! ¿Ya te has reincorporado? ¿Cómo van las heridas? Dime, ¿qué tal se vive con un solo riñón y sin el bazo?

—Pues para serte honesto, no los echo mucho de menos. Salvo por el hecho de que ahora tengo que vacunarme periódicamente y la verdad, detesto las agujas.

—Te comprendo, colega. ¿Vienes por algún caso?

—Sí, pero no es oficial.

Salazar pasó a explicarle al joven técnico lo que había ocurrido con todo detalle. Toni soltó un suspiro de desaliento cuando lo escuchó.

—Joder, tío. ¡Qué mal rollo! Así que tenéis que investigarlo sin que nadie se entere.

—Es la idea. Por eso necesito tu ayuda.

—Por supuesto, socio. Solo dime qué puedo hacer por ti.

—No puedo acercarme a la comisaría, porque es probable que los secuestradores la vigilen para comprobar los movimientos del comisario. Como no participé en la investigación del caso Rivero, o no me conocen, o me creen fuera del juego. Es nuestra ventaja, así que no podemos perderla.

—¿Sospechas que alguien de la comisaría está involucrado?

—No lo creo, pero hay una filtración, bien en la Policía, bien en los juzgados. El problema es que no tenemos tiempo de buscarla. Lo prioritario es rescatar al niño con vida.

—De acuerdo, colega. ¿Trabajarás tú solo?

—Con la ayuda de Sofía, que oficialmente comenzó hoy sus vacaciones, así que todos creen que se encuentra fuera de Haro.

—Te agradezco la confianza al contarme todo esto, colega. Pero dime, ¿en qué puedo ayudarte? Yo solo sé de informática. ¿Me traes algún móvil u ordenador del cual podamos obtener información para que escudriñe sus secretos?

—Me temo que no, pero necesito acceder a los archivos policiales para hacer algunas búsquedas. ¿Podría hacerlo desde aquí?

—Desde luego, colega. Ese es mi ordenador —le dijo, señalando un equipo que se veía bastante común— Lo he tuneado un poco, así que puede que te parezca algo más rápido de lo normal.

—¡Fetén! Por cierto, Sofía está por llegar.

—Pues me has alegrado el día, colega. ¿Voy a tener a esa despampanante mujer aquí trabajando?

—¿De quién hablas? —preguntó Sofía desde la puerta, lanzándole una mirada de reproche.

—Yo…Eh…Hablaba de una chica que conocí ayer en un bar.

—¿Ah sí? ¿Y va a venir a trabajar aquí, contigo?

—No…Eh…Sí… Quiero decir, es pasante en informática, así que la invité, pero luego el reglamento… Bueno, el caso es que no se pudo… y…

—¿Usas tu trabajo en la Policía para ligar, Toni? —preguntó Sofía, mientras Néstor contemplaba los apuros del informático.

—Será mejor que no digas nada más, colega —le aconsejó Salazar, echándole un cable—. Cuanto más hablas, más te lías.

—Sí, tienes razón. Te encenderé el ordenador. Tiene una contraseña un poco complicada —dijo el chico, abriéndose paso hasta el equipo que le había señalado a Néstor.

—El comisario Ortiz te envía esto —le anunció Sofía a Salazar, mientras le entregaba un portafolio.

—¿Qué es?

—Todo lo que conseguimos averiguar sobre el caso Rivero, antes de que nos obligaran a cerrarlo. Algunas de las pruebas ni siquiera llegamos a discutirlas.

—¿No lo echarán de menos?

—Son copias.

—Muy bien. Pueden resultar útiles.

—¿Has averiguado algo?

—«La canguro» recordó algunos detalles de los secuestradores que podrían resultar de utilidad para identificarlos.

—¿Qué tipo de detalles?

—Eran dos asaltantes y todo indica que se trataba de un hombre y una mujer. El hombre tenía un tatuaje en la muñeca izquierda muy significativo: una palabra china hecha con tinta negra, o azul marino. Déjame mostrártelo:



Sofía contempló el dibujo que había hecho Amarilis. Luego se lo devolvió a Néstor.

—¿Quieres que averigüe en las salas de tatuajes de Haro quién se ha hecho este?

—No es necesario. No encontrarías nada. Este tatuaje no fue hecho en un salón, sino en la cárcel. Los que lo usan se hacen llamar "Los Dragones", por eso se tatúan esa palabra en el dorso de la muñeca.

—¿Cómo sabes todo esto? —le preguntó Sofía.

—Uno de ellos fue sospechoso de estupro en un caso en el que trabajé antes de tu llegada. Aunque después resultó que no tenía nada que ver, me dio la oportunidad de estudiar a la banda. Son muy peligrosos, reclutan a sus miembros entre los presos condenados por asalto a mano armada, lesiones y homicidio. Si no has causado mucho daño a alguien, no puedes pertenecer a «Los Dragones.»

—¿Y tú sospechas que el hijo del comisario está en manos de uno de ellos?

—Es lo que temo, por eso el tiempo apremia.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Sofía.

—Tengo un encargo para ti. Ve hasta «La Callecita.» Santiago debe haberle entregado una muestra a Gyula. Es del suelo de su casa. Quiero que la lleves a Laboratorios "Frosp", quienes hacen estudios de suelos para productores agrícolas. Acabo de llamarlos y te están esperando. Convéncelos de que analicen la muestra lo antes posible. Luego envíame el resultado al móvil.

—Cuenta con ello. ¿Qué harás tú?

—Tratar de averiguar el nombre de nuestro «dragón.»

Capítulo ocho.

Durante las siguientes cuatro horas, los ojos de Néstor no se despegaron de la pantalla. Primero seleccionó los «dragones» que estaban en la calle por una u otra razón. Sumaban veintidós. Eran demasiados. Tenía que encontrar alguna forma de reducir la lista. Toni le llevó café y le sugirió tomarse un descanso.

—Néstor, no quisiera tener que preguntarte esto, pero después de saber que el niño está en manos de uno de los miembros de esa banda carcelaria, ¿qué opciones crees que tenéis de encontrarlo con vida? —preguntó Toni.

—Tengo razones para pensar que el segundo sujeto era en realidad una mujer. Eso es lo que me da esperanza de que Lucas continúe con vida.

—¿Por qué?

—Porque por la forma en que actuaron según «la canguro,» la mujer no era profesional, y eso puede significar que su misión sea cuidar del niño, allí donde lo tengan.

—No quiero ser pesimista, pero tal vez sea eso, o tal vez era la persona que tenían a mano. ¿Tenéis alguna otra pista?

—El hombre olía a desinfectante.

—¿Y qué puede significar eso?

—Nos da un indicio acerca de dónde pasa su tiempo. Podría trabajar en un hospital, o en una empresa de limpieza.

El móvil anunció la llegada de un mensaje, pero antes de que pudiera abrirlo, comenzó a sonar. Era Sofía.

—Sofía, me alegra que llames. ¿Cuándo estará listo el resultado del análisis?

—Ya lo debes tener en tu móvil. La jefa del laboratorio tiene un hijo de la edad de Lucas. Cuando le expliqué cuál era nuestra urgencia aceptó encargarse ella personalmente. No soltó la muestra hasta que hubo terminado el análisis. En cuanto a los costos, te llevo la factura y es un pico, pero me dijo que podíamos pagárselo después. Que ya hablaría ella con sus jefes.

—Eres grandiosa. ¿Hay algún dato interesante?

—La mayor parte de la muestra contiene arena fina y piedras partidas, casi todas comunes en toda la Rioja, pero sí encontró una sustancia interesante: cristales de Cloro.

—¿Cloro? —preguntó retóricamente el inspector, luego reaccionó—. ¡Desde luego! El desinfectante. De acuerdo. Lo has hecho genial, Sofía. ¿Podrías venir hacia aquí? Es probable que necesite tu ayuda.

—Estaré allí en unos minutos.

Salazar colgó y abrió el mensaje que acababa de llegarle. Contenía un documento con el informe del análisis del polvo encontrado en la casa de Santiago. En tiempo record. Había que reconocerlo. Acto seguido, llamó a su hermano.

—Néstor. ¿Alguna novedad?

—¿Dónde estás?

—Aún en mi casa. Mi suegra acaba de llegar y salgo para la comisaría.

—No lo hagas aún. Dime, ¿puedes llegar hasta la casa de Amarilis y ponerla al teléfono?

—Sí, claro. Está a dos adosados de aquí.

—En ese caso hazlo, y devuélveme la llamada. Necesito preguntarle algo importante.

El comisario colgó. Mientras tanto, Néstor usó el teléfono local para llamar a todas las empresas que aparecieron en el directorio de Haro y que le pareció que podían tener información de interés. Diez minutos después, el móvil volvió a sonar.

—Néstor. Amarilis está a mi lado —le dijo su hermano.

—Buenas tardes, inspector —lo saludó la joven al otro lado de la línea —. El comisario me dice que quiere preguntarme algo.

—¿Recuerdas que me contaste que el hombre alto olía a desinfectante?

—Sí.

—¿Pudo haber sido cloro?

—Sí. Eso era. Ahora que lo dice, cuando se me acercó me recordó el olor de la piscina cuando le hacen mantenimiento.

—Gracias, Amarilis. No tienes idea de cuánto me estás ayudando.

—El comisario quiere hablar con usted, señor.

La chica debió pasarle el teléfono a Santiago.

—Néstor. ¿Has averiguado algo importante?

—Creo que estamos a punto de identificar a uno de los individuos y estoy seguro de que el otro es una mujer, lo cual me hace pensar que tienen intenciones de cuidar de Lucas mientras lo tengan como rehén.

—No lo estás diciendo para que me sienta mejor, ¿verdad?

—Puedes preguntárselo tú mismo a Amarilis, que fue quien me dio el indicio.

—De acuerdo. Gracias. ¿Me mantendrás informado?

—Por supuesto. Tú ocúpate de cuidar de Carmela y Sebastián.

Santiago colgó después de volver a darle las gracias. Salazar se había cuidado mucho de no mencionar a «los Dragones.» Aumentar la angustia de su hermano no serviría de nada. Al cabo de un par de minutos, Néstor tenía las listas del personal de las empresas que había pedido y comenzó a cruzar nombres. Veinte minutos después llegó la subinspectora.

—Has hecho un gran trabajo, Sofía. El descubrimiento del cloro en la muestra nos llevará hasta nuestro sospechoso.

—Los cristales de cloro podrían ser de tu dragón, supongo, pero ¿no crees que el cloro es demasiado común para que nos lleve a alguna parte?

—No lo creas —refutó Salazar—. El cloro que se vende comercialmente en todas las tiendas para uso doméstico, que es el componente básico de la lejía está bastante diluido. El cloro en estado puro es un producto muy peligroso, ¿sabes? Si lo que dejaron las suelas de los zapatos del sujeto fueron cristales, significa que debe haber estado en alguna empresa química, o en algún lugar donde se empleen concentraciones muy altas de cloro. Y eso no es tan común.

—Pero en el patio trasero de la casa del comisario hay una piscina. ¿No pudo provenir de allí?

—Precisamente por su alta toxicidad, las empresas de mantenimiento son muy cuidadosas de no dejar restos de los cristales por ahí, donde cualquiera, pero en especial los niños pudieran tener contacto con ellos. Además, por razones obvias el mantenimiento de la piscina se lleva a cabo los lunes, después de lo cual lavan bien todo el patio. Secuestraron a Lucas el jueves. No, no creo que el cloro en este caso provenga de la piscina, pero…—dijo sujetando unas hojas de papel impresas— sí podría venir de una empresa de mantenimiento de piscinas.

—¿Qué tienes ahí?

—Son las listas del personal de todas las empresas que te mencioné. Estoy cruzando los nombres con los veintidós "dragones" que están en la calle. ¿Me ayudas?

—Por supuesto.

Ambos continuaron trabajando en el cruce de nombres, hasta que al cabo de un rato, Néstor exclamó:

—¡Aquí hay una coincidencia!

—¿Qué has encontrado? —preguntó Sofía, levantando la vista de sus propias listas.

—Pedro Calcaño —anunció Salazar—. ¿Qué tenemos sobre él?

El teléfono de Salazar comenzó a sonar. Él miró la pantalla y lo guardó sin responder. El comisario Guzmán en busca de respuestas a su deserción. Lo más probable era que estuviera furioso, pero no era momento de preocuparse por eso. Tenía problemas más acuciantes que resolver. Sofía se puso frente al ordenador y tecleó el nombre del ex convicto. Toni había hecho un excelente trabajo tuneando el equipo electrónico. Era un jet. Al cabo de pocos segundos enarcó las cejas.

—Menudo «pieza.» Tiene veintiocho años. Ha estado entrando y saliendo de instituciones penitenciarias desde los trece. Hurto, asalto a mano armada, tráfico de drogas. Menciona un delito y él lo ha cometido.

—¿Secuestro?

—Participó en una toma de rehenes durante el asalto a una gasolinera.

—¿Hubo heridos? —preguntó Néstor, tratando de calibrar el nivel de agresividad del sujeto, aunque lo que había escuchado hasta el momento no era esperanzador.

—Sí, pero no graves. Al parecer golpeó al encargado. A la pena por asalto le sumaron lesiones. Se libró durante el juicio por «errores de procedimiento». Luego participó en el robo a una tienda en Madrid. Lo atraparon. Como amenazó al dependiente con un arma le dieron cinco años, entró en la cárcel de Valdemoro y allí fue donde se unió a «Los Dragones.» Lo soltaron con condicional a los tres años.

—¿Cuánto tiempo lleva afuera?

—Seis meses. Si es nuestro hombre no pierde el tiempo.

—Es nuestro hombre —afirmó Néstor con seguridad—. Ya estamos más cerca.

Capítulo nueve.

Sofía percibió la preocupación en la voz de Néstor. Aquello no solo era el secuestro de un niño de seis años, algo que por sí mismo sacudía las emociones de cualquiera, por más profesional que fuera, sino que se trataba de su propio sobrino, parte de una familia que había recuperado después de muchos años de soledad y con quien había establecido lazos de afecto en muy corto tiempo. Comprendió el esfuerzo que representaba para él lo que estaba haciendo, así como la carga que había caído sobre sus hombros. Fracasar no era una opción, pero al mismo tiempo, no había garantía de que el niño continuara con vida. Y aunque nadie lo decía, todos lo sabían.

—¿Lo detenemos y lo interrogamos? —le preguntó.

—No. Identificarlo es solo el primer paso. Las evidencias que tenemos son circunstanciales. Además, no sabemos dónde puede haber escondido al niño. Si por apresurarnos se da cuenta de que estamos sobre sus pasos, puede matarlo y desaparecer.

—¿Entonces qué podemos hacer?

—Necesitamos reunir más evidencia, pero ante todo, tenemos que encontrar al niño. Partiendo de lo que sabemos de él, será más fácil dar con sus cómplices.

—¿La chica?

—Es fundamental. Lo más probable es que sea ella quien cuida a Lucas.

—En ese caso, podríamos ponerle vigilancia a Calcaño, por si entra en contacto con sus socios. ¿Quieres que me haga cargo?

—Perdóname, pero no creo que seas la persona más apropiada para hacer un seguimiento en el ambiente donde se mueve este sujeto. Llamarías demasiado la atención.

—¿Entonces?

—No podemos contar con los chicos de la comisaría…—admitió Salazar, pensativo.

—¿No confías en ellos?

—Confío plenamente en ellos. En todos, pero al igual que Santiago, si hacen algún movimiento que los acerque a los secuestradores podrían ponerlos sobre aviso.

—¿Qué hacemos entonces?

—Voy a hablar con Gyula —dijo Néstor por fin—, alguno de sus primos podría ayudarnos. Se mueven bien en esos ambientes y lo que es

más importante, pasarán desapercibidos.

—¿Confías en ellos?

—Confío en Gyula.

—¿No crees que es muy arriesgado que la vigilancia del sospechoso esté a cargo de civiles?

—Escucha, Sofía. Sé que no estoy siguiendo el reglamento, pero en este momento mi prioridad es proteger a Lucas. Sé que Gyula le hará el encargo a alguien de su plena confianza, a la vez que yo pondría mi vida en manos de él sin dudarlo.

—Muy bien —aceptó Sofía a regañadientes—. Lo haremos a tu manera. Espero que sea lo correcto.

—No sé si es lo correcto, pero es lo único que podemos hacer.

Salazar usó su móvil para llamar a «La Callecita» y habló con Gyula para explicarle la situación en pocas palabras. Su amigo aceptó el encargo y le dijo que tenía la persona adecuada para la tarea. Néstor le dio los datos del sospechoso, su dirección y le explicó algunos antecedentes. Le advirtió a Gyula que su enviado solo debía observar e informar, que en ningún momento se acercara al sujeto, ni estableciera contacto con él.

—De acuerdo, ya lo tenemos vigilado.

—¿Crees que nos conduzca hasta Lucas?

—Lamentablemente, no lo creo. Si se esforzaron tanto en involucrar a una mujer con poca experiencia en este tipo de delitos, sería ella quien permanecería con el niño. Y una vez consumado el secuestro, él haría todo lo posible por mantenerse alejado.

—¿Y cómo podremos dar con ella entonces? —preguntó Sofía con preocupación.

—Aquí voy a necesitar tu ayuda, Toni —dijo Néstor en voz un poco más alta, al técnico que hacía su trabajo aparentemente concentrado y ajeno a la conversación.

Toni apartó la mirada del ordenador que escrutaba.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer por ti, Néstor?

—¿Puedes hackear el móvil del sospechoso y acceder a los datos de su teléfono?

—Hacerlo es pan comido, pero sabes que es ilegal ¿no es así?

—Por supuesto que lo sé, Toni. Y no te lo pediría si no estuviera en riesgo la vida de un niño de seis años. ¿Estás dispuesto?

—Dalo por hecho. ¿Tienes el número de teléfono? —Néstor se lo dictó —. Muy bien, allá vamos.

—Espera, quiero aprender cómo lo haces.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido el joven, pues Salazar nunca había mostrado interés por la tecnología con anterioridad.

—Porque si esto llega a saberse y los jefes deciden cortar cabezas, prefiero que sea la mía la que ruede.

—¿Quieres decir que…?

—Para cualquiera que pregunte, el hackeo fue cosa mía y de nadie más.

—De acuerdo, allá voy —anunció Toni.

Después de algunos procedimientos que Néstor le pidió que le explicara y que fue anotando en su libreta para estudiarlos después, Toni accedió a los datos del móvil de Calcaño.

—Ya estoy adentro. ¿Qué quieres saber?

—¿Algo en particular te llama la atención?

—Tiene instalada una sola red social, algunos juegos, lista de contactos.

—Detente allí. Déjame ver los nombres.

Toni desplegó la lista de contactos del sospechoso en la pantalla del ordenador. Néstor comprobó que varios de los nombres pertenecían a «dragones» que también estaban en las listas que revisó con anterioridad. Para sorpresa de Sofía, desechó esos nombres y anotó los que no tenían relación con esas listas. Entre ellos, encerró en círculos los de tres mujeres.

—¿Por qué no te interesan los de los ex convictos? —le preguntó la subinspectora.

—La incursión a la casa de Santiago la llevaron a cabo él y una mujer. Eso significa que no hay otro convicto involucrado, o el secuestro lo hubieran cometido dos hombres. Si lo piensas bien, no es un proceder muy lógico emplear una persona sin experiencia en allanamientos para entrar a la casa de un comisario de la Policía, con el objetivo nada menos que de llevarse a su hijo, cuando tiene a su disposición media docena de colegas tan curtidos como él.

—Tienes razón. ¿Cómo lo explicas?

—Creo que esto puede tener relación con lo que ocurrió en el primer secuestro. Mientras tomaba el café que amablemente me trajo Toni, ojee un poco los documentos que me entregaste de parte de Santiago. El niño Rivero se les murió. Fíjate bien. No lo mataron, posiblemente no era su intención asesinarlo, pero se les murió. Estos tíos actúan erráticamente y

por desesperación. Por eso son tan peligrosos. Creo que ante la negativa de Santiago de cerrar el caso y comprendiendo que no es sobornable, decidieron extorsionarlo usando su talón de Aquiles: sus hijos. Por eso contrataron a Calcaño para que raptara a Lucas, pero su intención no es matar al niño, sino retenerlo para obligar al cierre del caso. En vista de su experiencia anterior, decidieron incluir a una persona que tendría habilidades para cuidar bien de un niño pequeño y en ese caso…

—Una mujer tendría más aptitud que un hombre en esta situación, o al menos es lo que se esperaría —concluyó Sofía—. ¿Es por eso que estás tan seguro de que Lucas continúa con vida?

—Por eso y porque me niego a aceptar la idea de que dejé morir a Lucas, como ocurrió con Gabriel. No soportaría la carga de conciencia de haberle fallado a mi sobrino como le fallé a mi hermano.

—Tú no fuiste responsable de esa muerte, Néstor.

—¿El niño secuestrado es tu sobrino? —preguntó Toni, que seguía la conversación con la boca abierta.

—Es una larga historia —cortó Salazar—. Algún día te la contaré con una cerveza delante, pero ahora no tenemos tiempo que perder. ¿Hay registro de las últimas llamadas realizadas, o recibidas por Calcaño el día del secuestro?

—Hay tres llamadas recibidas desde un número oculto. También hizo varias a las tres chicas y a un número identificado como «Guardería.»

—«¿Guardería?» —repitió Sofía—. ¿Para qué querría un sujeto como Calcaño llamar a una guardería? ¿Acaso tiene hijos?

—No, según su ficha —respondió Néstor—, pero si quieres contratar a una mujer que esté capacitada para cuidar de un niño pequeño. ¿Dónde la buscarías?

—En una oficina de empleo, por supuesto, pero no si hay un secuestro de por medio.

—Pero si tenía una relación previa con una mujer que además trabaja en una guardería…

—¿Por qué crees que tiene una relación con su cómplice en el secuestro?

—Por la reacción de la mujer cuando Calcaño sometió a «la canguro.» La conducta de ella no fue la de una extraña.

—Pudo sentirse ofendida en su condición femenina —argumentó Sofía.

—Es posible, pero no creo que una mujer que está dispuesta a participar en el secuestro de un niño, manifieste ese tipo de escrúpulos.

—Tienes razón. ¿Entonces qué hacemos?

Néstor cogió su móvil y marcó el número de la escuela infantil.

—«Guardería Peter Pan.» Dígame.

—Buenas tardes. Quería hacer una cita para conocer sus instalaciones. Mi esposa y yo estamos buscando una escuela para nuestro hijo y nos gustaría hablar con la directora. ¿Podría darme su dirección? —Néstor anotó en un papel los datos que le dictaron. No estaba lejos—. Perfecto. ¿Y podría ser ahora? Es que debemos coger un avión esta noche y quisiera dejar este asunto resuelto antes de irnos de vacaciones —aguardó la respuesta—. Muy bien. Sí. Somos la familia Salazar. Muchas gracias.

Néstor cortó la comunicación y miró a Sofía.

—Muy bien, «señora Salazar.» Esta tarde nos reciben para conocer la guardería de junior.

Capítulo diez.

Cuando Ortiz regresó a la comisaría encontró al grupo de inspectores reunidos en la sala común discutiendo el robo a la joyería. Aunque tenía que reconocer que el asunto le traía casi sin cuidado, se esforzó en concentrarse en su trabajo. Néstor tenía una pista y él confiaba en su hermano. Después de comprobar con Lali que no había mayores novedades, además de asegurarse que hubiera llamado a todos los que lo presionaron para que cerrara el caso Rivero con la intención de comunicarles que había obedecido, subió al segundo piso. Esperaba que su supuesta rendición les permitiera ganar el tiempo suficiente para que Néstor encontrara a Lucas.

En cierto modo se alegró de estar en la comisaría y tener trabajo que hacer. Como era lógico, su casa en ese momento era una zona de desastre. Carmela no hacía sino llorar, culpándose a sí misma cuando pasaba el efecto de los sedantes, lo cual hacía que él se sintiera desconcertado. Su mujer siempre había sido su pilar. La única persona que conocía sus debilidades y lo reforzaba, así que ahora que ella estaba derrumbada, él no sabía qué decir, o hacer para consolarla. Además, tenía muy claro que el único consuelo que funcionaría sería recuperar a su hijo sano y salvo. Por otro lado, Sebastián, aunque no tenía muy claro qué era lo que pasaba, había comprendido que algo no estaba bien con respecto a su hermano, así que de vez en cuando lo recordaba y comenzaba a llorar preguntando por él, lo cual empeoraba el ánimo de Carmela, en un círculo vicioso que terminaría por volverlos locos a todos.

Era una suerte que su suegra, Carmita, hubiera podido venir desde Tenerife, pues siendo una mujer de carácter fuerte había comenzado por echarle un rapapolvo a su hija, ordenándole que se sobrepusiera por el bien de Sebastián. Por extraordinario que pareciera, la táctica había funcionado. Carmela se enjugó las lágrimas, llamó a su hijo y lo abrazó para consolarlo, después de decirle que Lucas pronto estaría de vuelta.

Así los había dejado Santiago cuando se encaminó a la comisaría, después de hablar por teléfono con Néstor. Ahora debía disimular para que nadie sospechara la tormenta que lo sacudía por dentro.

—De acuerdo ¿Qué podéis decirme del robo a la joyería?

—Muy clásico —informó Pedrera—. Usaron el método del butrón y accedieron directamente a la caja fuerte.

—¿No habían reforzado las paredes?

—Todas con excepción de la que da al lado norte, pues se trata de un local abandonado hace muchos años y no encontraron al dueño para que diera la autorización para romper la pared del lado de la joyería y así poder reforzarla. Así que no obtuvieron los permisos del ayuntamiento para la obra.

—Pues los ladrones la rompieron y no necesitaron permisos —comentó Remigio.

—¿Cómo se las arreglaron para que no escucharan el ruido?

—Del lado sur hay una discoteca y usaron una cortadora de pared de alta frecuencia, por lo que el ruido de la máquina fue opacado por el de la música.

—¿Cómo está el segurata que resultó herido?

—Se recuperará —intervino Manuel—, pero aún no saben si le quedarán secuelas.

—¿Está consciente? ¿Habéis podido interrogarlo?

—Los médicos lo tienen en coma inducido, así que no hemos podido hablar con él —explicó Pedrera.

—¿Qué robaron?

—Veinticinco mil euros en efectivo y sesenta mil en joyas.

—No parece mucho para el riesgo que corrieron.

—Tiene razón —comentó Remigio—. En eso se parece al secuestro Rivero. Por lo visto en las últimas semanas los delitos están devaluados.

—Supongo que las joyas están aseguradas —quiso saber Santiago, ignorando el comentario sobre el caso de secuestro.

—Hay fotografías de todas y cada una —respondió Manuel—. Por exigencia del seguro.

—¡Excelente! —exclamó el comisario—. Eso significa que están marcadas.

—¿Cree que las negociarán tan pronto?

—Eso dependerá de cuánto necesiten el dinero. Por cierto ¿qué pasó con las alarmas?

—Usaron imanes para neutralizarlas. Ninguna funcionó.

—Cortadora de alta frecuencia, imanes para neutralizar las alarmas… No se trata de aficionados, o al menos alguno de ellos no lo es.

—¿Por qué piensa que solo alguno? —preguntó Remigio—. Podría tratarse de una banda de profesionales.

—Pensaría igual que tú si no fuera por el segurata —le refutó Santiago —. Si todos fueran profesionales no hubieran dejado un hombre malherido tras de sí. Se habrían ocupado del vigilante de una manera más sutil. Al haber incurrido en lesiones, la presión sobre la resolución del caso será mucho mayor que si solo se tratara de un robo.

—Tiene razón —admitió Toro—, pero en qué situación se puede presentar un robo con profesionales mezclados con aficionados.

—Creo que en este caso, los expertos fueron contratados para hacer este trabajo.

—¿A cambio de qué? —quiso saber Diji.

—Parte del botín.

—Pero un ladrón lo suficientemente preparado como para disponer de una cortadora de alta frecuencia y equipos para neutralizar las alarmas, no necesita un aficionado que lo acompañe para estorbarle —argumentó Remigio—. Además de que le sumen el intento de homicidio y lesiones al robo. Podría haber cometido el robo solo, o con algún colega de su nivel de experiencia.

—Tienes razón. Aquí hay algo que se nos escapa.

—A menos que el aficionado tuviera algo que el ladrón experimentado necesitaba —sugirió Diji—. ¿Información, tal vez?

—Esa información debe ser muy precisa —sugirió Remigio—. Lo suficiente como para que un ladrón profesional aceptara que alguien sin experiencia lo acompañara.

—Información como cuál es la zona vulnerable de la caja fuerte —dijo Ortiz—. ¡Eso es! Sin ese dato, la cortadora no les hubiera servido de nada.

—¿Pero por qué el aficionado no se limitó a venderles la información? —preguntó Pedrera—. ¿Por qué arriesgarse a involucrarse en la ejecución de un robo?

—Porque no confía en el experto. Es una asociación endeble. No está basada en la confianza.

—Lo cual hace pensar en desesperación por parte del aficionado —sugirió Pedrera.

—Creo que vamos por buen camino —opinó el comisario—. Vamos a buscar empleados, ex empleados, o cualquier persona relacionada con la joyería, o el ayuntamiento que pudiera tener información acerca de la vulnerabilidad de la caja fuerte. Veremos si alguno de ellos se encuentra en una situación económica difícil, o con alguna deuda importante. Esos tíos

casi matan al segurata, así que fue un intento de homicidio y lo trataremos como tal. Pedrera, tú y Manuel regresad a la joyería para que el dueño os proporcione una lista de quienes tienen información acerca de esa pared.

—Sí, señor.

—Remigio. Pon a trabajar a tus informantes. A ver qué se cuenta del robo en las calles.

—De acuerdo, jefe.

—Diji. Después que consigas las fotografías de las joyas robadas de parte de la aseguradora, visita las casas de empeño y joyerías que compran oro. Déjales copias y que nos avisen si alguien pretende poner en movimiento las joyas robadas.

—Sí, señor.

—Yo estaré en mi oficina ocupándome de trabajo administrativo. Si tenéis cualquier noticia me avisáis. Y ahora marchaos.

Capítulo once.

Sofía condujo hasta la guardería y en el camino Néstor le dio instrucciones acerca de cómo debían actuar. Se harían pasar por una pareja con un niño pequeño al que querían inscribir para el siguiente curso. Mantendrían la charada mientras fuera necesaria. Él había decidido prescindir del gabán e iba de traje. Sofía cambió su atuendo cómodo de trabajo por un vestido ligero de verano. Según Toni daban el pego.

Sofía aparcó al frente de la guardería, que era un edificio pintado en colores pastel con un cartel de grandes letras que rezaban «Guardería Peter Pan.» Al frente había un patio con un pequeño parque y juguetes, que en aquel momento se encontraba vacío. Era hora de clases y los chiquillos estarían en los salones. Las maestras también. La directora, Blanca Vidal, había aceptado atenderlos como una excepción a causa de su «inminente viaje.»

Salió a recibirlos una mujer que rondaba los sesenta años, francamente obesa, y con una perenne sonrisa en su rostro, que trataba de transmitir confianza. Era la señora Vidal.

—Señores Salazar, ¿verdad? —preguntó a modo de saludo.

—Así es —confirmó Sofía. Néstor le había pedido que en un primer momento tomara las riendas de la conversación. Sabía por experiencia, que la directora se sentiría más cómoda hablando con otra mujer. Además, así podría observarla mejor—. Espero que nuestra solicitud de conocer el lugar no le cause molestias.

—De ninguna manera. Mi nombre es Blanca y soy la directora de la guardería. Nuestros niños son lo más importante para nosotros, así que nos agrada que los padres se interesen por lo que hacemos aquí. ¿Qué edad tiene el pequeño?

—Aún es muy joven, incluso para la guardería —dijo Sofía, eludiendo la pregunta—, pero hemos decidido que ingrese el próximo año. Queremos asegurarnos que el lugar sea apropiado.

—Desde luego. Por favor síganme a mi despacho. Les hablaré de nuestros métodos de aprendizaje. Luego les enseñaré las instalaciones.

La buena mujer los condujo al interior de la escuela. Avanzó por el pasillo, Sofía caminó junto a Néstor, que representaba su papel aparentando querer estar en cualquier otro lugar. Como si fuera un marido que cede de mala gana a un capricho de su esposa con respecto a su retoño.

El despacho de la señora Vidal era sorprendentemente pequeño para una mujer tan grande y estaba lleno de muebles. Blanca los invitó a entrar como si se tratara de uno de los salones de la Zarzuela. Luego la directora se sentó detrás del escritorio.

—¿Puedo ofrecerles algo, café, una gaseosa?

—No, gracias —respondió Sofía.

—Bien, —comenzó a explicar Blanca, mientras abría una carpeta con información sobre el colegio—, permítanme decirles que estamos muy orgullosos de emplear el método Montesori...

— Estamos más interesados en su personal —intervino Néstor, hablando por primera vez.

Blanca lo miró con sorpresa. Había llegado a la conclusión de que su visitante no estaba muy interesado en la guardería de su hijo.

—Nuestro personal es muy calificado, señor Salazar.

—No lo dudo —respondió él, mientras sacaba la identificación del bolsillo interno de la chaqueta y se la mostraba a la anonadada mujer—, pero no es exactamente ese el dato que nos interesa.

—¡¿Policía?!

Blanca se quedó mirando la identificación sin poder creerlo.

—Pero ¿por qué el engaño? Quiero decir, ¿por qué se presentaron como padres de un posible alumno? ¿Qué está pasando aquí?

—Lamentamos no haber podido ser sinceros con usted, señora Vidal —dijo Néstor—, pero cuando le explique los motivos, lo comprenderá. Se trata de un secuestro, la víctima es un niño y no queremos que los sospechosos se pongan nerviosos con las indagaciones. Sobre todo si nos acercamos a ellos.

—¡¿Un secuestro?! ¿Y cree que alguien de nuestra plantilla está involucrado?

—Es muy posible.

—Pero eso no lo puedo creer…Confío plenamente en todo el personal.

—Tenemos fuertes indicios de lo que afirmamos —intervino Sofía—. No podemos demorarnos en egos lastimados. El niño secuestrado no dispone de mucho tiempo.

—Muy bien, ¿en qué puedo ayudar?

—El sospechoso principal ha realizado frecuentes llamadas a esta guardería —explicó Salazar—. Y sabemos que uno de los secuestradores era una mujer, mediana estatura, manos y pies pequeños.

—Muchas de nuestras educadoras reciben llamadas de sus familias, sus novios y sus esposos. Y esa descripción podría corresponder a la mitad de nuestro personal, pero ¿no creerá que fue una de las maestras? Tal vez entre la gente de mantenimiento. Hay algunas inmigrantes entre ellas que podrían...

—No descartaremos a nadie de momento —cortó Néstor, incómodo por los prejuicios de la directora.

—¿Qué es exactamente lo que buscan?

Néstor sacó una fotografía de Calcaño, tomada de su ficha policial.

—¿Le resulta familiar este hombre?

—No —dijo Clara, poniéndose los anteojos para verlo mejor—. Nunca lo había visto.

—¿Alguna de sus empleadas ha tenido un cambio de comportamiento recientemente?

—No. Bueno...

—¿Sí?

—Es que no me gustaría señalar a nadie, en especial porque tal vez no tenga importancia, y no quiero causar molestias innecesarias....

—Señora Vidal, la vida de un niño está en peligro. Le agradeceremos que permita que seamos nosotros los que juzguemos lo qué es importante y lo que no.

—Está bien —aceptó Clara con un suspiro—. Una de nuestras maestras más jóvenes, Corina Maldonado, ha estado nerviosa en los últimos días, pero tiene una justificación: su madre está enferma.

—¿Podríamos hablar con ella?

—Me temo que no es posible. Está de permiso, precisamente por su madre.

—¿Cuándo comenzó el permiso?

—Ayer —dijo Clara. Néstor y Sofía se miraron entre sí.

—¿Por cuánto tiempo lo pidió?

—Tres semanas —respondió Blanca, mientras se erguía en el asiento al notar el aumento de interés de los policías por la maestra.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí?

—Tres meses. En realidad es suplente, pero sus referencias son impecables y...

—Las referencias se pueden falsificar —cortó Néstor.

—No creerá que... Es una chica muy dulce, que se lleva bien con todos.

—No lo dudo. Es posible que sea candidata a la beatificación y su madre realmente esté enferma, pero será necesario comprobarlo. ¿Tiene relación estrecha con alguien del personal?

—Es bastante reservada por lo que he oído —admitió la señora Vidal—, pero Patricia, otra de las maestras, ha coincidido con ella en algún lugar. Por lo visto viven cerca.

—¿Podría llamarla, por favor?

Cinco minutos después, apareció por la puerta una joven que Salazar calculó que sería tan alta como él mismo. Se sintió aliviado cuando comprobó que la descripción no correspondía con la de la secuestradora, pues un pequeño desliz podía poner a Pedro Calcaño sobre aviso de que estaban pisándole los talones. Néstor le mostró su identificación y le pidió que le contara lo que pudiera acerca de Corina. Patricia no aportó mucho más de lo que había dicho la directora, pero el golpe de suerte lo tuvieron cuando le mostraron la fotografía de Calcaño.

—Es su novio —dijo sin dudar.

—¿Lo conoce, se lo ha presentado? —preguntó Sofía.

—No exactamente —reconoció Patricia—. En realidad, Corina nunca habla de él, ni siquiera sé cómo se llama, pero en una ocasión me ofrecí a llevarla hasta su casa porque vivimos cerca. Rechazó el aventón porque me dijo que su novio vendría a buscarla. Yo estaba encendiendo el coche cuando apareció este hombre en una motocicleta. Ella se subió con él y se marcharon.

—¿Está segura de que es el hombre de la fotografía?

—Desde luego. No podría olvidarlo. No sé por qué, pero me puso la piel de gallina.

—Gracias, ha sido usted de mucha ayuda.

—¿Qué debemos hacer si Corina regresa o llama por teléfono? —preguntó Blanca, al comprender que sus peores temores se habían confirmado.

—Nada, actúen con normalidad, pero sobre todo no le digan que hemos estado haciendo preguntas. Y le agradecería que nos proporcionara una fotografía de la señorita Maldonado.

Capítulo doce.

Néstor y Sofía regresaron a la Jefatura Superior de Policía y se refugiaron en los predios de Toni, después de haber acudido a la dirección que aparecía en la ficha de la señorita Maldonado, donde encontraron un edificio que estaba en ruinas desde hacía años. Salazar sentía que se estaban aproximando y que el cerco se cerraba. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

—Hay algo que no comprendo —confesó la subinspectora—. ¿Qué papel juega una maestra en todo esto?

—Dudo que se trate de una verdadera maestra —opinó el inspector—. Las educadoras no andan por ahí secuestrando niños.

—¿Una impostora? —Néstor asintió—. Pero… ¿Por qué tomarse tantas molestias en hacerse pasar por maestra?

—Es probable que el intrusismo no tenga relación directa con ninguno de los secuestros. Creo que ella tenía otros planes. Ganarse la confianza de la dirección de la guardería con alguna finalidad. Cometer un robo, tal vez. Calcaño aprovechó la coincidencia para satisfacer a quienes le hicieron el encargo del secuestro.

—¿Sigues pensando que el rapto de Lucas fue un encargo?

—Ahora más que antes.

—¿Qué hacemos?

—Tú deberías tomarte un descanso, comer algo y luego regresar. Al menos uno de los dos debería refrescarse.

—Ni lo sueñes. Te ayudaré con lo que vayas a hacer.

—No discutáis, chicos —intervino Toni—. Os traeré unos bocadillos del bar.

—Tráelos para Sofía. Yo tengo el estómago cerrado —dijo Salazar.

—Necesitarás comer algo si quieres poder seguir adelante, Néstor —protestó Sofía.

—De acuerdo, pero será aquí mismo. Mientras trabajo.

—¿Cuál es el siguiente paso? —quiso saber la subinspectora.

—Investigar a Corina. Es nuestra mejor baza.

Mientras Toni salía para buscar un refrigerio, Sofía volvió a ponerse sus ropas de trabajo allí mismo en el servicio. Salazar se plantó frente al ordenador y comenzó a trabajar. Veinte minutos después, el informático regresó con bocadillos y un termo de café. Después de repartir las raciones,

se sumó a la búsqueda. Los tres comieron con los ojos pegados a las pantallas, sin encontrar lo que buscaban.

—Está limpia —concluyó Sofía—. Tal vez sí se trate de una verdadera maestra que perdió el norte.

—Me cuesta creerlo —se empecinó Néstor—. Hay algo que no estamos haciendo bien.

—¿A qué te refieres?

—Su nombre —señaló el inspector envarándose cuando una idea le cruzó la cabeza— ¿No nos entregó la señora Vidal copia de su D.N.I?

—Sí, claro. Y lo primero que hicimos fue comprobar que Corina Maldonado es su verdadero nombre —le recordó Sofía, temiendo que la falta de descanso estuviera comenzando a hacer mella en su jefe.

—Déjame verlo, por favor.

La subinspectora fue a buscar la carpeta y regresó con ella abierta. Sacó un papel en el que se veía claramente la fotocopia del D.N.I. de la sospechosa.

—Aquí está —le mostró Néstor—. Su nombre completo es Ana Corina Ruiz Maldonado.

—¿Sugieres que usemos su nombre completo? —preguntó ella sorprendida—. Eso restringirá aún más la búsqueda.

—No. En lo que estoy pensando es en que puede estar usando su segundo nombre y apellido como una forma de camuflarse sin invalidar su D.N.I.

—Ya comprendo. En lugar de Corina Maldonado, indagaríamos acerca de Ana Ruiz.

Néstor asintió. Los tres iniciaron la búsqueda de antecedentes con el cambio que Néstor sugería. Al cabo de pocos minutos, Toni dio un grito:

—¡Aquí está!

—¿Qué has encontrado? —preguntó Néstor, mientras se acercaba al ordenador del informático.

—Tenías razón. Escucha esto. Ana Ruiz tiene antecedentes.

—¿De qué se trata? —preguntó Salazar con ansiedad.

—Con ese nombre figuran varios arrestos por extorsión ligada a prostitución. También está señalada por consumo de drogas e incluso ha traficado pequeñas cantidades en un par de ocasiones. Por lo visto, así es como entró en contacto con Calcaño, pues él era su distribuidor.

—Y supongo que los créditos de maestra son falsos.

— Completamente —confirmó Sofía—. Corina Maldonado no se ha licenciado como maestra en ninguna universidad del país. Tampoco aparece nadie bajo el nombre de Ana Ruiz. Probablemente ni siquiera ha terminado el bachillerato. Tenías razón, Néstor. Me pregunto cuál habrá sido el motivo de esta charada.

—¿No fue por el secuestro? —preguntó Toni, confundido.

—No —respondió Néstor—. La falsa maestra está en la guardería desde hace tres meses. Mucho antes de que se llevaran al niño Rivero.

—Tal vez tenga la respuesta —comentó Sofía, mientras desplegaba uno de los archivos internos de la policía.

—¿De qué se trata? —preguntó el inspector, acercándose esta vez al ordenador de su compañera.

—Hay una orden de busca y captura contra Ana Maldonado por tráfico de estupefacientes. Mira la fotografía.

—Es nuestra maestra. Así que estaba en la guardería escondiéndose. Se ocultaba por un delito cometiendo otro. Menuda lógica.

—Al menos sabemos que se trata de ella —comentó Sofía—. Eso nos acerca.

—Sí. Aunque lo que realmente necesitamos ahora es saber dónde se esconde. Allí encontraremos a Lucas.

—Si está en busca y captura hará lo posible por no visitar lugares públicos —razonó la subinspectora.

—Tienes razón. Vamos a pensar un poco: los que secuestraron a Ismael lo dejaron morir por simple torpeza, pero aun así tuvieron la sangre fría de cobrar el rescate.

—Un rescate que no les sirve de nada porque el dinero quedó marcado.

—Así que no consiguieron ningún beneficio, pero su problema más urgente es un comisario empecinado en dar con ellos, así que contratan a un ex convicto peligroso para que secuestre al hijo del policía que les estorba negándose a cerrar la investigación, pero temiendo que ocurra otro accidente, le exigen que cometa el rapto con una persona que esté en capacidad de cuidar a un niño pequeño, lo cual no era una tarea fácil, pues las maestras no están por la labor de dedicarse al secuestro, así que convence a su novia, tan delincuente como él, para que salga de su escondrijo y lo ayude en el encargo.

—Es un buen resumen.

Salazar se enderezó y su rostro palideció.

—Acabo de comprender algo. Mi mayor esperanza era que la persona que estaba con Lucas fuera una mujer preparada para ello. Alguien que cuidaría de él a pesar de todo. Pero esa presunción acaba de derrumbarse. El gemelo corre mucho más peligro del que creía. Tenemos que encontrarlo sin demora.

—Estamos haciendo todo lo posible, Néstor. Lo encontraremos. Solo dinos en qué podemos ayudarte. Toni y yo lo haremos sin rechistar —prometió Sofía mientras miraba al informático, quien la refrendó asintiendo.

Salazar respiró profundamente. Tenía que sacudirse los sentimientos pesimistas por el bien de su sobrino.

—Muy bien —dijo, retomando su actitud decidida—. Corina necesitaba un lugar para esconderse con el niño por un tiempo prolongado, pues no se trata de un secuestro al uso para pedir un rescate, sino la toma de un rehén con el fin de extorsionar a su padre. De manera que estamos hablando de una locación apartada, donde no haya vecinos cercanos, ni corra el riesgo de cruzarse con ningún policía. Vamos a indagar en el registro acerca de los alquileres de propiedades en los suburbios, bajo las diferentes combinaciones de los nombres de Calcaño, o de Corina. Lo que hemos descubierto hoy me hace pensar que Lucas está en manos de una psicópata, así que tenemos que encontrarlo esta misma noche.

Capítulo trece.

Se pusieron a trabajar con más empeño, acuciados por el sentimiento de que la vida de Lucas dependía de que tuvieran éxito en su investigación. Con los ojos pegados a las pantallas escudriñaron los contratos de alquiler llevados a cabo en Haro en los últimos días. A Néstor se le pasó por la cabeza la idea de que pudiera haberse tramitado un alquiler sin contrato, o que hubieran conseguido el escondite por otra vía, como una propiedad prestada, o heredada que estuviera a nombre de otra persona. Si era el caso podían no encontrarlos nunca por esa vía. Se obligó a apartar esas ideas de la cabeza. No servían de nada. Lo más importante en ese momento era concentrarse en la tarea que tenían entre manos.

Al cabo de tres horas, el esfuerzo rindió frutos. Ya había oscurecido cuando Salazar levantó la vista de la pantalla con una sonrisa.

—¡Lo encontré!

—¿Alquilaron una propiedad? —preguntó Sofía

—¡Aquí está! —confirmó Néstor con voz triunfal—. Ana Maldonado alquiló ayer una cabaña con huerto al suroeste, en las afueras de Haro. Está ubicada en medio de una zona de viñedos. Se trata de una vieja casa para los cuidadores de los campos, acondicionada como vivienda. El contrato fue por seis meses. Y escuchad esto, se pagó por adelantado y en efectivo. Hubo una pequeña señal ayer y el resto se canceló esta mañana.

—¿Tienes la dirección? —preguntó Sofía. Néstor se la dictó—. Es ella, ¿verdad? No será un caso de homonimia.

—Es ella —confirmó Salazar—. El nombre, la fecha, el lugar. Estoy seguro. El niño tiene que estar ahí.

—Debemos organizar un operativo —opinó Sofía.

—Tiene que ser esta misma noche —decidió Néstor—. No sabemos cuáles son los planes de los secuestradores, ni de cuánto tiempo disponemos. Sofía, ¿puedes avisar a Diji? No le des muchas explicaciones por teléfono. Concuerda una cita con él en «La Callecita.»

—¿Qué harás tú?

—Iré al bar de Gyula. Debo darle instrucciones acerca del seguimiento de Calcaño y pedirle prestado el coche. No quiero usar el de la comisaría.

—¿Debemos avisarle al comisario? —preguntó Sofía.

—Aún no.

—¿Por qué? —discrepó ella—. Es su hijo. Tiene derecho a saber que lo hemos encontrado.

—Aún no está a salvo. Santiago, como es lógico, está demasiado involucrado y esta es una situación delicada. Tampoco sabemos lo que vamos a encontrar, ni cómo va a resultar el asalto. Lo quiero lejos de esa cabaña. Cuando tengamos al chico y sepamos que todo ha salido bien, lo primero que haré será llamarlo, por supuesto.

—Tienes razón.

—De acuerdo, vamos —ordenó Salazar, levantándose de la silla.

—¿No deberíais llamar al Grupo Especial de Operaciones? —sugirió Toni.

—No creo que sea buena idea. Si la falsa maestra sospecha que está cercada, usará el niño como rehén y puede herirlo o matarlo.

—Debes estar preparado, Néstor. No podemos tener la certeza de que el niño continúa con vida —apuntó Sofía, muy a su pesar.

—Hasta que no encontremos su cadáver, tenemos que asumir que lo está, y protegerlo.

—¿Entonces cuál es el plan? —quiso saber Sofía.

—Le tenderemos una trampa —explicó Salazar—. Le pediré a Gyula que siga vigilando a Calcaño, para asegurarnos de que no acude en ayuda de Corina. También debemos conseguir que salga de la cabaña y detenerla cuando esté afuera.

—¿Cómo hacemos eso?

—Haremos lo posible por organizar alguna distracción. Te lo diré cuando lleguemos y pueda ver el terreno. De momento, nos vemos en media hora en «La Callecita.» Trae a Diji.

—De acuerdo —respondió Sofía.

Como acordaron, media hora después la subinspectora llegó al bar de Gyula acompañada por Diji y Pedrera. Néstor no pudo evitar sorprenderse cuando vio entrar a la oficina del bar a quien más rivalizaba con él en la comisaría. Miró a Sofía con expresión interrogadora.

—Pedrera estaba con Diji cuando lo contacté —explicó ella—. Insistió en venir con nosotros.

—Ya Sofía nos explicó la situación —le dijo Miguel, sonriendo—. No irás a querer quedarte con todo el mérito por rescatar al hijo del comisario, Salazar.

Néstor se le quedó mirando mientras calibraba sus intenciones. Luego le habló con toda la severidad de la que fue capaz.

—Si vienes a ayudar, bienvenido. Y por mí te puedes quedar con todo el mérito, pero como pretendas ser héroe y le pase algo al niño por ello, te juro que te estrangulo con mis propias manos.

La sonrisa se le borró a Pedrera de la cara, porque comprendió que el inspector jefe hablaba en serio.

—He venido a ayudar.

—Excelente. Entonces no perdamos más el tiempo.

Se desplazaron hasta la casa alquilada por Ana Ruiz en el «Seat» de Gyula. Salazar no pudo evitar sorprenderse al ver a Diji acomodar sus dos metros de humanidad en el pequeño coche. Sofía conducía, con Salazar a su lado. Diji y Pedrera se apretujaban atrás. Se detuvieron en la carretera, a suficiente distancia para no ser detectados desde la casa.

La cabaña estaba cerca de un camino con viñedos a ambos lados, pero por suerte para ellos, tenía al frente un huerto que en aquel momento nadie atendía, por lo que habían proliferado malas hierbas y arbustos que les proporcionaron un escondite. Frente a la entrada se encontraba aparcado un «Seat Ibiza.»

Había luces encendidas en la vivienda rural y detrás de las ventanas se veía la silueta de una mujer que se movía de una habitación a otra. No había señales del niño. Néstor tampoco esperaba verlas. Si lo tenían retenido, estaría encerrado en alguna de las habitaciones, tal vez amarrado o drogado.

Salazar se quedó pensando qué podían hacer para minimizar los riesgos para Lucas. Por fin tomó una decisión.

-—Tengo una idea.

Les explicó a sus compañeros el plan que había elaborado y todos estuvieron de acuerdo en que podía funcionar.

Salazar, Diji y Pedrera se apearon del coche. Diji cogió algo del maletero. Los tres hombres se ocultaron detrás de los arbustos, mientras Sofía avanzaba con el coche en dirección a la cabaña. Ella se bajó, se acercó a la vivienda y llamó a la puerta. La mujer la entreabrió. La subinspectora comprobó que se trataba de Corina.

—Buenas noches —la saludó Sofía con amabilidad—. Disculpe que la moleste, pero estoy tratando de llegar a Haro y me he perdido. ¿Podría indicarme el camino?

—La mujer se limitó a señalar la dirección que debía seguir y le cerró la puerta en las narices.

Sofía volvió a subir al coche y condujo algunos metros, cogió su móvil y llamó a Salazar.

—Es ella —le dijo.

—Muy bien —Néstor colgó y se dirigió a Diji—. Tu turno.

—El subinspector cogió el bidón que había sacado del maletero y avanzó agachado manteniéndose oculto por los matorrales hasta acercarse al «Ibiza.» Amparado por la oscuridad salpicó el capó del coche y notó el fuerte olor a gasolina.

—¿Crees que eso la hará salir? —le preguntó Sofía a Néstor, después de reunirse con ellos.

—Sí. El coche está lo suficientemente cerca de la casa para que lo considere un peligro si se incendia. No podrá ignorarlo.

—¿Y si lleva al niño con ella?

—¿Para apagar un fuego? Le estorbaría, o se arriesgaría a que se le escapara. No, saldrá sola.

—¿Y si sospecha? —insistió la subinspectora.

—Podría ir armada, debemos tener cuidado.

El inspector Cheick se alejó unos pasos, arrojó una cerilla encendida y corrió a ocultarse. El fuego se extendió rápidamente e iluminó la cabaña y el huerto. Los policías procuraron ocultarse mejor, pues ya habían previsto que la oscuridad dejaría de servirles de refugio. A los pocos segundos, la puerta de la cabaña se abrió y una mujer de baja estatura, muy delgada, con el cabello largo y castaño, salió con un extintor en la mano lanzando maldiciones propias de un carretero. No parecía ir armada y sin perder la calma usó el extintor para apagar el fuego. Los policías esperaron a que terminara. Solo entonces le dieron la voz de arresto.

—¡Suelte el extintor y levante las manos! —ordenó Pedrera desde su escondite—. Ana Ruiz, queda arrestada por secuestro.

—Esto es un error —gritó la mujer, obedeciendo sin embargo la orden —. Mi nombre es Corina Maldonado y soy maestra.

Pedrera le apuntó con su arma, mientras Diji le ponía las esposas. Néstor y Sofía entraron en la cabaña. La mujer protestó al verlos.

—¡No tienen derecho de entrar! ¡No doy mi consentimiento! ¡Es mi propiedad!

—Tenemos la presunción de que en el interior de la vivienda hay una persona ilegítimamente privada de libertad, señorita —le dijo Pedrera—. En este caso no necesitamos su consentimiento.

Salazar y Garay entraron con las armas en las manos y el corazón en la garganta. Si el chiquillo no estaba adentro perderían las esperanzas. Se desplegaron revisando las habitaciones una a una. No podían tener la certeza de que no hubiera otra persona adentro.

—¡Despejado! —gritó Sofía.

—¡Despejado! —hizo eco Néstor.

—¡Despejado!

—¡Aquí! —gritó el inspector.

En una de las habitaciones, tendido en un sucio colchón y completamente dormido, estaba Lucas. Salazar corrió hacia él cogiendo en brazos el cuerpecito fláccido y liviano de su sobrino.

—Lucas. ¡Lucas! —lo llamó, tratando de despertarlo sin éxito.

—Lo drogaron, Néstor —le dijo Sofía, que traía un frasco ampolla en la mano.

—¿Qué es?

—Fenobarbital.

—Tenemos que llevarlo a un hospital —dijo Néstor con urgencia en la voz—. No sabemos si estos cabrones le han dado una sobredosis.

Corrieron al «Seat» de Gyula. Salazar ordenó a sus inspectores que llamaran una patrulla para que los recogiera junto con la detenida, porque ellos se iban al hospital con el chiquillo. Sofía se puso al volante. Néstor sostuvo al niño en su regazo mirándolo con angustia. Al cabo de un par de minutos, Lucas entreabrió los ojos, somnoliento.

—Tío Néstor —balbuceó—. Quiero ir con mi mamá.

—No te preocupes, Lucas. Pronto verás a tu mamá, a tu papá y a Sebastián.

—Y a Peludo —murmuró el chiquillo medio dormido.

—Y a Peludo —le confirmó su tío.

Néstor tuvo la suficiente presencia de ánimo para llamar a Santiago y comunicarle las novedades. Acordó con él que se encontrarían en el hospital, donde su hermano acudiría con Carmela. Hizo lo posible por tranquilizarlo acerca del estado del niño. Cuando colgó, se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Capítulo catorce.

Llegaron al hospital en pocos minutos, pero a Salazar el trayecto se le hizo interminable. Bajó corriendo del coche con el niño en brazos casi antes de dar tiempo a que Sofía se detuviera por completo. Entró a Urgencias como una tromba. En pocas palabras explicó la situación a uno de los médicos que lo recibió, colocó al gemelo sobre una camilla y le entregó el frasco ampolla que Sofía había encontrado en la cabaña a una enfermera. Se llevaron a Lucas a la sala de exámenes y le pidieron que esperara en una habitación con sillas que había junto al pasillo. En ese momento llegó Sofía y lo encontró caminando de un lado al otro de la sala de espera. La imagen le causó una sensación de deja vú. Pocas semanas atrás era ella quien se paseaba por esa sala, preocupada por la suerte del propio Néstor.

La subinspectora se acercó a él con la intención de tranquilizarlo.

—Lo encontraste con vida, Néstor. Es lo más importante.

—Esos hijos de puta lo drogaron —respondió él entre dientes, conteniéndose lo mejor que pudo—. ¿Sabes lo que una sobredosis de esa droga puede hacerle a un niño de esa edad?

—Lo sé, pero aún no podemos asegurar que hubo sobredosis. Además, teníamos claro que lo más probable era que lo hubieran amarrado, o drogado para mantenerlo dominado. Sé que no es fácil, Néstor, pero el comisario y su esposa están a punto de llegar. Ellos van a necesitar que los ayudes a superar este trago. Trata de pensar como policía, no como el tío de Lucas. Lo encontraste con vida. Lo rescataste sin que sufriera ningún daño.

—Lo hicimos entre todos.

—No. Sabes que eso no es cierto. Nosotros te ayudamos, pero lo hiciste tú.

Una doctora bastante joven que había entrado hacía unos minutos en la sala de examen donde estaba Lucas, volvió a salir encaminándose hacia ellos, mientras se acomodaba el estetoscopio al cuello.

—Soy la doctora Adela Vicario, pediatra de guardia. ¿Son ustedes los padres de Lucas?

—Sus padres vienen en camino. Yo soy su tío.

—Tengo entendido que el niño fue rescatado de manos de unos secuestradores que fueron los que le suministraron la droga.

—Así es. También somos policías, al igual que su padre. Lo encontramos apenas hace unos minutos en una cabaña al suroeste de Haro

en ese estado.

—¿Entonces no tienen idea de cuál fue la dosis que le administraron?

—No —admitió Salazar—, pero detuvimos a la mujer que lo cuidaba. Ella debe saberlo. Puedo pedirles a mis hombres que la interroguen al respecto. ¿Cómo está Lucas?

—Debo admitir que sería conveniente saber cuál fue la dosis suministrada, pero puede estar tranquilo señor…

—Salazar.

—Señor Salazar. Por suerte, Lucas está estable, así que no creo que se les haya pasado la mano. Por supuesto que estamos tomando las medidas necesarias para que elimine la droga más rápido y lo mantendremos en observación por esta noche. Si evoluciona como esperamos, le daremos el alta mañana por la mañana. Ahora lo pasaremos a una habitación. Pueden hacerle compañía si lo desean. De hecho, es recomendable que no se quede solo, pues lo más probable es que cuando despierte se sienta confundido.

—No debe preocuparse por eso, doctora —le dijo Sofía sonriendo, después de ver la expresión de alivio en el rostro de Néstor—. Compañía no le va a faltar.

Salazar sentía un nudo en la garganta por la emoción de saber que el gemelo estaba bien, pero aun así fue capaz de agradecer a la pediatra por todo lo que estaba haciendo. Como ella les había informado, pasaron a Lucas en una camilla frente a la sala de espera, aún dormido y con un gotero conectado al bracito. Néstor y Sofía lo siguieron.

Ya en la habitación, Salazar llamó a Pedrera para que le preguntara a Corina cuánto Fenobarbital le había suministrado al niño. Después de notificarle la cifra a la pediatra recibió la buena noticia de que no se trataba de una sobredosis. Néstor sintió un profundo alivio, como si le hubieran retirado el peso del mundo de los hombros. Una presión que hasta ese momento no había sido consciente que había soportado. Acto seguido llamó a Santiago, le comunicó las buenas nuevas y le dio el número de la habitación donde habían llevado al niño. Luego llamó a Gyula para preguntarle qué se sabía de Calcaño. Su amigo se alegró mucho al saber que habían encontrado al chiquillo sano y salvo, le pidió a Néstor que le diera unos minutos y colgó. Casi enseguida volvió a llamarlo para notificarle que Calcaño se encontraba en una conocida discoteca, ocupado en vender droga. Después de darle las gracias, Salazar llamó a Manuel y le ordenó acudir al centro nocturno con dos patrulleros para arrestar al sospechoso.

—Deberías irte a casa —le dijo a Sofía—. Debes estar muy cansada después de todo lo que ha pasado.

—Pues mira que tú —ripostó ella—. Mejor espero para llevarte a tu casa, o terminarás bajando al niño para ocupar tú la cama. Iré a buscar un café mientras esperamos al comisario. ¿Te traigo uno?

—Sí, gracias.

La subinspectora salió de la habitación para buscar una máquina de café que funcionara. Néstor miró al gemelo, se sentó junto a la cama y le cogió de la manita.

—Te has portado como un valiente, colega —murmuró—. ¿Sabes? Estoy muy orgulloso de ti.

Cuando Sofía regresó con los vasos de café encontró a Salazar sosteniendo la mano de su sobrino, con la cabeza sobre el colchón junto a la cabecita del niño y dormido como un ceporro. Vistos así, no estaba muy claro quién había recibido el Fenobarbital.

Tocaron la puerta con suavidad y ella dejó los vasos sobre una mesita. Entró una enfermera seguida del comisario y su esposa, quien traía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¡Lucas! —exclamó Carmela. Salazar abrió los ojos y se despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¿Quién? —balbuceó el inspector—. ¡Ah! Ya estáis aquí.

Carmela se acercó a la cama y abrazó al pequeño como solo una madre puede hacerlo. Detrás de ella, el comisario se limitó a poner su manaza sobre una de sus piernecitas, como si quisiera comprobar que sus ojos no lo engañaban y que su hijo perdido estaba frente a él, sano y salvo.

—La pediatra dice que se pondrá bien —les informó Néstor, confirmándoles lo que ya les había contado por teléfono—. El niño está estable, la dosis que usaron no fue excesiva, así que solo hay que esperar a que pase el efecto de la droga para que vuelva a ser el trasto de siempre.

—¡Lucas, hermano! ¡Le has salvado la vida a mi hijo! ¡Nunca lo olvidaré! —prometió Santiago, mientras envolvía a Salazar en un abrazo que lo dejó sin respiración.

—Yo tampoco lo voy a olvidar —confesó Carmela, desviando por un momento la atención del chiquillo, para centrarla en su cuñado. Ella también lo abrazó y lo recompensó con dos besos en las mejillas.

Salazar se sintió apabullado. No recibía tantas demostraciones de afecto desde que tenía la edad de Lucas y su propia madre estaba viva y sana.

—No has dejado solo con tu suegra a Sebastián ¿verdad? —le preguntó a Goliat, para cambiar un poco el tema—. Mira que todavía no hemos atrapado a los malnacidos que planificaron esto. Solo tenemos a los ejecutores.

—Te aseguro que mi suegra es una fuerza de la naturaleza y compadezco al maleante que intentara algo contra Sebastián estando a su cuidado, pero no te preocupes, nos hemos demorado porque llamé a Remigio. Se quedará en mi casa hasta que yo regrese, que por lo visto será toda la noche, porque no pienso separarme del lado de mi hijo hasta que haya despertado.

—Bien. Eso me tranquiliza —reconoció Néstor—. Creo que deberías tomarte libre el día de mañana para compartirlo con tu familia. Les hará bien a todos después de una experiencia como esta.

—¿Y qué hay de los secuestradores? ¿Y de los casos de la comisaría?

—Yo me haré cargo —se ofreció Salazar.

—No lo sé. El comisario mayor Guzmán me ha estado llamando durante todo el día. Me preguntó si sabía algo de ti porque te habías marchado del curso dejando solo el mensaje de que no te sentías bien y necesitabas verte con el cirujano. Le dije que no sabía nada al respecto, por supuesto.

—Hiciste bien. A mí también me llamó varias veces pero ni siquiera le respondí. Mañana iré a verle y le explicaré todo con pelos y señales para que decida qué hacer conmigo.

—Te acompañaré. Necesitarás apoyo.

—Nada de eso. Tú mañana el día se lo dedicas a tu familia. Ya sabré yo capear el temporal.

—¿Me avisarás si se complica tu situación?

—Desde luego.

—Gracias. En realidad me viene muy bien disponer del día de mañana. Carmela y yo lo hemos hablado mientras veníamos hacia aquí. Los que idearon este horror continúan libres. No sabemos qué más pueden intentar, pero ya está claro que carecen por completo de escrúpulos, así que Carmela y los gemelos saldrán mañana con mi suegra con destino a Tenerife.

—Parece una muy buena idea —aprobó Néstor y se le escapó un bostezo.

—Y tú lo mejor que puedes hacer es irte a casa a dormir —sugirió Carmela—. Llevas despierto dos días y casi no te tienes en pie.

—¿Puedes ocuparte de llevarlo a casa? —le preguntó Santiago a Sofía —. Tengo la impresión de que si intenta llegar solo, se va a quedar dormido por el camino.

—Descuide, comisario. Yo me hago cargo.

Salazar protestó porque no quería marcharse antes de que Lucas despertara, pero entre todos lo convencieron de que necesitaba dormir. Después de las despedidas de rigor, él y Sofía salieron del hospital y cogieron el coche de Gyula para regresar. Ella conducía. Estaba muy animada por el éxito de la operación y por haber podido rescatar al niño sano y salvo.

—Todo ha salido muy bien. Aunque por un momento temí que resultara un desastre —confesó ella.

—Mmjú.

—¡Fue genial la forma en que encontraste el paradero del chico!

—Ajá.

—Y el reencuentro de Carmela y el comisario con su hijo. Nunca un caso me había emocionado tanto.

Silencio.

—¿A ti no? —insistió la subinspectora ante la mudez de su compañero.

Silencio.

Sorprendida, preguntándose si había dicho algo que pudiera ofender a Néstor volteó a mirarlo. El inspector Salazar dormía profundamente.

Tercera parte.

Capítulo uno.

Manuel entró a la discoteca con dos agentes vestidos de civil. Se trataba de un local con bastante mala fama, así que llevarlos allí con su uniforme hubiera sido como meter una antorcha en un avispero. Se sorprendió cuando el primo de Gyula lo abordó. ¿Resultaba tan evidente que era policía? Tal vez debería emplear alguna táctica para mimetizarse como hacía Salazar. Su interlocutor resultó ser un hombre joven, casi un chico, con la piel tostada, el cabello oscuro y rizado. Se parecía a su primo, sin lugar a dudas.

—¿Es usted el subinspector Rodríguez?¿No es así?

—Soy yo. Estos son los oficiales Herrero y Santana. Pero dime, ¿cómo me reconociste?

—Gyula me envió una fotografía del grupo de la comisaría en la que aparece usted, un día que fueron a su bar a celebrar algo. Así que no fue difícil.

—De acuerdo. ¿Cuál es tu nombre?

—Soy Kavi —dijo presentándose con una sonrisa, mientras le estrechaba la mano.

—Muy bien, Kavi. Te estoy muy agradecido por tu ayuda. ¿Me puedes señalar cuál es el sujeto?

—Allí, junto a la barra —respondió mientras señalaba con la cabeza—. Es el que usa la chaqueta de cuero.

—¿El grande de la coleta?

—Ese mismo. Lleva toda la noche vendiendo. No creo que le quede ya mucha mercancía.

—Está bien. Vamos señores —le dijo Manuel a los agentes—. Será mejor que te vayas a casa, Kavi. Ya nos has ayudado bastante.

—Lo que usted diga, señor.

—Una cosa más —dijo el policía, reteniendo un momento al joven—. Si te pido que mañana vayas a la comisaría para que testifiques acerca de lo que viste. ¿Lo harás?

—Por supuesto, señor. Gyula confía en ustedes, así que yo también.

—Gracias, de nuevo. Puedes irte.

Manuel se acercó a la barra seguido por los dos agentes. El cantinero le hizo un gesto con la cabeza a Calcaño casi imperceptible. El camello desvió la atención de los chicos a los que pretendía venderles las últimas dosis de

pastillas que le quedaban para completar la noche y vio a los tres hombres acercándose con paso decidido. No eran de allí y no creía que vinieran a comprar. Se veían demasiado…La forma de caminar como si marcharan, la actitud arrogante, la mirada decidida. Eran policías. Pedro tuvo la certeza de que no se equivocaba cuando los tres se llevaron la mano derecha a la parte posterior de la pretina del pantalón, con segundos de diferencia. Ya había agarrado la botella por el pico cuando el que encabezaba la marcha le gritó, mientras le apuntaba con un arma.

—¡Pedro Calcaño, quedas arrestado por tráfico de drogas y por violar la condicional! ¡Pon las manos donde las vea y tírate al suelo boca abajo!

En lugar de obedecer, Calcaño golpeó con la botella la cabeza del poli. El tío cayó al suelo y comenzó a sangrar, así que sus compañeros se olvidaron por un momento de Pedro y se acercaron a él para socorrerlo, lo cual el camello aprovechó para saltar sobre el hombre caído y correr como alma que persigue el diablo, en dirección a la puerta del local.

—¡Estoy bien! —gritó Manuel, más sorprendido y humillado, que dolorido—. ¡Id tras él! ¡No lo dejéis escapar!

Los agentes obedecieron y dejaron a su jefe al cuidado de los clientes del bar. Cuando llegaron a la puerta pudieron ver a Calcaño corriendo calle arriba y lo siguieron, aunque ya les había sacado bastante ventaja.

Pedro alcanzó la esquina donde la vereda se abría en una encrucijada en la que confluían cinco calles. Se dirigió al noreste y continuó corriendo por la más estrecha de ellas. Cuando los agentes llegaron a la encrucijada, Calcaño ya se había perdido de vista. Se les había escapado.

Pedro fue aminorando el paso cuando comprendió que ya no lo seguían. Les había dado esquinazo y se felicitó por ello. Se preguntó qué había llevado a ese policía a ir tras él. Después de todo, llevaba más de dos meses distribuyendo droga en aquel local, sin que nadie lo molestara. Se preguntó si tendría relación con el secuestro del crío. Solo después de tener al niño en la cabaña, el maldito niñato le había confesado que el chaval era el hijo de un policía. ¡Menudo marrón! De cualquier manera, Pedro no se podía haber negado a hacer el trabajito, pues lo tenían cogido y bien cogido.

Se detuvo un momento para recuperar el aliento y analizar sus posibilidades. Debía cerciorarse de que todo iba bien con el mocoso, así que sacó su móvil del bolsillo y llamó a Corina. Nadie respondió. Tenía mala pinta. Habían acordado que mantendrían las comunicaciones abiertas. Que no diera señales de vida encendió todas las alarmas de Calcaño. Bien, él era

camello, no secuestrador, así que el cabrón que lo había metido en ese marrón, lo tendría que sacar, o cantaría como un canario.

Cogió el autobús. Sabía dónde encontrar a ese malnacido a aquella hora. Se trataba de un jugador empedernido, así que era seguro que estaría en el mayor centro de apuestas ilegales de la ciudad. Se bajó en la calle La Virgen y caminó hasta una vereda bastante estrecha. Llamó a una puerta casi oculta que no tenía ningún cartel. El hombre que salió era enorme.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

—Deseo entrar —respondió Calcaño—. Me urge hablar con uno de sus clientes.

—Aquí no entra cualquiera —respondió el portero, plantándose frente a la puerta como una muralla viva—. Esto es un club privado.

—Escucha, no quiero causar problemas. Solo necesito darle un mensaje a uno de los clientes de tu exclusivo club. Luego me largo. A él también le interesa el mensaje. Si me llevas hasta donde está, te daré esto —le ofreció sacando una bolsita de plástico con varias pastillas de colores—. La puedes vender, o la puedes usar con tu chica. Te aseguro que son de primera calidad.

—De acuerdo —aceptó el gigante arrancando la bolsa de la mano de Pedro—. Espera aquí. Voy a preguntar, pero si el cliente no quiere verte, te largas.

—De acuerdo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Pedro Calcaño. Dile que es urgente y que le conviene verme.

El portero entró al local y regresó al cabo de pocos minutos.

—Dice el jefe que pases.

Calcaño lo siguió escaleras abajo. La pequeña puerta daba a un amplio salón iluminado con luces de colores y con varias barras que llegaban hasta el techo, donde cuatro chicas hacían bailes sugerentes, contorsionándose. Alrededor de cada una de ellas, había media docena de tíos con los ojos desorbitados. Al fondo, otra chica atendía el bar. El gigante cruzó la sala sin mirar a los lados y Pedro lo siguió. Cruzó una puerta de madera al fondo de un pasillo donde se encontraban los servicios. Del otro lado el pasillo continuaba. Al final había otra puerta. El gigante llamó y lo invitaron a entrar.

Calcaño se encontró en un despacho con una mesa redonda en el centro donde se desarrollaba una partida de póker, bajo la mirada vigilante de un

individuo con aspecto remilgado y bigote ridículo. Pedro sabía que se hacía llamar Mandrake. Pero quien atraía su interés era uno de los jugadores. El cabrón que lo había obligado a secuestrar al crío. Nada menos que al hijo de un policía. El sujeto tenía una marca de nacimiento detrás de la oreja que a Pedro le parecía espantosa. Calcaño para sus adentros lo llamaba «Rojo.» El sujeto levantó la mirada, vio a Calcaño y enarcó las cejas.

—¿Qué haces aquí? ¿No te dije que no te acercaras a mí bajo ninguna circunstancia?

—Algo ha salido mal. Tenemos que hablar.

—Está bien —admitió el hombre—. Pago por ver —dijo dirigiéndose a los demás jugadores.

Cada uno mostró sus cartas. El que estaba a su izquierda sonrió satisfecho.

—Póker de Ases —declaró el jugador, mientras abría los brazos para recoger lo que había sobre la mesa.

—Un momento —lo detuvo «Rojo»—. Escalera real.

Al contrincante se le congeló la sonrisa en el rostro, mientras él recogía los billetes que había sobre la mesa.

—Vamos —le dijo a Calcaño.

Se encaminaron a la salida, luego de pagar su cuota a Mandrake por el uso de aquella sala. En ese local, el pago siempre debía salir de los bolsillos del ganador. Salieron a la cálida noche veraniega y caminaron hasta el coche. Pedro iba explicándole al otro las razones por las que creía que habían sido descubiertos.

—De acuerdo. Ten en cuenta que tú planificaste todo lo referente al secuestro del crío, así que fueron tú y tu novia quienes la pifiaron. Sin embargo, te ayudaré. Mi familia tiene una cabaña en medio de unos campos de vid, donde podrás esconderte por un tiempo. Te llevaré allí y mañana averiguaré cuál es la verdadera situación.

Calcaño suspiró aliviado. Había temido que el malnacido lo hubiera dejado en la estacada, después de obligarlo a correr todos los riesgos. «Rojo» condujo hacia el norte por la 212, hasta que las edificaciones fueron haciéndose cada vez más escasas. Se internaron en los viñedos y circularon por unos diez minutos. El conductor parecía tranquilo, como si aquello fuera un paseo por el campo y no estuvieran a punto de desatarse todas las fuerzas policiales sobre ellos. Calcaño iba mordiéndose las uñas, costumbre

que siempre le criticaba Corina, pero que tendía a reaparecer en situaciones de mucha tensión como aquella.

Se detuvieron junto a un pequeño cobertizo. Pedro se apeó antes que su acompañante. Miró a su alrededor.

—¿Es esta la cabaña de tu familia? —preguntó—. Es una mierda.

—No tendrás que preocuparte por eso —le dijo «Rojo.»

A Pedro Calcaño no le dio tiempo a comprender qué ocurría, antes de escuchar el disparo y sentir el dolor en el pecho. Luego vino la oscuridad en sus ojos que se hizo eterna. «Rojo» guardó el arma en la pretina de su pantalón, subió al coche y regresó a Haro. Tal vez aún tenía tiempo de sumarse a otra partida.

Capítulo dos.

La melodía de su móvil fue lo que despertó a Salazar. De alguna manera había logrado llegar a su cama la noche anterior. Estaba tan cansado que se había quedado dormido en el coche mientras Sofía le hablaba. Ya no recordaba sobre qué. Luego en un duermevela, su subalterna lo había acompañado escaleras arriba y lo había dejado frente a su puerta, sin moverse de allí hasta que comprobó que él entraba. Luego se despidió con una sonrisa burlona y se marchó.

Néstor también recordaba haberse quitado el gabán para dejarlo sobre el sofá y haber colocado el móvil sobre la mesita de centro de la sala. De alguna manera, después debió haber llegado a la habitación y caído sobre la cama, porque hasta con la corbata había dormido.

Ya era de día y el teléfono sonaba con insistencia cuando abrió los ojos. El recuerdo de los acontecimientos de la noche anterior se abrió paso de golpe en su embotada conciencia, para despertarlo bruscamente con una sobrecarga de adrenalina. ¿Sería Santiago quien llamaba? ¿Le habría ocurrido algo a Lucas? El pronóstico de los médicos era muy optimista, pero en esas cosas nunca se sabía. Se levantó de un salto y se apresuró a salir de la habitación en dirección a la sala.

Salazar entró al pequeño salón, donde el móvil continuaba sonando. Se detuvo un momento en el umbral de su habitación y desde allí pudo ver la esquina de la mesa donde lo había dejado. Junto al aparato estaba sentada Paca, mirando el pequeño teléfono con curiosidad, como si fuera una pequeña presa impertinente que se negaba a asustarse por un depredador tan eficiente como ella. La gata lo tocó suavemente con la pata y Salazar comprendió qué era lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡No te atrevas, Paca! —le advirtió.

La gata, al escuchar su nombre levantó la cabeza. Néstor hubiera jurado que había rencor en sus ojos cuando volvió a bajarla y toqueteó de nuevo el móvil con suavidad.

—¡No lo hagas, Paca! —repitió con voz más alta y esperaba que más severa, porque la realidad era que si alguien no le tenía ningún respeto, era esa gata, que solía tomarlo por el pito del sereno.

Salazar avanzó casi corriendo en dirección a la mesita para contestar la llamada, además de salvar su móvil de las garras de la vengativa Paca, pero la gata fue más rápida. Antes de que él pudiera coger el teléfono, Paca le

dio un certero y definitivo golpe con la pata, que lanzó el móvil al suelo sin ninguna escala que amortiguara la caída. Néstor recogió el teléfono mientras le lanzaba una mirada de reproche a su gata. La expresión de rencor que le pareció ver segundos antes, había sido cambiada por una de inocencia que siempre lo dejaba desarmado.

—Maaauuuu. —expresó ella con suavidad, como si le sorprendiera verlo a su lado y además enfadado.

Salazar suspiró sin saber qué pensar. ¿La gata había actuado por puro instinto, apartando algo que le parecía extraño e incluso amenazador? No era posible que lo hubiera hecho como una forma de desquitarse por haberla dejado sola varias semanas y luego no tomarla en cuenta a su regreso. Era una gata. Él tenía la tendencia de atribuirle razonamientos muy elaborados. Gyula solía decirle que la estaba humanizando, como un reflejo de sus propios sentimientos y pensamientos. Pero Paca lo había mirado con rencor antes de tirar el móvil al suelo. Podría jurarlo. De cualquier forma, ya no tenía importancia. El teléfono había sobrevivido al atentado y lo que contaba ahora era lo que tuviera que decirle su hermano.

—Hola Santiago. ¿Lucas está bien?

—Sí, sí. Está muy bien. Se despertó hace una hora más o menos con buen ánimo y mejor apetito. Está desayunando. Por suerte no se enteró de nada. Esos malnacidos lo drogaron desde que lo sacaron de la casa. Cree que tuvo una pesadilla y le repetimos la historia de las anginas que le contamos a su hermano. La psicóloga del hospital nos dijo que ambos son demasiado pequeños para comprender lo que ocurrió y que si les decimos la verdad podrían desarrollar miedo a la oscuridad, a quedarse solos. En fin, que nos aconsejó mantener la historia y esperar a que sean un poco mayores para contarles lo que en realidad ocurrió.

—Parece un buen consejo.

—¿Tú estás bien? Te demoraste bastante en responder el teléfono.

—Sí, estoy bien. Solo que me quedé frito anoche, hasta ahora que me despertó el móvil.

—Pues lamento haber tenido que despertarte, pero hace unos minutos me llamó el comisario mayor Guzmán preguntándome nuevamente por ti. Me advirtió que tienes veinte minutos para presentarte en su oficina en la Jefatura Superior, o que te atengas a las consecuencias.

—¡¿Veinte minutos?! Joder. Será que vaya volando.

—Es lo que me dijo. ¿Quieres que nos encontremos allí?

—No. Quédate con tu familia y cuida de ellos. Prepara el viaje a Tenerife. Eso nos dejará más tranquilos a todos.

—De acuerdo. ¿Me avisarás si necesitas apoyo?

—Cuenta con ello —respondió Néstor.

Cuando colgó el teléfono se sorprendió de la conversación que acababa de tener con su hermano. Unos pocos meses atrás no lo hubiera creído posible, pero ahora comprendía que superar las viejas rencillas había sido una buena decisión, no solo para Santiago, sino también para él. Se dio cuenta de que había echado de menos tener una familia desde que tenía doce años y lo había perdido todo en un pestañeo.

El reloj del móvil avanzó un minuto y lo hizo reaccionar. ¡Veinte minutos! Bueno, ahora eran diecinueve. Corrió a la ducha, luego se afeitó, cortándose varias veces a causa de la prisa. Se cepilló los dientes lo más rápido que pudo y luego se vistió con traje y corbata. Llevaría el gabán en la mano. No le convenía presentarse con sus pintas habituales para recibir una bronca del comisario mayor. No olvidó sus nuevos lentes. El mundo se veía mejor desde que los usaba. Cuando salió de la habitación ya había consumido nueve de los diecinueve minutos que le quedaban. Le sonaron las tripas, lo cual le recordó lo poco que había comido en las últimas horas, pero no tenía tiempo de prepararse un café, ni de pararse a tomarlo en el bar de Gyula.

Le volvieron a sonar. Se imaginó hablando con el comisario Guzmán y el concierto de sus tripas irrumpiendo en el peor momento del discurso. Aquello era una emergencia y a grandes males, grandes remedios. En un frasco para galletas de boca ancha que había sobre la encimera de la cocina, quedaba una última galleta. ¿Cuándo las había comprado? Ya no lo recordaba. Se la devoró a toda prisa y luego corrió al refrigerador. Allí había una botella de leche que Gyula había comprado para Paca, porque a él nunca le había gustado, pero lo dicho, aquello era una emergencia. Se sirvió un vaso bajo la mirada reprobadora de la gata, que parecía comprender que aquella leche debería ser para ella. Ya volvía a atribuirle sentimientos humanos.

—Maaauuuu —le dijo.

—Oye, no seas egoísta. ¿Acaso no sabes quién te paga esta leche y te compra el pienso que te comes?

—Meeeeuuuu.

—Sí, de acuerdo, suele ser Gyula, pero es porque yo se lo pido y… ¡Joder! ¿Qué hago yo discutiendo con una gata cuando tengo al comisario mayor esperándome para colgarme de los… ¡Joder que no llego!

Salazar bajó los tres pisos lo más rápido que pudo. Gyula estaba en la puerta del bar hablando con un jovenzuelo que se le parecía mucho. Néstor los saludó mientras continuaba su camino.

—Buenos días, Gyula, Kavi. Disculpad que no me detenga, pero tengo prisa. Necesito llegar a la calle Serradero en menos de diez minutos.

—Pues lo tienes crudo, colega —opinó Kavi, riendo—. A menos que aceptes mi ayuda, claro.

—¿Tu ayuda?

—Tengo la motocicleta en la esquina. Si quieres te llevo.

—Gyula. Tu primo es un gran tío. No sé por qué te quejas de él.

—¿Se queja? —preguntó el muchacho.

—No le hagas caso, Kavi —le advirtió Gyula—. Es un liante.

—Si me llevas, te cuento por el camino.

Kavi soltó una carcajada al comprender la broma entre los dos amigos y guio a Néstor hasta la motocicleta.

Capítulo tres.

Contra todo pronóstico, Salazar llegó a tiempo a la Jefatura Superior. Veinte minutos después de hablar con Santiago se plantó frente a la secretaria del comisario mayor, cuyo nombre no conocía, ni quería conocer.

—Buenos días —la saludó desplegando la mejor de sus sonrisas. La que reservaba para situaciones extremas como aquella.

—Buenos días —respondió la mujer, apenas apartando un momento la mirada de la pantalla del ordenador para comprobar con quién hablaba, regresando luego a su ocupación, ignorándolo por completo.

—Soy el inspector Salazar. El comisario mayor me mandó a llamar.

—¡Ah, sí! Está hablando por teléfono. Por favor siéntese y espere.

¡Que esperara! ¡Después de que se había dejado la cara como «Freddy Krueger» por las prisas al afeitarse! ¡Después que tuvo que comer una galleta que ya había alcanzado la mayoría de edad y se bebió la leche de Paca, él que odiaba la leche, soportando solo unas pocas gotas en el café, además de las consecuencias que podía acarrearle de parte de su vengativa gata! De acuerdo, él había desertado sin mayores explicaciones del curso para el que Guzmán lo había recomendado dejándolo no mal, sino fatal, pero había sido por fuerza mayor, aunque claro, eso el comisario mayor todavía no lo sabía.

Salazar se pasó la siguiente hora oscilando entre el enfado por la prisa que le habían metido y la vergüenza por haberle quedado mal al comisario que lo había recomendado. La espera lo estaba poniendo nervioso, en especial porque sabía con certeza que ese era el objetivo y que cuánto más tiempo pasara antes de que lo dejaran entrar, peores serían la bronca y sus consecuencias.

Al final, al cabo de una hora y diez minutos, la secretaria atendió una llamada de su jefe y a la salida se dignó a dirigirle la palabra.

—Puede pasar, inspector.

—Muchas gracias —respondió él. Esta vez la sonrisa fue de indiferencia. La venía ensayando últimamente frente al espejo. No le salía tan mal.

—Pase adelante, inspector —le dijo el comisario, que era un hombre alto, delgado como un suspiro, con un bigote canoso y pasado de moda—. Espero que se sienta usted mejor de su reciente recaída —agregó, mirándolo con cara de «a mí no me engañas, lo sé todo». A Salazar le

pareció genial la expresión. Tendría que ensayarla hasta que le quedara igual—. ¿Y bien? Espero sus explicaciones.

Néstor se centró.

—No hubo ninguna recaída, señor.

—¡Ah! ¿No?

—No, señor. Se trató de una emergencia familiar. Secuestraron a mi sobrino. El hijo del comisario Ortiz.

La expresión de «no me pillas, lo sé todo», cambió a una de « ¿qué coño pasa aquí?» Néstor sintió un leve alivio. Si había logrado sorprender a Guzmán tenía una oportunidad, así que decidió seguir por ese camino y ser lo más sincero que pudiera. En pocas palabras le contó todo, incluyendo su parentesco recién descubierto con Santiago.

—¿Y consiguieron rescatar al niño a salvo? —preguntó Guzmán con sincero interés.

—Sí, señor. Anoche lo encontramos, detuvimos a sus secuestradores y lo llevamos al hospital, porque sus captores lo habían drogado.

—¿Él está bien?

—Por suerte, así es.

—Por suerte y por usted. Debo reconocerle algo, Salazar. Ayer, cuando fui informado de la forma en que abandonó la Escuela Militar me enfadé con usted como nunca me había ocurrido con nadie. Yo lo recomendé para ese curso y me sentí…traicionado.

—Lo comprendo, señor. Yo…

—¡No me interrumpa! Luego me dije: «Salazar es un policía excepcional, excéntrico, pero que nunca ha eludido su deber. Debe tener una buena razón para haber hecho esto». Entonces llamé al hospital, donde me dijeron que usted no había acudido a «Urgencias.» Traté de hablar con el doctor Alvarado para pedirle una explicación, pero no lo encontré. Ayer pasé todo el día tratando de localizarlo, o de que el comisario Ortiz me diera alguna pista sobre dónde se había metido, pero él juraba que no sabía nada. Ahora comprendo por qué lo estaba cubriendo.

—No fue su culpa, señor…

—¡Qué no me interrumpa, le dije! —Néstor se limitó a asentir con la cabeza, obediente—. Por supuesto que nunca me imaginé una situación como la que me está relatando. La información que tenía era que el caso del niño Rivero estaba cerrado —. Guzmán suspiró, como si le costara tomar

una decisión. Néstor sintió un sudor frío que le recorría la espalda—. Lo que usted y el comisario Ortiz hicieron fue…lo correcto.

—¿Cómo dijo, señor? —preguntó Néstor, creyendo que había escuchado mal.

—Yo también tengo hijos, inspector. Y si algo así le ocurriera a uno de ellos, le aseguro que me gustaría contar con alguien como usted para salvarlo. Y si esa persona fuera mi hermano, me sentiría mucho más confiado.

—¿Quiere decir que no me va a suspender? —preguntó Salazar, sin poder creer en su buena suerte.

—Más que eso, lo felicito, inspector. Ha demostrado usted que defender a las víctimas le importa más que ascender en su carrera. Es lo deseable en un policía. Mi conclusión es que no me equivoqué al escogerlo para esa especialización. Sin embargo, no puedo hablar por mis superiores, ni por los coordinadores del curso. Le prometo que abogaré por usted, pero aún no puedo garantizarle que saldrá bien librado de esta.

—Lo comprendo, señor. Asumiré cualquier consecuencia. Lo más importante es que Lucas está a salvo.

—Le pediré que espere afuera unos minutos más. Haré algunas llamadas para comprobar cuál es su situación real.

—Sí, señor.

Néstor regresó a la sala de espera y volvió a sentarse como un acusado que esperara su sentencia. Era positivo que Guzmán hubiera comprendido la situación, pero su destino no dependía solo del comisario mayor. Transcurrieron otros veinte minutos, que Salazar pasó contando ovejas en su cabeza. Solo tuvo problemas con una que se negaba a saltar la cerca. Cuando ya la había convencido en su imaginación, el propio comisario se asomó a la puerta.

—Inspector. Puede pasar.

Guzmán lo invitó a sentarse, lo cual le pareció buena señal.

—Debe tener usted un ángel guardián sobreentrenado y haciendo horas, Salazar.

—Eso quiere decir…

—Sus instructores alabaron su actitud durante el curso y consideran que su desempeño fue tan brillante que no es necesario que se presente a las evaluaciones. Por decirlo de alguna manera: lo han aprobado con nota. Por otro lado, las autoridades superiores al saber lo que había ocurrido quedaron

muy complacidos por la forma en que usted y el comisario Ortiz manejaron la situación, pues el niño fue rescatado antes de veinticuatro horas a salvo, sin filtraciones a la prensa que hubieran arrojado una imagen de debilidad de toda la institución, lo cual es de agradecer. Uno de ellos me comentó que hubiera sido espantoso que se diera el mensaje de que los hijos de los policías podían ser utilizados para extorsionar a sus padres. También alabaron su disposición a sacrificar su brillante carrera en aras de salvar a una víctima.

—¿Brillante carrera? —preguntó Néstor, a quien no le parecía muy brillante ser inspector jefe en una pequeña comisaría de Haro.

—Todo se andará, Salazar. Paciencia. Todo se andará. En cualquier caso, que se va usted de rositas.

—¿Entonces no me van a suspender?

—Al contrario, alguno de los jefes hasta ha sugerido que se le proponga para una condecoración.

—¿Debo regresar al curso?

—Ya no es necesario. Sus compañeros están presentando las evaluaciones, pero usted ya ha sido aprobado. En cambio, mis superiores me pidieron que le encargara una tarea.

—¿Cuál?

—Encuentre a esos secuestradores de hijos de policías y deténgalos antes de que nada de esto se filtre a la opinión pública.

Capítulo cuatro.

Cuando Néstor salió de la Jefatura Superior se sentía liviano como una pluma. Reconoció para sus adentros que todo había resultado mucho mejor de lo que esperaba. Ya se había preparado para ser cesanteado sin sueldo por una buena temporada, o definitivamente, pero al parecer el caso había despertado la empatía de sus jefes. Decidió entrar al bar más cercano para tomarse un café, pues aún sentía en la boca el sabor de la leche, lo cual le resultaba muy desagradable. Además, sus tripas, a las que había pretendido engañar con una galleta revenida, volvían a rebelarse rugiendo con furia. Mientras esperaba que se lo sirvieran acompañado de un par de magdalenas usó el móvil para llamar a Santiago y tranquilizarlo acerca de su futuro.

—Me quitas un peso de encima, Néstor. Temía que te sancionaran.

—Ya, pero eso no ha ocurrido, así que a otra cosa.

—¿Dónde estás?

—Desayunando, que no tuve oportunidad más temprano. De aquí iré a la comisaría.

—¿Estás seguro de que no necesitarás ayuda?

—Pero mira que eres pesado. Que no. Ocúpate de tu familia, que hoy te necesitan más que nunca. En especial Lucas y Carmela. Yo pondré en movimiento las averiguaciones del caso. Ahora que no tienen con qué extorsionarnos, iremos con todo.

—De acuerdo. Sé que no podría dejar la comisaría en mejores manos.

—Deja de hacerme la pelota. Te mantendré informado.

Salazar cortó la comunicación y se concentró en su desayuno. Ya con el estómago lleno y más tranquilo, las ovejas abandonaron su imaginación y comenzó a pensar en el caso. Estaba claro que tanto Bastos, como Calcaño habían sido peones en ese tablero. Bastos estaba muerto, así que sería mejor que protegieran bien a Calcaño si no querían que corriera la misma suerte.

Cuando llegó a la comisaría Lali lo recibió con un entusiasmo que encendió sus alarmas.

—¡Inspector jefe! ¡Qué alegría verlo!

—¿En serio? —preguntó Salazar mirando a los lados y a su espalda, por si había algún otro inspector jefe a su lado a quien Eulalia se estuviera dirigiendo.

—Desde luego. Estuve muy preocupada por usted cuando resultó herido aquí mismo, en la puerta. Y luego desapareció en esa misteriosa

asignación…Espero que todo haya ido bien con eso, que no haya sido alguna sanción, o algo así.

—Sin sanciones, Eulalia. Todo está bien, gracias.

—El comisario acaba de llamar. Me dijo que lo sustituirá usted por el día de hoy. Se han hecho ustedes muy buenos amigos. ¿Verdad?

—Como hermanos.

—¡Vaya, quien lo diría! Con lo diferentes que son.

—Sí, eh. Si me permites, Eulalia, tengo que seguir. Hay mucho trabajo por hacer.

—Por supuesto, inspector jefe. Estoy a su disposición para lo que haga falta.

—Eh, sí, gracias.

Salazar se alejó corriendo escaleras arriba. Prefería a Eulalia echándole miradas reprobatorias e ignorándolo, que en esta actitud afable, pero inquisidora. Tuvo la sospecha de que si permanecía cinco minutos más con ella, averiguaría hasta cuándo fue la primera vez que… Bueno, en fin. Que se enteraría de asuntos demasiado personales.

Cuando Néstor llegó a la sala común se llevó otra sorpresa desagradable. En el escritorio del fondo se encontraba Manuel, con un apósito en la cabeza. Después de las expresiones de bienvenida con las que lo recibieron, él se dirigió al joven subinspector con mucho tacto.

—¿Y a ti qué coño te ha pasado?

—Lo siento, jefe. El camello ese al que me mandaste detener anoche se me escapó.

—¡¿Se te escapó?! ¿No te llevaste dos agentes para que te apoyaran como te ordené?

—Sí, pero en cuanto me acerqué, el tío me arreó con una botella. Aunque lo teníamos encañonado se defendió. No me lo esperaba.

—¿Fue mucho el daño? —preguntó Salazar, señalando la herida.

—Seis puntos, pero sin consecuencias.

—Solo que le dejaron un bonito peinado —dijo Pedrera con una sonrisa burlona—. Eso pasa por enviar a los niños a hacer el trabajo de los hombres, Salazar. La culpa es tuya.

—Sí, claro. De esto y del calentamiento global. No te jode. De acuerdo, Manuel. No te preocupes. A todos se nos ha ido alguna liebre de vez en cuando. Será mejor que te vayas a casa y te tomes el día para descansar.

—¿Estás seguro, Salazar? Quiero decir, nos dijo Lali que el comisario no viene hoy, así que habrá un hombre menos.

—Nos arreglaremos, Manuel. No te preocupes. Te prefiero mañana sano y fresco a que pases el día de hoy mareándote por los rincones. Vete a casa.

—De acuerdo, gracias.

El joven policía apagó su ordenador, recogió su chaqueta y salió. Salazar puso el gabán que traía en la mano sobre la silla. Durante el verano era más difícil mantener la imagen del personaje que usaba para su trabajo de policía despistado y descuidado. El gabán solía estorbarle bastante durante esa época del año, pero no podía negar que siempre le resultaba útil.

—Hoy te lo has tomado con calma, ¿no es así, Salazar? —lo chinchó Pedrera—. Como se ve que sabías que no viene el comisario. ¿Has visto la hora?

—Para tu información, estuve en la Jefatura Superior, respondiendo a una llamada del comisario Guzmán.

—¿Todo bien, Néstor? —quiso saber Sofía.

—Perfectamente. Ahora, menos cháchara y vamos a trabajar.

—Arriba en las celdas tenemos a la secuestradora —le anunció Pedrera, aunque eso todos lo sabían.

—¿Hay algún otro caso importante, además de los secuestros?

—¿Los secuestros? —preguntó Diji.

—Vamos a reabrir el caso Rivero y lo trabajaremos junto con el secuestro del hijo del comisario. Los autores intelectuales son los mismos.

—Está la muerte del portero de los juzgados.

—Parte del mismo caso —afirmó Néstor—. Lo mataron para que no delatara a sus cómplices.

—Tenemos también el robo a la joyería —intervino Pedrera.

—Ponme al día.

En pocas palabras, Miguel le explicó al inspector jefe todo lo relacionado con ese caso.

—¿Quiénes lo están llevando?

—Manuel y yo —respondió Miguel.

—¿Puedes hacerte cargo tú solo por el día de hoy?

—Por supuesto.

—Excelente. Entonces los demás nos ocuparemos de las ramificaciones de los secuestros.

—¿Por dónde empezamos?

—Diji, habla con los forenses. Veamos qué revelan los resultados de toxicología en la muerte del niño Rivero y del portero. Remigio, ocúpate de la escena del crimen en la cabaña donde estuvo retenido Lucas.

—¿Quién?

—Lucas, el hijo del comisario que fue secuestrado.

—Ah, claro, el gemelito. Descuida. Me ocuparé.

—Sofía, tú y yo vamos a subir. Quiero saber qué tiene que decir nuestra falsa maestra sobre todo lo que ha ocurrido.

Capítulo cinco.

Salazar se puso el gabán y revolvió su cabello antes de entrar a la sala de interrogatorios donde ya los agentes habían llevado a la sospechosa. Se ajustó los lentes. Le parecía sorprendente lo bien que veía con ellos. Y pensar que siempre los había usado sin aumento como parte de su personaje. De haberlo sabido…

—¿Ya llegó la abogada de la detenida? —preguntó Néstor.

—Sí, señor. Hace diez minutos.

—¿Conocida?

—Sí, señor —le confirmó el agente de guardia, revisando una carpeta—. Se trata de la licenciada Ernestina Trueba.

—¿En serio? Pero si la licenciada Trueba cobra un ojo de la cara. ¿Cómo es que nuestra falsa maestra puede pagarlo?

—Al parecer, la licenciada está trabajando ad honorem, porque considera que en este caso hay abuso de parte de la Policía, o sea de nosotros, hacia la señorita Maldonado por ser mujer.

—Esto va a ser interesante —afirmó Néstor—. Antes de que entremos ahí debo prevenirte —le dijo a Sofía—. Trueba es una acérrima feminista que me considera el peor representante del género masculino. Hemos tenido algún que otro duelo verbal.

—¿Duelo verbal?

—Por decir lo menos. Nunca hemos llegado a las manos, eso sí.

—Pues me quitas un peso de encima.

—Lo que quiero ver es como enfoca la defensa de una secuestradora de niños para hacerlo parecer un caso de discriminación por género.

—No será capaz.

—Espera y verás.

—Espera. ¿Estás bien, Néstor? —le preguntó la subinspectora sosteniendo su brazo antes de que él abriera la puerta—. Quiero decir, esta mujer secuestró y puso en peligro a tu sobrino. ¿No estás demasiado involucrado?

—Los jefes no parecen pensar como tú, pues me han encargado el caso, pese a que les he contado todo.

—Ellos pueden saber que es tu sobrino, pero supongo que también les habrás dicho que tienes conocimiento de su existencia desde hace muy poco

tiempo —Salazar asintió. Tenía que reconocer que era así—. Tal vez no son conscientes de cuánto quieres a ese niño y a su hermano.

—Estaré bien, Sofía. Te prometo que mi trato hacia esa hija de puta será de lo más profesional.

Sofía dio un respingo. Las contradicciones de Néstor casi siempre la tomaban por sorpresa. Sin embargo decidió confiar en él. Si había mantenido la sangre fría en los momentos más críticos, ¿por qué no iba a ser capaz de controlarse a sí mismo ahora que lo peor había pasado?

Entraron. Corina estaba esposada y mantenía una conversación en voz baja con su abogada. Cuando ellos irrumpieron en la habitación, ambas los miraron con desprecio mal disimulado.

—Vaya. Debí imaginar que usted estaba detrás de este abuso de autoridad, inspector Salazar.

—Yo también me alegro de verla, Ernestina.

La abogada gruñó con incomodidad. Pocas personas sabían cuál era su nombre de pila y lamentablemente, Salazar era una de ellas.

—Bien. Señorita Ana Corina Ruiz Maldonado. Debo advertirle que todo lo que se hable aquí será grabado y puede constituirse en prueba para un juicio. ¿Está conforme?

—¿Qué pasa si me niego a ser interrogada?

—Está en su derecho, pero en ese caso tenemos suficientes pruebas para imputarla por el delito de secuestro. La enviaríamos a prisión preventiva y se celebraría un juicio, con el agravante de haberse negado a colaborar con nosotros, por lo cual podría agregarse el cargo de obstrucción a la justicia.

—Pruebas circunstanciales —apuntó Trueba—. Esta vez ha cometido usted un grave error, inspector. Ordenó un allanamiento en la vivienda de mi defendida sin disponer de la orden de un juez.

—Le recuerdo que una de las excepciones en las cuales no es necesaria la orden es la presunción de privación de libertad de una víctima, lo cual en este caso quedó más que demostrado. En esa vivienda encontramos a un niño de seis años que había sido secuestrado veinticuatro horas antes. Además, el chiquillo había sido drogado, poniendo en peligro su integridad física. No creo que exista ningún juez que nos reproche no haber esperado por una orden, dadas las circunstancias.

—Eso está por verse, inspector. Denunciaré su conducta en este caso. No pararé hasta verlo echado de la Policía como un perro sarnoso.

La abogada parecía muy segura de sí misma y satisfecha por haber cogido a Salazar en un renuncio. Sofía se removió, incómoda. El inspector puso los ojos en blanco, como si su paciencia hubiera sido puesta a prueba por una necia. Eso enfureció mucho más a la licenciada.

—A ver. La señorita Ana Ruiz aquí presente… —comenzó a decir Salazar.

—Corina. Mi nombre es Corina Maldonado.

—Según su D.N.I. es Ana Corina Ruiz Maldonado. Así que su verdadero nombre es Ana Corina Ruiz, pero si prefiere que la llame por su segundo nombre no tengo problema en hacerlo. El caso es que fue hallada in fraganti manteniendo la custodia de la víctima de un secuestro, como ya señalé con anterioridad.

—Mi cliente fue engañada. Creía que cuidaba al sobrino de su novio. Nunca hubiera intervenido de haber sospechado que se trataba de un secuestro. Es maestra. ¿Cuántas maestras conoce usted que se dedican a secuestrar niños?

—¿Eso le dijo? —preguntó Sofía, que ya no soportaba la altanería de la licenciada—. ¿Y usted le creyó?

—Tenemos aquí un documento que lo prueba —dijo Trueba con gesto triunfal, mientras sacaba un papel del portafolio y se lo ponía a Salazar en las narices—. Se trata de una carta de referencia de la guardería donde trabajó la señorita Maldonado. Unas excelentes referencias para más señas.

—Déjeme verlas —le pidió Néstor. Al cabo de unos segundos levantó la mirada—. Esto tiene fecha de hace una semana.

—¿Y qué?

—Fue antes que pudiéramos hablar con la señora Vidal y le informáramos de quién era en realidad su «ejemplar maestra.»

—¿Entonces admite que difamó a mi cliente con su antigua jefe, Salazar? Cada vez me da más argumentos para conseguir que lo sancionen.

Salazar suspiró. Por lo general se lo tomaba con mejor humor, pero Sofía tenía razón. No era fácil mantener la ecuanimidad cuando la víctima era tan cercana. Sin embargo, hizo un esfuerzo por actuar con profesionalismo.

—¿Hizo usted alguna averiguación personal para confirmar los datos que le ha suministrado su cliente, Ernestina, o se ha fiado de su palabra?

Trueba enmudeció y se envaró, al comprender que lo que venía tras esa pregunta no sería moco de pavo.

—Comprendo. En primer lugar, la dama aquí presente no es Corina Maldonado, sino Ana Ruiz —volvió a afirmar, esta vez colocando sobre la mesa una fotocopia del D.N.I. de la acusada—. Por otro lado, nadie con ninguno de los dos nombres, ni apellidos, o sus diferentes combinaciones ha recibido licenciatura alguna como educadora a cualquier nivel, en ninguna universidad de España.

—Estudié en Londres —afirmó Corina con premura.

— «Really? In which university did you study?» —preguntó Néstor.

Corina lo miró sin comprender una palabra.

—¿En qué idioma recibió sus clases, Corina? Porque está claro que en inglés no fue.

—Está bien —reconoció la sospechosa al verse acorralada—. Exageré un poco en mi currículo. ¿Y qué? Todos lo hacen.

—Eso que usted hizo no fue exagerar un poco en el currículo —le aclaró Sofía—. Usted mintió al afirmar que poseía una licenciatura de la cual carece y ejerció bajo una premisa falsa. A eso se le llama intrusismo y está penado por la ley.

Corina volteó a mirar a su abogada en busca de apoyo y vio que la licenciada Trueba se quedó mirando a Salazar con ira, pero sin decir palabra.

—Por otro lado —continuó Néstor—, usted pidió permiso para atender a su madre enferma, pero según los registros, su madre murió hace doce años. Tiene usted antecedentes por prostitución y distribución de drogas. Y sí, sí se trata de usted y no de otra persona porque tenemos sus huellas en el archivo y coinciden con las que le fueron tomadas anoche cuando la detuvimos.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Ernestina a su cliente, mientras se le iba enrojeciendo la cara.

—Tuve algún desliz en mi juventud. ¿Quién no? Pero eso no quiere decir que…

—Mantuvo usted una relación con el señor Pedro Calcaño, quien también tiene antecedentes por tráfico de estupefacientes —dijo Salazar, implacable—. El señor Calcaño fue identificado por una testigo, la señorita Amarilis López, «la canguro» de los hijos del comisario Ortiz, como el hombre que la sometió y la encerró para secuestrar al niño…

—¡Miente! —gritó Corina con expresión triunfal—. ¡No pudo saber quién era porque tenía la cara cubierta por un pasamontañas!

—Es correcto —confirmó Néstor—. La señorita López no vio el rostro de ninguno de los secuestradores, lo identificó por un tatuaje, pero me gustaría que me explicara cómo supo usted que los asaltantes de aquella noche usaban pasamontañas.

—Yo… Usted lo dijo.

—No. Yo no he dicho eso en ningún momento.

Trueba tomó aire por la nariz y contuvo la respiración. El color de sus orejas semejaba al de los pimientos morrones.

—Todo eso es circunstancial, Salazar —intervino por fin la abogada—. Y usted lo sabe. En todo caso, implica a ese hombre, Calcaño, si en verdad la identificación es positiva y definitiva, pero que mi cliente sostuviera una relación con él no la compromete, al menos ante la ley.

—Es cierto —reconoció Néstor con parsimonia—, pero lo que sí la compromete ante la ley es que la casa donde fue encontrado el niño secuestrado, sometido por efecto de los sedantes, fue alquilada a nombre de la señorita Ana Ruiz. Alquiler que fue pagado en efectivo y por adelantado el mismo día en que ocurrió el secuestro. Y esto, licenciada Trueba, no es circunstancial.

—¿Es eso cierto? —le preguntó la abogada a su cliente.

—Bueno, sí, pero yo no sabía nada —dijo Corina sollozando—. Pedro me pidió que alquilara la casa y luego me llevó al niño. Me dijo que era su sobrino y que necesitaba que lo cuidara por un par de días. ¿Cómo iba a saber yo que era mentira?

—¿Que el niño estuviera drogado no la hizo sospechar? —preguntó Sofía, sin poder disimular el enfado.

—Yo… Creí que solo estaba dormido.

—Claro, el frasco ampolla de fenobarbital que encontramos en la casa no tuvo nada que ver.

—Él lo llevó. Yo no sabía lo que era. Por favor, dígaselo. Me detuvieron porque soy mujer y era más fácil para ellos atraparme y acusarme a mí. —protestó la sospechosa dirigiéndose a su abogada—. Le juro que yo no tuve nada que ver.

—Lo siento, cariño. Lo único que les exijo a mis clientes es que me cuenten toda la verdad. Y tú me has dicho una mentira tras otra —le espetó la licenciada, mientras recogía su portafolio y se ponía de pie—. Búscate un abogado de oficio —luego se giró hacia el inspector—. Ha vuelto a ganar, Salazar, pero nos seguiremos viendo.

La abogada salió de la sala de interrogatorios dando un portazo.

—Muy bien, Corina. Esperaremos a que te envíen un abogado de oficio desde los juzgados. Luego reiniciaremos el interrogatorio. Será mejor que te prepares para contarnos todo lo que sabes acerca de Calcaño y los que lo contrataron. Es tu única oportunidad de no salir de la cárcel siendo una anciana.

Néstor y Sofía salieron de la sala de interrogatorios y bajaron al segundo piso, donde se encontraron a Lali.

—Inspector jefe. Lo estaba esperando —dijo la secretaria en cuanto los vio—. Nos avisaron de un cuerpo que encontraron en un descampado. El inspector Toro se dirigió hacia allí y llamó para decir que debe usted reunirse con él lo antes posible.

Capítulo seis.

Néstor y Sofía llegaron a la dirección que les indicó Lali, después de un buen rato circulando por la 212. Hubieran pasado de largo de no ser porque vieron una agrupación de vehículos oficiales al borde de la carretera. Detuvieron el «Corsa» blanco de la comisaría y se apearon. Más que un descampado se trataba de un viñedo con las vides en plena floración. Un espectáculo precioso.

—Buenos días a todos —saludó el inspector.

—¡Salazar! ¡Dichosos los ojos…! —le respondió Javier Molina, el forense, mientras levantaba la vista del cadáver—. ¿Cuándo regresaste al tajo?

—Hoy mismo.

—Se le echó de menos, inspector —reconoció el juez Aristigueta, que permanecía junto al cuerpo.

—Gracias, señoría. ¿Qué tenemos aquí?

—Iba a hacerme cargo yo solo, porque sé que estás metido en harina con el caso de los secuestros —le dijo Remigio—, pero cuando llegué aquí y vi de quien se trataba decidí llamarte.

—¿Quién es? —preguntó Salazar, un poco preocupado por las palabras de Toro.

Néstor se acercó y reconoció a Calcaño. Entonces comprendió por qué su subalterno lo había hecho acudir a la escena del crimen.

—Reconozco que yo no le había visto la cara —aclaró Remigio—, por eso tardé un poco en llamarte. Creí que se trataba de un homicidio al margen de la investigación, pero cuando el doctor aquí presente me entregó el D.N.I., las piezas comenzaron a encajar.

—Lo asesinaron para que no hablara —concluyó el inspector jefe.

—Es lo mismo que pensé yo —admitió Toro.

—¿Podrían ponerme ustedes al día, inspectores? —les pidió Aristigueta, que no se había enterado de nada.

Néstor le hizo un resumen al juez de todo el caso, comenzando por el secuestro del niño Rivero.

—Pues sí que es complejo, sí —admitió el jurista—. Y este sujeto es el que secuestró al hijo del comisario Ortiz.

—El brazo ejecutor —reconoció Salazar—, pero estoy seguro de que hay un autor intelectual que es quien está detrás de ambos secuestros y

también de los homicidios de Bastos y de Calcaño.

—Supongo que reabrirás el caso del secuestro Rivero. ¿No es así? —quiso saber el forense.

—Desde luego. Ya no tienen forma de extorsionarnos, aunque es conveniente que todos los relacionados con la investigación seamos precavidos. Esta gente ha demostrado carecer de escrúpulos y no teme atentar contra las autoridades —sentenció Néstor. Luego se volvió hacia Aristigueta—. ¿Podría pedirle algo, señor juez?

—Usted dirá inspector.

—El secuestro del niño Rivero, el homicidio de Bastos, el secuestro del hijo del comisario y este asesinato son parte de un mismo caso. ¿Sería posible que usted actuara como juez en todos ellos? ¿Qué unificáramos criterios?

—¿Alguna razón en particular?

—Facilitará las cosas a la hora de llevar adelante el caso —argumentó Salazar.

—Parece razonable, pero no es un motivo jurídico válido. ¿Quién lleva los otros casos?

—El secuestro del niño Rivero y el asesinato de Bastos están en manos del juez Velasco. Con respecto al secuestro del hijo del comisario, aún no ha pasado a tribunales.

—Estoy de guardia hasta esta tarde, así que si me hace llegar los informes durante el día, el caso del niño Ortiz me será asignado. Este ya lo ha sido. Con respecto al primer secuestro, hablaré con el juez Velasco para ver si acepta inhibirse con la finalidad de facilitar el trabajo de la Policía, dado lo complicada de la situación, pero no le puedo hacer promesas, inspector. Dependerá de la decisión de Mauricio y del momento en que lo haga. Ya sabe que ningún juez decide los casos de los cuales se encarga.

—De acuerdo, señor. Gracias. ¿Puedes adelantarme algo sobre Calcaño, Javier?

—Que está muerto.

—Muy gracioso. ¿Has podido establecer la hora?

—Lo determinaré con más precisión cuando pueda tomarle la temperatura en la morgue, pero puedo adelantarte que deben ser unas diez horas.

—Es decir, hacia la media noche de ayer.

—Más o menos —confirmó el forense.

—¿Causa de la muerte?

—Disparo en el tórax. Directo al corazón y a muy corta distancia. No fue a quemarropa porque no hay tatuaje, pero diría que le dispararon a menos de un metro de distancia. Todavía no te puedo decir el calibre, porque no hemos encontrado ni la bala, ni casquillos.

—¿Murió aquí?

—Definitivamente. El cuerpo no fue movido después de la muerte.

—Todo concuerda.

—¿Podría ser más específico, inspector? —le pidió el juez.

—Anoche, después de rescatar al niño, ordené a uno de mis hombres que detuviera a Calcaño, a quien veníamos vigilando discretamente. Cuando el subinspector Rodríguez se dispuso a cumplir la orden, el sospechoso lo atacó y escapó. Creo que fue a buscar apoyo con el sujeto que lo había contratado, quien lo condujo hasta aquí y lo asesinó para que no lo delatara.

—Y este sujeto sería el mismo que ordenó el secuestro del hijo del comisario.

—Desde luego, así como el que asesinó a Bastos cuando mis compañeros se le acercaron, convirtiéndolo en el único chivo expiatorio.

—Y estaría detrás del secuestro y muerte del niño Rivero.

—Sería el autor intelectual de ese secuestro y homicidio.

—¿Homicidio? —preguntó Sofía, sorprendida—. ¿No habíamos llegado a la conclusión de que la muerte del niño Rivero había sido un accidente? Que se les murió.

—Se les murió, pero a la vista de todo lo que ha ocurrido a posteriori, estoy seguro de que si no se les hubiera muerto, lo habrían matado.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó Remigio.

—Porque este sujeto, el autor intelectual, se toma demasiadas molestias en hacer desaparecer a cualquier persona que pueda identificarlo. Y el niño Rivero Esparza podía hacerlo.

—Entonces estamos hablando de alguien con mucha sangre fría.

—Estamos hablando de un sociópata —concluyó Néstor.

La palabra cayó en medio de la improvisada reunión como un jarro de agua fría. Salazar se quedó mirando fijamente al cadáver, antes de acercarse y agacharse junto a una de sus manos. No podía creer lo bien que veía con esos anteojos. Examinó los dedos de Calcaño con cuidado.

—Se mordía las uñas —dijo de repente.

—Sí. En algunas hasta la raíz. ¿Ves? Aquí se laceró la piel hasta sangrar —explicó el forense, corroborando la observación del inspector—. ¿Por qué? ¿Qué importancia tiene?

—Morderse las uñas es un hábito muy desagradable, pero nos puede aportar dos cosas.

—¿Qué?

—Saliva y sangre —respondió Salazar—. Y ambas son excelentes fuentes de ADN.

—¿No comprendo a dónde quieres llegar? —reconoció Molina.

—Pensadlo bien. El sujeto trae a Calcaño hasta aquí en su coche. Y debió usar un vehículo porque este lugar está demasiado apartado como para llegar andando.

—Pudieron venir en una motocicleta.

—No lo creo —discrepó el inspector—. Mira su cabello, perfectamente peinado. De haberlo traído en motocicleta, bien el casco, bien el viento, lo hubieran despeinado. No creo que el asesino se tomara la molestia de arreglarle el cabello después de matarlo. Llegaron hasta aquí en coche. Estoy seguro.

—¿Y qué diferencia puede hacer que se hayan transportado hasta aquí en un automóvil? —preguntó el juez, intrigado por el razonamiento del inspector y sin saber dónde quería llegar.

—Es solo un detalle. Calcaño sube al coche del sujeto que lo contrató. Está nervioso, así que se muerde las uñas, dejando sus propios dedos llenos de saliva, e incluso de sangre. Luego llegan aquí. Es probable que el otro lo convenciera de apearse. Tal vez con la excusa de conducirlo a un escondite. Calcaño abre la puerta del coche y…

—…deja marcas de saliva y por lo tanto de ADN en la puerta del vehículo del asesino —completó Sofía, al comprender por dónde iba el razonamiento de su jefe.

—¡Exacto! Ahora tenemos que dar con el sospechoso adecuado y hacer un peritaje de su coche.

Capítulo siete.

De vuelta en la comisaría encontraron a Pedrera ocupado en el asunto de la joyería, Remigio se había dirigido directamente a la cabaña donde habían rescatado a Lucas y Diji había regresado de recoger los informes forenses. A Salazar le complacía la eficiencia y dedicación de sus compañeros. Había que reconocer que hasta Miguel daba el callo. Después de hablarles del reciente hallazgo del cadáver de Calcaño, Néstor le preguntó a Pedrera qué más se sabía del robo.

—Nos hemos concentrado en los empleados y ex empleados que tenían conocimiento acerca de la debilidad de la pared del lado norte. No son muchos. Al parecer, el dueño, el señor Ferro, es bastante discreto al respecto. De su personal, el único que tuvo conocimiento de la fragilidad de la bóveda fue un empleado que trabajó en la joyería desde que esta pertenecía a su padre hasta hace un año.

—¿Has interrogado a ese ex empleado? ¿Por qué ya no trabaja con Ferro? —quiso saber Néstor.

—Una pregunta a la vez, Salazar —le reclamó Pedrera, consciente de que el inspector jefe quería despachar ese asunto lo antes posible para dedicarse a los secuestros—. El ex empleado en cuestión es el señor Eutropio Tos —Néstor enarcó las cejas—. Aunque no lo creas, ese es su nombre. Dejó la joyería porque alcanzó la edad de jubilación y sabe acerca de la vulnerabilidad de la bóveda porque estuvo allí cuando se construyó y fue testigo de todos los problemas que se sucedieron con el vecino ausente.

—¿Tenemos una dirección del señor Tos?

—Sí, la tenemos, pero vive en Málaga con su hija y sus nietos. Si quieres me desplazo hasta allí para interrogarlo. Aunque podría llevarme un par de días.

—No cuela, Pedrera. Digamos que no creo que el señor Tos encaje en el perfil de sospechoso. ¿Has pensado en alguien más? ¿Alguien que viva en Haro?

—Que viva en Haro y sepa acerca de la fragilidad de la pared, el propio dueño de la joyería y su hijo. Gervasio y Roque Ferro, respectivamente.

—¿Un autorrobo?

—¿Por qué no?

—Para cobrar el seguro, supongo.

—Sería una forma drástica de subir las ventas en medio de la crisis.

—O de perderlo todo —opinó Néstor—. El robo dejó al descubierto una falla en la seguridad. Si Ferro no lo informó al seguro en el momento de suscribir la póliza, la compañía estaría en todo su derecho de no pagar.

—Es un buen punto —reconoció Miguel—. Haré las averiguaciones pertinentes en la aseguradora.

—Perfecto. ¿Qué me dices tú, Diji? ¿Hay algo interesante en los resultados toxicológicos de Rivero y Bastos?

—No sé qué decirle, señor —reconoció el subinspector—. El niño Rivero estaba limpio. No había rastros de ningún psicotrópico en la sangre. En cambio Bastos tenía rastros de sangre en el torrente de sustancias tóxicas. Comenzando por 500 miligramos de alcohol por decilitro de sangre, una dosis que por sí misma sería mortal en cualquier persona, pero además encontraron fenciclidina, o polvo de Ángel y metanfetamina, o éxtasis.

—Joder. Se aseguraron bien de que no volviera a despertar. ¿Hay señales de lucha en el cuerpo? ¿Se resistió?

—No, señor.

—Bastos era un adicto —intervino Sofía—. Debía saber que esas sustancias juntas y a esas dosis serían mortales. ¿Por qué no se resistió?

—Es probable que nuestro sujeto lo amenazara. Es evidente que está armado, o al menos lo estaba hasta ahora. Pudo forzar al portero a emborracharse convenciéndolo, o a punta de pistola y luego forzarlo a tomar las drogas. Las habilidades de Bastos para defenderse, e incluso para razonar, estarían muy disminuidas con esos niveles de alcohol en la sangre. Lo que eriza la piel es la frialdad del asesino.

—Para ser alguien tan despiadado, se comportó con mucha mesura con el niño Rivero si lo pensáis bien —opinó Pedrera.

—¿Te refieres a la forma piadosa en que lo mató? —preguntó Sofía con ironía.

—No, me refiero a que el chico Rivero no fue atado, ni drogado. Lo encerraron en el maletero del coche. Incluso al hijo del comisario que solo tiene seis años, lo drogaron. Rivero tenía catorce años, casi un adolescente. ¿Cómo lo dominaron?

—Eso refuerza la conclusión de que el niño no solo conocía a sus secuestradores y confiaba en ellos, sino que posiblemente colaboró en su propio secuestro.

—Pero ¿por qué?

—Porque alguno de ellos lo convenció, por supuesto —opinó Néstor—. Tenemos que investigar el entorno del chico. Saber con quienes contemporizaba, a quién admiraba.

—Desde ya te puedo dar al menos un nombre —le informó Sofía—. Cuando el comisario y yo visitamos a la familia Rivero, el hijo mayor reconoció que su hermano sentía veneración por él.

—Eso es interesante —reconoció Salazar—. ¿En qué ambiente se mueve ese joven?

—Felipe Rivero era mayor que Ismael. Tengo entendido que estudia leyes.

—¿Leyes? ¿Y es pasante en los juzgados?

—Eso supongo. No tuvimos tiempo de investigar a fondo a Felipe, pues cuando apenas comenzábamos a considerar quienes podrían ser los sospechosos encontramos muerto a Bastos y se forzó el cierre del caso. Sin embargo, por el año que cursa, ya debería ser pasante.

—Así que conocía a Bastos.

—Es muy probable —admitió Sofía.

El móvil de Salazar interrumpió la reunión. No era un número conocido, lo cual le dio muy mala espina.

—Aquí Salazar. ¿Quién habla?

—Inspector, soy Yolanda Olmos.

—¡Yolanda! ¿Cómo está usted? —la saludó Néstor. La enfermera había cambiado su actitud hacia él después de que se enteró del motivo por el que había interrogado a Amarilis.

—Disculpe que lo llame, inspector. Sé que es usted un hombre muy ocupado, pero es que no sé adónde debo acudir y pensé que podría orientarme al respecto. Quiero hacer lo correcto.

—Desde luego, señora Olmos. Sí, estoy ocupado —admitió Salazar—, pero no tanto como para no hablar con usted unos momentos. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, es que anoche estuve de guardia y tuvimos un ingreso muy extraño.

—¿Por qué extraño?

—Se trata de un joven. Llegó muy golpeado y con fracturas en ambas piernas. Nos dijo que había tenido un accidente con la motocicleta, pero… Para ser sincera, ejerzo la enfermería desde hace muchos años y esas heridas no me parecen lógicas en un accidente de ese tipo. Además…

—¿Sí? —preguntó Néstor, mientras consideraba a quién enviaría a investigar el accidente de la puntillosa enfermera, que lo más probable era que se tratara de lo que afirmaba la víctima y él ya tenía dos bajas ese día: Manuel y Santiago.

—Es que como usted estuvo hablando con Amarilis de un secuestro y este chico es el hermano del pobre niño que murió después de que lo secuestraran. No sé, pensé que podía estar interesado.

Las palabras de Yolanda causaron un subidón de adrenalina en Salazar.

—Yolanda. ¿Recuerda el nombre de ese joven?

—Sí claro, lo anoté… Es Felipe Rivero Esparza.

—Muchísimas gracias, Yolanda. Espéreme, voy para allá.

El inspector jefe colgó. Los rostros de todos en la sala expresaban curiosidad.

—Felipe Rivero acaba de sufrir un accidente de motocicleta, que según la experimentada enfermera que lo atendió, no lo parece. Así que trae el expediente para estudiarlo por el camino, Sofía. Nos vamos al hospital a hablar con el hermano de Ismael.

Capítulo ocho.

Llegaron al hospital en tiempo record. La señora Olmos los esperaba en la puerta con ropa de calle. Al parecer ya había terminado su guardia.

—Buen día, inspector. ¿Hice bien en llamarlo?

—Hizo usted muy bien, Yolanda. Y se lo agradezco. Dígame, ¿qué fue lo que le pasó al joven Rivero?

—Llegó anoche en ambulancia. Lo encontraron junto a la calzada unos chicos que iban de marcha. Entonces llamaron al 112. Ingresó inconsciente, con múltiples golpes en la cabeza y el cuerpo. Además, tiene las piernas rotas. Cuando recobró la conciencia y le preguntamos qué le había ocurrido, nos dijo que circulaba en una motocicleta y que un coche lo embistió.

—¿Qué le hace pensar que miente?

La señora Olmos suspiró, como si Néstor fuera un alumno lento al que había que explicárselo todo.

—Sus heridas. Tiene golpes en la cara y la cabeza, además del cuerpo y como le dije por teléfono, ambas piernas se le fracturaron a la misma altura, por aquí —dijo señalando sus propias piernas un poco por encima de las rodillas.

—¿Y esas lesiones no serían creíbles en un accidente de motocicleta? —insistió Sofía, intentando que la buena mujer fuera al grano.

—Un accidente de ese tipo puede causar un traumatismo en el cráneo por supuesto, que será más o menos grave dependiendo de si el motorista usa o no el casco apropiado, pero sería un solo golpe. El joven que ingresó anoche recibió varios golpes, tanto en la cabeza, como en la cara y el cuerpo.

—¿No pudo chocar con varios objetos a la vez?

—Aun así, habría un patrón. Me refiero a que el golpe sería en un solo lado del cuerpo, o en la cabeza, o en la cara, dondequiera que ocurriera el contacto con el objeto contra el cual se golpeara. Además, la fractura de las piernas también es extraña.

—¿Por qué? —quiso saber Néstor.

—Porque se fracturaron ambas a la misma altura: sobre las rodillas. La fractura más común en el fémur suele darse en la cadera, porque la estructura del hueso lo hace más frágil en ese lugar. La que sufrió Rivero es un tipo de fractura poco común, que para ser viable en un accidente como el que describe el joven, tendrían que haberle pasado un auto por encima de

las piernas, lo cual dejaría algunas señales sobre la piel y la ropa que no estaban presentes en este caso, además que sería muy difícil que algo así ocurriera por accidente. Quiero que me entiendan: No es que el fémur no pueda fracturarse donde lo hizo el del señor Rivero, sino que no es común, a menos…

—A menos que el golpe sea directo y con toda la intención. Como con un bate, por ejemplo —sugirió Salazar, que ya comprendía por dónde iban los razonamientos de la enfermera.

—No quería decirlo con esas palabras, pero sí, esa es la idea. Hay algo más. No tiene ninguna quemadura en la piel.

—¿Debería tenerla? —preguntó Sofía.

—En un accidente de ese tipo, el motorista es lanzado contra el pavimento y aterriza con su cuerpo sin nada que amortigüe el golpe. Estos siniestros suelen ocurrir en movimiento y a cierta velocidad, por lo que el accidentado rueda sobre el pavimento. La ropa no suele ser suficiente protección para impedir que el roce cause quemaduras.

—Y deduzco que Felipe Rivero no las tiene —dijo el inspector.

—En ninguna parte de su cuerpo.

—Dígame Yolanda. ¿Las heridas del señor Rivero podrían ser explicadas por una paliza?

—Yo diría que sería más creíble.

—Eso pensé. Muchas gracias, Yolanda —le dijo Salazar, estrechándole la mano—. Ha sido de mucha ayuda. Sería usted una gran forense.

La señora Olmos se marchó muy satisfecha por el halago del inspector. No era tan mal sujeto ese Salazar si lo pensaba bien, aunque cuando había sido su paciente le resultó insufrible, pero como policía era otra cosa.

Néstor y Sofía esperaron a que su informante se marchara para comentar sus conclusiones.

—¿Opinas lo mismo que yo? —le preguntó la subinspectora.

—Intervino en el secuestro de su propio hermano —sugirió Néstor—, no pudo pagar a su acreedor con el dinero del rescate porque los billetes estaban marcados, así que le dieron una paliza.

—¿Drogas o juego?

—Juego. De haber sido drogas lo habríamos encontrado muerto. Pero en el caso del juego, su acreedor todavía tiene esperanzas de cobrar. La paliza es solo un incentivo.

—Lo lamento por los señores Rivero —reconoció Sofía con un suspiro —. Primero pierden a su hijo pequeño y ahora esto. Son buenas personas. No merecen lo que les está ocurriendo.

—Por lo general, ninguna víctima de un delito merece serlo —filosofó Salazar, mientras pensaba en sus propias experiencias de la infancia.

Entraron y después de preguntar por Felipe Rivero les informaron acerca del número de la habitación. Allí encontraron a los atribulados padres, pero ni rastro del joven.

—Subinspectora, ¿qué hace aquí? —le preguntó Jorge Rivero en cuanto vio a Sofía—. ¿Está investigando algún caso en el hospital?

—Señor Rivero, permítame presentarle a mi jefe, el inspector Néstor Salazar.

—Creí que su jefe era el otro. El comisario grandote, con cara de pocos amigos.

—Ese es jefe de los dos —le aclaró Néstor—. Hoy está de permiso, pero mañana volverá a meternos en vereda.

—Nos enteramos del accidente de Felipe. Lo lamentamos mucho —les dijo Sofía.

—Ha sido terrible —reconoció Isaura con los ojos enrojecidos por el llanto y la falta de sueño—. Primero lo de Ismael y ahora esto. ¿Hasta cuándo nos ocurrirán desgracias?

—¿Dónde está su hijo? —quiso saber Salazar.

—Está en el quirófano —explicó Jorge—. Le van a poner unos clavos intramedulares en las piernas para fijar las fracturas. ¡Ese muchacho! Le tengo dicho que no se deje influenciar por amigos que lo empujan a correr riesgos innecesarios.

—¿Por qué piensa que el accidente fue a causa de la influencia de un amigo? —preguntó Néstor, intrigado.

—Él no quiere confesarlo, por supuesto. Dice que fue idea suya, pero alguien debió dejarle la motocicleta.

—¿El vehículo accidentado no era de su propiedad?

—Felipe no tiene motocicleta —explicó Isaura—. Le ha pedido a su padre que le compre una, pero siempre nos hemos negado. Y después de lo ocurrido tenemos más razones para no complacerlo en esto.

—Bien. Pues nosotros nos vamos —anunció el inspector—. Ha sido un placer conocerlos y espero que Felipe se recupere pronto.

Se marcharon del hospital y Néstor invitó a Sofía a almorzar en la Plaza de la Paz, donde entraron en un bar y pidieron unos pinchos.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? —preguntó la subinspectora.

—Las explicaciones de la enfermera me parecen coherentes y las confirma el hecho de que el chico no tiene una motocicleta. Creo que debemos investigar ese supuesto accidente.

—¿Quieres que me haga cargo?

—Sí. Es evidente que hoy no será posible interrogar al joven, pero eso nos puede dar una ventaja. Si hacemos los deberes podemos confrontarlo con una realidad que no pueda negar.

—Que no hubo un accidente.

—Así es. Trata de localizar a los jóvenes que lo encontraron. Alguno de ellos debió ver la motocicleta cerca de la calzada donde todo ocurrió. También habría que interrogar a los paramédicos que lo llevaron hasta el hospital. Ellos pueden haber visto algo, o en este caso, no haberlo visto.

—Un accidente de motocicleta donde no hay motocicleta, con unas lesiones que no concuerdan con ese tipo de siniestro. Supongo que si lo confrontamos a esa realidad con pruebas tendrá algo que decir al respecto. Me pongo a ello. ¿Qué harás tú?

—Volveré a interrogar a la falsa maestra. Ya le deben haber asignado un abogado de oficio.

—Calcaño ha muerto, ¿crees que te dirá algo después de eso?

—Ella aún no lo sabe.

—De todas formas no parecía muy dispuesta a hablar. ¿Qué harás para que te diga lo que sabe?

—¿Has oído hablar de la «teoría de los juegos» y del «dilema del prisionero»? —Sofía puso expresión de extrañeza—. Pues nunca falla. Es matemática pura.

Capítulo nueve.

Antes de regresar a la comisaría, Néstor pasó por «La Callecita.» Sintió cierta vergüenza cuando Gyula le preguntó si quería almorzar y él le tuvo que confesar que ya había comido algo por ahí. Su amigo lo miró con expresión dolida y Salazar tuvo que recordarse a sí mismo que no había ninguna razón que lo obligara a hacer las tres comidas en ese bar. De cualquier forma se sintió un traidor.

—Lo siento, Gyula. Estábamos hambrientos y pasamos cerca de la Plaza de la Paz, así que nos detuvimos a comer unos pinchos, pero los tuyos son mejores. Te lo aseguro.

—«¿Estábamos?» ¿Quién estaba contigo?

—Sofía.

—¿Y aceptó almorzar contigo?

—Sip.

—En ese caso te perdono, merluzo. Tú eres muy listo para tu trabajo pero hay que ver que eres más lento que una tortuga con reumatismo para otras cosas igual de importantes.

—¿De qué estás hablando?

—Que esa chica está coladita por ti y tú no te enteras. Como no espabiles va a venir otro más avispado que tú y te la va a quitar enfrente de tus narices.

—No digas tonterías. Sofía y yo somos buenos amigos. Solo eso.

—Porque tú no quieres que pase de ahí. Ni cuenta te das de cómo te mira. Casi, como la miras tú a ella.

—Hay que ver que eres cotilla. Mira, ponme un café y llévalo a mi mesa, que quiero hablar contigo de un asunto.

—Que listo eres para cambiar de tema cuando te interesa —se quejó Gyula.

Néstor se sentó en la mesa del fondo, su preferida y Gyula lo siguió a los pocos segundos con un café con unas gotas de leche y una cucharadita de azúcar. Después de tomar un sorbo, Salazar asintió para dar su aprobación.

—Muy bien, aquí me tienes, ahora larga lo que tengas que decir que tengo mucho trabajo pendiente —lo azuzó Gyula.

—Nunca había conocido a nadie tan antipático como tú. Necesito que me ayudes a averiguar algo.

—¿Sobre los secuestros? Hay como un velo de silencio en las calles acerca del tema. El rapto del hijo de un comisario no es moco de pavo y eso lo saben todos. Nadie dice nada. Si es que alguien sabe algo, porque me parece que en este caso, los responsables se mueven en otros ambientes.

—Sí, es la misma impresión que tengo yo —reconoció Salazar—. Quien se atrevió a secuestrar a Lucas debía sentirse demasiado seguro de sí mismo. Creer que gozaba de cierta aura protectora.

—¿Tienes idea de quién fue?

—Quiénes. Esto fue un asunto de varios. Aunque tengo sospechas y ya hay algún detenido, me faltan piezas del puzle, pero no es sobre ese caso que quiero pedirte el favor.

—¿Entonces?

—«Joyería Kuld.» ¿Has oído hablar acerca del robo que hubo la otra noche?

—Algo me dijo Kavi. Un trabajito de lujo según se comenta en las calles.

—¿Puedes indagar qué más se dice?

—Le pediré a Kavi que preste atención. Tal vez él mismo tenga una idea de quién podría hacer un trabajo así.

—La lista no puede ser muy larga —opinó Salazar—. Me refiero a que el sujeto debe contar con herramientas apropiadas, como una cortadora de alta frecuencia, por ejemplo.

—¿En serio usó una cortadora? —preguntó Gyula, sorprendido. Néstor asintió—. Entonces debe ser un profesional. Veré qué puedo averiguar y te aviso. Y no dejes caer en saco roto lo que te he dicho acerca de Sofía. Es una gran chica y lamentaría que dejaras que alguien te ganara la mano.

El tabernero se puso de pie y regresó a sus tareas mientras Néstor terminaba su café. Regresó a la comisaría dando un paseo. Saludó a García en la puerta y a Lali cuando pasó junto a la oficina de Santiago. No se detuvo hasta que llegó al segundo piso. Allí encontró a Pedrera y a Remigio, cada uno ocupado en el caso que tenían asignado. Después de saludarlos les explicó acerca del supuesto accidente de Felipe Rivero y también les hizo un breve resumen del interrogatorio de la maestra, aunque lo único positivo que habían logrado con Corina había sido quitarse de encima a la licenciada Trueba. Lo cual no era poca cosa.

—¿Hay algo nuevo acerca del robo, Miguel?

—Descartado el señor Tos. Estaba en Málaga ingresado por neumonía.

—¡No me jodas!
—Es muy en serio. No pudo ser él.
—Mandé a hacer algunas preguntas en las calles —reconoció Néstor—. Tal vez recibamos algún soplo interesante.
—Espero que tus informantes funcionen, pues los míos se deben haber quedado sordos, porque no han escuchado nada.
—Si el único ex empleado que tenía información acerca de la vulnerabilidad de la joyería no pudo ser—dijo Salazar—, eso nos deja…
—…al dueño y su hijo como sospechosos principales —remató la frase Pedrera—. No sabes lo que me jode estar de acuerdo contigo.
—Pues te aguantas. ¿Qué te dijeron en la aseguradora?
—Que el señor Ferro olvidó mencionarles el pequeño detalle acerca de la pared que no estaba reforzada, con lo cual…
—El seguro no le va a pagar nada —concluyó el inspector jefe.
—Es exacto.
—¿Cómo iban las cuentas de la joyería? —quiso saber Salazar.
—De mal en peor. Las joyas no son una prioridad cuando hay crisis.
—Desde luego. ¿Qué tan mal?
—A punto de cierre.
—Gervasio Ferro debió tener claro que al omitir el detalle de la vulnerabilidad de la bóveda cuando contrató la póliza, corría un gran riesgo de perderlo todo si se producía un robo, con mayor razón si este se llevaba a cabo a través de esa pared.
—Así que piensas que no fue el padre.
—No podemos descartarlo, pero yo me concentraría primero en el hijo. ¿Qué sabemos de él?
—Trabaja en la joyería con su padre. Poco comunicativo. Es algo así como un cero a la izquierda.
—Los ceros a la izquierda pueden cobrar importancia en ciertas situaciones —declaró Néstor.
—¿Cómo en cuáles?
—En los números decimales, por ejemplo. Trata de averiguar todo lo que puedas sobre Roque Ferro.
—De acuerdo.
—¿Dónde está Diji?
—Detrás de usted —respondió una voz grave a la espalda de Néstor, quien dio un salto por el susto—. Lo lamento, no era mi intención

sorprenderlo, pero traigo noticias interesantes para compensar.

—¿De qué se trata?

—Una de las joyas robadas apareció en una casa de empeño.

—¡Excelente! —exclamó Pedrera—. ¿Quién la empeñó?

—Una chica. Su nombre es Elvira Fonseca —respondió Diji, revisando en su libreta—. Empeñó un collar de oro valorado en tres mil quinientos euros en trescientos cincuenta.

—¿Sabemos algo de esa chica?

—Venía con la intención de averiguar si tiene antecedentes, pero el dueño de la tienda de empeños dijo que fue bastante comunicativa. Le contó que el collar es un recuerdo de la familia de su novio.

—¿Hay alguna razón por la que según ella, el novio quisiera que lo empeñara?

—Sí. Es un motivo muy poderoso. Está embarazada.

Capítulo diez.

Mientras Pedrera se dirigía a detener a la señorita Fonseca por posesión de artículo robado, Néstor subió al tercer piso donde ya lo esperaba Corina en compañía del abogado de oficio. El letrado era un joven de baja estatura, con algo de sobrepeso y los ojos de un color azul deslavado. Se puso de pie en cuanto Salazar entró.

—Usted debe ser el inspector Salazar, supongo —le dijo estrechándole la mano, mientras sostenía el portafolio contra su cuerpo con la otra—. Es un placer conocerlo.

—Pues sí, su suposición es correcta. ¿Y usted es? —le preguntó Néstor, a quien el exceso de confianza y la amabilidad del joven letrado le encendieron todas las alarmas.

—Soy Jaime Carrillo.

—¿Hijo del juez Carrillo? —el joven asintió—. ¿Y es usted el abogado de oficio que enviaron para defender a la señorita Ruiz?

—Sí, señor, pero usted puede tutearme. Mi padre me ha hablado mucho y muy bien de usted.

—Ya. Le agradezco la deferencia, letrado, pero dadas las circunstancias, será mejor que mantengamos las formas y conservemos un trato formal.

—De acuerdo —respondió Jaime, endureciendo la expresión—. Como usted desee, inspector.

—Muy bien. Señorita Ruiz, espero que haya podido meditar acerca de nuestra última conversación.

—No hay nada que meditar, inspector, o lo que sea. Yo no sé nada.

—Mal comenzamos —dijo Néstor con un suspiro—. Veamos, el asunto es así. Usted y el señor Calcaño están siendo acusados del secuestro del hijo de un comisario de la Policía. La pena en estos casos va desde los seis hasta los diez años. Y tratándose del hijo de un funcionario de la ley, no creo que las autoridades judiciales sean muy compasivas, a menos que les dé un motivo. Puede hablar usted, o puede hacerlo su novio, para mí es indiferente. El primero que lo haga puede obtener un beneficio procesal que reduzca la pena. El otro, bueno, tal vez tarde más de una década en salir de la cárcel.

—¡Eso no es justo! Ya le he dicho que no sé nada. Fue Pedro quien hizo todos los contactos y me convenció de que sacar al crío de la casa cuando estuviera solo con «la canguro» y cuidarlo por un tiempo en una cabaña

alquilada en las afueras, sería un trabajito fácil. Si hubiera sabido que se trataba del hijo de un poli no hubiera aceptado.

—¿Quién contrató el trabajo?

—No lo sé. Él hizo todos los contactos. Es el más culpable. No es justo que sea él quien se lleve los beneficios esos.

—Ustedes eran pareja. Hablaban. Algo tuvo que decirle acerca de quien lo contrató.

—Le tenía un apodo: «Rojo,» que estaba relacionado con algún defecto que tenía, pero ahora no lo recuerdo…

—¿Un defecto? ¿Qué clase de defecto? Piénselo, su situación puede mejorar drásticamente si nos ayuda a identificar al autor intelectual del secuestro.

—¿Cómo sabemos que dice la verdad, inspector? —intervino el abogado—. ¿Cómo sabe mi representada que delatar a quien contrató a su novio mejorará su situación?

—Si habla primero se tomará en cuenta su colaboración.

—¿Si habla primero que quién? ¿Que un muerto?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Corina a su abogado.

—Que el buen inspector está mintiéndole, señorita Ruiz. Está aplicando un truco llamado «el dilema del prisionero,» donde dos cómplices son separados y a cada uno se le ofrece confesar primero. Si lo hace verá reducida su pena, mientras el otro tendrá que cumplirla completa. Solo que en este caso no debería ser posible porque lo que no nos ha contado el inspector es que Pedro Calcaño está muerto.

Salazar sintió un vacío en el estómago. ¿Cómo coño se había enterado el abogado de la noticia con tanta rapidez? Se suponía que había secreto sumarial y no creía que Aristigueta anduviera comentando sus casos por ahí. La muerte de Calcaño había ocurrido aquella misma mañana. Supuso que Carrillo hijo tendría buenos contactos en el juzgado y entre la misma Policía. Corina había abierto mucho los ojos ante la revelación.

—¿Es eso cierto? ¿Pedro está muerto? —le preguntó, mientras jugueteaba con una pulsera de oro que llevaba en la muñeca izquierda.

—Lo encontraron esta mañana.

—¿Y cuándo esperaba decírmelo, maldito hijo de puta?

—No es mi trabajo darle esa información.

—¿Así que pretendía mantenerme engañada indefinidamente?

—Es posible que el inspector hubiera decidido hacerlo después de que le diera la información que pretende de usted.

—Escuche, Corina, con Calcaño vivo, o muerto, eso no cambia el hecho de que su colaboración puede ayudarla de cara al juicio —dijo el inspector, tratando de salvar la situación.

—Ya no le creo una palabra —le espetó la mujer, indignada. Luego volteó hacia su abogado— ¿Es cierto lo que dice?

—Bien, eso depende de las pruebas de las que dispongan. Si son suficientes para demostrar su culpabilidad, entonces sí puede ayudarla colaborar. Sin embargo, si las pruebas son insuficientes y circunstanciales, demostrar conocimientos sobre el caso juzgado solo servirá para comprometerla más.

—Debe haber visto las pruebas, abogado. Sabe que tenemos suficiente para conseguir una condena.

—Las pruebas comprometen a Calcaño, pero las relacionadas con la señorita Ruiz son todas circunstanciales.

—Quiere que yo misma me inculpe —le gritó Corina—. Es usted un cerdo.

—¿Debo entonces deducir que no va a colaborar? —concluyó Salazar.

—Por supuesto que no.

—De acuerdo, entonces pasaremos su caso a los tribunales —respondió Néstor, se levantó y salió con una desagradable sensación de fracaso. Antes de abandonar la sala no pudo evitar notar la sonrisa de satisfacción de Carrillo.

Salazar ordenó a los agentes que regresaran a la sospechosa a su celda y bajó las escaleras. Ya los demás habían regresado de sus correspondientes tareas. Néstor llevaba la frustración pintada en la cara y sus compañeros lo notaron.

—¿Qué te ocurre, Salazar? —le preguntó Pedrera—. Parece que hubieras masticado un limón.

En pocas palabras, el inspector jefe les contó el desastre en el que había terminado el interrogatorio.

—¿Y cómo supo ese niñato que Pedro Calcaño estaba muerto? —preguntó Remigio.

—Ve tú a saber —le respondió Salazar—. Es hijo del juez Carrillo. Lo más probable es que tenga más conocidos en el ambiente de los que son habituales para un abogado de oficio. El caso es que me lancé un farol y la

pifié. La falsa maestra no nos va a decir nada, así que Diji, si ya todo está listo vamos a pasarla a prisión preventiva. Y por favor no te dejes ninguna prueba que pueda comprometerla. No quisiera verla en la calle antes de tiempo.

—Descuide jefe.

—¿Crees que tenemos suficiente para que la condenen? —preguntó Sofía.

—Si el juez es imparcial no verá la luz de la calle en bastante tiempo. Y su abogado debería saberlo. Lo que no comprendo es por qué me puso palos en las ruedas. Con Calcaño vivo, o muerto, la propuesta que le hice le convenía.

—Todos sabemos que el juez Carrillo no te aprecia mucho —le dijo Remigio—. Tal vez su hijo comparta esa animadversión como consecuencia de lo que le ha contado el padre.

—Es posible. En un primer momento parecía muy interesado en hacerse el simpático. En fin. Por lo visto por ahí no conseguiremos mucho. Pasemos a otra cosa. Remigio, ¿Había algo interesante en la cabaña?

—Nada que nos aporte información. Científica estuvo un par de horas empolvando las superficies y aspirando en los rincones. Me prometieron darle caña y enviarnos los resultados lo antes posible. Lo más probable es que encontremos huellas y muestras biológicas de Calcaño, la señorita Ruiz, e incluso del chavalillo. Si hallamos las de alguien más será como si nos tocara la lotería.

—Tienes razón. Sofía, ¿qué averiguaste sobre el accidente?

—Rivero fue encontrado cerca de la calle «La Virgen.» No hay siniestros reportados en esa zona. Hablé con los paramédicos y me dijeron que ellos no vieron ninguna motocicleta cuando atendieron la llamada. Felipe Rivero estaba inconsciente y muy golpeado. Como no tenían testigos de lo que había ocurrido, concluyeron que se había tratado de una pelea y ellos habían dado con el perdedor.

—¿Y los chicos?

—Por suerte, uno de los paramédicos les cogió los datos. Los llamé por teléfono y me reuní con ellos en la Plaza de la Paz. Fueron muy claros. No había ninguna motocicleta cerca de Rivero cuando lo encontraron.

—Eso confirma que se trató de una paliza y no de un accidente automovilístico.

—Ese niñato está involucrado en el secuestro de su hermano —opinó Pedrera—. ¿Por qué no lo detenemos?

—Porque no tenemos pruebas —determinó Salazar—. Así que habrá que hacer lo posible por encontrarlas. Pensemos un poco. Solo hay evidencia circunstancial de la participación de Felipe en el secuestro de su hermano porque en primer lugar, era alguien en quien Ismael confiaba, que además pudiera haberlo convencido de que participara en su propio secuestro como una forma de ayudarlo. Y en segundo lugar, ahora podemos sospechar que el mayor de los Rivero tiene acreedores peligrosos.

—¿Pero cómo lo conectamos con el secuestro? —quiso saber Sofía.

—Solo se me ocurre un vínculo posible. El vehículo. El «Megàne» de Bastos, el coche que resultó mortal para Ismael.

—¿Crees que podemos encontrar evidencias de la participación de Felipe en el secuestro de su hermano a través del coche de Bastos?

—Si lo reducimos a términos criminalísticos, ese coche es el arma homicida. Y Felipe pudo tener contacto con él. Si encontramos una huella, o un rastro de ADN del mayor de los Rivero en el «Megàne,» lo tendremos. Remigio, por favor habla con los chicos de la científica para que lleven a cabo un segundo registro del coche.

—¿Cómo conseguimos las huellas y muestras de Felipe para la comparación?

—Estuvo involucrado en un accidente.

—Un accidente que nunca ocurrió —apuntó Sofía.

—Lo cual puede calificar como «simulación de delito» —argumentó Néstor—. Veamos primero si aparecen rastros en el coche que no pertenezcan al niño, ni a Bastos. Luego nos ocupamos de hacer las comparaciones. Mientras tanto le permitimos que se recupere en el hospital.

—Me abruma tu buen corazón —dijo Remigio con sorna.

Capítulo once.

—¿Cuándo será la autopsia de Calcaño? —le preguntó Néstor a Remigio.

—Pese a las protestas por nuestras prisas, el doctor Molina aceptó hacerla esta misma tarde.

—Muy bien. ¿Tenemos los casquillos? ¿La bala?

—No se encontraron casquillos en la escena del crimen. O usó un revólver, o los recogió. Con respecto a la bala, atravesó al pobre tío. La están buscando en las paredes del cobertizo, aunque aún no ha habido suerte. Si pasó de largo estaríamos hablando de campo abierto. El proyectil podría encontrarse en Soria.

—Necesitamos esa bala. Puede ser esencial para detener al asesino —argumentó Salazar—. Diles a los chicos de balística que se esmeren en dar con ella. Y crucemos los dedos para que Calcaño estuviera delante de la pared cuando le dispararon.

Toro suspiró con resignación.

—De acuerdo, les daré tu mensaje, pero no te puedo prometer nada.

—Sé que lo harás bien —respondió Néstor—. Sofía, quiero que organices la protección de Felipe Rivero en forma parcialmente discreta.

—¿Quieres explicarme qué significa eso, Néstor?

—Que no se entere él mismo, ni sus padres. A él no quiero alertarlo, ni alarmar a los Rivero Esparza, pero pide una orden judicial a Aristigueta.

—¿Para una vigilancia de protección?

—Procura que todos en el juzgado se enteren de que el chico tiene protección.

—¿Adónde quieres llegar con eso? —preguntó Remigio, sorprendido.

—Es evidente que el tío que buscamos tiene acceso a información privilegiada, en especial la que proviene de esta comisaría, o de los juzgados. Confío plenamente en que la filtración no proviene de aquí. Así que nos queda el tribunal.

—¿Por qué crees que va a ir a por Felipe Rivero? —quiso saber Sofía.

—Porque hasta ahora ha quitado del medio a todos los que podían reconocerlo. De momento, Bastos y Calcaño, sus brazos ejecutores, pero sospecho que Felipe también sabe la identidad de este sujeto.

—¿Qué me dices de Corina?

—Estoy seguro de que no sabe mucho y desde luego, no conoce su identidad. Hubiera tratado de negociar de poseer un dato así.

—Pues vosotros seguiros divirtiendo con los secuestros —dijo Pedrera de repente, poniéndose de pie—. Yo me voy a tratar de resolver mi humilde caso del robo de la joyería.

—¿Vas a interrogar a la chica que empeñó el collar? —preguntó Néstor con interés.

—Diji la trajo hace unos minutos. Así que voy a hablar con ella.

—De acuerdo —El teléfono de Salazar comenzó a sonar con insistencia. Él le hizo un gesto a Miguel para que esperara y contestó.

—Aquí, Néstor. Dime… De acuerdo, que no se mueva, ni haga nada. Enviaré a alguien —Salazar colgó y se dirigió a Pedrera—. Un tío que vive por aquí cerca, en el casco viejo se emborrachó anoche y algunos vecinos lo escucharon alardear acerca de un botín importante.

—Y crees que debe tratarse del robo a la joyería, por supuesto.

—¿Ha habido algún otro robo de importancia en los últimos días?

—Tienes razón —reconoció Pedrera—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Tú continúa adelante con el interrogatorio. A ver qué sacas en claro. Diji, tú vete con dos uniformados para que te encuentres con Kavi, que te está esperando en el bar "Dos Banderas". Él te conducirá hasta la casa de este ciudadano ejemplar.

—¿Cómo reconoceré a tu informante?

—Es igual a Gyula, pero con quince años menos. De cualquier forma, no te preocupes. Será él quien te reconozca a ti, que creo que será más fácil.

—Eso, desde luego —bromeó Remigio.

—De acuerdo. Adelante. Y ten cuidado, Diji. Ah, Pedrera, antes de irte. ¿Quieres darme el catálogo de joyas que Ferro le entregó a la aseguradora?

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Miguel.

—Para comprarme un anillo de bodas. ¡No te jode! Quiero saber de qué estamos hablando cuando nos referimos a este robo.

—Recuerda que el botín también incluye veinticinco mil euros en efectivo —apuntó Pedrera.

—Gracias, no lo olvido.

El inspector y el subinspector se encaminaron a sus correspondientes tareas. Salazar se llevó el catálogo a su oficina en el primer piso para estudiarlo con calma. Al cabo de pocos minutos los ojos se le abrieron como platos y le pidió a Lali que llamara al oficial de guardia en las celdas.

El hombre llegó corriendo, convencido de que se había producido una emergencia.

—Usted dirá, inspector jefe —le dijo, mientras le hacía un saludo respetuoso.

—¿Ya habéis trasladado a la detenida Ana Ruiz?

—Aún no, señor. Todavía no llega el transporte desde los juzgados.

—¡No lo hagáis! Si se presentan, decidles que hubo un error.

—Sí, señor —aceptó el confundido guardia.

Néstor subió las escaleras de dos en dos y llegó hasta las celdas del tercer piso. Se detuvo frente a los barrotes que retenían a la falsa maestra.

—Qué quieres ahora, tío —le dijo ella de malas formas—. No insistas. Ya te he dicho que no voy a colaborar contigo.

—No necesito que colabores. Solo quiero saber de dónde sacaste esa pulsera.

—¿Esta? Es mía. Me la regaló Pedro, así que no voy a dejar que me la robéis. Chorizos.

Néstor no respondió al insulto. No valía la pena. En cambio, detalló la pulsera con la que Ana Corina había jugueteado en la sala de interrogatorios. Era la misma que acababa de ver en el catálogo de las fotos de la joyería robada. No tenía duda acerca de ello. Sin decir palabra, se dirigió a la sala de interrogatorios, tocó la puerta y le pidió a Pedrera que saliera un momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel con preocupación. Era la primera vez que Salazar lo interrumpía durante un interrogatorio.

Néstor le contó acerca de su descubrimiento. Pedrera enarcó las cejas.

—Si esa mujer tiene una de las joyas robadas, quiere decir… —comenzó a razonar Miguel.

—…que los secuestros y el robo a la joyería están relacionados. ¿Has sacado algo en claro de las declaraciones de esta chica?

—Casi nada —confesó Miguel.

—¿No quiere colaborar?

—No es eso. Es que no para de llorar.

—¿Te importa si intervengo? —le consultó Salazar.

—¿Tengo alternativa?

—Te pregunto por cortesía, pero con este nuevo nexo, el caso de la joyería y el de los secuestros pasan a ser el mismo.

—¿Crees que detrás de ellos está la misma persona?

—Creo que esa pulsera fue parte del pago a Calcaño por el secuestro de Lucas.

—Sí, parece razonable. Adelante. A ver si tú tienes más suerte que yo.

Salazar se disponía a entrar a la sala de interrogatorios cuando Lali llegó corriendo y acalorada.

—¡Inspector jefe! ¡Inspector jefe! —lo interceptó—. Acaba de llamar el subinspector Cheick. El sospechoso ese al que fue a visitar…

—¿Sí?

—Lo encontraron muerto de un disparo.

Capítulo doce.

Néstor le pidió a Lali que le comunicara a Diji que acudiría a la nueva escena del crimen en cuanto se desocupara del asunto que tenía entre manos. Él y Miguel entraron a la sala. Elvira Fonseca era una joven que debía rondar los veintiún años. Tenía el cabello largo sujeto en una trenza y no se le distinguían las facciones a causa del llanto. Su rostro estaba enrojecido y bañado en lágrimas. La escena llegó a conmover a Salazar, muy a su pesar.

Miró a Pedrera con el ceño fruncido y murmuró entre dientes:

—¿Qué coño le has dicho para que reaccionara así?

—Te juro que no le dije nada. Ya estaba así cuando crucé esta puerta por primera vez. Cada pregunta que le hago desata una crisis de llanto. Nunca había tenido que hacer un interrogatorio tan difícil. Preferiría hablar con «Hannibal Lecter».

—Vete a buscar un vaso de agua y dile a Lali que vuelva a subir.

—¿A Lali?

—Sí. A Eulalia —recalcó el inspector jefe—. A Lali.

—De acuerdo —aceptó Miguel sin protestar.

Salazar también salió de la sala de interrogatorios y esperó en la puerta a que llegara la secretaria.

—El inspector Pedrera me dijo que necesitaba usted de mi ayuda, inspector Salazar. ¿En qué puedo serle útil?

—Escucha Lali, allí adentro hay una jovencita muy asustada. La hemos traído porque quiso empeñar una joya que le dio su novio, que figura en una lista de objetos robados.

—¡Qué horror! Pobrecilla.

—Sí. Es posible que ella también sea víctima de un desalmado. Además está embarazada.

—¡Pobre criatura!

—El problema es que quiero hablar con ella porque puede darme información muy importante sobre los casos que llevamos, pero los nervios no le permiten mantener una conversación normal. ¿Crees que podrías tranquilizarla?

—Por supuesto, inspector jefe. Cuente conmigo —respondió la secretaria con orgullo.

Eulalia entró a la sala y se acercó a Elvira. Néstor se hizo a un lado para dejarla pasar y cerró la puerta desde afuera para darle un poco de tiempo a Lali. Igual que a Pedrera, le resultaba más difícil enfrentarse a una mujer llorosa que era muy probable que fuera inocente, que a un matón agresivo. Con el segundo sabía lo que tenía que hacer.

Néstor le dio cinco minutos, hasta que Miguel llegó con el agua. Luego entró con el vaso en la mano. Eulalia se había sentado junto a la chica y la rodeaba con un brazo mientras le hablaba en voz baja con tono amable.

—No te preocupes —le decía—. Si no has hecho nada malo no tienes que temer. El inspector jefe es un hombre justo y muy bondadoso.

¡¿Bondadoso?! A Salazar nunca se le hubiera ocurrido escuchar ser definido de semejante forma por Eulalia. En fin, era probable que solo lo dijera para tranquilizar a la joven y no porque lo creyera de verdad.

—Aquí te traigo un vaso de agua —le dijo a Elvira—. Debes tener sed después de llorar tanto.

—Gracias —aceptó la joven, hipando, mientras bebía el agua a sorbitos.

—Bueno, yo ya he cumplido, así que regreso a mis tareas —anunció Lali.

—Por favor, no se vaya —le rogó Elvira.

Néstor le hizo un gesto para que se quedara y la secretaria volvió a sentarse, suspirando con resignación.

—Han sido ustedes muy amables conmigo —confesó la chica—. La Policía no es como dicen.

—¿Y cómo dicen?

—No tiene importancia. El otro policía, el primero, me dijo que estaba aquí porque el collar que empeñé ayer era robado. ¿Es eso cierto?

—Eso me temo —le confirmó Salazar.

—Lo siento mucho, de verdad. No lo sabía.

—¿Quién te dio el collar?

—Mi novio. Él me dijo que era un recuerdo de familia y que lo empeñara para pagar los gastos del embarazo.

—¿De cuánto estás, querida? —quiso saber Lali.

—Oh, es pronto todavía. Solo diez semanas. ¿Cree que me enviarán a la cárcel? —le preguntó a Salazar y los ojos se le volvieron a inundar de lágrimas.

—Si no sabías nada, no tienes nada que temer, pero debes decirnos el nombre de tu novio.

—Es Roque. Roque Ferro, pero no creo que él tenga nada que ver con un robo. Es un buen chico. No es un ladrón.

—Trabaja con su padre en la joyería ¿no es cierto?

—Así es. En la joyería de su padre… —la joven cayó en cuenta de lo que estaba diciendo— ¿Quiere decir que le robó a su propio padre?

—Es lo que sospechamos —reconoció Néstor.

—Pero sería como robarse a sí mismo. ¿Eso no lo eximiría del delito?

—Me temo que no, porque su intención sería cobrarle al seguro por el robo y además conservar las joyas.

Elvira bajó la cabeza. La noticia de que el padre del hijo que esperaba podía ser un delincuente, que sería con toda probabilidad carne de presidio, debía ser demoledora.

—Dime Elvira. ¿Sabes de algún amigo de Roque que pudiera haberlo ayudado en esto?

—Claro que no —respondió ella en forma categórica—. ¿Están seguros de que Roque tiene algo que ver en ese robo? Me parece extraño porque siempre se ha comportado en forma honesta. Sin ir más lejos, cuando su padre fue a contratar el seguro, él averiguó con un abogado si eso era correcto, pues la bóveda tenía una pared vulnerable, por algo relacionado con un vecino.

—¿Sabes eso? —preguntó Salazar, envarándose.

—Por supuesto. Roque me lo contó.

—¿Y tú se lo comentaste a alguien más?

—A varios de los abogados del juzgado. Trabajo allí, en los archivos ¿sabe?

—¿Recuerdas quiénes eran?

—Se lo pregunté a tres o cuatro.

—¿Por qué a tantos?

—Porque todos me decían que lo mejor era decirle la verdad al seguro. Que eso probablemente haría incluir una cláusula de excepción si había un robo a través de aquella debilidad, o tal vez le aumentaran la póliza, pero que lo mejor era ser sincero. No era lo que Roque quería oír, así que me enviaba a preguntar a otro si había alguna solución alternativa, pero todos respondían lo mismo, hasta que me harté y le dije a mi novio que no iba a molestar a más letrados. Que él y su padre podían hacer lo que quisieran al respecto.

—¿Podrías hacerme una lista con los nombres de los abogados a quiénes les hiciste esa consulta?

—Sí, por supuesto. Aunque a algunos de ellos los recuerdo por el apodo. Es muy común que los pasantes y los letrados jóvenes usen apodos entre ellos.

—Comprendo. Haz lo que puedas.

—¿Me detendrá? —preguntó de repente la chica con ojos de cervatillo asustado. Lali se acercó más a ella para confortarla.

—Debo llevar tu caso a los tribunales, Elvira, pero incluiré en el informe una recomendación al juez por haber colaborado en la investigación. Como es tu primera falta y no se trata de un delito grave, es probable que recibas una pena corta, que es casi seguro que te conmutarán por trabajo comunitario, o algo así.

—Gracias.

—Ahora espera aquí. Quiero que me escribas esos nombres y apodos de los abogados cuanto antes.

Lali fue a buscar papel y lápiz para que Elvira pudiera escribir. Al cabo de pocos minutos le entregaba al inspector jefe una lista de cuatro nombres: David Roig (Volcán), Lombriz, Avispón y Tomás Farías (Perro).

—¿No sabes los nombres de estos dos? —ella negó con la cabeza—. ¿Por qué reciben esos apodos?

—Lombriz es por lo flaco, Volcán porque se enfada con facilidad. Los otros no lo sé. Y nunca me he atrevido a preguntarlo.

Cuando Salazar dio por terminado el interrogatorio y bajó al segundo piso, se encontró un ambiente bastante funesto.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó, sintiendo una opresión en el pecho.

—Se trata de Domingo González —respondió Pedrera—. Acaba de llamar su hija. Falleció esta tarde.

Capítulo trece.

Salazar llegó andando al viejo edificio donde vivía el sospechoso de haber cometido el robo a la joyería. Era bastante cerca. Allí encontró a Diji y a los muchachos de la científica. Ya se habían llevado el cuerpo. Después de dar un vistazo al interior del piso, él y el subinspector salieron al rellano para no estorbar a los peritos.

—Parece que se nos acumula el trabajo, jefe —le dijo Cheick.

—Será mejor que atrapemos pronto a este sujeto, o seguirán apareciendo cadáveres. Cuéntame lo que sabemos de esto.

—Se trata de Gerardo Vilaró. Cuarenta y cinco años. Tenía más de media docena de entradas a la cárcel. Todas por robo.

—¿Asalto?

—No. Nunca estuvo involucrado en delitos de sangre. Era experto en vulnerar cajas fuertes, desactivar alarmas, ese tipo de cosas.

—Vamos, lo que se dice, un especialista. ¿Qué dijo el forense?

—Que el asesinato fue hace varias horas. Es probable que desde el amanecer. Me encontré con Kavi en el bar como me ordenó. Al parecer, anoche Vilaró cogió una cogorza de campeonato y habló de más. Por eso la información le llegó a Kavi. Después de preguntar un poco averiguó dónde vivía y le avisó a usted. Su informante me dio la dirección, pero cuando llegué ya el sospechoso estaba muerto.

—Es probable que sus alardes hayan llegado a oídos del tío que buscamos y decidió eliminar la filtración antes de que se le convirtiera en un problema. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que no tiene escrúpulos.

—También, pero donde quiero llegar es que se mueve por aquí cerca y en ambientes poco recomendables. ¿Qué sabemos de la bala que mató a este?

—Aún está dentro del cadáver.

—Al menos aquí la bala no se habrá perdido, así que nos puede acercar hasta el arma homicida.

—Está resultando un caso difícil, ¿verdad, jefe?

—Joder. Y que lo digas. Esto tiene más aristas que un poliedro. Vamos adentro. A ver si han encontrado algo que nos allane el camino.

Los dos policías entraron al piso. El jefe del equipo de la científica se les acercó.

—Nos estamos viendo con demasiada frecuencia, Salazar.

—Sí, parece que hay alguien empeñado en mantenernos ocupados. ¿Habéis encontrado algo interesante?

—¿Algo? Hemos encontrado un arsenal de herramientas, a cual más sofisticada.

—Dicen que Vilaró era capaz de abrir cualquier caja de caudales.

—Pues visto lo visto, lo creo.

—¿Y con respecto al homicidio? —quiso saber Néstor.

—No hay casquillos y la bala está dentro del cuerpo, pero todavía tenemos que analizar todas las muestras que recojamos aquí. Tal vez nos proporcionen información interesante. Por cierto, te alegrará saber que encontramos la bala que mató al tío del viñedo.

—¿A Calcaño? —preguntó Salazar entusiasmado, pues ya daba por perdida esa posibilidad—. ¿Dónde estaba?

—En el borde de una de las paredes del cobertizo. Un centímetro más y se habría perdido en la lejanía.

—¿De qué calibre era?

—Revólver. Calibre 38. Ahora os toca a vosotros encontrar el arma desde la que fue disparada.

—Haremos lo posible —respondió Néstor.

Aquella tarde, Salazar regresó a su casa con el cansancio en el cuerpo. Todavía no compensaba las intensas horas de trabajo después del secuestro de Lucas, pero no estaba dispuesto a bajar el ritmo hasta que diera con el autor intelectual. Tenía la sensación de que nadie estaría a salvo mientras ese tío permaneciera suelto. Lo desconcentró la melodía del móvil.

—Hola Santiago. ¿Alguna novedad?

—Estoy saliendo del aeropuerto de Vitoria. Carmela, su madre y los niños acaban de abordar un avión con destino a Madrid, donde pasarán la noche para salir mañana con rumbo a Tenerife.

—Eso me tranquiliza. ¿Estarán solos allá? No sabemos qué tan largos son los tentáculos de esta gente.

—Ya tomé previsiones. He hablado con mi suegro, quien es comisario mayor en las islas. Él los recibirá en el aeropuerto y no se separará de ellos mientras permanezcan allí.

—Perfecto. Entonces tenemos una preocupación menos.

—¿Y por tu lado? ¿Qué ha ocurrido?

En pocas palabras, Néstor informó a su hermano todas las novedades de las últimas veinticuatro horas.

—Pues sí que habéis estado ocupados.

—Y sospecho que estos tíos nos seguirán dando trabajo hasta que los detengamos.

—Los atraparemos. Ahora, vete a casa a descansar, que ya te lo has ganado. Nos vemos mañana.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Salazar pasó por «La Callecita» para saludar a Gyula y subió hasta su buhardilla. Cuando abrió la puerta le sorprendió que Paca no saliera a recibirlo enredándose en sus pies como acostumbraba, pero supuso que seguía enfadada con él. Entró, se quitó el gabán y cuando se acercó a la cocina se quedó petrificado. Embutida en el frasco de galletas que había dejado abierto esa misma mañana estaba Paca.

Néstor se acercó. ¿Estaba allí por gusto, o había quedado atrapada?

—Meaaauuu —maulló la gata, con un tono tan lastimero que a Salazar no le quedó duda de que se encontraba en aprietos. Nunca mejor dicho.

—¿Cómo coño te has metido ahí, Paca?

Néstor inclinó el frasco con cuidado para que la gravedad ayudara a la gata a salir, pero no se movió ni un milímetro.

—Meauuuu.

—De acuerdo. ¿Qué se hace en estos casos? El veterinario. Es seguro que no serás la primera gata que queda atrapada en un frasco de galletas. Joder, que raro sonó eso.

Néstor envolvió con cuidado el frasco usando el gabán y salió con su gata envasada bajo el brazo. La pobre no dejaba de lanzar maullidos leves que él interpretaba como pedidos de auxilio y que le rompían el corazón.

Cuando le tocó el turno en el veterinario y descubrió el problema, el licenciado lo miró con severidad.

—¿Cómo ocurrió esto?

—No tengo idea —confesó el inspector—. Regresé después del trabajo y la encontré allí adentro. ¿La puede ayudar?

—Supongo que usted dejó el frasco abierto.

—Sí, esta mañana. Tenía prisa y… —Néstor calló. Ahora, además de preocupado, se sentía culpable.

—¿Acaso no sabe que los gatos buscan espacios pequeños porque así se sienten más protegidos?

—Meauuuu.

—No lo sabía, pero le juro que a partir de ahora tendré mucho más cuidado. ¿Cómo la liberamos sin lastimarla?

—Si rompemos el frasco podemos herirla, así que supongo que lo mejor será embadurnarla de aceite para ver si así la podemos sacar.

—Buena idea.

El veterinario salió un momento y regresó con una botella de aceite de oliva virgen extra. A Salazar se le ocurrió un chiste al respecto, pero se sentía demasiado preocupado para bromear. El licenciado fue echando el aceite lentamente en las paredes internas del frasco. Después cogió la cabeza de Paca y tiró de ella con suavidad. La sacó despacio y con cuidado. Primero la cabeza, luego una pata, luego la otra. Cuando pudieron liberar la mitad delantera del cuerpo, el resto salió sin problemas.

—Maaaauuuu —maulló Paca, más animada.

¿Eso era un «gracias»? Néstor vio a su gata embadurnada de aceite y no pudo evitar soltar una carcajada que tenía mucho de alivio. El veterinario lo miró con el ceño fruncido.

—Lo lamento. Es que me siento contento de haberla podido liberar del frasco sin que sufriera daño.

—Está bien, lo comprendo, pero no la podemos dejar así. Habrá que bañarla.

¿Bañarla? Paca, como todos los gatos, odiaba el agua. El veterinario no pareció amilanarse, aunque ya debía saber que no sería fácil, cogió a Paca y la llevó hasta una pileta.

—Lo que más detestan los gatos es el frío —le explicó a Salazar—, así que si templamos un poco el agua, no deberíamos tener problemas.

¡Qué poco conocía el pobre hombre a Paca! Templada o no, en cuanto el agua la tocó, la gata se convirtió en una maraña de garras y dientes en movimiento que bufaban amenazantes. El veterinario la soltó y la gata saltó de la pileta para refugiarse en un rincón, medio mojada, medio embadurnada de aceite, mientras el licenciado se lavaba un brazo lleno de arañazos que sangraban.

—¡Por Dios! Esa no es una gata, es una pantera.

—¿Tiene galletas para gatos con sabor a sardina? —Quiso saber Néstor —. Son sus favoritas.

—Sí, claro, en aquel gabinete hay una caja.

—Gracias.

Néstor cogió una galleta de la caja y se acercó a Paca, que continuaba en actitud agresiva. Le dio el premio y comenzó a acariciarla, mientras le hablaba con un tono de voz suave. Poco a poco, la gata fue tranquilizándose. Al cabo de cinco minutos dejó que su humano la cogiera. Salazar la llevó a la pileta, sin dejar de acariciarla y de hablarle, se aseguró de que el agua estuviera a una temperatura agradable y comenzó a bañarla. Paca ni siquiera maulló. Después de quitarle todos los restos del aceite, la secó bien con una toalla que le prestó el veterinario, quien observaba atónito la escena.

Después de agradecer al licenciado y pagarle por sus servicios, Salazar volvió a envolver a Paca en su gabán y regresó con ella a casa. Por el camino, dejó el frasco de las galletas en un contenedor para reciclaje.

Capítulo catorce.

Aquella noche, Néstor durmió a pierna suelta y como desagravio por el mal rato que había pasado Paca por su descuido al no cerrar el frasco de galletas, le permitió que durmiera a sus pies en la cama, no sin antes advertirle que aquello era una excepción, así que no debía tomarlo como costumbre, lo cual por supuesto, la gata no comprendió, ni falta que le hacía. Se estaba mucho más calentito en la cama de su humano que en su propia cesta.

Al inspector lo volvió a despertar el sonido del móvil, al igual que el día anterior. Se estiró con pereza, por lo que recibió un bufido de protesta de parte de Paca al molestarla cuando se levantó, pues la gata en algún momento de la noche se había desplazado desde los pies hacia la cabecera, para acurrucarse junto al cuerpo de su humano. Néstor sospechó que aquello sería el comienzo de una lucha desigual por los derechos sobre la cama. De antemano sabía que Paca tenía las de ganar.

Corrió hasta la sala donde reposaba el móvil sobre la mesita de centro, teniendo una sensación de «deja vú.» ¿Acaso no había vivido ya aquello? Pero en esta oportunidad, Paca seguía remoloneando en la cama, en lugar de atentar contra el teléfono. Néstor comprobó la hora. Ya había amanecido, pero aún era muy temprano. Cogió el móvil, miró la pantalla, pero el número no le resultó reconocible. Respondió.

—Aquí Salazar.

—Buenos días, inspector Salazar. Soy el comisario mayor Arístides Villa, de la Jefatura Superior de Policía. Departamento de Relaciones Públicas.

—¿En qué puedo ayudarlo, comisario mayor?

—Quiero verlo en mi despacho en treinta minutos.

—¿Hay algún problema, señor?

—Lo quiero ver vestido con el uniforme de gala, Salazar. Treinta minutos y ya estoy contando.

Néstor corrió a la ducha, mientras se acordaba de todos los muertos de los comisarios que parecían haberse puesto de acuerdo para meterle prisa por las mañanas. Antes de salir se aseguró de que no hubiera espacios donde Paca pudiera quedar atrapada en su ausencia. Después se marchó, dispuesto a coger un taxi.

Llegó con tres minutos de retraso, justo cuando el comisario mayor abría la puerta para preguntarle por él a su secretaria.

—Salazar. Me alegro de que al menos sea puntual. Pase.

¿Al menos? Aquello tenía muy mala pinta. Entraron y el comisario Villa cerró la puerta tras ellos, se sentó detrás de su escritorio, pero dejó a Néstor de pie, lo cual al inspector le pareció de mal agüero.

—¿Sabe por qué lo he hecho venir hasta aquí hoy, inspector jefe?

—Lo siento, señor. No tengo idea.

—¿Desde cuándo es inspector jefe?

—Desde hace algunos meses, señor.

—Después de que denunciara a un compañero por extorsión.

—¿Insinúa que el ascenso me lo dieron por denunciar al inspector González, señor?

—¿Y no fue así?

—Las actividades delictivas del inspector Domingo González fueron descubiertas por mi compañera y por mí en forma casual, durante la investigación de una red de extorsión mucho más grande. Tengo entendido que el ascenso me fue otorgado por el descubrimiento de esta red, además de la resolución de varios asesinatos relacionados con el mismo delito.

—De cualquier manera, fue usted quien arruinó la vida de Domingo al denunciarlo.

—Extorsionaba indigentes, a quienes les obligaba a entregar lo poco que tenían. ¿Me está insinuando que debí callar cuando lo descubrí? ¿Convertirme en cómplice?

—Domingo González era mi amigo —confesó Villa—. Entramos juntos en la Academia. Y hoy está muerto. Verse obligado a renunciar a la Policía contribuyó a que sufriera el infarto que lo mató.

—Comisario. No sé qué pretende al hacerme venir hoy aquí, pero si espera que me sienta culpable por lo que le pasó a Domingo González, no lo va a conseguir. Aunque usted no lo crea, yo también lo apreciaba como policía y como amigo. Era la última persona a la que hubiera imaginado incursa en delitos, pero el único responsable de su suerte fue él mismo.

—Ya veo que usted no tiene ningún cargo de conciencia al respecto.

—Ninguno, pero ahora comprendo por qué Domingo se libró de los cargos de extorsión y se le permitió renunciar, en lugar de ser expulsado de la Policía. Usted lo protegió. ¿No es cierto?

—Era mi amigo. Sí, lo protegí. Y lo volvería a hacer.

—Es bueno saberlo —dijo Salazar, con una expresión que causó un estremecimiento involuntario en el comisario mayor.

—Muy bien, Salazar. Si lo he hecho venir aquí es porque hoy será el entierro del ex inspector González. En consideración a su hija se le rendirán los honores de un policía en activo.

—Fallecido en el cumplimiento del deber —ironizó Néstor.

—Le guste o no, así será. Usted escribirá y leerá el discurso durante el entierro. Y será mejor que sea halagüeño.

—No estará hablando en serio —protestó Salazar—. Yo soy la persona menos indicada para dar ese discurso.

—Al contrario. Que usted sea quien le rinda ese homenaje será una forma de presentar excusas a su hija y de expiar el daño que les ha hecho.

—El daño no se los hice yo, sino el propio Domingo. Usted lo que quiere no es que ellos se sientan mejor, sino humillarme.

—Ese solo es un beneficio secundario.

—¿Qué pasa si me niego?

—Desobedecer una orden directa puede ser motivo para cesantearlo sin goce de sueldo.

—Ya veo, si obedezco sería como reconocer que las desgracias de González fueron mi culpa, pero si me niego tendrá la oportunidad de someterme a un castigo, tan severo como el que recibió el propio Domingo por cometer el delito de extorsión.

—Ya me habían comentado que es usted muy inteligente. ¿Qué decide?

—Daré ese discurso —respondió Néstor, muy a su pesar.

—En ese caso, lo esperamos en el cementerio municipal, a las once treinta. En uniforme de gala, desde luego. Es una suerte que ya lo lleve puesto.

Néstor salió del despacho mascullando una maldición. Aquello era una encerrona y no estaba dispuesto a darle el gusto de humillarlo al flamante comisario mayor. Cogió otro taxi en dirección a San Miguel. Llegó a la comisaría en pocos minutos. Santiago se sorprendió al verlo vestido con el uniforme de gala, aunque él mismo también lo llevaba puesto.

—Néstor. ¿Vas a ir al funeral? —le preguntó Santiago—. ¿Crees que será prudente? Tengo entendido que la familia del inspector González no te aprecia mucho.

—Más bien me detestan y me culpan por lo que le pasó a Domingo, pero no llevo este uniforme por gusto.

En pocas palabras explicó a su hermano la conversación que había tenido con Villa.

—Pues me gustaría poder ayudarte —reconoció Santiago—, pero sabes que no puedo contravenir las órdenes de un comisario mayor.

—No te preocupes. Solo se trata de tragarme un poco de orgullo y leer un discurso.

—Me alegra que lo tomes así. ¿Iras al velorio?

—No. Debo escribir ese obituario.

Néstor entró en su oficina y usó la centralita para pedirle a Diji que bajara a verlo.

—Buenos días, jefe. ¿En qué puedo serle útil?

—En mucho, Diji. Acabo de estar con el comisario mayor Arístides Villa, de la Jefatura Superior y te ha escogido para que escribas y leas el discurso que corresponde a la Policía, en las exequias de Domingo González.

—¿Yo? Pero si ni siquiera lo llegué a conocer.

—Por eso mismo —argumentó Salazar—. Quién mejor que tú para tener una visión imparcial, pero no te preocupes, que yo tengo orden de ayudarte.

Cheick se resignó a cumplir la tarea y elaboró un obituario en el cual Néstor contribuyó con algunas opiniones y recuerdos. Los demás inspectores, así como Santiago, salieron con tiempo para acudir al tanatorio y luego acompañar a la familia hasta el entierro. Néstor y Diji se demoraron un poco más, con la intención de acudir directamente al cementerio.

Cuando por fin terminaron, Salazar miró la hora.

—¡Joder! Faltan veinte minutos para el entierro. ¡Que no llegamos!

Subieron al «Corsa» blanco de la comisaría y Néstor condujo con la sirena en el techo. Llegaron con el tiempo justo. Salazar no tenía idea de la ubicación exacta a la que debía dirigirse dentro del camposanto. Se acercó a un operario que parecía ocupado en regar la hierba.

—Buen día. Mi amigo y yo estamos tratando de asistir al entierro de un compañero. ¿Ha visto usted algún grupo de personas uniformadas como nosotros?

—Pues ahora que lo dice, sí —respondió el hombre, rascándose la cabeza por debajo de la boina—. Si sigue derecho por allí y en la tercera intersección cruza a la derecha los podrá encontrar.

Néstor y Diji regresaron al coche y siguieron las instrucciones del empleado. Se apearon con prisas y se acercaron al grupo con las cabezas gachas y las gorras sujetas contra el pecho. Cheick comenzó a leer el obituario. Salazar respiró profundamente un par de veces para recuperar el aliento, manteniendo la vista baja mientras Diji continuaba la lectura de su discurso.

«…su dedicación al deber durante el ejercicio de su profesión fue ejemplo para todos los que tuvimos la fortuna de trabajar con él. Perseguir criminales era su vida…»

Néstor sintió que algo no estaba bien. No encajaba. Un bosque de zapatos pulidos y sandalias. Los zapatos. No, los zapatos estaban bien, era algo más. Los pantalones, eso era, las perneras de los pantalones tenían una franja roja en el lado externo. ¿Desde cuándo se usaba esa franja? Su propio uniforme no la tenía. El de Diji tampoco. Levantó un poco la vista: las chaquetas tampoco estaban bien. Siguió subiendo para encontrar rostros desconcertados, enfadados y desconocidos. Cheick continuaba leyendo sus loas al policía perfecto. Néstor le dio un codazo suave y le murmuró entre dientes.

—Abrevia Diji, que no es aquí.

El subinspector pasó a leer la última línea del discurso, en la que se despedía. Ambos se pusieron las gorras y salieron corriendo antes de que los asistentes a ese funeral tuvieran tiempo de reaccionar. Una vez en el coche, regresaron a la entrada donde el jardinero continuaba su trabajo sin ninguna preocupación.

—Pero hombre, ¿adónde nos ha enviado? —le increpó Salazar, después de bajar la ventanilla.

—¿No era allí?

—No. Buscamos el entierro de un policía, como nosotros.

—¡Ah, del policía! Es que como me dijeron que buscaban gente con uniformes como los suyos y a mí esos uniformes se me parecen todos, pues los mandé al funeral de la madre del bombero. La del policía es por el otro lado, por allí —les indicó, señalando en sentido contrario.

Salazar arrancó el coche sin decirle al hombre lo que pensaba acerca de su santa madre. Llegaron al lugar indicado a los pocos segundos. Esta vez, Néstor se aseguró de ver caras conocidas entre los deudos. Y lo eran. Tampoco faltaban las cabreadas. El comisario Villa parecía a punto de

explotar. Santiago se acercó a su hermano y lo acompañó de vuelta hasta donde se encontraba el féretro, junto a la tumba.

—Llegáis tarde. ¿Qué os ha demorado? —le murmuró.

—Es largo de contar. Luego te lo explico —respondió Néstor, también en un murmullo.

Una vez junto a la tumba, Diji comenzó su discurso. Cuando terminó el entierro y los asistentes comenzaron a dispersarse, Villa alcanzó al inspector jefe, que había decidido poner tierra de por medio cuanto antes.

—Salazar, le ordené a usted que escribiera y leyera el discurso. ¿Por qué no me obedeció?

Diji miró de reojo a Néstor, comprendiendo que había caído por inocente.

—Hubiera querido cumplir su orden, comisario mayor —dijo Salazar con voz rasposa—, pero no me fue posible. Laringitis.

—¡No le creo! ¡Es usted un farsante!

—Es cierto, señor —intervino Santiago—. Yo mismo le ordené acudir al médico después de este funeral. No ha podido hablar desde esta mañana.

—A mí también me consta, señor —corroboró Diji y con ese gesto se ganó la eterna gratitud de Salazar.

El comisario mayor Villa tuvo que tragarse su propia bilis y marcharse sin decir palabra.

Capítulo quince.

De vuelta en la comisaría, todos regresaron a sus puestos de trabajo. Néstor se sentía incómodo con el uniforme de gala, pero no quería perder tiempo volviendo a su casa para cambiarse. En cuanto llegaron, se acercó a Diji, le pidió disculpas por haberle engañado con el asunto del obituario y le explicó sus razones. Por suerte, el chico tenía buen fondo, así que lo perdonó. Estaban reunidos en el segundo piso, dispuestos a intercambiar puntos de vista frente a la pizarra, cuando Cheick les anunció que habían llegado algunos resultados de la científica.

—¿Qué tenemos de nuevo, Diji? —le preguntó Néstor con su expresión más inocente. La había ensayado con Paca y creía que le quedaba bien. O al menos ella no le había dicho lo contrario. Y menos mal, porque si llegaba a decírselo, tendría que correr a buscar un psiquiatra.

Cheick entrecerró un poco los ojos, tratando de discernir la trampa detrás de la pregunta. Luego debió decidir que podía confiar, porque respondió.

—El primer informe es sobre el «Megàne.» Encontraron huellas de una tercera persona, además de las de Ismael y del propio Bastos.

—¿En qué lugar del coche se encontraba la huella?

—En el maletero —respondió Diji—. Por dentro.

—¡Perfecto! En ese caso, creo que vale la pena detener a Felipe Rivero para que así podamos comparar esa huella con las suyas. Estoy seguro de que coincidirán.

—¿Por qué tienes esa certeza, Néstor? —quiso saber el comisario.

—Ismael contribuyó con su propio secuestro. Eso es evidente porque se desvió de su rutina sin razón aparente, además de que los secuestradores no necesitaron amarrarlo, ni drogarlo para tener dominio sobre él. Tenía catorce años. Hubiera sido muy difícil mantenerlo bajo control sin usar uno de esos recursos, a menos que él colaboraba.

—Tal vez lo amenazaron con un arma —sugirió Pedrera.

—Es posible, pero no lo tuvieron vigilado todo el tiempo. ¿Por qué unos sujetos tan cuidadosos, que dieron toda clase de instrucciones acerca de los billetes del rescate, no tomaron ninguna precaución para que su víctima no se les escapara a la primera oportunidad?

—Desde el maletero de un coche no hay muchas oportunidades de escapar —.discrepó Remigio.

—Al contrario. Un chico de catorce años encerrado en el maletero puede patear las luces desde adentro hasta romperlas, lo cual no le serviría para salir de su encierro, pero llamaría la atención de cualquiera que estuviera cerca del coche.

—Tal vez tenía miedo de resistirse —sugirió Sofía.

—Tal vez, o tal vez colaboraba con sus captores y la única razón que se me ocurre es que quisiera ayudar a su hermano mayor a salir de un apuro.

—¿Y sobre qué base lo detenemos' —preguntó Pedrera—. Lo que acabas de plantear no va a convencer a ningún juez. Son solo presunciones y coincidencias.

—Tienes razón, pero el joven Rivero cometió un error: declaró que había sufrido un accidente cuando todas las evidencias demuestran que tal siniestro nunca ocurrió. Eso implica que está incurso en la «simulación de un delito». Y sobre esto tenemos testigos y evidencias.

—Está en el hospital. ¿Pretendes que lo saquemos de allí para meterlo en una celda? —preguntó Manuel, escandalizado.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? Solo sugiero que hablemos con Aristigueta para que lo impute. Uno de los oficiales puede llevar el equipo para ficharlo y le pondríamos vigilancia hasta que se recupere. Para entonces ya habríamos comprobado si la huella del coche de Bastos le pertenece, o no.

—Parece razonable —aceptó Santiago—. ¿Podrías ocuparte tú, Manuel?

—Sí, señor.

—¿Hay más información, Diji?

—Sí —respondió Cheick, consultando el ordenador—. Sobre el robo a la joyería. Hay un par de cabellos que encontraron en la casa vecina, desde donde hicieron el butrón, que no coinciden con el ADN de Vilaró.

—¿Un cómplice? —preguntó el comisario.

—Yo diría que en ese robo hubo dos cómplices —opinó Néstor, luego les contó su entrevista con Elvira.

—¿Un abogado de los juzgados?

—¿Por qué no? —planteó Salazar—. Roque Ferro había consultado la situación de la vulnerabilidad de la bóveda con respecto al seguro y al hacerlo compartió esa información tan delicada con al menos cuatro abogados del juzgado. Digamos que uno de ellos es el tío involucrado en los secuestros.

—¿Por qué crees que ambos casos están relacionados? —le preguntó Manuel.

—Porque Calcaño le regaló una pulsera de oro a nuestra falsa maestra que sería una de las joyas robadas. Ni Calcaño, ni Ruiz pudieron estar involucrados directamente en el robo, pues este ocurrió la misma noche que se llevaron a Lucas.

—Pero la joya pudo ser parte del pago a los secuestradores —concluyó Remigio.

—¡Exacto! —confirmó Salazar—. Veámoslo así: El autor intelectual del secuestro del niño Rivero se encontró con un rescate en las manos que no podía utilizar, porque los billetes estaban marcados. Lo sabía por la forma en que la policía había encontrado a su cómplice, Bastos.

—Y supo cómo lo encontramos porque tiene contactos en el juzgado —aportó Sofía.

—Es correcto. Cuando acudisteis a pedir la orden de arresto para Bastos, de alguna forma él accedió a la información y supo que habíais llegado a él por los billetes.

—Así que se encuentra como al principio, con la deuda, sin dinero, y con un terco comisario decidido a descubrirlo —resumió Ortiz.

—De manera que decide tomar cartas en el asunto secuestrando al hijo del comisario para poder extorsionarlo y detener la investigación —continuó Néstor—, pero esta vez quiere hacer las cosas bien, con gente que no fuera aficionada. Es solo que tiene un problema. No dispone de dinero.

—Por eso decide robar la joyería —acotó Sofía.

—Así es, pero no tiene tiempo que perder, de modo que contrata a Calcaño, al mismo tiempo que a Vilaró. Si trabaja como abogado en los juzgados debe tener acceso a las fichas de todos los delincuentes conocidos de Haro, por lo que no le hubiera sido difícil seleccionar a los que necesitaba.

—¿Y qué pinta Roque Ferro en todo esto? —quiso saber Diji.

—Es vital —sentenció el inspector jefe—. Saber acerca de la vulnerabilidad de la bóveda estaba bien, pero localizar esa zona frágil desde la casa vecina requería conocer bien la joyería en su interior.

—Así que lo contactan.

—Es probable que fuera el propio Vilaró quien convenciera al joven Roque de que sería un buen negocio robarse a sí mismo. Tal vez argumentara el cobro del seguro.

—Pero el seguro no pagará —discrepó Sofía.

—Y estoy seguro de que Roque ya lo sabía —opinó Néstor—, pero su necesidad de cubrir los gastos del embarazo de su novia, lo convencieron de que valía la pena.

—¿Aunque al hacerlo causara la ruina de su propio padre? —preguntó Diji, escandalizado. La ingenuidad de ese chico era conmovedora.

—No me sorprendería que una investigación superficial nos permita comprobar que las relaciones padre hijo no son muy cordiales.

—Déjame entender este galimatías, Néstor —le pidió Santiago—. El secuestro del niño Rivero habría sido llevado a cabo por este abogado, Bastos y Felipe Rivero, con la colaboración del propio Ismael.

—Es correcto.

—Bastos murió, así que no puede haber intervenido en el rapto de Lucas, por lo cual ¿los involucrados aquí serían el abogado y Rivero, que además habrían robado una joyería?

—No creo que Felipe Rivero haya participado del robo a la joyería, o del secuestro de Lucas —opinó Salazar.

—¿Por qué no?

—Por la paliza que recibió. Es evidente que no pudo cumplimentar el pago de la deuda. De haber estado involucrado en el robo hubiera pagado. Nadie recibe una paliza así, si puede evitarlo.

—Eso nos deja al abogado.

—Que habría contratado a Vilaró y a Calcaño. Uno para robar la joyería y obtener dinero, el otro para secuestrar a Lucas y detener la investigación.

—¡Pero que cabrón! —se le escapó a Ortiz, para sorpresa de sus hombres. El comisario siempre era muy correcto en su trato—. ¿Tenemos idea de quién es este dechado de virtudes?

—Hay cuatro sospechosos, los abogados con los que consultó Elvira acerca del seguro, pero de dos de ellos solo tenemos los apodos.

—De acuerdo —dijo el comisario, frotándose la cara como si quisiera despejar la confusión que le había ocasionado toda aquella conversación—. Manuel, cuando solicites la orden para detener a Rivero, que el juez te proporcione otra para obtener una muestra de ADN de Roque Ferro. ¿Tenemos suficientes evidencias para solicitarla? —le preguntó a Salazar.

—El collar que Elvira Fonseca quiso empeñar y su declaración acerca de haberlo recibido de su novio.

—De acuerdo, arguméntaselo bien al juez para que no haya retrasos.

—Sí, señor —dijo Manuel.

—¿Algún otro resultado? —le preguntó Ortiz a Diji.

—Sí, señor. Tenemos el informe de balística. Tanto la bala que mató a Calcaño, como la que asesinó a Vilaró son del calibre 38 y fueron disparadas por el mismo revólver.

Capítulo dieciséis.

Después de la reunión en la comisaría, todos se tomaron un descanso para almorzar antes de retomar sus tareas. Néstor, Sofía y Santiago decidieron hacerlo en «La Callecita» y mientras esperaban que Gyula les sirviera las «chuletillas de cordero al sarmiento», Salazar aprovechó para subir a su casa, librarse del uniforme de gala y recuperar su gabán. Diez minutos después estaba de vuelta.

—Hacía años que no había vuelto a probar este plato —confesó Santiago, mientras daba buena cuenta del cordero—. Desde que vivía con padre y con vosotros. Tu madre las preparaba muy bien. No sé si lo recuerdas, Néstor.

—Son muchas las cosas que recuerdo de esos años, pero en especial de los siguientes, cuando padre ya había muerto. —respondió Salazar con tristeza—. Son tiempos que preferiría olvidar.

—Perdóname hermano. Soy un bocazas.

—Descuida. Tienes razón. Nadie preparaba las chuletillas de cordero como mi madre.

—¿Qué sabemos de los abogados que mencionó Elvira, Néstor? —preguntó Sofía, al comprender que los hermanos habían caído en terreno peligroso en cuanto a sus recuerdos.

—Son cuatro —dijo él, sacando una libreta para consultarla—. David Roig, Volcán. Tomás Farías, Perro. Y luego hay otros dos, de los cuales solo tenemos los apodos: Lombriz y Avispón.

—¿Conocéis a alguno de ellos? —quiso saber el comisario.

—Es probable que a todos —reconoció Salazar—, pero por sus nombres. Debemos averiguar quiénes son Lombriz y Avispón.

—¿Por qué los apodos?

—Elvira no lo sabía y le dio apuro preguntar.

—Si el cerebro de los secuestros es uno de esos abogados, es imperativo que los investiguemos —opinó Ortiz.

—Sofía y yo acudiremos a los juzgados al salir de aquí —decidió Salazar.

—¿Los señores desean postre, o café? —preguntó el camarero cuando se acercó para recoger los platos sucios.

Los tres pidieron café.

—Tendrás que acompañarme a comer aquí con más frecuencia, Santiago —le dijo Néstor a su hermano, sonriendo—. Es la primera vez que me llaman señor en este bar.

Al salir, Ortiz regresó a la comisaría. Salazar y Sofía salieron en dirección a los juzgados. Se encaminaron al despacho del juez Aristigueta. Los recibió su secretaria, Estela.

—Subinspectora Garay, buenas tardes. Inspector Salazar. ¿Cómo está? Hacía tiempo que no lo veía. ¿Desean hablar con el juez? Está adentro con uno de sus compañeros: el subinspector Rodríguez.

—Gracias, señora Robledo, pero en realidad venimos a verla a usted.

—¿A mí? —preguntó ella, sinceramente sorprendida—. No comprendo. ¿En qué puedo yo ayudarles?

—Necesitamos información acerca de algunos de los abogados que trabajan en los juzgados —le explicó Néstor—. Estamos seguros de que usted tiene más datos acerca de ellos que el juez.

—Sí, supongo que tiene razón. ¿Cuál es su interés en ellos?

—Son una pieza fundamental para un caso que estamos investigando —le respondió Sofía. Néstor se sintió orgulloso de su pupila. Era una respuesta que no revelaba nada.

—De acuerdo —admitió la secretaria—. ¿De quiénes se trata?

Néstor le mostró la lista de nombres y apodos.

—Sí, desde luego —dijo Robledo—. Los conozco bien. Los cuatro son abogados de oficio. Comenzaron a prestar sus servicios hace un año más o menos.

—¿Los cuatro a la vez?

—Sí. Eran amigos en la universidad. De ahí los sobrenombres. Los usan entre ellos desde sus años de estudiantes. Al parecer se inscribieron juntos en el turno de oficio.

—¿Sabe lo que significan los apodos y conoce los nombres que faltan?

—Sí, a ver. David Roig, lo llaman Volcán porque se enfada con mucha facilidad. Tomás Farías es el Perro, creo que por la fidelidad que le guarda a su novia.

—¿Y los otros dos?

—Lombriz es Fermín Montero. Lo llaman así porque es alto y muy flaco. Y Avispón es Jaime Carrillo.

—¿Por qué el apodo?

—Porque es bajito y regordete, al contrario de Lombriz.

—¿No es ese el hijo del juez Carrillo?

—Sí… Eso creo —respondió la secretaria un poco azorada.

—Estela, ¿tuvo algo que ver el juez Carrillo en la decisión de su hijo de inscribirse en el turno de oficio?

—Bueno, no me consta. Quiero decir… Una oye rumores, pero son solo eso. No podría afirmar nada al respecto.

—¿Es eso un sí, pero no tengo pruebas y no quiero problemas? —presionó Salazar.

La señora Robledo lo miró como si se sintiera descubierta.

—Necesito mi trabajo —se justificó.

—Estela. No queremos meterla en problemas —le aseguró Néstor—. Y lo que nos diga se quedará aquí, entre nosotros, pero necesitamos saber la verdad.

—Se dice que el juez Carrillo fue quien convenció a Jaime y sus amigos de trabajar como abogados de oficio.

—¡¿A los cuatro?!

Robledo asintió.

—¿Cómo los convenció? Lo que gana un abogado de oficio no es para animar a nadie.

—Tampoco lo que gana un policía —replicó Sofía—. Y aquí estamos tú y yo.

Salazar se encogió de hombros. Su compañera tenía razón, pero el argumento no lo convenció. El juez Carrillo no era de los que se distinguía por su sensibilidad social.

—¿No hay conflicto de intereses? —preguntó Sofía—. Quiero decir ¿qué hacen cuando coinciden el juez Carrillo y su hijo en un caso?

—Uno de los dos se inhibe —reconoció Estela—, pero no ocurre lo mismo si el defensor es uno de los amigos.

—Los cuales también tienen una relación personal con el juez, aunque no sea tan evidente —sentenció Salazar—. ¿Qué clase de justicia se puede implementar así?

—Por favor no digan nada —les rogó la señora Robledo—. Solo son rumores. No tengo pruebas y el juez Carrillo tiene mucho poder.

—Descuide. No diremos nada, a menos que encontremos cómo demostrarlo —le prometió Néstor.

—Gracias. ¿Les sirve la información que les he proporcionado?

—Nos ha resultado de mucha utilidad. Somos nosotros quienes le estamos agradecidos, Estela.

Manuel salió en aquel momento.

—¡Néstor, Sofía! ¿Qué hacéis aquí? —les preguntó—. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. ¿Tienes las órdenes?

—Aquí están —dijo el subinspector, sacudiendo unos papeles que llevaba en la mano— Con esto podremos conseguir las huellas de Rivero y una muestra de ADN de Ferro.

—¡Perfecto! Será mejor que nos dividamos el trabajo. Ocúpate tú de Ferro, mientras nosotros arrestamos a Rivero.

—Me quitas un peso de encima, Salazar —reconoció Manuel—. No me hacía mucha gracia detener a ese joven después de lo que han pasado sus padres.

—Lo sé. A mí tampoco me gusta, pero es necesario.

Mientras Manuel se marchaba en dirección a la joyería para conseguir la muestra de ADN de Roque Ferro, Néstor y Sofía se encaminaron al hospital, después de llamar a la comisaría para que enviaran un uniformado con los utensilios necesarios para el fichaje de Felipe. Ya el joven Rivero se encontraba en la habitación, bajo los cuidados de su madre. Sofía y Néstor lamentaban tener que darle un nuevo disgusto a Isaura, pero no tenían alternativa.

—¡Inspector, subinspectora! ¿En qué podemos ayudarlos? —preguntó la señora Rivero en actitud protectora, como si intuyera la razón por la que estaban allí.

—Disculpe, señora, pero tenemos una orden de detención contra su hijo.

—¿Orden de detención? ¿Contra Felipe?, pero ¿por qué? —quiso saber, mientras se interponía delante de los policías.

—Por favor, señora, permítanos pasar —le ordenó Néstor con expresión seria. Isaura se apartó al comprender que no ganaría nada oponiéndose.

—¿Qué ocurre? —preguntó Felipe, al ver como su habitación se llenaba de policías.

—Felipe Rivero, quedas detenido por «Simulación de delito.»

—¿Simulación de delito? ¿A qué se refiere?

—Declaraste que tus heridas habían sido consecuencia de un accidente de motocicleta. Que colisionaste contra un coche.

—Y así fue.

—No es lo que encontramos durante nuestras averiguaciones.

—¿Investigaron eso? ¿Es que no tienen nada mejor que hacer?

—De haber ocurrido un accidente era nuestro deber detener al conductor del coche, pero nos mentiste, lo cual es un delito.

—¡No pueden llevárselo a la cárcel! —protestó su madre llorando—. ¿No ven que está malherido? ¿Es que no tienen corazón?

—Descuide. En consideración a su actual estado de salud, no será trasladado a prisión. Solo colocaremos un guardia en la puerta de la habitación.

—Llamaré a mi esposo para que busque un abogado —amenazó Isaura —. ¡Esto es inaudito!

—Adelante, señora Rivero, pero hasta entonces debemos ejecutar la orden del juez —argumentó Néstor—. Sargento, por favor tome las huellas del detenido para los archivos.

Capítulo diecisiete.

Después de obtener las huellas de Felipe, los policías decidieron encaminarse al departamento de dactiloscopia en la Jefatura Superior. Si bien era casi imposible que el sospechoso pudiera huir en sus condiciones actuales y con un guardia en la puerta, también era indudable que les urgía comprobar si estaban en lo cierto en cuanto al secuestro de Ismael. Además, ambos eran conscientes de que la acusación por «Simulación de delito,» no se sostendría mucho tiempo. Cualquier abogado la dejaría sin efecto con un par de argumentos. Y ya el chico estaba sobre aviso de que iban a por él. Si tenía dos dedos de frente habría comprendido que la acusación de la Policía había sido solo una excusa para conseguir sus huellas con respaldo legal.

Como siempre, el departamento de dactiloscopia bullía con mucho trabajo y pocos técnicos para atenderlo. Después de saludar a los que se iban percatando de su presencia, Néstor se encaminó en dirección a un hombre entrado en años y en kilos, con una calvicie más que incipiente. Mantenía los ojos pegados al ordenador, en cuya pantalla se podían ver dos huellas de pulgares. Martín Paredes era el jefe del departamento y el más experimentado. Pese a que ya existían programas informáticos que permitían la comparación de las huellas, él no terminaba de fiarse de un ordenador para que realizara la tarea en la que se había dejado la piel toda la vida, así que siempre hacía una comprobación «a la antigua» de los resultados del flamante ordenador.

—Hola Martín. ¿Cómo va la vida?

—¡Néstor! Qué bueno verte otra vez por aquí. ¿Cómo está subinspectora?

—Lamentamos interrumpirte, Martín. Sabemos que tienes mucho trabajo, pero…

—…te urge que haga una comparativa.

—Más o menos.

—Vosotros los detectives siempre con vuestras prisas. ¿Sabes cuántos casos urgentes tengo pendientes?

—Se trata del secuestro del niño Rivero.

—¿No lo habíais cerrado cuando encontrasteis al portero aquel que se suicidó?

—El asunto es un poco más complejo —explicó Salazar—. Hay cómplices que pretendieron librarse con la muerte de ese sospechoso.

—Así que el caso no está cerrado.

—Tus chicos encontraron una huella en el coche de Bastos que no correspondía ni a él, ni a la víctima.

—¿En un coche? Podría ser de cualquiera a quien le hubiera dado un aventón.

—O de un cómplice de Bastos. Tenemos aquí las huellas de un sospechoso. Si resultan positivas no creo que pudieran explicarse por un aventón, pues aparecieron en la parte interna del maletero.

—De acuerdo. Dejadme buscar esa huella que encontramos y dadme la que traéis para poder compararlas.

Sofía entregó la ficha con las huellas de Rivero. Martín las escaneó e inició la búsqueda del archivo del caso del secuestro de Ismael. Al cabo de pocos segundos aparecieron en la pantalla dos huellas y en la parte inferior un recuadro verde con la palabra POSITIVO.

—Aquí lo tienes. Tu sospechoso tocó en algún momento el coche del secuestrador, pero espera, que yo siempre compruebo. Lo que se está jugando es la libertad de un ciudadano.

Paredes imprimió las huellas que aparecían en la pantalla e hizo las comprobaciones que consideró necesarias sobre el papel. Después de un par de minutos, levantó la mirada.

—Es definitivo. Ambas pertenecen a la misma persona. ¿De quién se trata?

—Del hermano del secuestrado.

—¡Dios nos proteja! —exclamó el perito.

Con las pruebas en la mano, ambos policías se encaminaron al juzgado, donde el juez atendió su solicitud de imputar a Rivero por el secuestro de Ismael. Con esta nueva orden regresaron al hospital. Les urgía interrogar a Felipe. Cuando llegaron, allí los esperaba Jorge Rivero, junto a Isaura y un abogado al que habían llamado. A Salazar no le sorprendió que se tratara de David Roig, mejor conocido como Volcán.

—¿Cómo tienen el descaro de regresar después del exabrupto que han cometido? —, fue el saludo del señor Rivero.

—¿Es que no le han hecho ya suficiente daño a esta familia? —preguntó Isaura—. ¿Qué más quieren de nosotros?

—Lo que han hecho aquí no tiene nombre —añadió el abogado con el ceño fruncido—. Me ocuparé personalmente de que haya consecuencias por esta persecución injustificada contra el señor Felipe Rivero, quien después

de haber sido víctima de un accidente que lo ha postrado, tiene que soportar el acoso policial que lo acusa de haber mentido. Habrá consecuencias. En especial para usted, inspector Salazar. No descansaré hasta conseguir que lo penalicen por esto.

¡Joder, que recibimiento! Sin embargo, ninguno de los policías se sorprendió. Ya se lo esperaban. Néstor suspiró antes de volver a encararse con el abogado.

—Existen nuevos cargos contra el señor Felipe Rivero aquí presente, abogado.

—¿Qué quiere decir con eso, inspector?

Néstor le entregó la nueva orden de Aristigueta.

—¿Qué es esto? El turno de guardia del juez Aristigueta terminó hace dos horas. Quien está a cargo ahora es el juez Velasco.

—Tiene usted muy claros los turnos de los jueces, abogado, pero en este caso es irrelevante quién esté de guardia. No se trata de un caso nuevo, sino de uno ya abierto. El secuestro de Ismael Rivero.

Tanto Jorge, como Isaura dieron un respingo por la sorpresa. El señor Rivero abrió la boca para protestar, pero el abogado se le adelantó.

—Peor me lo pone, inspector —argumentó Roig, con un tono que reflejaba alivio—. El secuestro de Ismael Rivero es un caso del juez Velasco.

—Que fue cerrado por él cuando se encontró el cadáver de Roberto Bastos. Ha sido reabierto por el juez Aristigueta por su evidente relación con el asesinato de Pedro Calcaño, uno de sus casos.

—¿Qué relación puede tener el secuestro de Ismael Rivero con el asesinato de un ex convicto? —discrepó el abogado.

—El señor Pedro Calcaño participó en el secuestro del hijo del comisario Ortiz, cuyo objetivo fue extorsionarlo para impedir que continuara investigando la retención ilegal y homicidio de Ismael Rivero.

—Entonces ahí tiene a los culpables de ambos secuestros —argumentó Roig—. Bastos y Calcaño.

—No, señor. Tenemos la certeza de que Calcaño no estuvo involucrado en el primer secuestro. También contamos con evidencias de la participación del señor Felipe Rivero en el secuestro de Ismael.

—¡Noooooo! —gritó Isaura, mientras su esposo la rodeaba con los brazos—. ¡Eso no es posible! ¡Está mintiendo! ¡Quiere destruir esta familia,

por eso miente! ¡Felipe, dile por favor que tú no tuviste nada que ver con lo que le pasó a tu hermano!

Felipe Rivero permanecía en su cama, tan pálido que tenía menos color que las sábanas que lo cubrían.

—Yo… No tuve nada que ver con el secuestro del hijo del Policía —atinó a decir.

—Como tu abogado, te aconsejo que no digas una palabra más, Felipe.

—Señores Rivero, les agradecería que esperaran afuera —les pidió Néstor, sintiéndose un canalla por lo que les estaba haciendo pasar a esos padres. Luego se recompuso. Al igual que con Domingo González, él no era culpable del desenlace de la situación. Había sido el mismo Felipe Rivero, quien al secuestrar a su propio hermano y ponerlo en peligro, había sometido a sus padres a padecer un infierno. Él como policía, solo hacía su trabajo. Jorge arrastró con suavidad a su esposa fuera de la habitación. Isaura, como era de esperar iba llorando.

—Muy bien, estarán ustedes contentos. Acaban de destrozar esa familia.

—Nosotros no secuestramos a su hijo —respondió Néstor—. Señor Rivero, le conviene confesar y delatar a sus cómplices.

—¿Confesar qué? Yo no he hecho nada y no sé de qué cómplices me habla —respondió, mientras miraba de reojo a su abogado.

—Encontramos sus huellas en el coche del señor Bastos —le reveló Salazar—. El mismo coche que se utilizó para el secuestro de Ismael y que causó su muerte.

—Bastos era portero en los juzgados. Felipe también los visita como pasante. En alguna ocasión Roberto pudo haberle dado un aventón.

—No creo que un aventón explique una huella en la parte interna del maletero —discrepó el inspector. Felipe palideció todavía más.

—Pudo guardar algo en el maletero —aventuró el abogado.

—¿Algo cómo qué? ¿Un bolso de mano? No es necesario abrir el maletero de un coche para llevar un bolso de mano durante un aventón. ¿Lo ayudó el señor Bastos con alguna mudanza, o lo llevó en su coche a emprender un viaje, lo que ameritaría una maleta? Si es así, dígalo ahora, señor Rivero, pero recuerde que al igual que en el caso del falso accidente, comprobaremos todo lo que afirme. Y si lo pillamos mintiendo, su situación no hará sino empeorar.

—No…Eh.

—No tienes que responder a eso, Felipe. Recuerda que puedes acogerte a tu derecho de no incriminarte.

—En ese caso, asumimos que no piensa colaborar.

—No.

—Como usted desee. Enviaremos los recaudos al juez Aristigueta —sentenció Salazar, remarcando el nombre del juez—, también hablaré con su médico para que nos indique cuándo le darán el alta y así poder trasladarlo a prisión preventiva.

—¿No estará hablando en serio? —preguntó Felipe, quien aún no asumía lo que estaba ocurriendo.

—Me temo que hablo muy en serio.

Capítulo dieciocho.

Cuando regresó a su casa por la noche, Néstor ya no podía ni con su alma. Después del rifirrafe con el abogado de Felipe Rivero, él y Sofía habían regresado a la comisaría, donde se encontraron con la sorpresa de que Roque Ferro había confesado su participación en el robo de la joyería, al confrontarlo con las pruebas circunstanciales que ya tenían y saber que esperaban los resultados del ADN de un cabello encontrado junto al butrón, del lado de la casa vecina. El joven se vino abajo cuando lo supo, pues anticipó el resultado de la prueba. El mismo día en que se había llevado a cabo el robo, Vilaró lo había contactado para decirle que sabía acerca de la debilidad de la bóveda y que estaba dispuesto a compartir el botín con él, si le señalaba con exactitud el lugar donde debía usar la cortadora. También le advirtió sobre un tercer cómplice, que era la persona que había planificado el robo, y quien se llevaría el cincuenta por ciento del botín. Ante lo desigual del reparto, Roque se quejó, pero Vilaró le explicó que lo que justificaba ese porcentaje no era la planificación en sí, sino que su socio era el único que podía garantizarles impunidad después de cometido el robo.

Ante semejante planteamiento, Roque aceptó. No le importó si aquello arruinaba a su padre, pues había muy mala relación entre ellos. Gervasio Ferro había contraído segundas nupcias después de cinco años del divorcio con la madre de Roque y tenía un hijo del segundo matrimonio. Ante los crecientes problemas que le ocasionaba su hijo mayor, Gervasio había decidido desheredarlo en beneficio de su hermanastro. De manera que el robo, además del interés por el botín, era una forma de Roque de vengarse de su padre.

La confesión de Ferro había puesto a pensar a Salazar. Era evidente que el tercer cómplice era el abogado que estaba incurso en los dos secuestros y en los asesinatos de sus propios socios, quien tenía noticias acerca de la debilidad de la bóveda por las consultas que le había hecho Elvira, por lo cual Néstor estaba seguro de que se trataba de uno de los cuatro «compañeros,» abogados de oficio, de los que sospechaban. Lo que no terminaba de comprender era cómo un abogado podía garantizar la impunidad de nadie. En todo caso podría ofrecer una buena defensa, pero para un sujeto experimentado como Vilaró, eso no hubiera sido suficiente como para ceder la mitad del botín.

Salazar llegó a su casa con esas dudas rondándole la cabeza, y algunas más. ¿Cómo podrían identificar al evasivo autor intelectual? Era el que estaba incurso en todos los delitos, pero tan escurridizo que aún no habían podido atribuirle ninguno, ni de lejos. Algo se les escapaba. Cuando abrió la puerta, Paca corrió a enredarse entre sus pies como solía hacerlo, lo cual le causó a Néstor una agradable sensación de normalidad. Era evidente que ya la gata lo había perdonado y no estaba enfadada con él. Era un alivio, porque había que ver la mala leche que tenía la felina. El inspector le hizo un par de caricias para saludarla y miró en dirección al comedero. Gyula, como siempre, le había puesto su ración de pienso y agua fresca. Néstor ya había picado algo en «La Callecita,» así que después de quitarse el gabán, dejarlo en su cesta, tomar un vaso de agua y dejar el móvil sobre la mesa de centro, se recostó en el sillón para descansar un rato.

Paca subió al sofá, acomodándose en el hueco que quedaba entre el cuerpo de su humano y el respaldo, para que él le acariciara el lomo. Ya Néstor comenzaba a echar de menos ese ritual, que en los últimos días no habían podido cumplir. Le parecía extraño que después de tantos años viviendo solo, el simple hecho de compartir su casa con un ser vivo, de acariciar el suave lomo, de preguntarse con qué nueva travesura se encontraría, le proporcionara tal estado de relajación. Ni el yoga. Aunque tenía que reconocer que nunca lo había intentado. Solo pensar en anudarse como hacían quiénes lo practicaban, ya sentía dolor en las articulaciones. Prefería la quieta compañía de Paca, aunque algunas veces no resultara tan quieta.

—Te confieso, Paca, que este caso me tiene desconcertado.

—Maaauuuu.

—Sí, ya sé que hemos avanzado. Lo que es más importante, conseguimos rescatar a Lucas sano y salvo, pero no es suficiente. Si no atrapamos a este individuo seguirá haciendo daño.

—Meeeeuuuu.

—Por supuesto que no me voy a dar por vencido. ¿Sabes? Hay algo que me molesta entre lo que descubrimos hoy.

—Meeeeuuuu.

—¿Quieres saber qué es? La seguridad con la que Vilaró afirmó a Roque que no habría consecuencias por el robo. Que tenían garantizada la impunidad. ¿Cómo puede asegurar eso un abogado de oficio? ¿Y sabes qué más?

—Miaaaauuuu.

—La actitud del joven Rivero. Estaba aterrorizado.

—Pfffff —bufó Paca, pues Salazar había dejado de acariciarle el lomo para gesticular.

—Lo lamento. Me distraje. Como te decía, Felipe Rivero tenía miedo, pero no creo que fuera solo por su inminente detención. No hacía sino mirar de reojo a su abogado, como si temiera su reacción.

—Rrrrrrrr —ronroneó la gata, cuando Néstor volvió a acariciarla.

—Luego está la filtración sobre la detención de Bastos. ¿Cómo lo supo el secuestrador? No es una información que se ande pregonando por ahí. ¿Sabes qué? Yo creo que el juez Velasco, o su secretaria tienen mucho que explicar.

—Meeeuuuu.

—Desde luego que no exagero. En este asunto hay gato encerrado.

—Maaaauuuu.

—Perdona. Supongo que es un tópico que debe resultarte desagradable, aunque te veías muy graciosa embadurnada con aceite —comentó el inspector, con una sonrisa.

—Meu.

—Está bien, cambiemos el tema. También me preocupa cómo vamos a identificar al autor intelectual de todos estos delitos. ¿Se te ocurre a ti alguna idea?

—Rrrrr —ronroneó Paca, acomodándose mejor en el hueco, mientras Salazar se iba quedando traspuesto.

Al cabo de unos minutos sonó el móvil que había dejado sobre la mesa, despertándolo. Se incorporó asustado y al hacerlo molestó a Paca, que también se había quedado dormida. La gata saltó del sofá con un bufido, después de dejarle un arañazo de regalo a su humano por su falta de consideración.

—¡Coño, Paca! ¡Que no fue mi culpa! ¡Joder, que mala leche tiene esta gata!

Salazar cogió el móvil. Era número equivocado. Se acordó de mala manera de la madre de Graham Bell y se disponía a buscar el botiquín para desinfectar la herida, pues al haber perdido el bazo era más propenso a las infecciones. Ya Paca se había acomodado en su cesta, mirándolo con ojos malhumorados. Cuando volvió a colocar el teléfono sobre la mesa, una idea le cruzó la cabeza.

—¡Eso es! Cómo no se me había ocurrido antes. ¡Bendito seas, Graham Bell!

Con el ánimo renovado, Néstor se dispuso a acostarse. Paca lo siguió con la intención de reclamar sus nuevos derechos sobre la cama.

Capítulo diecinueve.

Al día siguiente, Néstor se levantó temprano ayudado por Paca, quien saltó sobre él con la intención de que le sirviera un refrigerio mañanero.

—¡Pero qué cara más dura tienes! Después del arañazo que me diste ayer vienes a buscar concesiones. ¿Te parece bonito tu comportamiento? —le preguntó él con el ceño fruncido.

—Maaaauuuu —maullido lastimero, acompañado de mirada inocente. No tenía escapatoria.

Después de ducharse, afeitarse y vestirse, Néstor sirvió un poco de leche en el plato de la gata. Por suerte, el móvil permanecía silencioso encima de la mesa. A ningún comisario mayor se le había ocurrido tocarle las narices esa mañana. Bien. Eso significaba que tendría tiempo de tomar un desayuno decente en el bar de Gyula. Después de hacer una revisión del piso, para asegurarse de que no había espacios donde Paca pudiera quedar atrapada, se puso su gabán y salió a la calle.

Hizo una parada en «La Callecita,» donde se recompensó con un par de tazas de café y unas porras. Estaba de buen ánimo porque tenía claros cuáles serían los siguientes pasos que tomaría con respecto al caso. Llegó el primero a la comisaría, así que comenzó a redactar el informe para el juez. Al cabo de media hora lo siguió Lali, y quince minutos después, Santiago.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó Néstor a su hermano, pues por lo general era el último en llegar a la comisaría, después de dejar a los gemelos en la escuela.

—Que te puedo decir. Desde que estoy «de rodríguez» la casa me queda grande.

—Se comprende. ¿Los echas de menos?

—¿A Carmela y a los gemelos? Mucho. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Vivo con una gata terrorista.

—Ya —respondió Santiago, sin saber bien a qué se refería su hermano.

—Además, anoche tuve una idea acerca del caso y no quería perder tiempo para ponerla en práctica.

—Eso me interesa. ¿Qué idea?

—Calcaño. Cuando se le escapó a Manuel acudió a por ayuda con el sujeto que buscamos…

—Y el tío lo subió al coche, lo llevó a un viñedo y le disparó a sangre fría —completó la idea el comisario—. ¿Adónde quieres llegar?

—Calcaño tenía un móvil.

—Cómo casi todos. ¿Y qué?

—Un móvil que podemos rastrear —afirmó Salazar con satisfacción.

—¡Joder! Pues tienes razón.

—¿Solo veinticuatro horas lejos de Carmela y ya sueltas tacos, Santiago? —lo chinchó el inspector—. Poco te duran las buenas influencias.

—No me toques las narices, Néstor. Has tenido una gran idea. ¿Eso que tienes ahí es para el juez?

—Un informe para solicitarle que nos dé una orden que permita triangular las coordenadas del móvil de Calcaño la noche de su muerte.

—Genial. Mantenme informado.

—Desde luego. ¿Tienes noticias de la familia?

—Lo están pasando muy bien en Tenerife. Les está haciendo un tiempo maravilloso y los gemelos no salen de la playa, pero...

—Eso les ayudará a olvidar el mal rato. ¿Cuál es el problema?

El comisario suspiró antes de responder.

—Carmela me cuenta que ayer Lucas se despertó a media noche asustado y se metió en la cama de su hermano. Amanecieron abrazados. Cuando le preguntó por qué había hecho eso, le dijo que no quería que lo volvieran a separar de Sebas, como cuando tuvo anginas. Carmela me dijo que tuvo que esforzarse para que no la vieran llorar.

—Pasará. Las primeras semanas son las más difíciles, pero terminará siendo solo un mal recuerdo.

—Hablas como si supieras…

Santiago guardó silencio, al comprender que lo que acababa de contarle a Néstor, le había traído recuerdos de cuando él mismo perdió al hermano de ambos, Gabriel, con quien Néstor se había sentido bastante unido.

—Lo lamento.

—No hay por qué. Todo terminó bien para los gemelitos, que es lo que importa. Y al hijo de puta que os hizo esto lo atraparemos pronto.

—Quiero pedirte algo, Néstor.

—Tú dirás.

—Cuando lo atrapemos, quiero que me dejes a solas con él por unos minutos.

Salazar sintió un escalofrío en la espalda, solo de pensarlo.

—Ni lo sueñes, Santiago. Estás muy involucrado. Te prometo que lo atraparemos pronto, pero no me pidas que te deje solo con él.

—Está bien. No me complace, pero lo comprendo. Tenía que intentarlo.

Salazar asintió y continuó su trabajo. Antes de marcharse llamó a Diji, lo invitó a tomar un café en el bar de Gyula y le hizo un encargo, encomendándole ante todo discreción. Después de jurarle que no se trataba de ninguna jugarreta, el receloso subinspector aceptó. ¡Había que ver lo desconfiada que era la gente! ¡Con lo cristalino que él era siempre! Diez minutos después había terminado el informe y salía en dirección a los juzgados. Aristigueta, por supuesto, no le puso ningún reparo. Lo que solicitaba era lógico en la consecución de la investigación. Además, ya Calcaño no se quejaría de que estuvieran violando su privacidad.

De los juzgados se dirigió a la compañía telefónica que tenía contratada la víctima, explicó lo que quería y sus motivos al gerente, le entregó la orden y al cabo de diez minutos lo llevaron a una sala, donde una mujer muy elegante lo recibió.

—Es usted el inspector Néstor Salazar, según me dijo el gerente.

—Sí, señora. Y usted es…

—Soy Marisa Araya y estoy encargada del control informático de las torres de repetición.

—Suena como un trabajo difícil.

—Eso depende. Me dice mi jefe que necesita saber dónde estaba un teléfono móvil en un momento determinado.

—Así es. El dueño del teléfono fue asesinado esa noche y esperamos seguir sus pasos para encontrar a su asesino.

—En ese caso, pongamos manos a la obra. ¿Puede decirme la fecha y la hora?

Néstor le proporcionó los datos que le pedía. Sintió curiosidad.

—¿Puede explicarme un poco de qué va esto? - le preguntó a la mujer.

—En pocas palabras, hay antenas por toda la ciudad, de hecho, por todo el mundo. Los móviles están diseñados para ubicar las antenas más cercanas y conectarse con ellas, con el fin de ser receptivos a cualquier potencial llamada.

—¿Es lo que implica tener cobertura?

—Es correcto. Puedo determinar la posición de cualquier móvil triangulando su conexión con las antenas más cercanas.

—¿Aunque no esté en uso?

—Incluso aunque esté apagado. Solo escaparía a mi rastreo si le hubieran retirado la batería.

Néstor no pudo evitar una leve sensación de paranoia y miró a su espalda. A la señora Araya no se le escapó el gesto.

—Sí. Yo a veces siento lo mismo. Bien, aquí lo tenemos. Esa noche, el señor Calcaño permaneció algunas horas en el casco central, luego se dirigió en dirección a la calle «La Virgen», a esta altura. Después de unos minutos se desplazó por la 212 y allí se detuvo. ¡Qué extraño! En ese lugar solo hay viñedos.

—Fue allí donde lo asesinaron.

—¡Por Dios! ¿Le sirve esta relación de la ruta seguida por el móvil, inspector?

—Me resulta de enorme utilidad, señora Araya. Le estoy muy agradecido.

La información que le proporcionó la telefónica hizo que algunas piezas del puzle comenzaran a encajar. La zona donde Calcaño había acudido en busca de ayuda estaba muy cerca del lugar donde Felipe Rivero había recibido la paliza. Néstor estaba seguro de que el motivo había sido una deuda de juego y en esa zona solo había un garito que merecía la pena mencionar.

Salazar llamó a Sofía usando su móvil y le pidió que se encontrara con él cerca del club de Mandrake.

Capítulo veinte.

Néstor llegó a la calle «La Virgen» al cabo de media hora. Aparcó el «Corsa» y esperó a su compañera, que arribó pocos minutos después en una patrulla. Sofía se despidió de los agentes que le dieron el aventón, localizó el coche de la comisaría y subió al asiento del pasajero.

—Hola. ¿Qué es lo que venimos a hacer que no podías contármelo por teléfono?

—Hola. Perdona lo misterioso, pero prefiero decírtelo en persona.

Salazar puso al día a Sofía con respecto a lo que había averiguado en la compañía telefónica.

—¿De manera que fue aquí donde vino Calcaño después de escapársele a Manuel?

—Las coordenadas de triangulación de su móvil lo ubican en esta zona.

—A menos de media manzana fue donde le dieron la golpiza a Felipe Rivero.

—Así es. Esa paliza tiene la firma de los acreedores por juego.

—Y el garito ilegal más cercano es el de Mandrake —remató Sofía, al comprender la vía de razonamiento de su jefe.

—Es correcto.

—Así que fue por eso que me pediste que revisara las últimas demandas por desorden público en esta zona.

—¿Encontraste alguna denuncia pertinente? No podemos ir con las manos vacías. Lo negarían todo y no tendríamos forma de presionarlos, pues Rivero no solo no ha reconocido que recibió una paliza, sino que lo más probable es que nunca lo haga, por miedo.

—Pues estamos de suerte. Al día siguiente de la golpiza entró la denuncia de una vecina —La subinspectora sacó una ficha de papel del bolsillo de su chaqueta—. Su nombre es Teodora Orellana. Es jubilada y vive en el segundo piso del 21 de la calle «La Virgen.» Denunció que había presenciado cómo dos hombres golpeaban sin misericordia a un joven en el callejón que se ve desde su casa.

—¿Por qué no fuimos notificados de esa queja, siendo tan relevante para nuestro caso? —preguntó Néstor, comenzando a cabrearse.

—Lali se deshizo en disculpas después de que le hice la misma pregunta cuando me enteré. Al parecer, la señora Teodora es veterana en esto de poner denuncias. Se queja casi todas las semanas. En una oportunidad llamó a la comisaría porque en su calle se reunía una peligrosa banda de distribuidores de droga. Cuando los agentes fueron a investigar, se encontraron con un grupo de adolescentes que se escondían en el callejón para fumar cigarrillos a espaldas de sus padres y maestros. Todas las quejas que ha puesto son del mismo estilo. En fin, que le aplicaron el cuento de «ahí viene el lobo.» Cuando puso la denuncia, todos pensaron que se trataba de una riña a gritos, o algo así. Nadie la tomó en serio.

—Comprendo. En ese caso, creo que le daremos una pequeña alegría a la señora Orellana al proporcionarle el protagonismo que tanto desea. ¿Trajiste las fotografías que te pedí?

—De Mandrake y Pitbull, su portero. Están aquí, junto a las de otros tres sujetos con antecedentes que no tienen nada que ver con este caso. También traje una fotografía de Felipe Rivero.

—¡Magnífico! Entonces vamos a visitar a la bien intencionada Teodora.

Néstor y Sofía se apearon del coche, encaminándose a entrevistar a la puntillosa vecina. El edificio estaba bastante bien conservado. Después de llamar a la puerta de la señora Orellana, les abrió un anciano casi calvo, con un periódico en una mano y las gafas en la otra. A Salazar le dio calor solo por verlo con jersey de punto en pleno mes de junio. Pero quién era él para criticarlo, cuando llevaba puesto su sempiterno gabán.

—No compro suscripciones, ni tengo intenciones de convertirme a ninguna religión —les espetó en cuanto los vio.

—Ni es nuestra intención —respondió Néstor comprensivo, mientras sacaba su identificación—. Policía. Estamos aquí por una denuncia que puso la señora Teodora Orellana.

—¿No me diga que la policía le está haciendo caso a la loca de mi mujer? ¿Es qué no tienen trabajo de verdad para ocuparse?

—¿Aureliano, quién es? —se oyó una voz a la espalda del anciano, desde el interior del piso.

—Pues ahí la tienen. Pasen, pero no digan después que no estaban advertidos.

Los policías se miraron entre sí y entraron, con la misma precaución que si se internaran en una jaula de leones. El piso olía a cocido que tiraba para atrás. Sofía casi podía sentir la grasa impregnándose en sus fosas nasales.

Del fondo del pequeño apartamento salió una mujer bajita y con un poco de sobrepeso, el cabello teñido de rubio oscuro recién salido de una peluquería, con un vestido floreado que contrastaba con la elegancia del peinado y un delantal que había conocido mejores tiempos.

—¿Quién es nuestra visita, Aureliano?

—Aquí la tienen —les dijo el hombre a los recién llegados—. Esta es mi mujer. Dora, estos policías quieren hablar contigo.

—¿Policías? —preguntó Teodora, sin poder disimular su emoción.

—Sí, señora. Soy el inspector Salazar y mi compañera es la subinspectora Garay. Estamos aquí por la denuncia que hizo acerca de una paliza de la que fue testigo hace dos días.

—¿Y enviaron a dos inspectores por mi denuncia? —preguntó la señora Orellana, llevándose la mano al pecho—. Siempre habían venido agentes.

—Es probable que lo que usted presenció tenga relación con un caso que estamos investigando —explicó Néstor.

—¿Un caso importante? ¿Qué tipo de caso?

—Me temo que no podemos proporcionarle esa información —se apresuró a responder Salazar. Por un momento temió que si Teodora llegaba a conocer la verdad pretendería involucrarse en la investigación. Era evidente que esa señora había visto demasiados capítulos de «Se ha escrito un crimen.»

—Por supuesto, comisario. Tienen ustedes que mantener el «secreto sumado» ese.

—El secreto del sumario. Sí, eso es.

—Pero por favor siéntense. ¡Aureliano! No te quedes ahí como un pasmarote. Ofréceles algo, hombre. No sé. ¿Les provoca un vino, una copita de chinchón? Acabo de hacer una jarra de zurracapote con la receta de mi madre que no es por alardear, pero es el mejor de toda la Rioja. ¡Ah, no, claro, que estarán de servicio y no podrán beber! ¿Café, galletas? Aureliano, ¿por qué no bajas a la pastelería y traes unos fardalejos?

—Señora, no se preocupe —la interrumpió Néstor—. Le agradecemos sus ofrecimientos, pero no es necesario que se moleste.

—Pero si no es molestia, joven.

—Disculpe si declinamos sus ofertas, pero tenemos que darnos prisa —se excusó Salazar, procurando mostrarse agradecido—. Ya sabe, el cumplimiento del deber. No podemos demorarnos demasiado. Solo hemos

venido para que nos proporcione usted información que podría ser de vital importancia para el caso que investigamos.

—Claro, por supuesto —respondió Dora, tomando aire para contener la emoción—. Perdónenme, es que es la primera vez que la Policía me toma en serio, cuando yo solo he querido ser una buena ciudadana.

—Por lo cual le estaremos eternamente agradecidos —sentenció Salazar rimbombante. Sofía lo miró de reojo. Después de aquello, lo más probable era que las denuncias de la señora Orellana pasarían a ser diarias en lugar de semanales. Compadecía a la pobre Lali, que tendría que procesarlas.

—Yo me voy para adentro —dijo Aureliano refunfuñando, mientras se ponía de vuelta las gafas y sacudía el periódico, preparándolo para retomar su lectura en el lugar donde lo habían interrumpido. A los pocos segundos desapareció en las entrañas del piso y no volvieron a verlo más.

Salazar y Garay se sentaron en un sofá protegido con un plástico. Dora tomó asiento frente a ellos en otro más pequeño.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarlos?

—En la denuncia a la que nos referimos, usted declaró que desde la ventana vio a dos hombres dándole una golpiza a un joven.

—Sí, fue desde esa ventana. Hace dos noches, creo. No podía dormir y de vez en cuando me asomaba porque la hija de mi amiga, la Paqui, salió temprano y no había regresado. Me preocupé. Ya sabe cómo están las calles y las malas compañías. El caso es que estaba mirando por la ventana cuando vi a tres hombres entrando al callejón.

—Uno de ellos el joven al que se refiere —puntualizó Sofía.

—Sí, ese iba adelante. Luego había uno grandote y detrás otro vestido de etiqueta. Este llevaba algo en la mano.

—¿Pudo haber sido un arma?

—No la vi bien, pero es lo que creo por la forma en que se comportaba el joven, que no hacía sino mirar hacia el objeto, como si tuviera miedo.

—¿Qué pasó después? —la animó Néstor.

—Cuando ya estaban en el callejón miraron a todos lados, como si quisieran comprobar que no había testigos. A mí no me vieron porque las luces del piso estaban apagadas y yo permanecía oculta por las cortinas. Entonces el grandote comenzó a golpear al joven, que se encogía para protegerse, mientras el tío de etiqueta miraba la escena sin moverse, hasta que le dio algo al matón. Creo que era un bate, con el que golpeó las piernas del pobre chico. Ya debía estar inconsciente por los golpes, porque ni

siquiera gritó, aunque los batazos fueron tan brutales que debieron romperle las piernas. Iba a llamar al 112, pero en cuanto los matones se marcharon aparecieron unos chavales y se hicieron cargo de auxiliar al pobre joven herido. La ambulancia llegó a los pocos minutos.

—¿Pudo ver bien a esos hombres?

—Hay una farola cerca y pasaron junto a ella antes de entrar al callejón.

—¡Excelente, señora Orellana! Hemos traído unas fotografías con nosotros. Nos gustaría que nos dijera si reconoce alguno de estos hombres.

Sofía desplegó las fotos de los sospechosos y la del joven Rivero. Teodora las miró con detenimiento, luego respondió sin mostrar ninguna duda.

—Este es el joven que recibió la golpiza —dijo, señalando a Rivero—. Este es el gorila, y aquí está el bien vestido.

Teodora acababa de identificar a Mandrake y a Pitbull.

—¡Es usted una excelente observadora, señora Orellana! —la alabó Néstor—. Ahora quisiera pedirle un favor.

—Usted dirá, comisario.

—Eh,,, De momento soy solo inspector, pero ¿podría usted acudir a la comisaría y hacer una declaración completa sobre esto?

—Pero si ya la hice.

—Sí, claro, la hizo como una buena ciudadana que avisa sobre un delito que presenció. Esta vez la hará como testigo de un caso importante.

—Será un placer, comisario.

Capítulo veintiuno.

Salieron del piso de los Orellana en dirección al club de Mandrake. Antes de llegar decidieron pedir refuerzos y esperar una patrulla con dos agentes para que los apoyara en la detención de los maleantes. Además, los agentes debían recoger la orden de busca y captura que ya Aristigueta debía estar firmando. Salazar le había puesto al día con las novedades por teléfono. La declaración de la señora Orellana y el reconocimiento positivo de las fotografías, les proporcionaban la suficiente seguridad para actuar inmediatamente. No había tiempo que perder. Caminaron despacio por una zona peatonal en la que había bancos a la orilla de la calle, frente a los comercios. Néstor sintió, más que escuchó, el ronroneo de un motor a sus espaldas. Volteó a tiempo para ver un «Seat León» de color azul metalizado que se embalaba hacia ellos. En un movimiento reflejo, abrazó a Sofía y se lanzó con ella al suelo, apartándose del camino del coche. En su caída encontraron uno de los bancos y rodaron sobre él, para caer al suelo del otro lado. Néstor sintió el impacto del golpe contra el suelo en su costado derecho, que repercutió con un dolor agudo en el lado izquierdo, donde había recibido el balazo. Quedó sin aliento, con Sofía encima de él, tratando de comprender qué era lo que había pasado.

El coche derrapó y aceleró después de sobrepasarlos. El banco había servido de barrera improvisada para protegerlos. Sofía levantó la mirada para fijarse en la matrícula del «Seat». Luego se volvió hacia su jefe.

—¡Néstor! ¿Estás bien?

Salazar asintió, todavía incapacitado para hablar.

—¿Estás seguro? Se te ve muy pálido, el golpe fue muy fuerte y tus heridas…

—Estoy bien —afirmó con la voz entrecortada, mientras se incorporaba del suelo—. ¿Cogiste la matrícula?

—7452 KLT

—Llama a Manuel y que la investigue.

—De acuerdo. ¿No quieres que pida una ambulancia? Caí con todo mi peso sobre ti.

—Te digo que estoy bien —repitió, poniéndose de pie con cuidado—. ¡Joder, qué tortazo!

—Esto no fue un conductor imprudente.

—Por supuesto que no. Estamos en una zona peatonal. Ese hijo de puta venía a por nosotros.

—¿Quién puede ser tan estúpido para atentar contra dos policías?

—Alguien que está tan seguro de gozar de impunidad que se atreve a secuestrar al hijo de un comisario.

—¿El autor intelectual de los secuestros?

—No se me ocurre mejor candidato.

—¿Por qué piensas que goza de impunidad?

—Por las declaraciones de Ferro acerca de lo que le dijo Vilaró. Sin embargo, no creo que goce de impunidad, sino que él está convencido de ello. Es probable que no sea la primera vez que se pasa de la raya y hasta ahora no ha tenido mayores consecuencias.

—¿Eso te sugiere algo?

—Algunas ideas, pero concentrémonos en nuestro objetivo inmediato —dijo Salazar comenzando a andar. No pudo evitar cojear un poco.

Decidieron esperar en un bar cercano. Aunque ninguno de los dos creía que volverían a atentar contra ellos, tampoco era cuestión de exponerse sin necesidad. Cuando llegaron los uniformados se encaminaron al club de Mandrake, que a aquella hora estaba cerrado al público, por supuesto.

El bar nocturno que servía de fachada para las timbas se encontraba en una callejuela estrecha que comunicaba dos calles principales. Se accedía al local por una pequeña puerta de madera que pasaba desapercibida con facilidad. Néstor la golpeó. Un momento después abrió un sujeto enorme, que era puro músculo.

—Salazar ¿Qué quieres? Ya sabes que no eres bienvenido aquí.

—Hola Pitbull. Yo también me alegro de verte. Mis amigos tienen algo para ti —le dijo, señalando a los guardias, que comenzaron a poner en práctica el protocolo para detener a un sospechoso peligroso. Un par de minutos después, Pitbull estaba camino del coche patrulla, esposado y lanzando maldiciones contra el inspector, que Salazar tenía que reconocer que nunca antes había escuchado. Así que tomó nota para cuando le pudieran resultar de utilidad.

Uno de los patrulleros se quedó con el guardaespaldas, mientras el otro regresaba al club para apoyarlos en la detención de Mandrake. Después de entrar, cruzaron la sala de baile como si aquella fuera su casa, Salazar llamó a la puerta del despacho hasta que le respondió una voz al otro lado.

—¡No me molestes, Pitbull! ¡Estoy ocupado!

—No soy tu mascota —respondió Néstor, abriendo la puerta—. Tendrás que dejar lo que estás haciendo porque nos vamos a comisaría. Y no me causes problemas, Mandrake. El marrón en el que estás metido ya es suficiente.

—¡Salazar! Soy un empresario de la noche. ¿De qué se me acusa?

—De darle una paliza a un joven que lo dejó baldado. Creo que califica como «agresiones.» Si nos estiramos un poco podríamos incluso llegar a «intento de homicidio.»

—No sé de qué me habla, inspector.

—Del joven Rivero.

—¿Puso una denuncia? —preguntó, sinceramente sorprendido.

—No, pero esta vez hay un testigo deseoso de declarar.

Veinte minutos después todos regresaban a la comisaría. Por suerte, el fuerte dolor que había sentido Salazar con el golpe fue remitiendo con lentitud. De la experiencia solo le quedaba una leve cojera. Se había torcido el tobillo, pero se daba con un canto en los dientes para lo que podía haber ocurrido. Sofía había salido indemne. Él le había amortiguado el golpe con el cuerpo. Cuando entró en la comisaría no pudo disimular.

—Néstor. ¿Qué te ha pasado? —le preguntó Santiago, preocupado.

El inspector y Sofía le informaron acerca de lo que habían averiguado y también sobre el atentado que sufrieron.

—¿Estás seguro de que estás bien? —Insistió su hermano—. Tal vez lo más prudente sería que te examinara el doctor Alvarado.

—¡Qué pesados sois! Que estoy bien. Vamos a lo nuestro.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber el comisario.

—Estoy seguro de que esos dos pájaros que acabamos de meter en la jaula son los acreedores de Felipe Rivero. De ahí la paliza.

—Eso está claro. ¿Piensas que Calcaño acudió a ellos?

—No. Son demasiado listos como para meterse en un secuestro. Y menos si involucra a un policía. Creo que Calcaño acudió al club porque sabía que encontraría allí al hombre que lo contrató. Después salieron en dirección al viñedo donde lo asesinaron. No tengo ninguna duda de que Mandrake sabe quién es nuestro secuestrador.

—¿Y cómo logramos que nos lo diga? —preguntó Sofía—. No creo que sea fácil intimidarlo.

—Veamos entonces si podemos engañarlo.

Después de trazar un plan de acción, Salazar subió a interrogar a Mandrake acompañado de Santiago. Su hermano mostraba una expresión de enfado que no le fue difícil adoptar. Solo tenía que recordar lo que les habían hecho pasar a él, a su esposa y sus pequeños hijos, para que verlo resultara una experiencia atemorizante. Hasta Néstor sintió miedo y se preguntó si llegado el momento podría controlarlo.

Entraron en la sala de interrogatorios, donde los esperaba Mandrake acompañado de Óscar Villalobos, su abogado, un tío conocido por defender a cualquiera que pagara sus tarifas, sin importar el tipo de delito del que fuera acusado. Por desgracia para los policías, se ganaba cada euro de sus abultados honorarios.

—Jacinto Pérez, mejor conocido como Mandrake —dijo Néstor al entrar.

—Es un nombre más artístico —respondió el interpelado con una media sonrisa.

—He revisado el caso y mi cliente ha sido ilegítimamente privado de su libertad con una acusación falsa —intervino el letrado.

—¿Falsa? ¿Le parece falsa la golpiza que dejó baldado al señor Felipe Rivero?

—Tengo entendido que el señor Rivero sufrió un accidente de motocicleta, según sus propias palabras —señaló Villalobos.

—Tenemos una testigo que afirma lo contrario.

—Una anciana con mala vista y mucha imaginación, mirando desde una ventana en la oscuridad. Además, la señora es conocida por interponer denuncias falsas solo para conseguir notoriedad.

—Vamos a dejarnos de tonterías, leguleyo —dijo Néstor, de repente.

—¡Cómo se atreve! —le espetó el abogado.

—El asunto es así. Pedro Calcaño, el hombre que secuestró al hijo del comisario, aquí presente, huyó de los oficiales que iban a detenerlo la noche en que fue identificado. La víctima fue un niño de seis años, quien ahora sufre crisis nocturnas de pánico como consecuencia de la experiencia,

—No es nuestra culpa que sus agentes sean incompetentes —dijo Mandrake, sintiéndose muy seguro de sí mismo. Villalobos le había prometido que no tenían nada concreto contra él y que lo sacaría en un pispas.

—El caso es que tenemos pruebas de que el señor Calcaño se dirigió a su club en busca de ayuda —afirmó Néstor, lanzándose un farol—. Minutos

después se desplazó por la 212 hasta un viñedo, donde fue asesinado por el hombre que lo había contratado.

—Todo eso es circunstancial —protestó el letrado.

—No. Tenemos pruebas.

—¿Adónde quiere llegar, inspector? —quiso saber Villalobos, cometiendo su primer error, porque era la pregunta que Salazar estaba esperando.

—Tenemos la certeza de que tú, Jacinto, contrataste a Pedro Calcaño para que llevara a cabo ese secuestro, y cuando acudió en busca de ayuda porque estábamos a punto de detenerlo, lo convenciste de que te acompañara, lo llevaste hasta un viñedo alejado de todo y le disparaste.

—Yo no he ordenado secuestrar a nadie —protestó Mandrake palideciendo.

—¡No hay ninguna evidencia de nada de eso! ¡Es circunstancial! —gritó el abogado—. Ningún juez le dará crédito a semejante historia.

—¿Y usted cree que a mí me importa lo que diga un juez? —preguntó Santiago acercándose al detenido, con el ceño fruncido—. Este hijo de puta secuestró a mi hijo de seis años y le causó daños psicológicos, quien sabe si permanentes. A mi esposa y a mí nos hizo pasar por un infierno. ¿Cree de verdad que lo que diga un juez me va a detener? —rugió con la cara casi pegada a la de Jacinto, que ya no parecía tan seguro de sí mismo. Hasta Salazar se asustó y puso la mano sobre el brazo de su hermano con la intención de calmarlo. Si el asunto se le iba de las manos tendría que sacar de allí a Santiago antes de que hiciera algo que comprometiera su futuro como policía.

—Calcaño estuvo en mi club, pero no me buscaba a mí —soltó Mandrake en carrerilla.

—¡Cállate Jacinto! —le gritó Villalobos.

—¡Cállate tú! —le contestó de malos modos Mandrake a su representante legal—. ¿Crees que voy a dejar que este animal se desquite conmigo? Sé lo que puede hacerle a un hombre una paliza mal dada.

—Si Calcaño no te buscaba a ti, ¿a quién fue a ver en el club?

—Es un cliente. Está muy enganchado. Juega mucho y fuerte. Casi siempre Póker.

—Su nombre.

—No sé su nombre, pero todos lo llaman Lombriz.

Capítulo veintidós.

Para alivio de Néstor, no fue difícil sacar a Santiago de la sala de interrogatorios después de que Mandrake contara lo que sabía. Su hermano había representado bien su papel de padre vengativo, pero tenía claro que el hombre que habían detenido por la paliza que sufrió Rivero, no era el responsable del secuestro de Lucas. Salazar se preguntó qué ocurriría cuando detuvieran al verdadero culpable.

Bajaron al segundo piso donde se encontraban casi todos los investigadores.

—¿Dónde está Diji? —preguntó el comisario.

—Cumple un encargo de mi parte —respondió el inspector jefe.

Santiago se le quedó mirando como si esperara una explicación, pero Néstor se concentró en otros asuntos.

—¿Pudiste averiguar algo acerca del coche que intentó arrollarnos esta mañana, Manuel?

—Lo robaron anoche del Barrio Estación, mientras sus dueños se encontraban dentro de una bodega, en una cata de vino. Son turistas provenientes de Madrid.

—No podíamos esperar menos de nuestro escurridizo amigo —opinó Santiago—. Diles a los agentes que abran los ojos. Robó el coche para cometer el atentado y lo abandonará en cualquier lugar de la ciudad o sus alrededores. Cuando lo encuentren, que los peritos lo analicen. Cualquier rastro que haya dejado ese malnacido será de utilidad.

—Sí, señor —respondió Manuel, mientras descolgaba el teléfono para cumplir las órdenes.

—Ya tenemos el nombre del secuestrador —anunció Néstor, con evidente satisfacción—. Su apodo es Lombriz. Se trata de Fermín Montero.

—¿Uno de los abogados de oficio que mencionó la chica Fonseca? —Precisó Remigio, soltando después un suspiro—. Joder, ya no se puede creer en nadie.

—¿Qué estamos esperando? Vamos a por él.

—Seamos prudentes —aconsejó Salazar—. Si lo pensáis, no tenemos nada contra él.

—¿Pero qué estás diciendo, Néstor? —protestó el comisario—. Tenemos la declaración de Pérez

—Un delincuente conocido que puede ser considerado también sospechoso. Después de todo, las evidencias que tenemos contra Montero encajarían sin problema para acusar a Mandrake.

—¿Por qué iba Mandrake a involucrarse en los secuestros?

—Por la misma razón que Montero. En el del niño Rivero, por dinero. En el del gemelito, por extorsión. Sería la palabra de uno contra la del otro. Y ya imaginas hacia qué lado se inclinaría la balanza de cualquier juez.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Santiago, comenzando a cabrearse—. ¿Qué lo dejemos marchar, olvidándonos del asunto?

—Oye, que yo estoy de acuerdo contigo en que el culpable es Montero, pero si queremos que no se libre de esta, tendremos que encontrar evidencias, más allá de ubicarlo en el bar de Mandrake cuando Calcaño llegó allí, o de la palabra de Pérez.

—Te puedo jurar que no se va a escapar —aseguró Ortiz entre dientes, con los puños apretados. Salazar sintió un escalofrío en la espalda.

—Comisario. ¿Podríamos hablar un momento a solas? —le pidió.

—No estamos para perder el tiempo.

—Por favor. Serán solo unos minutos. En su despacho.

Los dos hermanos bajaron. El ánimo de Santiago preocupaba a Néstor. Lo comprendía, pero no podía permitir que continuara por ese camino, por su propio bien. Cuando llegaron al despacho de Ortiz, Néstor le dijo a Lali que fuera a tomarse un café y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Qué quieres, Néstor?

—Que respires profundamente y te calmes.

—¿Cómo quieres que me calme? —gritó Santiago, haciendo que Salazar temblara a su pesar. Su hermano le imponía desde pequeño, pero ya no era un niño. Y tenía que sobreponerse, por el bien de todos.

—¡Porque si no lo haces arruinarás tu carrera y destrozarás a tu familia! ¿Es eso lo que quieres? ¿No ha sufrido ya bastante Carmela con todo esto?

—¡Ese hijo de puta secuestró a mi hijo, a mi hijo de seis años. Lo separó de su hermano, de su madre y de mí! ¿Sabes lo que eso significó para mi familia? ¡Estuvo a punto de destruirla!

La voz del comisario se fue quebrando, hasta romper en sollozos, mientras se dejaba caer en la silla. Si los gritos de Santiago resultaban aterradores, su llanto solo podía describirse como desconcertante. Era la primera vez en toda su vida que Salazar lo veía llorar. Ni siquiera en el

funeral de su padre. Néstor se acercó a él y le apoyó una mano en el hombro.

—Ya lo sé. Este asunto ha sido muy duro para todos, pero en especial para ti, que además de padre eres policía, pero ya pasó, Santiago. Déjalo ir.

—¿Cómo sé que Lucas no va a quedar marcado por esto?

—El chavalín es fuerte. Viene de buena pasta. Y tiene a su hermano para que lo apoye. Lo superará, pero los chiquillos necesitan que tú y Carmela también seáis fuertes. Su reacción a esto será el reflejo de la vuestra.

—¿Cómo sé que mi familia estará segura, Néstor? Ya no estoy tranquilo si no los tengo a la vista. Temo que cualquier desalmado con los que tenemos que vérnoslas a diario les haga daño. Ese maldito hizo mucho más que secuestrar a mi hijo. Nos robó la seguridad, la tranquilidad.

—Ese temor no creo que pase, Santiago, pero estoy seguro de que no comienza con el secuestro.

—No, tienes razón. Lo tengo desde que sostuve por primera vez a los gemelos en mis brazos. Tan pequeños, tan frágiles, tan vulnerables. Entonces nació en mí el temor de lo que sería de ellos si algo me ocurría, como le pasó a padre. Y fue entonces que comprendí lo que había hecho cuando te abandoné a tu suerte.

—Todo eso está superado, Goliat. No vale la pena volver sobre ello.

—Sigo teniendo ese temor, aunque en menor medida porque ahora estoy seguro de que tú no los abandonarías si yo faltara.

—¡Claro que no!, pero estás hablando tonterías. Dime la verdad, Santiago. ¿Qué le pusiste al café esta mañana?

El comisario sonrió y se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Es una de las cosas que siempre he admirado en ti, hermano. No importa lo difícil que sea la situación, siempre tienes la capacidad de hacerme sonreír.

—Nadie puede sonreír y cabrearse al mismo tiempo. Y te juro, Goliat, que cuando tú te cabreas, hasta yo me rajo.

—¿Lo ves? A eso me refiero. Siempre le encuentras una vuelta jocosa a la situación. ¿Cómo lo haces?

—He tenido que aprender a defenderme de la vida. El humor es una buena forma. O al menos es la más divertida, pero no estamos aquí para hablar de mí, sino de lo que vas a hacer cuando salgas allá afuera. ¿Vas a

ser el comisario responsable y respetuoso de la ley, o el padre vengativo que no escucha razones?

—Por el bien de mis hijos, debo ser el comisario.

—Muy bien dicho —aprobó Néstor, aliviado porque estaba logrando su objetivo de calmar a la fiera.

—Debo confesarte que estoy aterrorizado, Néstor.

—¿Tú? Si con solo fruncir el ceño asustas al miedo.

—Temo que alguien vuelva a usar a mis hijos, o a Carmela para extorsionarme.

—Eso no pasará ¿Y sabes por qué? —Santiago negó con la cabeza.

—Porque nos aseguraremos de que Montero reciba un castigo ejemplar para que esa idea no se le vuelva a ocurrir a nadie. Pero lo haremos siguiendo la ley.

—¿Y cómo lo vamos a conseguir? Tú mismo has dicho que no tenemos evidencias para detenerlo.

—Lo que no significa que no podamos encontrarlas. De hecho, se me acaba de ocurrir una idea.

Capítulo veintitrés.

Cuando regresaron a la sala general, ya el comisario estaba mucho más calmado. Como si la tensión acumulada en los últimos días se hubiera disuelto lentamente al confesar sus sentimientos a Néstor. Salazar, por su parte, se sentía aliviado de volver a tener a su lado al jefe tranquilo y ecuánime de siempre. Aquello de ser el buen chico era muy aburrido. Antes de salir del despacho, el inspector había compartido su idea para obtener evidencias que comprometieran a Fermín Montero. A Santiago le había parecido que era lo mejor que podían hacer, lo cual contribuyó a que se relajara.

—¿Todo bien? —preguntó Remigio en cuanto los vio aparecer.

—De lujo —respondió Néstor—. Tenemos trabajo, chicos.

—A ver, ¿qué se te ha ocurrido esta vez?

—Debemos convencer al juez Aristigueta de que nos entregue una orden para tener acceso a las comunicaciones de Lombriz.

—Quieres decir de Montero.

—Creo que el nombre de Lombriz le pega mejor. Y no me refiero al aspecto físico.

—De acuerdo, dejemos las discusiones pueriles —intervino Ortiz, y Néstor se alegró de que hubiera reaccionado. Allí estaba de vuelta el comisario que necesitaban—. Sofía. Tú eres la mejor argumentando los informes. ¿Te puedes encargar?

—Desde luego. Me pongo a ello.

—Lamento interrumpir, pero acaba de llegar el reporte de laboratorio del ADN del cabello encontrado en la casa vecina a la joyería —dijo Pedrera.

—¿Pertenece a Ferro?

—¡Pues no! Al parecer, está tan degradado que los técnicos no pudieron hacer ninguna comparativa y sospechan que perteneció a alguno de los habitantes originales de la casa.

—Así que si Ferro no hubiera confesado, solo tendríamos pruebas circunstanciales contra él —concluyó Remigio.

—El peso de la culpa —sentenció Salazar—. Sofía, cuando termines ese informe iremos los dos al juzgado para entregarlo.

—¿Qué es lo que buscas en concreto, Néstor? —quiso saber Remigio —. ¿Crees que Calcaño y Montero hayan podido comunicarse por vía

telefónica?

—Estoy seguro de que eso no ocurrió. De haberlo hecho, Calcaño no hubiera necesitado buscar a Montero en el club de Mandrake.

—¿Entonces?

—Estoy más interesado en los desplazamientos. Eso de la triangulación por coordenadas es una pasada. Una vez tengamos la orden podremos saber por dónde se movió Montero en los últimos días, gracias a su móvil.

—De esa forma lo ubicaríamos en las escenas del crimen en los momentos apropiados —razonó Remigio, después de comprender por dónde iban las intenciones del inspector jefe.

—Eso es precisamente.

—¿Y si no tiene móvil? —preguntó Pedrera.

—¿Un abogado joven en pleno ascenso de su carrera? Me sorprendería mucho que no lo tuviera y que además no lo llevara a todas partes.

—¡Ya está! —exclamó Sofía—. Argumentado con todas las evidencias con las que contamos, que aunque son circunstanciales, son suficientes para que haya una sospecha razonable. No creo que el juez Aristigueta ponga ningún reparo.

Y no lo puso. De la comisaría, Sofía y Salazar acudieron a los juzgados, para salir de allí quince minutos después con una orden que les permitía hacerle un seguimiento al móvil de Fermín Montero en los últimos días. Néstor le pidió al juez que mantuviera en reserva que investigaban a un abogado de oficio, algo de lo que estaba seguro, no era necesario advertir al juez, pero por si acaso.

Después de que Estela, la secretaria, les proporcionara el número del móvil del sospechoso, ambos policías se encaminaron a la compañía telefónica que tenía contratada Montero. Por coincidencia, la misma que había empleado Calcaño. Al llegar, Néstor pidió hablar con la señora Araya, quien un par de minutos después salió a recibirlos.

—Inspector. ¿Cómo está? ¿En qué puedo ayudarlo esta vez?

—Le presento a mi compañera, la subinspectora Garay. Necesitamos hacerle seguimiento a otro móvil.

—Ya veo que le ha cogido el gusto a esto ¿No es así?

—Tengo que confesarlo. Poder seguir los pasos de un sospechoso en el momento preciso es la hostia. Con un recurso así, las coartadas falsas no sirven de mucho.

—A menos que el dueño del móvil sepa que puede evitar ese rastreo quitándole la batería.

—Sí. Supongo que al igual que las huellas digitales y los guantes, mientras más se sepa, peor para nosotros, pero creo que este sujeto se siente demasiado seguro como para haber tomado este tipo de precauciones.

—Enseguida lo comprobaremos —les dijo Marisa, mientras los invitaba a entrar en la sala donde llevaba a cabo su trabajo.

Araya tecleó el número del móvil de Montero y algunos mandos. Enseguida aparecieron unos números en la pantalla. Coordenadas. Después de llevarlas a un mapa virtual y hacer algunos cálculos, la experta sacó un mapa turístico de Haro de su bolso.

—Siempre llevo esto encima, porque soy terrible para las direcciones y no termino de entenderme con el GPS.

—¿Después de manejar esta tecnología? —preguntó Néstor, incrédulo —. Debe estar bromeando.

—Sí, La verdad es que no me gustan. Me siento vigilada. Veamos, en la primera fecha y hora que me indicó aquí, la ruta seguida por este móvil se parece mucho a la del anterior. Comienza en la calle «La Virgen», transita por la 212 hasta los viñedos, permanece allí algunos minutos y luego regresa por donde vino.

—¡Grandioso! ¿Qué hay del día siguiente?

—La señal comienza en el casco central, en esta calle. Se quedó allí unos quince minutos, luego se dirige hacia el norte, por la N124. Se detuvo en este lugar —les señaló, marcando un círculo en el mapa—. Es extraño, aquí no hay nada.

—¿Qué hizo después? —la animó Salazar.

—Permaneció allí unos minutos y siguió hacia el norte, hasta el siguiente retorno, donde emprendió el regreso a Haro. ¿Usted le encuentra sentido, inspector?

—Por supuesto —admitió Néstor—. El lugar donde se detuvo es un puente que cruza el río Tirón.

—¿Y qué importancia puede tener eso? —se interesó Marisa.

—Se detuvo allí para deshacerse del revólver con el que acababa de asesinar a un hombre en el casco central. El mismo que usó para matar a Calcaño el día anterior. ¡Lo tenemos! Sofía, llama a Santiago, que inicie los trámites para investigar el río en este lugar.

Antes de salir de los predios de la señora Araya, Néstor le pidió hablar unos minutos con ella porque quería hacerle una pregunta acerca de su propio móvil.

Capítulo veinticuatro.

El comisario notificó a Néstor y a Sofía que había puesto en movimiento la maquinaria policial necesaria para encontrar lo que hubiera en la zona del río donde se había detenido Montero. Había llamado al grupo GEO y consiguió hablar con el capitán Olmedo, el antiguo instructor de la subinspectora, con quien ya había trabajado en un caso anterior, le solicitó ayuda formalmente apoyándose en las evidencias con las cuales contaban, de las que le haría llegar los informes de forma inmediata. El capitán le prometió que se haría cargo y que iniciaría la investigación ese mismo día.

Néstor y Sofía decidieron comer algo ligero en la Plaza de la Paz. Luego se dirigieron al puente, donde las coordenadas del móvil ubicaban a Montero. Era una vía que se encontraba poco transitada en ese momento, pero aun así, los GEO habían acordonado las márgenes del río y un par de buzos se encargaban de la búsqueda. Al cabo de unos minutos, uno de ellos avisó que había encontrado algo. El inspector sintió que la adrenalina se le disparaba. Sin embargo, lo que salió del fondo no fue un revólver, sino una pistola Astra 400 bastante oxidada. La tarde fue transcurriendo mientras los buzos trabajaban. Además de la pistola, que debía estar allí desde la post-guerra, del Tirón salieron una Beretta y una Browning con diferentes estados de oxidación. Al descubrimiento agregaron poco después un cuchillo.

—Joder, ¿de dónde coño ha salido este arsenal? Me pregunto en qué delitos estarán involucradas todas estas armas? —comentó Salazar.

—Yo me centraría primero en el cuchillo, inspector —sugirió Olmedo —. Aunque parezca extraño, es posible que ninguna de estas armas tenga relación con ningún delito.

—¿Por qué tirarlas al río, entonces?

—Algunas veces los herederos se llevan sorpresas cuando revisan las pertenencias de sus mayores fallecidos. En muchas ocasiones encuentran armas ocultas y no saben qué hacer con ellas.

—¿Ocultas?

—Desde la guerra civil, o los años posteriores. De cualquier manera, estas son muy antiguas y llevan demasiado tiempo en el agua. Si se encuentran relacionadas con algún delito, el autor ya debe haber fallecido.

—¡Encontramos otra! —gritó el buzo, después de quitarse la boquilla —. Esta vez es un revólver y no está oxidado en absoluto.

El capitán Olmedo recogió el arma en una bolsa plástica y se lo entregó a Salazar.

—Está intacto —comentó—. No puede llevar más que unos cuantos días en el fondo del río. ¿Era esto lo que buscaba, inspector?

—Justamente esto —respondió Néstor al observar un revólver 38 en perfecto estado—. Estoy seguro de que es el arma homicida que buscamos. De nuevo le estamos muy agradecidos, capitán Olmedo.

Decidieron que los GEO enviaran la presunta arma homicida a balística por los caminos regulares, para así mantener la cadena de custodia. Cuando Salazar y Garay llegaron al laboratorio, ya uno de los hombres de Olmedo había entregado el revólver como evidencia, dejando constancia del día, la hora y las circunstancias en que había sido encontrado. Los policías le dieron las gracias por su esfuerzo. Después de saludar a todo el equipo, Néstor se encaminó en dirección a Juan Elizondo.

—¡No me toques las narices, Salazar! —le advirtió el orondo perito—. Estoy hasta las cejas de trabajo. Espera tu turno, como todos.

—Juan, trato de atrapar a un secuestrador. Asesinó a un niño de catorce años y se llevó a otro de seis, hijo de un policía, a quien por fortuna conseguimos rescatar a tiempo.

—No me digas más. El caso del niño Rivero, ¿no es así?

—El mismo.

—¿Y qué tiene que ver ese revólver con el secuestro? Tenía entendido que el chiquillo murió asfixiado.

—Y así fue, pero el autor intelectual del secuestro asesinó a dos de sus cómplices con un revólver 38.

—Lo recuerdo. Yo mismo hice la comparativa. ¿Y crees que ese revólver es el arma homicida?

—Tenemos buenos motivos para pensarlo.

—De acuerdo. No sé cómo lo haces, pero siempre terminas convenciéndome. Vamos a verlo.

Juan comenzó a practicarle las pruebas pertinentes al revólver. Incluso lo disparó en una zona del laboratorio acondicionada para ello. Luego comparó las estrías de la bala recién salidas del cañón, con las imágenes archivadas de los dos homicidios que investigaban, confirmando que se trataba del arma que buscaban. Entonces se concentró en la identificación del propio revólver.

—Por supuesto que el serial ha sido limado. Y quien lo hizo está bien informado, pues se ocupó también del número que oculta el fabricante en el barril.

—No esperaba menos. Entonces, ¿no podemos identificar el arma?

—No es lo que dije —respondió el perito—. Dadme unos minutos más.

Elizondo comenzó a someter el revólver a una serie de procedimientos físico-químicos, mientras Néstor le hacía preguntas en cada paso. Entusiasmado por el interés del detective, el experto le iba explicando lo que hacía como un orgulloso maestro a un alumno destacado. Al final, miró a Salazar a los ojos.

—Pues lo has vuelto a hacer, cabrón —le dijo a Néstor, con una sonrisa—. Ya tienes tu arma homicida con el verdadero serial identificado.

—¡Grandioso!

—La enviaré al juzgado lo antes posible.

—Te pediré otro favor. No la envíes aún.

—¿Me metes prisa para que haga la experticia antes que todos los demás casos que le preceden y ahora me dices que espere?

—Te lo explicaré después. Ahora no puedo. Por favor danos el informe, que es lo que necesitamos para seguir adelante, pero guarda aquí el arma hasta que te avise.

—Salazar, casi no tenemos espacio en el depósito para las pruebas pendientes por examinar. ¿Y tú quieres que deje aquí un arma que ya ha sido peritada?

—Tengo buenas razones. Será solo por un día o dos. Cuida que no se rompa la cadena de custodia, pero no la envíes todavía.

—Está bien. Confiaré en ti, pero me debes un «Reserva del 2005.»

—Hecho.

Los dos policías salieron de allí con el informe en la mano. Salazar cogió su móvil e inició una llamada.

—Diji. Soy Salazar. ¿Algún avance?

Néstor escuchó por unos segundos.

—De acuerdo, prepara un informe y respáldalo bien. Nos vemos esta noche en «La Callecita.» ¿Dispones de tiempo?... Perfecto. Hasta entonces.

—¿Qué te traes con Diji? —le preguntó su compañera.

—Me está haciendo un favor.

—¿Un favor? ¿Y tiene algo que ver con la investigación?

—Algo.

—¿Es todo lo que tienes que decirme?

—Es… Delicado. Hasta que tenga toda la información en la mano, prefiero que nadie más lo sepa.

—¿Ni siquiera yo? —le preguntó ella, frunciendo el ceño. ¡Ay!—. Creí que confiabas en mí.

—Confío en ti, Sofía, pero implica un riesgo y no quiero exponerte si no es necesario. Lo sabrás cuando llegue el momento.

—No lo comprendo, Néstor. No quieres involucrarme, pero a Diji sí.

—Necesitaba la ayuda de alguien. Diji estaba disponible y dispuesto a cumplir la tarea. Tú te encontrabas ocupada en otra cosa. De haber sido al revés, habría sido Diji quien no supiera nada.

—¿Quién más está informado de esa misteriosa tarea?

—Nadie.

—¿Ni siquiera el comisario?

—Él tampoco.

—¿En qué lío te estás metiendo ahora, Néstor?

—En uno muy gordo, pero ahora soy yo quien te pide que confíes en mí. Sigue hasta la comisaría. Yo debo hacer un recado. Estaré con vosotros en un rato.

La subinspectora dejó a Néstor en la calle «Ventilla» y continuó su camino, preguntándose qué se traería su jefe entre manos

Capítulo veinticinco.

Cuando Sofía llegó a la comisaría, ya el resto de la plantilla se encontraba allí, excepto Diji. Néstor la alcanzó al cabo de media hora, pero se entretuvo quince minutos más en su despacho. Cuando al fin se reunieron, entre ambos informaron a sus compañeros de los recientes hallazgos.

—Manuel. Averigua a nombre de quién está ese revólver, y si tiene relación con algún delito.

Después de unos minutos en los cuales todos estuvieron expectantes, el subinspector retiró la mirada del ordenador para encararse con el comisario.

—El robo de un revólver 38 con ese número de serie fue notificado en julio del año 2015. Pertenecía al mayor Telmo Agramunt, retirado de la Guardia Civil hace diez años. El arma también estuvo involucrada en el asalto a una gasolinera el año pasado. No llegó a ser usada, pero se encontró durante el registro de la vivienda de los delincuentes cuando fueron capturados.

—¿Dónde se suponía que debería estar ese revólver? —preguntó Ortiz.

—En el depósito de pruebas de los juzgados.

—¿Cómo consiguió Montero sacarlo de allí?

—Es abogado de oficio —respondió Néstor—. Puede solicitar revisar las pruebas de casos juzgados con cualquier excusa. ¿Quiénes estuvieron involucrados en ese asalto, Manuel? ¿Algún nombre conocido?

Después de regresar la atención al ordenador por unos segundos más, Manuel encontró lo que buscaba.

—Calcaño fue uno de los asaltantes. Y Montero su abogado.

—¿Cuál fue el resultado del juicio? —quiso saber Salazar.

—«No culpable» a causa de «Errores de procedimiento.»

—Si Montero retiró una prueba del depósito, debe haber dejado un registro —señaló el comisario—. Remigio.

—Salgo para el juzgado —respondió el inspector Toro, sin hacer más preguntas.

—¿Crees que será tan fácil como encontrar su nombre en un registro? —preguntó Ortiz.

—Ha demostrado ser muy astuto, pero también está muy pagado de sí mismo y se cree mucho más listo que nosotros. Tal vez se sienta confiado con respecto a que no seríamos capaces de encontrar el arma.

—Pudo retirar cualquier armamento del depósito. ¿Por qué hacerlo con un revólver que lo relaciona con uno de sus casos? —quiso saber Sofía.

—Porque solicitar una prueba de un caso que nunca hubiera llevado exigiría más explicaciones y podría levantar sospechas. Es posible que al necesitar el revólver recordara el juicio de Calcaño con las pruebas que fueron presentadas en esa oportunidad.

Lali entró en la sala. Parecía un poco azorada por tener que interrumpir la reunión.

—Disculpen. Señor comisario, acaban de llamar del hospital para anunciar que dieron el alta a Felipe Rivero. Los oficiales que están de guardia allí lo trasladarán a prisión preventiva. ¿Alguna orden?

—No, Lali, gracias. El caso del señor Rivero debe seguir ahora los canales regulares.

—¿Cuándo se iniciará el juicio, Lali? —preguntó Salazar—. ¿Lo sabes?

—Está programado para la próxima semana.

—Perfecto.

Santiago miró a su hermano sin poder ocultar la curiosidad. Néstor se traía algo entre manos. De eso no tenía dudas. Le preocupó que no lo hubiera compartido con él. Sus ideas, aunque en general daban resultados, también solían exponerlo a riesgos excesivos.

—¿Hay algo que yo deba saber, Néstor?

—Supongo que a estas alturas deberías saber las tablas de multiplicar.

—¡No me toques las narices! ¡No es eso a lo que me refiero!

—¿Pedimos la orden de busca y captura contra Montero, señor? —le preguntó Sofía a Ortiz, tratando de desviar su atención. Tenía claro que cualquier idea que rondara la mente del inspector jefe, por alguna razón no quería compartirla todavía. Así que decidió echarle un capote.

—Tenemos suficientes evidencias para relacionarlo con los asesinatos de Calcaño y Vilaró, pero todas son circunstanciales. Creo que al menos debemos esperar el resultado de la comprobación de Remigio.

—Mientras lo hacemos, ¿por qué no nos tomamos un descanso para almorzar? —sugirió el inspector jefe.

—Parece buena idea —aceptó Santiago, al comprender que Néstor buscaba una oportunidad de hablar a solas con él, sin llamar la atención—. Nos vemos aquí de nuevo en dos horas, señores.

Néstor invitó a Sofía a acompañarlo a «La Callecita.» Ella aceptó al comprender sus intenciones. Después de un agradable paseo llegaron al bar

de Gyula y se sentaron a la mesa favorita de Salazar. El inspector pidió el plato del día para tres y al cabo de diez minutos llegó Santiago.

—Imagino que tu intención no era solo comer, Néstor. ¿Me equivoco? —le dijo su hermano, en cuanto se sentó con ellos.

—Confío en todos en la comisaría, pero aun así, cualquier precaución es poca en este caso. Además, hay algo que debéis saber.

Salazar los puso al día acerca de sus sospechas, de la tarea que había encomendado a Diji y de sus descubrimientos. El comisario se echó para atrás en su asiento y silbó.

—Si estás en lo cierto, el asunto es más gordo de lo que habíamos pensado.

—Y sobre todo. No podemos apresurarnos, o el pájaro escapará. También tenemos que ser muy prudentes.

—¿Cuál crees que debe ser nuestro siguiente paso? —quiso saber Santiago.

—Os diré lo que haremos…

Todos regresaron a tiempo. ¡Como para llevarle la contraria al comisario! El único que se atrevía a tanto y salía siempre bien librado era Salazar. Sus compañeros no se explicaban cómo lo hacía.

Santiago llegó primero. Unos minutos después lo hicieron Néstor y Sofía. Los demás ya estaban allí. Antes de que la nueva reunión pudiera dar comienzo, Ortiz recibió una llamada en su móvil. Descolgó y escuchó por unos minutos.

—De acuerdo Remigio —le dijo el comisario—. No, no, aguarda. Yo te vuelvo a llamar —colgó y se dirigió a sus subalternos—. El inspector Toro. La página correspondiente a la fecha en la que retiraron el revólver fue arrancada.

—¡Mierda! —exclamó Pedrera, tirando el bolígrafo que sostenía en la mano contra el escritorio—. Eso significa que no podemos relacionar a Montero con el arma homicida. Que solo tenemos pruebas circunstanciales. ¿Qué hacemos, señor? ¿Aun así lo detenemos? —preguntó, sorprendido por lo tranquilo que parecía su jefe.

—Lo detendremos cuando sepamos que podemos imputarlo con pruebas irrefutables —sentenció Ortiz, dejando estupefacto a Miguel.

El comisario asintió en dirección a Salazar sin decir palabra. El inspector jefe salió, seguido de Sofía. Pedrera y Manuel se miraron entre sí sin comprender qué era lo que ocurría allí.

—De acuerdo, decidme, ¿cómo va el asunto de Ferro?

—Eh… Ya el juez Aristigueta está en posesión de todo el material y ordenó la prisión preventiva. Va en camino. El juicio se iniciará en los próximos días.

—Bien. Un problema menos.

Capítulo veintiséis.

Salazar le pidió a Sofía que condujera ella el Corsa. Los seguía una patrulla. Mientras se desplazaban en dirección a los juzgados, Néstor llamó a Remigio y le dio instrucciones precisas acerca de lo que debía hacer. El veterano inspector no necesitó que se lo repitieran dos veces. Se apresuró a seguir las órdenes de su jefe inmediato. Tardaron veinte minutos en llegar. Una vez allí, les pidieron a los agentes que los siguieran. Se cruzaron con el nuevo portero y lo saludaron al vuelo, luego avanzaron por los pasillos del juzgado a paso rápido. El inspector jefe volvió a llamar a Toro, quien le indicó dónde se encontraba y le confirmó que había seguido sus instrucciones. Por fin llegaron a su destino: La sala donde se celebraba un juicio presidido por el juez Velasco. Entraron con sigilo, pues no querían interrumpir el procedimiento, se sentaron en los bancos posteriores y esperaron. Velasco los vio llegar y sintió mariposas en el estómago. La presencia de los detectives de la comisaría de «San Miguel» no auguraba nada bueno, en especial si uno de los visitantes era Salazar. Al cabo de diez minutos, dio por concluida la audiencia por ese día. Velasco bajó del estrado e hizo gestos a los inspectores para que se le acercaran, pero ellos ni siquiera lo estaban mirando. En lugar de ello, avanzaron con paso rápido en dirección al acusado. El abogado defensor recogía sus papeles y los estaba colocando en orden en un maletín cuando levantó la vista y los vio acercarse. Entonces cogió el portafolio y lo arrojó con todas sus fuerzas a Néstor, que se limitó a apartarlo de un manotón. Montero trató de escapar por la salida posterior de la sala, donde un confundido alguacil comenzaba a cerrar la puerta por la que acababa de salir el juez.

—¡Policía! —gritó Salazar—. ¡Deténgase Montero! ¡Tenemos una orden de arresto contra usted!

El sospechoso trató de derribar al alguacil para pasarle por encima y escapar, pero al escuchar la voz de alto del inspector jefe, el funcionario reaccionó con rapidez y cerró la puerta de golpe. Fermín se giró con desesperación, en busca de una salida, pero se encontró cinco armas encañonándolo. Los tres detectives y los dos guardias lo apuntaban. Comprendiendo que no tenía escapatoria, Montero levantó las manos. Los guardias lo esposaron mientras Remigio sacaba del bolsillo la orden de captura emitida minutos antes por el juez Aristigueta.

Pese a su situación, Fermín Montero mantenía una media sonrisa de autosuficiencia, hasta que Salazar comenzó a hurgar en el maletín.

—¿Qué hace? ¡No tiene derecho!

—¿No se lo dijiste, Remigio? Junto con la orden de captura, el juez emitió una orden de registro de sus efectos personales.

—¡No tienen nada concreto contra mí! ¡Ustedes mismos lo han admitido! ¡Todo son pruebas circunstanciales!

—Hasta ahora —respondió Néstor, sacando una hoja de papel del portafolio y levantándola para que todos la vieran.

—¿Qué es eso? —preguntó Remigio.

—La página del registro donde aparece la firma del señor Montero solicitando el revólver involucrado en el asalto a la gasolinera, el mismo con el que fueron asesinados Pedro Calcaño y Gerardo Vilaró. Supongo que no tiene una explicación lógica, ni creíble para que este papel se encuentre entre sus documentos personales.

—¡Usted lo puso allí! ¡Yo nunca lo había visto! —gritó Montero.

—El alguacil, aquí presente, es testigo de que el papel al que me refiero se encontraba en su poder.

Como un reflejo, todos voltearon a mirar al aludido, quien asintió con la cabeza.

—Es cierto. El papel estaba en el portafolio del letrado. Yo lo vi.

—Suficiente. ¡Lleváoslo! —les dijo Néstor a los guardias, que ya habían esposado a Montero.

—No sabe lo que ha hecho, Salazar —murmuró el detenido entre dientes al pasar—. Estaré afuera antes de lo que imagina. Y le prometo que cuando termine con usted, estará controlando el tráfico de pesqueros en el pueblo más recóndito de la costa.

Néstor se limitó a hacerles un gesto a los agentes para que se apresuraran en sacarlo de allí. Qué manía tenían todos de amenazarlo con enviarlo a controlar el tráfico de todo tipo de cosas extrañas. Pero qué poca imaginación tenían los maleantes con los que se cruzaba.

—Dime una cosa, Néstor —le pidió Remigio—. ¿Cómo es que este pájaro sabía que solo contábamos con pruebas circunstanciales?

—Porque tiene la comisaría sembrada de micrófonos.

—¿Me estás hablando en serio?

—Muy en serio. Desde el principio de este caso, me ha llamado la atención que el secuestrador siempre iba un paso delante de nosotros. Es

obvio que hay una filtración aquí en los juzgados, pero siempre parecía saber lo que ocurría en la comisaría. Y yo estaba seguro de que no contaba con ningún topo allí, así que la última vez que estuvimos en la compañía telefónica hablé con discreción con la técnica, la señora Araya, para pedirle orientación acerca de cómo localizar micrófonos ocultos. Me habló de un detector de frecuencias, por lo que antes de regresar a la comisaría, me detuve en una tienda de artículos electrónicos y compré uno.

—¿Así como así?

—Más sencillo que en una película de espías. El caso es que lo usé en mi despacho antes de la siguiente reunión y adivina qué.

—Encontraste lo que buscabas.

—Un pequeño micrófono pegado en la parte inferior de una de las sillas.

—¿De modo que ese cabrón nos ha estado espiando desde el principio?

—Si no desde el principio, es seguro que lleva bastante tiempo haciéndolo.

—¿Cuándo comenzaste a sospechar?

—Después del atentado que Sofía y yo sufrimos en la calle «La Virgen.» Estaba tan seguro de saber dónde nos encontrábamos que nos esperó para embestirnos en el momento que más le convenía.

—¿Pero cuándo puso esos micrófonos, si tiene semanas que no pisa la comisaría?

—Es evidente que recibió ayuda.

—¿Ayuda? ¿De quién? No me digas que uno de los chicos… Mira que tú eres especialista en encontrar ovejas descarriadas. Para muestra, allí tenemos a Domingo y a Matilde.

—Puedes estar tranquilo. Nadie de la comisaría lo ayudó.

—¿Entonces?

—¿No tienes la sensación desde el principio de que algo no está funcionando bien? ¿Qué aquí hay gato encerrado?

—Estás muy críptico, Salazar. ¿Por qué no hablas claro?

—Porque aún es pronto para eso. Además, este no es el lugar más apropiado. Vamos, regresemos. Debemos tratar de llegar antes que Montero.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar allí cuando entre a la comisaría.

—¿Temes la reacción del comisario cuando lo vea? —preguntó Sofía, comprendiendo la preocupación de su jefe.

—El comisario es un policía responsable y respetuoso de las leyes, pero también es padre. Y este malnacido usó a su hijo de seis años para extorsionarlo. Sí, lo más prudente es prever que por muy buen policía que sea, también es humano. Dime, Remigio. ¿Qué harías tú si tienes en una celda al sujeto que secuestró a tu hijo?

—Será mejor que nos demos prisa —fue toda la respuesta del inspector Toro.

Capítulo veintisiete.

En el camino de vuelta, el inspector jefe llamó a los guardias que custodiaban a Montero y les pidió que demoraran lo que pudieran la llegada. Los detectives, en cambio, hicieron lo posible por acelerarla. Como resultado arribaron a «San Miguel» antes que el detenido, lo cual significó un alivio para Néstor. Como temía, el comisario aguardaba en la recepción junto a García. Después de recibir la notificación de que tenían a Montero, dejó todo lo que tenía entre manos y bajó a esperarlo.

Salazar, Remigio y Sofía se quedaron en el Corsa hasta que llegó la patrulla. Mientras Toro y Garay escoltaban a Montero junto con los guardias, Néstor se adelantó. Cuando Ortiz vio aproximarse la comitiva fue hacia ellos con paso decidido y una expresión que no auguraba nada bueno. ¡Joder, cómo intimidaba el tío! Salazar, que lo había previsto, interceptó a su hermano sosteniéndolo por los hombros.

—¡Espera, Santiago! —le dijo con voz firme—. No puedo permitir que te acerques a él. No, hasta que te hayas calmado.

—¡Pero qué dices, Néstor! ¿Sabes lo que ese malnacido nos ha hecho a mí y a mi familia? ¡Tienes idea de lo que hemos pasado!

—Lo sé, pero no dejaré que destroces tu carrera por un momento de ofuscación.

—¡Qué sabrás tú! No tienes hijos, no puedes entenderlo. ¡Te lo advierto! ¡Quítate de mi camino!

La comitiva aprovechó la discusión para pasar de largo junto a los dos policías y entrar a la comisaría. Ortiz hacía esfuerzos por zafarse de la sujeción de Néstor, a quien le estaba resultando difícil contenerlo. ¡Menuda fuerza tenía el tío! Era como tratar de frenar un tractor poniéndose delante de él.

—¡Te ordeno que me sueltes, cabrón! —le gritó Goliat a su hermano con voz intimidatoria.

—¡Recupera la cordura, Santiago! ¿No ves que si tocas a ese tío conseguirás librarlo de pagar sus cuentas con la justicia, además de que te arruinarás y causarás más dolor a tu familia?

—¡Cuando termine con él, no será necesario que intervenga la justicia!

—¿Pero te estás oyendo?

—¡Qué me sueltes! —gritó el comisario, mientras le lanzaba un puñetazo a Salazar.

El inspector cayó al suelo por el impacto, un poco turulato. Al ver a su hermano derribado, con un corte en el pómulo y un ojo que comenzaba a hincharse, Santiago pudo reaccionar.

—¡Néstor! Lo siento, perdóname hermano. No sé qué me pasó. ¡No era yo!

Salazar, sentado en el suelo lo miró sin resentimiento y comenzó a palparse el pómulo. ¡Joder, qué hostia le había arreado!

—Pues el otro tío que no eras tú, zurra de lo lindo, cabrón. Pegas como patada de mula.

Ortiz le ofreció la mano a Néstor para ayudarlo a ponerse de pie. El inspector se dejó ayudar.

—¿Estás bien? —le preguntó Santiago.

—Muy bien. ¿Alguien cogió la matrícula del camión?

El comisario lo miró con preocupación, calibrando el daño que había causado su conducta impulsiva.

—Perdóname hermano. Estaba fuera de mí.

—Sí, eso es evidente. ¿Te sientes mejor? —le preguntó Néstor, mientras se tocaba el pómulo.

—Me siento más tranquilo, pero fatal por haberte golpeado.

—Pues si sirvió para que te tranquilizaras, me doy por bien servido. Escucha, Santiago, ese hijo de puta merece que le partan la cara. A mí tampoco me faltan ganas, pero esa no es la solución y tú lo sabes. No puedo permitir que te le acerques en ese estado de ánimo, pero sabes que haré todo lo que esté en mi mano para que pague por lo que hizo, siempre dentro de la ley.

—Tienes razón. Será mejor que con respecto a él, seas tú quien lleve el procedimiento.

—De acuerdo.

—¿Me perdonas por esto? Lo último que querría sería lastimarte.

—¿Esto? No es nada. No es la primera vez que alguien me redecora «la fachada.» Y no entiendo la razón, con lo inocente y simpático que suelo ser.

Ortiz no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia. Podía pensar en muchos calificativos para definir a Néstor, pero «inocente» no era uno de ellos.

—Vamos adentro —sugirió el comisario—. Le pediremos a Lali que te desinfecte ese corte y te consiga hielo para el ojo.

—¿A Lali? No sé si será buena idea.

—No digas eso. Si ella te aprecia mucho. Al principio, tal vez tuvo sus reservas, pero ahora te ve con otros ojos.

Salazar se encogió de hombros y siguió a su hermano. Al menos había conseguido distraerlo de la detención de Montero. Eulalia lo curó bajo la mirada preocupada del comisario. Néstor aprovecho el sentimiento de culpa de Santiago para convencerlo de que se fuera a casa y dejara en sus manos la tarea de cerrar el caso.

Cuando estuvo seguro de que Goliat se había marchado, subió al tercer piso, donde estaban las celdas, para ordenar a los guardias que bajo ningún concepto podían permitir que el comisario Ortiz entrevistara a solas a Montero. Uno de los agentes le notificó que el detenido había llamado a su abogado, quien le había prometido que solicitaría una fianza para liberarlo lo antes posible.

Salazar comprendió que no lo podía permitir. Si Montero salía de aquella celda no volverían a verle el pelo. Y él necesitaba unas horas más para asegurarse de que se hiciera justicia. Después de hablar con el guardia y conseguir su colaboración, entró en la celda de Montero.

—¿Estás cómodo, Fermín? ¿Necesitas algo?

—No se moleste en ser amable conmigo, Salazar. No estaré mucho tiempo aquí. Supongo que ya le habrán dicho que Jaime ya está tramitando mi liberación.

—Sí, eso me informaron, pero mientras esté en esta celda, usted es mi responsabilidad y quiero asegurarme que recibe un buen trato.

—Ahora le preocupan los procedimientos.

—Cumplo con mi deber. Usted ha sido acusado de secuestrar a dos niños, causando la muerte de uno de ellos, además de tres asesinatos. Tenemos suficientes pruebas para que no vuelva a ver la luz del sol, pero no he venido por eso, sino para cumplir con mi deber y asegurarme de que se respetan sus derechos.

—¡Que se largue, maldito policía! ¡Lo único que tiene contra mí es humo y le juro que me va a pagar por esto!

Néstor cerró el puño golpeándolo contra la palma de la otra mano con fuerza. Luego habló con calma.

—Esto no era necesario, señor Montero. Solo lo perjudicará más.

Fermín frunció el ceño convencido de que había intimidado al legendario Salazar.

—¡Qué se largue, maldita sea!

El inspector le hizo un gesto al guardia, quien le abrió la celda.

—¿Lo viste? —le preguntó Néstor.

—Soy testigo, señor.

—De acuerdo. Cuida que reciba un buen trato. Va a pasar una buena temporada aquí.

Las palabras de Salazar alertaron a Montero. La fama del policía lo precedía. El detenido sabía que no era alguien a quien pudiera subestimar.

Al salir de la celda, Néstor bajó a su despacho, mientras escuchaba la grabación que había realizado con el móvil. No tenía mucho tiempo, así que hizo que Remigio y Sofía se reunieran con él en la puerta de la comisaría. Ambos se sorprendieron mucho al ver el golpe de su cara. Les contó la verdad y también su plan. Los tres estuvieron de acuerdo en que era necesario evitar que Montero fuera beneficiado con la libertad bajo fianza. Tenían que ganar tiempo.

Mientras Remigio regresaba a los juzgados para hablar con el juez Aristigueta, Néstor le pidió a uno de los agentes motorizados que lo llevara a Urgencias lo antes posible, mientras Sofía se quedó haciendo guardia en la puerta de la comisaría.

Treinta y cinco minutos después, Jaime Carrillo llegaba a «San Miguel» con expresión satisfecha. En cuanto lo vio aparecer, Sofía lo interceptó y comenzó a darle coba. En un primer momento, el abogado tuvo una actitud desconfiada, pero tener a semejante mujer hablándole así hizo que sus barreras defensivas cayeran y se dejó halagar. Bastaron diez minutos para que Remigio pudiera regresar del juzgado con el rostro congestionado por las prisas. Gracias a un gesto que le hizo a su compañera, Sofía comprendió que lo habían conseguido.

—Un placer, abogado —le dijo la subinspectora, cortándolo en medio de una frase en la que la estaba invitando a cenar—. Me disculpa, pero tengo mucho trabajo que hacer.

Sofía subió las escaleras, dejando a Jaime con la palabra en la boca. Carrillo resopló por la frustración y se dirigió a García.

—Traigo la orden de liberar al señor Fermín Montero. Acabo de pagar su fianza.

Después de leer el documento que le entregó Jaime, García comenzó a negar con la cabeza.

—Lo siento, letrado, pero esto no es suficiente para liberar al detenido.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Está dispuesto a contravenir una orden del juez? ¿Sabe la que le puede caer por una falta así?

—Nunca desobedecería la orden de un juez, licenciado, pero esta orden es por el caso de los homicidios de Calcaño y Vilaró.

—Desde luego. Es la acusación por la que retienen a mi defendido. ¿O no es así?

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—De que el detenido golpeara al inspector Salazar. El inspector Toro me acaba de traer la orden de detención del juez por agresión a un policía.

Capítulo veintiocho.

Salazar decidió posponer el interrogatorio a Montero para el día siguiente. Tenía problemas más urgentes que resolver y pasar la noche en comisaría, después de haber estado tan seguro de que su amigo Jaime lo sacaría a las pocas horas, podría contribuir a que se sintiera más colaborador. Aunque Néstor lo dudaba. El sujeto era un sociópata de libro. La jugada con la supuesta agresión había salido bien. No se sentía orgulloso por lo que había hecho, pero no tenía que vérselas con un ciudadano cualquiera, sino con un asesino que se valía de sus conexiones en los juzgados para ganar impunidad sobre sus crímenes. Y el deber de Néstor era detenerlo.

Después de ser atendido en Urgencias, le había pedido un informe al médico que lo recibió. Luego de tomarle una foto con el móvil, el inspector lo envió a Remigio junto con la grabación que hizo en la celda de Montero. Ambas evidencias fueron suficientes para convencer a Aristigueta de que había sido víctima de una agresión por parte del detenido. El juez no tuvo inconveniente de sumar ese cargo al abultado expediente de Fermín. Ya con la orden, Remigio había corrido como alma que lleva el diablo en dirección a «San Miguel», con el objetivo de llegar antes que Jaime Carrillo. Sin embargo, no lo hubieran conseguido de no ser por Sofía, que entretuvo al abogado el tiempo suficiente para evitar la liberación de Montero. Al menos no se les escaparía mientras resolvían lo que tenían pendiente.

Ya la tarde estaba avanzada, así que Néstor dio aviso de que no regresaría a la comisaría. Encaminó sus pasos en dirección a «La Callecita», donde tenía programado el encuentro con Diji. También había citado al propio Santiago y al resto de la plantilla. Prefería llevar a cabo allí la reunión, pues aunque Manuel ya había usado el detector de frecuencias en toda la comisaría, todavía no habían removido los micrófonos que encontraron plagando cada habitación, pues no querían hacer saltar la liebre.

Aún tendría que esperar un par de horas, así que le pidió al mesonero su guitarra. Necesitaba relajarse. Gyula sonrió. Cada vez que Néstor decidía tocar en su local, el negocio se le llenaba de parroquianos. El inspector afinó el instrumento y comenzó a tocarlo. Se concentró en la música atendiendo algunas peticiones de los clientes, mientras Gyula y su empleado no se daban abasto para atenderlos. Finalmente vio entrar a

Santiago, que parecía ansioso. Su hermano se sentó a la mesa favorita de Néstor. Escucharlo tocar la guitarra también lo relajó. Veinte minutos después llegaron Diji, Sofía y por último Remigio, acompañado de Pedrera y Manuel. Cuando Salazar vio que ya estaban completos detuvo el concierto, agradeció a su público y devolvió la guitarra a Gyula.

—¿Lo de siempre? —le preguntó su amigo.

—Como me sirvas vino, te arreo con la guitarra.

—Descuida, te traeré sidra, que por la cara que traes, ya veo que tienes el ánimo belicoso.

Néstor llegó sonriendo hasta la mesa donde lo esperaban sus compañeros. Le complació comprobar que Santiago se veía más tranquilo.

—Ya había escuchado acerca de tus dotes musicales, Salazar —le dijo Remigio—, pero no me lo había tomado en serio. Creía que era una leyenda urbana.

—Es solo una forma de desconectar.

—Una que le va de perlas a tu amigo, el tabernero —comentó Manuel—. Hay que ver cómo se le llenó el bar.

—Beneficios secundarios —respondió el inspector jefe—, pero no os he hecho venir aquí por eso.

—¿Entonces?

—Creo que tienes algo que contarnos, Diji —sugirió Néstor por toda respuesta.

—Pues tenía razón, jefe —reconoció Cheick—, el asunto es bastante gordo.

—¿Qué asunto? —preguntó Pedrera, un poco perdido.

—La entrevista con Ferro me despertó algunas inquietudes —confesó Salazar—. Él afirmó que según Vilaró, el hombre que lo había contratado para cometer el robo a la joyería exigiría su parte a cambio de garantizar impunidad. Eso me pareció extraño.

—¿Por qué? Habrá querido impresionar a su cómplice para llevarse mejor tajada.

—Vilaró no era un novato. No hubiera sido fácil engañarlo con algo así. Además, este mismo individuo se atrevió nada menos que a secuestrar al hijo de un comisario. Y poco después intentó arrollarnos a Sofía y a mí. Demasiada confianza para cualquiera, a menos que estuviera seguro de poder cumplir la promesa hecha a Vilaró.

—¿Acerca de la impunidad?

—Así es, pero Montero solo es un defensor de oficio, lo cual le permitía tener buenos contactos, pero no como para garantizarle nada a nadie.

—¿Adónde quieres llegar? —se impacientó Pedrera.

Gyula se acercó a la mesa en ese momento y puso un vaso de sidra frente a Néstor. Él cogió el vaso, la probó y tomó un pequeño sorbo. Quería mantenerse despejado aquella noche, pues había mucho que hacer en poco tiempo.

—A donde quiero llegar es a los juzgados.

—¿Quieres soltarlo de una vez?

—Antes de descubrir los micrófonos en la comisaría, ya sospechábamos que había filtraciones en los juzgados.

—Es posible que ellos también tengan el mismo problema —sugirió Manuel—. O tal vez la filtración siempre estuvo en «San Miguel». No sabemos cuánto tiempo tienen esos micrófonos instalados.

—Tienes razón —reconoció Salazar—, pero eso no explica lo que ocurrió con el secuestro del niño Rivero. El comisario, aquí presente, recibió presiones del juez y hasta de la Jefatura Superior para que cerrara el caso después de la muerte de Bastos. Había mucho interés en que no se continuara investigando y al no ceder, fue que secuestraron a su hijo.

—Supongo que con eso quieres decir que hay alguien de mayor peso en los juzgados que está involucrado en los secuestros —sugirió Remigio.

—No. Creo que el autor intelectual de ambos secuestros se encuentra en este momento en una celda de la comisaría, rumiando por qué su amigo Jaime le falló tan estrepitosamente.

—¿Entonces?

—Estoy seguro de que detrás de Lombriz y sus amigos hay una trama más grande, que usó su poder para proteger a Montero y evitar ser descubierta. Diji, ¿puedes continuar? ¿En qué tenía razón?

—He pasado todo el día en los archivos del juzgado —explicó el subinspector, mientras sacaba del maletín un fajo de papeles y se los pasaba a sus compañeros—. La señorita Fonseca me ha ayudado mucho. Esas son las actas de los juicios de los últimos seis meses que me resultaron sospechosos.

—Sospechosos ¿por qué? —preguntó Sofía.

—Todos terminaron con veredicto de «No culpable.» Las pruebas en todos los casos eran abrumadoras, pero hubo errores de procedimiento que dieron al traste con la buena consecución del juicio.

—Aquí está el caso del asalto a la gasolinera del que se libró Calcaño —les notificó Pedrera, mientras leía el acta que le había tocado en suerte.

—Siempre hay casos en los que alguien la pifia.

—No con esta frecuencia —discrepó Diji—. Además, siempre son los mismos protagonistas. También los errores se repiten.

—¿Quiénes son esos protagonistas? —le preguntó Salazar, aunque ya sospechaba la respuesta.

—Cuatro abogados de oficio que se registraron a la vez y eran compañeros desde la Universidad —informó Cheick.

—Entre los cuales están Montero y sus amigos —puntualizó Néstor.

—Así es. También involucra a los jueces Carrillo y Velasco, además de tres fiscales.

Pedrera silbó. Luego levantó la mano para llamar al tabernero. Gyula se acercó.

—Tráeme algo fuerte, que lo voy a necesitar.

—¿De qué tipo de errores procesales estamos hablando? —quiso saber Néstor.

—Casi siempre se trata de desaparición de evidencias cruciales. En otras ocasiones son fallas en el procedimiento perfectamente evitables.

—Jueces, fiscales, defensores. Estamos hablando de un nivel de corrupción judicial de proporciones enormes —planteó Santiago—. ¿Hay también cuadros policiales involucrados?

—No. Al menos, no encontré evidencia de ello.

—¿Por qué entonces la presión desde la Jefatura Superior?

—Es probable que tuviera relación con el poder de alguno de los jueces —sugirió Salazar—. Hay mandos que no soportan presión cuando viene desde arriba. Es lamentable, pero humano. Supongo que sucede en todo lugar y profesión.

—Lo que tenemos entre manos es una bomba de relojería —resumió Remigio.

—¿Comprendéis por qué no quería que habláramos de esto en comisaría? —Se justificó Salazar—. Ahora más que nunca estarán pendientes de nuestros movimientos.

—Podríamos haber retirado los micrófonos.

—Con lo cual los hubiéramos alertado.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ir a por ellos —respondió el comisario—. Esta misma noche.

Capítulo veintinueve.

Ortiz llamó al juez Aristigueta, en quien sabían que podían confiar, pues Diji les informó que su actuación en todos los juicios que revisó había sido impecable. A aquella hora, el magistrado ya se encontraba en su casa, pero aceptó recibir al comisario, quien llevó consigo todas las pruebas que había recopilado el subinspector. No podían actuar sin tener una orden, pero eso no impedía que se organizaran. Decidieron usar la oficina de «La Callecita» como cuartel, al tener vetada la comisaría a causa de los micrófonos. Para los sospechosos, los policías habían terminado su jornada y se encontrarían en sus respectivas casas, así que era probable que se sintieran seguros, aunque la detención de Montero debía tenerlos preocupados. Sin embargo, la decisión de Néstor de posponer su interrogatorio les transmitiría una falsa confianza, pues a lo que mayor temor le tendrían sería a que el detenido los delatara.

El plan era caer sobre ellos simultáneamente, de manera que no pudieran avisarse, ni protegerse unos a los otros. Salazar y Sofía irían a por Carrillo y su hijo. El comisario se ocuparía de Velasco; Remigio de David Roig, Volcán; Diji de Tomás Farías, Perro. Pedrera, Manuel y dos de los agentes, de los tres fiscales. Mientras esperaban el regreso de Santiago con las correspondientes órdenes, ubicaron las direcciones de los sospechosos.

El comisario regresó casi una hora después. Había demorado más en convencer al juez de la existencia de la trama que en el trayecto. Y no era para menos. Aquellos hombres eran compañeros de trabajo para Aristigueta. Los conocía y confraternizaba con ellos a diario. Verlos como parte de un entramado de corrupción destinado a burlar a la justicia, a cambio de beneficios personales, debía ser desconcertante.

Con las correspondientes órdenes de captura, cada policía se encaminó a cumplir con su tarea. Los sospechosos no se lo esperaban. Pese a que la estructura de corrupción comenzó a hacer aguas desde el momento en que Montero decidió involucrarse en un secuestro, se sentían tan imbuidos de poder y seguros de sí mismos, que aún tras la detención de su cómplice solo le temían a su delación, pero ese era un riesgo que quedaría anulado al día siguiente, cuando lo liberaran por el cargo de agresión.

Salazar y Sofía encontraron a Carrillo y su hijo en casa, tomando una copa después de cenar. Cuando llamaron les abrió la asistente y preguntó a quién debía anunciar.

—Dígales al juez y su hijo que es la Policía —respondió Néstor.

Al cabo de un minuto salió a su encuentro un juez Carrillo con el ceño fruncido y una copa en la mano.

—¡Salazar! ¿Qué significa esto? Espero por su bien que tenga una buena excusa para irrumpir en mi casa a esta hora.

—Tengo la mejor excusa que pueda imaginar, señoría.

—¡Es usted un insolente! —le espetó Jaime, de pie detrás de su padre —. Parece deseoso de ganarse una sanción.

—Esta noche no habrá sanciones para mí, señores, sino un arresto para ustedes. Rafael Carrillo, queda usted detenido por «prevaricación» y manipulación de pruebas. Señor Jaime Carrillo, tengo orden de captura por «asociación para delinquir.»

—¿Se ha vuelto loco, Salazar? —preguntó el juez palideciendo.

Jaime no tuvo tanta presencia de ánimo y emprendió una corta carrera en la que se interpuso la asistente, quien regresaba con la intención de preguntar si se requerían sus servicios. El joven abogado cayó al suelo arrastrando a la pobre mujer con él. Trató de incorporarse, pero no llegó muy lejos. Sofía ya estaba sobre él colocándole las esposas.

—¡Todo esto es un terrible error! —gritó Jaime—. Fermín es un mentiroso. No pueden creer nada de lo que les cuente.

—El señor Montero no ha abierto la boca, licenciado Carrillo. Los cargos contra él son mucho más graves, pero lo que acaba de decir confirma que ambos tienen mucho que ocultar.

—¿Es que no puedes mantener la boca cerrada, imbécil? —le espetó su padre, mientras Salazar le ponía las esposas.

En la comisaría se reunieron todos los policías, cada uno con su respectivo sospechoso detenido. Los habían cogido desprevenidos. Al día siguiente estallaría la bomba de relojería de la que hablaba Remigio, en cuanto los periodistas se enteraran de aquellos arrestos, pero hasta entonces tenían tiempo para dejar bien argumentados los casos de cada uno.

Cuando Montero vio que los hombres en los que confiaba para que lo sacaran de aquel aprieto llegaban esposados y eran encerrados en las celdas contiguas, toda la confianza en sí mismo de la que había hecho gala se vino abajo y comprendió el problema en el que estaba metido, así como las consecuencias que tendría que afrontar.

El que peor lo llevaba era Velasco, que no había dejado de sollozar en todo el trayecto. Impresionaba ver a un hombre adulto como él, todo un

juez, deshacerse en llanto. Fue el primero que pidió colaborar.

Pese a que ya era más de media noche, Salazar decidió que no pospondría el interrogatorio del defenestrado juez y hablaría con él. Era mejor aprovechar su buena disposición en caliente, pues cuando se le pasara el susto se lo podría pensar mejor.

Lo llevaron a la sala de interrogatorios. Aunque el juez no tenía relación directa con los secuestros, Néstor prefirió que Santiago se mantuviera al margen. Todo aquel caso tenía una carga emocional muy importante para él. En cambio lo acompañó Sofía.

—¿Desea que llamemos a su abogado antes de comenzar la entrevista, señor Velasco? —le preguntó Néstor.

—¿Mi abogado? Tiene gracia. Mi abogado comparte celda conmigo. No, inspector. Quiero que todo esto termine cuanto antes. Si le soy honesto, es probable que este arresto haya sido lo mejor que pudo pasarme. En cierto modo, me siento liberado.

—¿Podría explicarse, señor?

—Rafael fue quien tuvo la idea cuando su hijo se licenció y tanto él como sus amigos se registraron como abogados de oficio. Rafael y Jaime nunca coincidían en los juicios, pero no ocurría lo mismo con sus amigos. Todo comenzó con un caso poco importante. Administrativo. Con sutileza, Rafael favoreció a la defensa, que era llevada por Montero. El fallo fue injusto, pero ambos obtuvieron un beneficio económico por ello. Luego lo repitieron y fueron reclutando personal.

—¿Cómo se involucró usted en algo así? Lo tenía por un buen juez.

—Tuve un grave problema económico que me llevó al punto de que podía perder mi casa. Necesitaba dinero con urgencia. No conoce a Rafael y su hijo. Son como los tiburones. Huelen la sangre, así que contactaron conmigo. Un solo juicio. Un obrero pedía indemnización por un accidente de trabajo a la empresa que lo contrató. La razón estaba del lado del trabajador con toda claridad. La empresa había sido negligente con la seguridad. Fallé a favor de la empresa. El defensor era Jaime Carrillo. Yo prevariqué y con eso salvé mi casa, pero sellé mi suerte.

—No le permitieron salirse del entramado.

—No. A partir de allí, me decían cuál debía ser el fallo en todos los casos a los que llegaban a un acuerdo con una de las partes. Algunas veces la sentencia era justa, pero casi siempre no lo era.

—¿Volvió a recibir dinero?

—Nunca, pero me amenazaban con arruinar mi carrera y mi reputación si no les seguía el juego. Y por supuesto, cada vez me hundía más.

—Hasta que ocurrió el secuestro y fallecimiento del niño Rivero y le pidieron que presionara al comisario para que diera por concluido el caso.

—Tenía que mantener a Rafael informado de todos los avances. Cuando murió el portero, me presionaron para que cerrara el expediente. Como no pude convencer al comisario Ortiz, llamé a mi sobrino que es comisario mayor en la Jefatura Superior. Nunca le dije la razón, sino que era importante que la investigación no continuara. Aun así su jefe era reacio a obedecer. Y tenía razón. Yo sabía que Montero estaba involucrado. Lo que nunca imaginé fue que llegara a atreverse a secuestrar al hijo de Ortiz.

—¿Por qué no confesó cuando llegó a ese extremo? Al callar se hizo cómplice.

—Por miedo. Hasta entonces las amenazas habían sido sobre mi reputación, pero después de los asesinatos de Calcaño y el ladrón, comprendí que lo que peligraba podía ser mi vida. Además, ya el caso estaba en manos de Aristigueta, que es un buen juez.

—Si teme por su vida. ¿Por qué habla ahora?

—Porque estoy cansado de ser un cobarde. Y porque si no hablo, podrían matarme para que no pueda hacerlo. Estoy cansado, inspector. Harto de mentir, harto de preguntarme cada mañana si ese será el día en que mi mundo se desmoronará. Ahora ha ocurrido y por extraño que parezca, después de la primera impresión, lo que siento es alivio.

Capítulo treinta.

La noche transcurrió en medio de un trabajo frenético. Se prepararon los informes y expedientes de cada uno de los sospechosos, sustentándolos con las evidencias con las que contaban: la desaparición sistemática de pruebas del depósito de los juzgados, las sentencias que no aparecían ajustadas a derecho y la confesión de Velasco. Conseguir la imputación de los jueces por prevaricación no era tarea fácil, pues gozaban de autonomía desde el punto de vista de sus decisiones, pero la desaparición de las pruebas y la confesión cambiaban las expectativas. Los policías sabían que esos acontecimientos desatarían una tormenta cuando aquellos que no se hubieran visto favorecidos por las decisiones de ambos jueces, presentaran una querella para que sus casos fueran revisados.

Por una larga temporada los detectives de «San Miguel» no serían muy populares en los tribunales, pero por otro lado, la detección y corrección de aquella falla, aunque no contribuiría a mejorar la imagen de la justicia en un primer momento, permitiría retirar las manzanas podridas, favoreciendo al final el funcionamiento judicial. Néstor consideraba que la corrupción podía presentarse en cualquier lugar y momento donde confluyendo dinero y poder, el control lo tuviera el ser humano. Lo importante era que el sistema fuera capaz de encontrar y erradicar esas irregularidades, por doloroso que resultara el procedimiento.

A primera hora de la mañana siguiente, los expedientes serían presentados en el juzgado, para que se llevara a cabo la expulsión de los jueces de la carrera judicial y su posterior enjuiciamiento por los delitos que habían descubierto los detectives. Eran casi las tres de la madrugada cuando Salazar dio por concluido su trabajo y decidió retirarse a su casa. Solo Santiago permanecía aún en la comisaría dando los últimos detalles al grueso folio sobre el caso. Néstor pensó que era probable que no le apeteciera regresar a una casa vacía.

Después de despedirse y recomendarle a su hermano que no se demorara en marcharse a descansar, Néstor siguió el consejo que acababa de dar y se retiró. A esas horas las calles estaban casi vacías. Hasta los juerguistas habían vuelto a sus casas, quedando solo alguno que otro rezagado. Hacía frío, así que el inspector se arrebujó en el gabán, el cual se alegró de llevar puesto por primera vez desde que comenzó el verano. Después de un corto paseo llegó a su calle. El bar de Gyula, situado en los

bajos del edificio donde vivía estaba cerrado, pero todavía se podía ver luz por debajo de la puerta. Su amigo estaría haciendo caja.

Néstor subió los tres pisos hasta la buhardilla y entró en su casa. Para su sorpresa, Paca no salió a recibirlo. ¿Se habría vuelto a meter en problemas? Esperaba que no, pues estaba muy cansado por el largo día y no creía que al veterinario le hiciera gracia que lo visitaran a esa hora. En especial, después del trato que había recibido por parte de Paca la última vez. Salazar revisó la sala y la cocina en busca de la gata. Tampoco estaba en su cesta, ni en el sofá. Eso sí que era extraño. Cuando entró en la habitación la vio, estirada cuan larga era en todo el centro de la cama. Néstor se sintió aliviado. Al menos no estaba lastimada, ni embutida en un frasco. Cuando encendió la luz, la gata se incorporó y lo miró con ojos culpables.

—Así que esto es lo que haces cuando te quedas sola.

—Maaauuuu.

—De acuerdo, te libras porque estoy demasiado cansado para discutir.

Salazar se preparó para acostarse, luego se sentó en la cama. Paca no se había movido. Solo lo miraba expectante.

—Hazte a un lado, anda.

—Maaauuu —protestó la gata, cuando su humano la empujó para poder acostarse.

En cuanto puso la cabeza en la almohada, Salazar se quedó dormido. Paca se acomodó acurrucándose a su espalda. El humano ocupaba casi toda la cama, pero proporcionaba calor y seguridad.

A la mañana siguiente, la gata despertó a Néstor como siempre en cuanto aparecieron los primeros rayos de sol. Era más eficiente que un despertador digital. Esa felina tenía alma de gallo. Además de pelea. Con tan pocas horas de sueño, el inspector se hizo el remolón, haciendo caso omiso a los toques con la pata y a subírsele encima, hasta que Néstor sintió que le lijaban la oreja. Paca había decidido lamerlo hasta conseguir que se levantara. Su desayuno no era asunto baladí. Salazar abrió un ojo, hecho que la pequeña felina aprovechó para lanzar su consabido maullido lastimero.

—¡Gata desconsiderada y manipuladora! —exclamó Salazar, que sin embargo salió de la cama—. ¡Uno de estos días voy a poner tus garras felinas en la calle!

—Meeeuuuu —mirada inocente. ¡Que así no había manera!

Néstor se encaminó a la cocina y llenó el plato de la gata con la leche que quedaba en el frigorífico. Después de ducharse y ponerse ropa limpia se despidió de Paca, que concentrada en su desayuno no le hizo el menor caso y entonces salió en dirección al bar de Gyula. Necesitaba un buen café con carácter de urgencia. Mientras esperaba que se lo sirvieran ojeó el periódico que había sobre la barra. El titular lo echó para atrás: «ESCÁNDALO EN LOS JUZGADOS. ¿Hay justicia en España?» El contenido era un relato exagerado de los acontecimientos de la noche anterior. ¡Como pillara al que se había ido de la lengua! Por suerte, no había ninguna mención a los secuestros, los homicidios, ni su relación con ese caso.

Después de tomarse dos tazas de café bien cargado y un par de magdalenas, el inspector se despidió de Gyula y se encaminó a la comisaría. Lo que encontró allí fue un maremágnum. Todos comentaban los titulares y se preguntaban quién habría filtrado la información. Pedrera y Manuel estaban ausentes. Les había tocado en suerte llevar al juzgado los expedientes de los arrestos recientes. En cualquier momento llegarían los chicos de la científica, a quienes se les había notificado formalmente la sospecha de que existieran micrófonos ocultos en «San Miguel». Aunque ellos ya tenían la certeza, el hecho de que fueran «descubiertos» y retirados por los canales regulares serviría para agregar el allanamiento ilegal a los cargos que tendrían que enfrentar los detenidos.

Néstor saludó a sus compañeros, quienes como era habitual, lo ignoraron olímpicamente. Excepto Sofía, la única que solía devolverle el saludo. La normalidad de la rutina era tranquilizante.

—¿Quién habrá sido el gilipollas que avisó a la prensa? —preguntó Remigio sacudiendo levemente el periódico del día.

—Fui yo —respondió una potente voz a las espaldas de Néstor. El inspector volteó, aunque ya sabía a quién pertenecía. Detrás de él había entrado Ortiz.

—Lo siento, señor… Yo no quise decir… —balbuceó Toro, al comprender que había metido la pata hasta el zancarrón.

—No te preocupes Remigio. Comprendo tu preocupación, pero hay un buen motivo para haber avisado a la prensa.

—No es necesario que nos dé explicaciones, señor.

—Desde luego que lo es. Anoche, cuando me quedé solo me pregunté cómo caería este caso en ciertos círculos.

—Podría haber intenciones de ocultarlo, como ocurrió con el secuestro de Rivero —sugirió Néstor, al comprender las motivaciones de su hermano.

—Es correcto, pero si la noticia ya es del dominio público…

—Solo queda seguir adelante hasta las últimas consecuencias.

—En ese caso, fue una gran jugada, señor —lo alabó Toro.

—Deja de hacerme la pelota, Remigio, que no te tomaré en cuenta el insulto.

El aludido decidió que lo mejor era guardar silencio. La extensión de Diji comenzó a sonar. El subinspector respondió y alzó la mirada en dirección al comisario.

—Es para usted, señor.

Santiago cogió el auricular y cambió su expresión seria habitual por la sorpresa. Luego sonrió, lo cual era una visión escalofriante. El comisario se limitó a escuchar, le dio las gracias a Lali y colgó. Entonces miró a Salazar.

—Felipe Rivero ha decidido confesar —anunció con satisfacción—. Por lo visto, la noticia que publicaron esta mañana acerca de la detención de la trama judicial lo ha animado a hacerlo. ¿Podrías hacerte cargo, Néstor?

—Será un placer.

Capítulo treinta y uno.

Felipe Rivero se encontraba en prisión preventiva a la espera del juicio. Salazar le pidió a Sofía que lo acompañara a la entrevista. David Roig, conocido también como Volcán, era quien defendía al joven detenido, así que el señor Rivero, después de leer la prensa esa mañana comenzó a pensar que el abogado de su hijo podía estar pensando en sus propios intereses antes que en los de su cliente. Después de hablar con otro letrado que le fue recomendado, comprendió que a Felipe le convenía confesar, lo llamó a prisión y le aconsejó hacerlo.

Néstor y Sofía se encaminaron hacia el Centro Penitenciario, donde se encontrarían con el nuevo abogado y su cliente. Los policías pasaron por una serie de medidas de seguridad antes de ser llevados a una sala en la que había varias mesas con sus correspondientes sillas, todas atornilladas al suelo. Al no ser hora de visita el salón estaba vacío. Se sentaron a esperar. Cinco minutos después apareció un hombre mayor en traje y corbata, que portaba un maletín. El nuevo letrado.

—Mi nombre es Jacobo Arreola. Soy el abogado que el señor Jorge Rivero ha contratado para que defienda a su hijo.

—Soy el inspector Salazar y mi compañera, la subinspectora Garay —respondió Néstor, estrechando la mano del letrado.

—De la comisaría de «San Miguel», supongo.

—Sí, señor.

—Menuda la que ustedes han liado. Estuve temprano en la mañana en los juzgados y aquello parece una zona de guerra. Se han suspendido todas las vistas hasta que se reorganicen los turnos. Además, tendrán que contratar nuevos abogados y jueces, sin contar con todas las querellas que se les vienen encima de los casos que llevaban esos pájaros. En fin, que yo les recomendaría no asomarse por allí por una buena temporada.

—Tendremos en cuenta su consejo, señor.

—Bien, de cualquier forma, pese a los inconvenientes operacionales que esto ocasione, muchas gracias. La culpa no es de ustedes, sino de los colegas que se fueron por el mal camino.

—Gracias por la comprensión, señor.

—No hay por qué darlas, inspector. No es a mí a quien le han vuelto la vida del revés.

Los tres giraron la cabeza cuando se abrió una de las puertas internas y por ella salió Felipe Rivero junto a un guardia. El joven caminaba despacio, apoyándose en un bastón. Sofía no pudo evitar sentir compasión, en especial al recordar a Isaura. Debía estar pasando por un infierno. Felipe llegó hasta donde lo estaban esperando. El abogado se presentó a su cliente y le pidió a los policías unos minutos a solas para poder hablar con él. Néstor y Sofía aceptaron sin reticencias. Al cabo de un rato, el letrado les hizo saber con gestos que estaban listos. Se sentaron todos a una de las mesas. Salazar sacó su móvil y le preguntó al reo si tenía algún problema en que grabaran la conversación. Rivero aceptó. Suspiró antes de comenzar su relato.

—Yo soy el culpable de la muerte de mi hermano. Y no saben cómo lo lamento. Tengo problemas con el juego, como ya se lo habrán imaginado. Hace un par de meses perdí mucho dinero jugando póker. Fue durante una partida en la que también participó Fermín. El organizador de la timba, el del bigotito ridículo…

—Mandrake —lo ayudó Néstor.

—Ese. Nos financió para que pudiéramos continuar jugando, pero seguimos perdiendo. Entonces nos dio un plazo para pagar. Ambos sabíamos que el asunto no era un juego. Yo no tenía dinero y Fermín, que casi siempre estaba solvente, pasaba por un bache. El caso fue que nos vimos metidos en un gran problema.

—¿Por qué no le pediste el dinero a tu padre? —quiso saber Sofía.

—Mi padre ya estaba harto por mi conducta licenciosa, pero aún no sabía los problemas que tengo con el juego. Lo último que quería era que se enterara de que era un ludópata. Además, no estaba seguro de que me hubiera ayudado, pese al riesgo.

—¿Por qué llegaste a esa conclusión?

—Siempre contaba historias acerca de hijos que se metían en problemas y su opinión solía ser que los padres debían darles una lección dejándolos solos para que los resolvieran. Ahora sé que solo lo hacía para aleccionarme, pero en aquel momento creía que no le importaba lo que pudiera ocurrirme.

—¿De quién fue la idea de secuestrar a tu hermano?

—De Fermín. Él también conocía a Bastos porque este le había hecho algún favor en los juzgados.

—¿Qué clase de favor?

—No estoy seguro, creo que tenía relación con buscarle pruebas para los juicios.

Néstor tomó nota. Era muy probable que Roberto Bastos fuera cómplice de Montero mucho antes de que decidieran involucrarse en el secuestro.

—¿Conocías bien a Bastos?

—De saludarlo al pasar en el juzgado, de encontrarnos en la cafetería del frente en alguna ocasión, pero Fermín sí tenía trato con él. Me contó que Roberto tenía también una deuda importante, en este caso por drogas. Entonces sugirió que hiciéramos algo los tres que nos permitiera conseguir dinero sin demora. Luego habló de simular un secuestro exprés.

—¿Fue él quien sugirió que Ismael fuera la víctima?

—Sí, dijo que era lo ideal, pues no se trataría de un secuestro de verdad. Solo teníamos que convencer a mi hermano de colaborar con nosotros, pedir el rescate y dejar luego a Ismael en un lugar aislado, pero cerca de donde pudiera acceder a un teléfono para que llamara a mis padres, que entonces lo podrían recoger. Nadie debía resultar lastimado, pero todo salió mal.

—¿Qué ocurrió?

—Hablé con Ismael y le pedí que me ayudara —las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Felipe—. No fue difícil. Mi hermano me quería mucho y yo me aproveché de eso. En cuanto le dije que tenía problemas, estuvo dispuesto a hacer lo necesario para apoyarme.

—¿No pensaron en lo que harían sufrir a sus padres? ¿A su madre? —preguntó Sofía indignada.

—Serían unas pocas horas. Luego él regresaría a casa y todo volvería a la normalidad.

—Continúa —lo animó Néstor, mirando de reojo a Sofía. Comprendía los sentimientos de su compañera, pero no era conveniente hacer juicios de valor en ese momento, o el chico Rivero se podía cerrar en banda. La subinspectora comprendió el mudo reproche en los ojos de Salazar y bajó la cabeza.

—Fermín me presentó a Roberto. Usaríamos su vehículo para recoger a Ismael. El mismo coche que… En fin, mi hermano se negó a ir a la clase en el Conservatorio esa tarde. Salió de la escuela y anduvo un par de manzanas. Habíamos escogido una calle cercana bastante desierta a esa hora. Ismael buscó el «Megàne,» que ya tenía el maletero entreabierto. Se metió dentro y…

—¡Espera! —lo interrumpió Salazar—. ¿Él mismo se metió en el maletero del coche?

—Lo hizo porque yo se lo pedí. Aquella tarde llegué temprano a casa, para que no recayeran las sospechas sobre mí. Mis padres estaban muy nerviosos porque no sabían dónde estaba Ismael. Les hice creer que yo tampoco sabía nada y simulé estar preocupado. Cuando pidieron el rescate creí que todo iba según lo planeado, pero estaba equivocado. Me aterroricé cuando mi padre llamó a la Policía, pese a la advertencia que le había hecho Fermín de que no lo hiciera. Al día siguiente, temprano, me reuní con Roberto y con Montero. Les hablé acerca de la mujer policía que vigilaba a mi madre durante la entrega del rescate y les pregunté dónde estaba Ismael. Entonces me lo dijeron. Bastos lo iba a llevar a su casa hasta el momento de «soltarlo», pero cuando llegó allí y abrió el maletero…—Felipe rompió a llorar. Lo dejaron desahogarse. Al cabo de un minuto o dos consiguió controlarse, respiró profundo y continuó su relato:

»Me puse frenético. Los insulté, los amenacé, pero ya no serviría de nada. Les pregunté qué habían hecho con el cuerpo y me dijeron que lo habían abandonado al borde de la carretera, bajo unos arbustos, que había sido un accidente, que no era culpa de nadie, mala suerte, pero mentían.

—¿A qué te refieres?

—Cuando Fermín salió en busca del coche de mi madre para recoger el rescate, Bastos me confesó que la intención de Montero siempre había sido que Ismael no saliera vivo, sin importar lo que ocurriera. Le dijo que no podía dejar que su futuro dependiera de los caprichos de un crío de catorce años. Fue entonces cuando realmente comprendí lo que había hecho, pero ya era tarde.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Bastos, o con el secuestro del hijo del comisario?

—No —respondió Felipe sollozando—. Ni siquiera me quedé a esperar que Fermín regresara con el rescate. Le juro que me marché y no volví a verlos más.

En su fuero interno, Salazar le creyó.

Capítulo treinta y dos.

Ambos policías regresaron a la comisaría después de salir del Centro Penitenciario. Por su estupidez, Felipe Rivero había acabado con la vida de su hermano, al mismo tiempo que arruinaba su propio futuro y a su familia. La ley podía ser más o menos dura con él, pero el cargo de conciencia por lo que había hecho y sus consecuencias lo perseguirían de por vida.

Al llegar a «San Miguel», Néstor y Sofía encontraron a los técnicos de la científica registrando cada rincón de la comisaría en busca de micrófonos ocultos. Ya habían recopilado varios. Por lo visto, Montero y su grupo los tenían bien vigilados. Después de saludar a García al pasar, los dos policías subieron al segundo piso, donde ya estaba reunido el resto del grupo y Salazar reprodujo la grabación que había hecho de la entrevista.

—Buen trabajo, Néstor —lo felicitó el comisario—. Al parecer, en este caso ya tenemos todas las piezas del puzle.

—Es evidente que Montero nunca tuvo intenciones de dejar al niño Rivero con vida —comentó Remigio—. Es un auténtico hijo de puta.

—Sí, es cierto —intervino Diji—, pero me pregunto. Ismael murió accidentalmente como consecuencia de un secuestro, aunque al menos uno de ellos tendría intenciones de asesinarlo. ¿Calificará esto como homicidio culposo, o doloso?

—Esa es una decisión que le dejaremos al juez y al jurado —zanjó Ortiz —. Nuestra preocupación debe centrarse en cómo se desarrollaron los hechos y en aportar las pruebas para respaldarlos.

—Felipe Rivero no participó en la repartición del rescate al saber que su hermano había muerto… —dijo Néstor, retomando el hilo del caso.

—Hubiera sido monstruoso que recibiera su parte del botín —comentó Manuel.

—Señores, centrémonos —les advirtió Santiago—. Comprendo que esta investigación toca nuestra fibra emocional, pero no podemos perdernos en juicios de valor. Hechos.

—Disculpe, comisario.

—Continúa, Néstor.

—De acuerdo, Rivero sale del reparto, así que Montero y Bastos se dividen el rescate. Bastos usa el dinero para pagar a su camello y al hacerlo os guía directamente hacia él.

—Es correcto —continuó Ortiz—. Montero se entera de que hemos identificado a su socio cuando Diji le pidió la orden al juez Velasco. Fue él quien avisó al juez Carrillo, que a su vez advirtió a Fermín.

—¿Estaba el juez Carrillo involucrado en el secuestro? —preguntó Diji.

—No, pero según Velasco, sabía acerca de él. A Carrillo le preocupaba cómo podría influir la aventura de Fermín en el entramado que tenía armado con los juicios —explicó Salazar—. Y visto lo visto, tenía buenas razones para pensar así, pues por ese hilo se fue el tejido. De manera que desde el momento en que supo lo que Montero había hecho, aunque no estuvo de acuerdo, decidió protegerlo.

—Fermín se apresura en llegar hasta Bastos antes que nosotros. Lleva escrita la nota suicida y antes de matar a Roberto lo obliga a firmarla, con lo cual hace recaer todas las culpas sobre su cómplice, con la intención de que se cierre el caso. Bien porque ya estuviera intoxicado, o bajo amenaza, le suministra más droga, asesinándolo con una sobredosis. —continuó Ortiz.

—No contaba con un comisario tozudo como una mula —dijo Néstor. Santiago lo miró con cara de «no te pases»—, así que cuando supo que la investigación continuaba adelante pese a las presiones de los jueces y los mandos, entró en pánico. Fue entonces cuando decidió secuestrar a su hijo.

—Además de la preocupación por la investigación, tenía el problema de que el rescate que había cobrado por el secuestro de Ismael no le servía de nada. Si pagaba la deuda de juego que tenía con ese dinero, nos conduciría directamente hacia él tarde o temprano.

—Por otro lado —intervino Néstor—. Sus contactos con los bajos fondos de la ciudad le permitían reclutar a las personas que él consideraba idóneas para el trabajo. Decidió no continuar asociándose con aficionados como Bastos, o Rivero, así que contactó a Vilaró y a Calcaño. Al primero le propuso el robo a la joyería de los Ferro, pues sabía de la debilidad de la bóveda, por la consulta que le había hecho la señorita Fonseca. El botín le permitiría obtener fondos para pagar la deuda y también para contratar a Calcaño, con la intención de secuestrar al hijo del comisario para así extorsionarlo y detener la investigación.

»A cualquiera le hubiera intimidado la idea de raptar al hijo de un policía, pero él se sentía seguro bajo la protección del juez Carrillo y su red. Sin embargo, no quería que le ocurriera con el chiquillo lo mismo que con Ismael, pues eso lo hubiera dejado en una situación aún más vulnerable —

continuó Salazar, tragándose las emociones. Miró de reojo a Santiago, que estaba pálido—. Le exigió a Calcaño que llevara a cabo el secuestro con una persona que estuviera en capacidad de cuidar del niño.

—Como una maestra —intervino Sofía.

—Así es, pero las maestras no suelen tener vocación de secuestradoras. Sin embargo, Calcaño tenía la solución, pues una mujer que él conocía íntimamente se escondía bajo el disfraz de educadora. Fue entonces cuando contactó a Ana Ruiz, o Corina Maldonado, si lo preferís. Llevaron a cabo el secuestro en forma simultánea al robo de la joyería. Supongo que la intención era mantener ocupada a esta comisaría. Luego Montero permaneció vigilante, por si el comisario se atrevía a desobedecerlo.

—No contaba con que uno de los investigadores estuviera apartado de sus labores regulares —explicó Santiago—. Así que pude simular que obedecía y al mismo tiempo llamar a Néstor para que se ocupara de encontrar a Lucas.

—Por suerte dimos con el chiquillo y pudimos rescatarlo, así que Montero perdió el control sobre los acontecimientos.

—Disculpe señor —intervino Manuel—. ¿Por cuánto tiempo podría haber mantenido secuestrado Montero al niño de no haberlo rescatado Néstor?

—Esa es una pregunta que no quisiera tener que plantearme, Manuel —confesó Ortiz—. Con la catadura moral del detenido, quién sabe qué planes tendría para mi hijo. Por suerte, lo más probable es que nunca lleguemos a saberlo.

—El caso es que para Montero, Calcaño comenzó a ser un peligro directo —intervino Salazar—. Lo conocía y sabía que estaba detrás del secuestro. Podía dar su nombre para ganar indulgencia si lo atrapaban. Así que cuando Pedro fue a buscarlo para pedirle ayuda, Fermín se limitó a librarse de él.

—¿Cómo es que ya estaba en posesión del arma que necesitaba? La que había sacado del depósito.

—Según la fecha del registro, retiró ese revólver cuando contrató a Calcaño y Vilaró. Después de lo que le había ocurrido con Bastos, quiso tener un recurso con el cual podría solucionar cualquier imprevisto sin que le pudiéramos seguir el rastro.

—Y sin embargo, fue ese revólver el que nos dio la pista para atraparlo —comentó Pedrera.

—¿Cuándo colocó los micrófonos? —preguntó Diji.

—Creo que los han ido colocando a lo largo del tiempo los cuatro defensores de su grupo cuando nos visitaban —opinó Ortiz—. Es probable que aprovecharan pequeños descuidos del personal. García me ha confesado que en más de una oportunidad encontró a alguno de ellos en lugares que no tenían por qué visitar, pero siempre se excusaban diciendo que buscaban a alguno de nosotros, por lo que no despertaron sospechas.

—Con Vilaró y Calcaño muertos, Montero se sintió más seguro —continuó Salazar retomando el hilo del caso—. Ni Ferro, ni Corina sabían acerca de él. Sin embargo se mantenía alerta. Después de que Rivero recibió la paliza y nosotros decidimos investigarlo, volvió a preocuparse. Sabía que Felipe no diría nada acerca del secuestro de su hermano y para asegurarse le envió a Roig como defensor, pero ambos compartían el mismo acreedor en el juego. Y ese era un hilo del que podíamos tirar. Así que robó un coche y nos esperó a Sofía y a mí, cerca del club de Mandrake. Entonces se nos vino encima para arrollarnos. Nos libramos por poco.

—¿Qué esperaba ganar con eso? —preguntó Manuel.

—Tiempo —respondió Salazar—. Y tiempo es lo que tendrá ahora de sobra en prisión.

—¿Por qué no huyó cuando todavía tenía oportunidad? —quiso saber Diji—. Debió comprender que el cerco se cerraba a su alrededor.

—Pese a que le seguíamos los pasos de cerca, se sentía seguro debido al entramado de manipulación de la justicia del que formaba parte. Ante cualquier acusación o prueba que surgiera, siempre estarían allí sus cómplices para sacarlo de apuros —explicó el inspector jefe—. Gracias a las escuchas estaba seguro de mantenerse siempre un paso delante de nosotros, así que cuando identificamos el arma homicida y descubrimos su procedencia, se apresuró a hacer desaparecer la única evidencia que lo conectaba con ese revólver.

—La hoja de registro del depósito de pruebas —recalcó Remigio.

—Exacto, pero no contaba con nuestra presencia en el juzgado para detenerlo sin haberlo mencionado en la comisaría.

—Por eso llevaba la hoja comprometedora aún en el portafolio —señaló el comisario.

—Es probable que tuviera intenciones de deshacerse de ella más tarde —continuó Salazar—, pero si se hubiera ausentado del juzgado teniendo un juicio pendiente, hubiera despertado sospechas y no previendo nuestra

intención de detenerlo de inmediato, prefirió guardarla hasta que se le presentara la oportunidad de destruirla.

—Lo hundió el exceso de confianza.

—Aún después de detenido, mantuvo la certeza de salir bien librado hasta que comprendió que habíamos descubierto también a sus cómplices en la manipulación de los juicios —concluyó Néstor.

—Todos habéis hecho un gran trabajo —reconoció Ortiz—. Pasará mucho tiempo antes de que este sujeto vuelva a representar un problema para la comunidad.

Epílogo.

Al cabo de una semana, Fermín Montero estaba en prisión preventiva en espera de juicio. Frente a los cargos de secuestro, asesinato y asociación para delinquir, le esperaba una pena muy larga si lo encontraban culpable. Y había evidencias de sobra para ello. Entre otras, además del revólver que le había permitido a la Policía dar con él, el mismo que él había sustraído del depósito dejando constancia con su firma, hallaron un cabello en el coche que la señora Rivero había usado para entregar el rescate y el ADN correspondía con el de Montero. Por otro lado, Fermín había limpiado a conciencia la puerta de su propio coche para eliminar cualquier huella digital que hubiera dejado Calcaño, pero restos de saliva del occiso se habían deslizado en los intersticios de las costuras. Los chicos de la científica habían hecho un gran trabajo al dar con la muestra biológica. El resultado fue positivo para el ADN de Calcaño, para lo cual Lombriz no pudo dar una explicación creíble, así que pudieron relacionarlo en forma directa con el asesinato del camello. En vista de que el revólver con el que habían asesinado a Pedro era el mismo que usaron para matar a Vilaró, todo apuntaba a Montero. Y ya no se trataba de pruebas circunstanciales.

Felipe Rivero había ganado la oportunidad de recibir la pena mínima, seis años, gracias a su confesión y colaboración con la Policía. Con respecto a Corina, en cuanto supo que su abogado tenía sus propios intereses decidió colaborar, pero ya no tenía nada que aportar, así que las autoridades decidieron negarle la opción.

Los jueces fueron suspendidos definitivamente de sus cargos, por supuesto y se enfrentaban también a algunos años de prisión. En especial Carrillo, quien había sido señalado como la cabeza de la trama. La misma suerte correrían los cuatro amigos defensores de oficio, quienes ya habían sido expulsados del Colegio de Abogados, por lo que no podrían volver a ejercer su profesión.

Después de cerrar el caso, la comisaría de «San Miguel» concentró sus esfuerzos en dar apoyo al control de la ciudad para afrontar la llegada de miles de turistas por la «Fiesta del Vino». Mientras los agentes se sumaban a esa tarea, los detectives iniciaron los turnos para las vacaciones de verano. Néstor convenció a Santiago de cogerlas en el primer turno, pues le vendría bien estar unos días con su familia después del mal trago que habían pasado todos. Así que Ortiz ya se encontraba en Tenerife, mientras la

responsabilidad de la comisaría recaía sobre Salazar. Por suerte, todas las investigaciones pendientes eran rutinarias.

Sofía le pidió a Néstor que la acompañara a la «Fiesta del Vino», pues había escuchado hablar mucho de la celebración más importante de Haro y quería presenciarla. El inspector le dijo que se vistiera de blanco, que llevara ropa para cambiarse bien protegida y lo esperara. Salieron muy temprano, apenas los primeros rayos de sol comenzaron a asomar. Néstor no acudía a la fiesta desde que se fue a la mili, pero la idea de servirle de guía turístico de su ciudad a Sofía le entusiasmaba, así que no fue necesario que Paca lo despertara. Estaba de pie, antes de que la gata le saltara encima. Le pareció ver un atisbo de decepción en los ojos amarillos, pero tal vez fue su imaginación.

Salazar recogió a su compañera, ambos vestidos de blanco, con un pañuelo rojo al cuello y una bota llena de vino barato cada uno, que les había preparado Gyula. Ante la sorpresa de ella, Néstor le entregó unas gafas de natación antes de llegar a los riscos de Bilibio y sacó otras para él mismo. Bajaron del autobús al comienzo de la pendiente. Hacía frío y Sofía se estremeció solo de pensar en mojarse con ese tiempo. No tuvo oportunidad de arrepentirse, después de un rocío que le hizo mirar hacia otro lado, sintió un balde completo que le cayó sobre la cabeza, empapándola. El ambiente era de alegría y pudo escuchar risas y gritos a su alrededor.

Néstor mantenía a raya a tres vecinos armados con baldes con el único recurso de su bota. Sofía se dispuso a apoyarlo. Ya las ropas de ambos habían perdido el color blanco, tornándose moradas por el vino, tenían el cabello empegostado y tiritaban con el frío, así que Salazar la animó a apurar el paso para entrar en calor, mientras reían. No se libraron de los tres baldes de vino. Néstor soltó un taco, empujándola con suavidad para que se apurara. Continuaron subiendo guiados por la música y al llegar a su destino se reunieron con un grupo nutrido de vecinos y turistas. Pasaron un rato en medio del baile, las risas y cantos, sin dejar de recibir remojones de vino de vez en cuando, hasta que la meseta comenzó a llenarse de olores apetitosos.

—Caracoles y chuletillas al sarmiento —le dijo Néstor—. Hora de comer. Esto significa que se acabó la munición.

—¿La munición?

—El vino —respondió él, sonriendo.

—¿Cuánto vino se ha derramado aquí hoy? —le preguntó, al ver que el resto de los asistentes no presentaba mejor aspecto que ellos dos.

—Yo diría que más de dos mil litros. ¿Te has divertido?

—Muchísimo. Ha sido como regresar a la infancia.

—Supongo que en parte, esa es la idea.

Después de comer volvieron a casa. El piso de Néstor estaba más cerca y decidieron cambiarse allí. Como su compañero le había sugerido, Sofía iba preparada con ropa de repuesto envuelta en una bolsa plástica que llevaba dentro de una mochila, la cual también había terminado empapada por el vino.

Regresaron con los primeros grupos. Después de saludar a Gyula, quien les respondió con una media sonrisa pícara cuando los vio juntos con esa facha, ambos subieron las escaleras y entraron a la casa de Néstor.

—¿Puedo darme una ducha? —preguntó ella.

—Desde luego —respondió Salazar—. Tú primero.

Después de que ambos se habían duchado y cambiado de ropa, Sofía cogió sus cosas para marcharse.

—Ha sido un día grandioso, Néstor. Hacía tiempo que no me divertía tanto. Gracias.

—Yo también me he divertido. Nunca disfruté tanto esta fiesta como hoy.

Se encontraban uno frente al otro, muy cerca. Sin que ninguno de los dos supiera cómo había ocurrido, al momento siguiente se estaban besando en los labios. Sofía soltó la mochila en el suelo, Néstor la rodeó con sus brazos y entonces… Llamaron a la puerta.

Conteniendo una maldición, Salazar se separó de Sofía y fue a abrir. En el umbral apareció Valentina.

—Hola Néstor. Disculpa, no quiero interrumpir —se excusó cuando vio a Sofía y se dio cuenta de que ambos estaban recién duchados, con el cabello mojado—. Es que regresaba a casa y me ofrecí a traer el equipaje que dejaste en la Escuela Militar cuando abandonaste el curso. Haro me quedaba de camino.

—No te preocupes —le dijo Sofía con soltura, al despertar del embrujo—, yo ya me iba. Soy Sofía —se presentó, extendiéndole la mano.

—Yo soy Valentina —respondió la guardia civil, estrechando la mano que le ofrecían—. Bueno, mi tren sale en media hora, así que aquí te dejo esto y me voy.

—Gracias —respondió Néstor, aún un poco alelado.

Las dos mujeres se marcharon juntas escaleras abajo manteniendo una conversación trivial. Salazar cerró la puerta entró despacio sin siquiera mirar la maleta y se dejó caer en el borde del sofá. Paca se le acercó, mirándolo con curiosidad.

—Dime Paca, ¿crees que alguna vez conseguiré que Sofía me corresponda?

—Maaauuuu.

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR:

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector **Néstor Salazar** y su nueva compañera, la subinspectora **Sofía Garay**, son los llamados a determinar si se trató de un **homicidio**, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas *muertes* complican el caso, mientras la subinspectora comprende que **el propio inspector tampoco es lo que parece.**

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02):

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de *Haro*, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. **Sofía** se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de **Salazar**. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, **en un intento de mantenerlo con vida**…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, **el suicidio de un adolescente**, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que *no sigan muriendo chicos inocentes*, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a *un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima*.

TRAMPA PARA UN INOCENTE:

Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el *cadáver de una joven desconocida* a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo

con el que la chica fue *apuñalada* en el suelo lo señalan como **culpable**, al mismo tiempo que la **Policía** llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su *libertad* por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. *¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué?* De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el **misterio** antes de que lo encuentre la **Policía**, *o los hombres que lo buscan para matarlo*…

MUERTE EN EL PARAÍSO:

Una **isla privada paradisíaca** en el medio del Atlántico se convierte en el *coto de caza de un asesino en serie*.

Una desgracia ocurrida a la familia propietaria de la isla parece regresar del pasado para *amenazarlos* a todos.

Argus del Bosque, **comisario** del Cuerpo Nacional de Policía deberá darse prisa en encontrar al asesino, si consigue evitar perder la vida en el intento...

LOS PECADOS DEL PADRE:

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de *Europa*, **un asesino en serie** acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, **comisario de Scotland Yard** que conoce su *modus operandi*, **obsesionado con detenerlo**, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial **que involucra dos países**, Inglaterra y España, mientras **un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación**…

LA VENGANZA:

Samuel es un joven brillante con un prometedor futuro. Cuando la oportunidad de cumplir su sueño llama a su puerta, todo se derrumba al ser acusado del brutal asesinato de su novia. Su vida es truncada por la confabulación de tres hombres, que por diversos motivos se benefician de su desgracia, pero no es el único. Con la misma perfidia destruyen la vida de otros inocentes sin llegar a sentir el menor remordimiento.

Veinte años después, cuando los tres se sienten más seguros, el pasado resurge y sus víctimas, aún después de la muerte y el olvido, unen sus

fuerzas y regresan dispuestas a cobrar venganza. ¿Hasta dónde pueden llegar para castigar a quiénes destrozaron su futuro?

LOS HIJOS DEL TIEMPO:

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la ***Europa medieval***, hasta los confines de la ruta de la seda en el ***Lejano Oriente***, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. *En el año 2010*, la desaparición de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo **misterio**.